TÚ, YO, LAS VEGAS y un millón de pavos

EVA P. VALENCIA



Tú, yo, Las Vegas y un millón de pavos

Eva P. Valencia

COLECCIÓN
milamores

Tú, yo, Las Vegas y un millón de pavos

ISBN: 9788418962103
ISBN ebook: 9788418962608

Derechos reservados © 2021, por:

© del texto: Eva P. Valencia
© de esta edición: Colección Mil Amores.
Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.
41001. Sevilla
info@lantia.com
www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mi hijo, siempre.

«Lo esencial es invisible a los ojos».

EL PRINCIPITO

Antoine de Saint-Exepéry

Prólogo

¿Qué significa mágico?

Que tiene cualidades que lo hacen muy atractivo y cautivador, porque es extraordinario dentro de los de su género.

¿Qué pretendo al comenzar este prólogo con el significado de esta palabra?

Ponerte en antecedentes.

Hacerte saber que Eva, con su prosa, consigue crear un ambiente tranquilo y sosegado hasta lograr que te evadas por completo. Que dejes a un lado todos aquellos problemas que te perturban, que durante la lectura te entregues por completo a su historia. Sin más.

Cuando un autor, con solo abrir la primera página, ya te ha atrapado, sabes desde ese mismo instante que estás ante un gran libro. Que esos minutos en que tus ojos reposan en sus letras no va a existir nadie más. Solo tú y la historia. Solo tú y las letras que Eva esturrea en un papel en blanco y que, unidas de una manera tan limpia, se convierten en magia.

¿Te puedo contar una confidencia?

Cuando Eva me comunicó, bajo secreto de confesión, que esta novela saldría publicada, desde mi pequeña morada gocé y salté tanto como ella. Como si sus logros fueran los míos y como si su sueño hecho realidad fuera el mío.

Conozco a Eva (no personalmente, aunque espero ponerle pronto solución) desde sus inicios. Desde ese *Otoño en Manhattan* que hizo que todos sus lectores cayéramos a sus pies. Sé a la perfección cuán ha luchado por llegar hasta aquí, hasta ver esta historia en papel. Por eso esa felicidad se convierte en doble, sabiendo que el camino ha estado lleno de altibajos.

Por este motivo, cuando me llamó para ofrecerme escribir el prólogo de esta historia, sentí un lote de sentimientos de todo tipo. Alegría por esa confianza y miedo por no estar a la altura de lo que la historia merece.

¿Qué vas a encontrarte en esta historia?

Corazón. Corazón por doquier.

Amistad. Amistad por cada esquina.

Felicidad. Felicidad de las que te inspiran.

Amor. Amor de los que dejan huella.

Eva no cambia de género, pero sí que en *Tú, yo, Las Vegas y un millón de pavos* nos enseña que ese toque cómico actual y ese cliché tan amado de amor/odio pueden encajar a la perfección.

Eva te da en forma de libro la dosis perfecta para que tu lectura sea lo más placentera posible.

No te pido mucho más.

Solo deseo que tomes asiento, si eres de los que toman café o té durante su lectura, que lo hagas, que te prepares uno muy rico. Y que, entre la comodidad y la calma que la historia de Alexandra y Jake te entregan, te dejes llevar por ellos.

¿Preparado?

Vívela y siéntela.

Buena lectura.

Mari López
(Libros, historias y yo)

1
La vida es bella

(Roberto Benigni, 1997)

ALEXANDRA SIMMONS

California, 7 de septiembre de 2013

—¿Có-cómo es-estoy? —le pregunté dubitativa a Nicoletta mientras observaba con recelo el reflejo que me devolvía el espejo de cuerpo entero que tenía ante mí.

—¿La verdad? ¿Quieres que sea honesta? ¿Brusca y sin florituras a lo Adam Sandler, el famoso actor? —me preguntó polarizante, y yo asentí haciendo mutis—. Pues estás rarísima con esa nariz tan arrugada como si estuvieras oliendo a mierda. ¡Vamos! A caca de vaca. Pero…, salvo por esas menudencias de nada… —Hizo un vago gesto con la mano y aprovechó para acreditar que la laca de sus uñas de un tono asalmonado, permaneciera impecable restando así magnitud a sus palabras; luego reanudó—: Estás preciosíiiiisima, Alex, no al estilo *preppy*[1] al que le debes fidelidad absoluta, pero sí como una princesita de Cuento de Hadas del S.XXI. *Cazzo!* ¡Lo que viene siendo costumbre, tesoro! ¡¡Estás divina de la muerte!!

Quise evitar poner los ojos en blanco ante su siempre descarada expresividad y forma de hablar y de querer tratar de levantarme los ánimos a toda costa, pero me fue imposible. Sí, era innegable. Por fuera tenía el aspecto de una resplandeciente novia; sin embargo, de puertas para adentro, estaba atacada. ¡Histérica!

¡Madre mía, madre mía! No en balde estaba a las puertas de contraer matrimonio con Harris Mars, el biznieto predilecto del famoso Mr. Frank Mars.

Que quién diantres era Mr. Frank Mars te estarás preguntando, ¿me equivoco? Pues permíteme que te saque de la intriga en un santiamén: Franklin Clarence Mars fue, nada más y nada menos, el fundador en 1911 de la compañía de golosinas más grande del mundo. ¡Sí, sí, sí, esa misma que ahora mismo te viene a la cabeza! La archiconocida Mars Incorporated, e inventor de dulces como Milky Way, Snickers y M&M. Y ostenta, cómo no, el meritorio título de una de las diez familias más ricas de Estados Unidos, según el *ranking* de la prestigiosa revista *Forbes*.

¿Ahora puedes llegar a entender parte de mi ansiedad?

Verás, para entrar en detalles te confesaré que me sentía tan pequeña, tan insignificante, tan poca cosa… tan liliputiense en un país de gigantes, que noté como si el corsé de encaje del hedonista vestido color *champagne* me estuviera estrangulando más de la cuenta, constriñendo

mis entrañas a marchas forzadas, aprisionando mis costillas como si estuviesen emparedando mi cuerpo y licuando todos mis órganos vitales sin piedad… ¡incluido el corazón!

—¡Ayúdame, Nicol!

Llevé las manos con urgencia a la larga botonadura de mi espalda para tratar de liberar la asfixia que me estaba martirizando por momentos.

—Necesito aflojar… ¡Ayúdame!

—Déjame a mí, Alexandra. Espera…

Con solo unas pocas palabras y con escasos gestos, mi amiga de toda la vida supo en seguida qué necesitaba. Invariablemente había sido así, siempre, desde la niñez. Ella y yo, desde bien temprana edad, habíamos conexionado de forma asombrosa y, si me permites el inciso, casi sobrenatural, comunicándonos con una inocente mirada, con una simple mueca, con una leve sonrisa. Tan solo eso nos bastaba para saber en todo momento cómo se sentía la otra, similar a eso que afirman sobre la misteriosa telepatía entre gemelos, que lo que siente y padece uno lo siente y padece el otro. Eso sí, a diferencia de que ni éramos gemelas separadas al nacer, ni físicamente nos parecíamos en nada. Nicoletta y yo éramos tan distintas como dos copos de nieve, pues dicen que no existen dos iguales.

Ambas éramos hijas únicas. Posiblemente por ese motivo, nos habíamos empeñado en cuidarnos mutuamente la una de la otra, tal vez para disfrazar esa carencia de una figura fraternal que nunca tuvimos. Fuera por lo que fuese, quería a esa pedorra como a una hermana.

Más cositas…

El padre de Nicoletta Ercolessi era de origen italiano, como su nombre no deja lugar a equívocos, más concretamente era de Pienza, una preciosa localidad italiana en la que se concentra toda la esencia de la Toscana.

Y allá por la década de los noventa decidió emigrar al país de las oportunidades y a dejarse seducir por ese sueño americano al que todos hacen alusión: el de las ideas de libertad, de la igualdad, de la prosperidad, de las grandes oportunidades.

¡Y… *voilà*! Así fue cómo ocurrió. Su progenitor, Paolo Ercolessi, apenas con lo puesto, con una mano delante y otra detrás, se embarcó en esa sinrazón. Malvendió todo cuanto tenía y, sin apenas meditarlo demasiado, cruzó el Atlántico con tres maletas, un par de pelotas y un puñado de ilusión. Apostó todas las cartas a un solo caballo y ganó, amasando su primer millón de pavos en el mundo de la restauración con la apertura de un local de comida italiana, cuyo atractivo se recreó en la innovación de menús divertidos y precios asequibles para todos los bolsillos.

Pronto la cosa empezó a marcharle viento en popa y a toda vela. Y, casi de la noche a la mañana, transformó ese restaurante en una cadena de más de treinta establecimientos salpicados por toda la geografía norteamericana, a los que añadió varios hoteles de cinco estrellas.

Nicoletta desabrochó uno a uno los botones del ostentoso y lujoso vestido de diez mil pavos que llevaba puesto, de corte ninfa y cuyo atrevido cuerpo de encaje era iluminado por una delicada pedrería y una magnífica cola de sirena. En definitiva, un exclusivo diseño creado para

dejar a más de uno ciego y a otros con la boca abierta echando la babilla; un modelo que ni siquiera había sido elegido por mí, sino por el «Clan de los Dalton»: mi madre Angélica, mi amiga Nicoletta, mi cuñada Brenda y Harris, mi futuro marido.

Y sí, has leído bien, en serio, no hace falta que pierdas el tiempo en releerlo... Harris Mars, mi prometido, no solo había visto mi vestido de novia a pesar de que todo el mundo conoce la creencia de que atrae a la mala suerte, sino que también había estado presente en la elección, acogiéndose a su fea faceta de novio controlador, como si fuese la Quinta Enmienda; a esa parte tan sombría de su personalidad que yo tanto detestaba.

Menos mal que la contrarrestaba con que era un tipo romántico, generoso y fiel.

¡Suerte que tenía esas cualidades! Y no, no vale esa que estás pensando en este preciso momento, que ya empezamos a conocernos… No, pues el ser rico no es una cualidad, sino un hecho, algo que a él le venía de serie nada más nacer, pero que en su caso particular no solo había venido a este mundo con un pan bajo el brazo sino con la panificadora Bimbo Bakeries USA al completo. No hacía falta añadir que era súper/mega/rico y que eso estaba inscrito explícitamente en su ADN, pesara a quien pesara.

—¿Qué te pasa, Alex?

—Pasa que m-me… me ahogo…

Al desprenderme del vestido de novia, este cayó al suelo en un suspiro, escurriéndose por mis piernas hasta quedar hecho un simple ovillo de ropa a mis pies, arrebujado en mis tobillos, quedándome yo en ropa interior y ligueros, al tiempo que un par de ojos habían dejado de pestañear atónitos y unos labios recién operados a lo Angelina Jolie se abrieron de par en par escandalizados.

—Hija, ¿pero qué demonios crees que estás haciendo? ¡Vístete ahora mismo!

Desde la distancia le arrojé una mirada más llena de súplica que de reto, tratando de evitar con todas mis fuerzas que un torrente de lágrimas inundara por completo mis ojos.

—Mamá, por favor… —hipé lidiando por recuperar el aliento a duras penas, sin demasiado éxito—. Necesito… que salgas de la habitación. Necesito que…

—¡Alexandra Caroline Simmons! ¡¿Acaso has perdido el juicio?!

Me regañó gritando a los cuatro vientos mi nombre al completo, regalándome su ceño más fruncido e hinchándosele la nariz a lo Gérard Depardieu (por ponerte un ejemplo gráfico de sus característicos gestos encolerizados). ¡Ahhhh, espera! Y no nos olvidemos del brazo izquierdo en jarras y el otro doblado, mientras me apuntaba con un dedo amenazador.

—¡Quinientos invitados están esperando a la novia ahí fuera, jovencita! ¡Y millones de dólares invertidos en esta celebración!

—Lo sé, mamá… pero escúchame… por favor… —titubeé mientras me sentí menguar varios centímetros como si retrocediera en el tiempo y volviera a tener tan solo cinco añitos.

—¡Nada de eso, no! ¡Por ahí no paso! ¡Ni pienso escucharte, ni pienso irme, ni pienso dejar que arruines la boda por una simple pataleta de niña consen…!

—Solo… —la interrumpí en seco—. Solo, tan solo te estoy pidiendo unos minutos…

—¡¿Por qué, para qué?!

De repente fui sacudida por un mal presagio. En un mondo y lirondo chasquido de dedos, todo cuanto había a mi alrededor empezó a girar como un maldito tiovivo y a distorsionarse en cuestión de segundos.

Todo empezó a hacerse muy, muy chiquitito, mientras yo seguía igual, con mi metro setenta y tres.

Aprecié una fuerte opresión en el pecho.

¡No podía respirar!

¡Me estaba ahogando…!

¡Me hundía en mi propia desesperación…!

Apuesto a que reconoces esa sensación de haber perdido momentáneamente el contacto visual con la realidad, en plan *prota* de una de esas espeluznantes escenas del maestro Hitchcock, por ejemplo en *Psicosis*.

Pues bien, mi *darling*, así me sentía yo.

Pisé el vestido para poder salir cuanto antes de aquel agujero imaginario de lodo al que me había zambullido yo solita hasta el pescuezo, pero con la torpeza de quien pisa cáscaras de huevos, cuando, en plena hazaña, uno de los vertiginosos tacones de aguja se enganchó a una lentejuela de la falda. ¡Maldita sea!

Taconeé y después di un par de patadas al aire para tratar de liberar mi zapato del vestido, con tal mal infortunio que perdí el equilibrio y mi trasero, esa parte de mi anatomía la cual estaba dura como una piedra y con la que podía presumir de poder partir nueces, gracias a las clases de zumba de Joseph Dubay, mi entrenador particular, impactó contra el suelo.

—Alex, *da tutti i santi*!

Nicoletta corrió a auxiliarme, sujetándome de las axilas con apremio y escoltándome hasta el sillón de becerro verde que había junto a una monísima cómoda de acacia maciza. Y, simultáneamente, me llevé las piernas al pecho y rodeé con mis brazos las rodillas, como si ese inocente gesto lograra salvaguardarme del mundo.

—Señora Simmons, por favor… —Oí cuchichear a mi amiga al oído de mi madre—. Déjenos un momento a solas.

Para mi sorpresa, tras oír esas palabras de Nicoletta a mi madre, creí apreciar la puerta cerrarse en un leve portazo, el tintineo de unos tacones aproximarse y el familiar tacto de una mano acariciar mi pelo azabache con extrema dulzura.

—Cielo, ¿qué te pasa?

Con un regusto amargo alcé la vista a sus ojos, a los de Nicoletta, y tragué saliva costosamente, como si el fluido viscoso se me hubiera compactado en las paredes de mi garganta.

Sin embargo, lo peor de todo no era eso; no, qué va, sino que por más que ahondaba en los orígenes de mi malestar, no obtenía respuestas, sino sempiternos silencios, pues ni yo misma estaba al tanto de qué me estaba pasando.

¿Ansiedad?

¿Miedo?

¿Responsabilidad?

¿Cobardía?

—No lo sé…

—¡¿Cómo que no lo sabes?!

—¡No lo sé!

Varias lágrimas brotaron de la nada y se tomaron la licencia de rodar por mis mejillas.

—No llores, vamos, Alex… Se supone que hoy es el día más feliz de tu vida. No lo conviertas en una tragedia ni en un mal recuerdo. —Ensanchó sus labios en una bonita sonrisa cómplice e instantáneamente me invadieron unas incontrolables ganas de arrojarme sobre su cuerpo y abrazarla con desesperación.

Respiré entrecortadamente, o, más bien, como los resbaladizos mocos, el mar de lágrimas y los sollozos quejillosos me permitían.

—¡Shhhhhhh! Venga, cariñito, desahógate, libera esa tensión acumulada y saca todo lo que tienes dentro… ¡Ala! Así, no te dejes nada en el interior… Llorar nos libera.

Y así lo hice, haciendo caso a pies juntillas de todas las sugerencias de Nicoletta, quien, en ocasiones, parecía más encarnar el papel de mi psicóloga, la doctora Clarice Wilson, que de mi amiga del alma.

Disculpa, a lo que iba… que a veces suelo irme por las ramas, ya me irás conociendo mejor.

Recuerdo llorar durante un buen rato, tanto incluso que se me antojaron horas. Y luego, algo más sosegada, ella se dedicó a enjugarme con la yema de los dedos las últimas lágrimas que aún seguían esparcidas por mi cara.

—*Porca miseria!* —prorrumpió en un intachable deje italiano cuando nuestras circunspectas miradas se unieron y me escudriñó a conciencia. Se rio de medio lado—. ¡Pero si estás hecha unos zorros! ¡Joder, nena! ¡Acabas de mandar a la mierda el maquillaje de mil doscientos pavos!

Volvió a echarse a reír, pero esta vez con más ganas, al tiempo que trataba de restaurar los desperfectos, humedeciéndose con la lengua el pulgar y limpiándome los pardos chorretones de mis mejillas.

Suspiré hondo, muy hondo.

—¿Alguna vez has querido ser invisible? —Quise saber con bastante apatía.

—Cientos de veces —me confesó.

Cogí aire en tres ocasiones antes de seguir hablando.

—Pues… es justo como me siento en estos momentos.

—¿Quieres ser invisible?

—Puede ser…

—¿Por qué razón, Alex?

Hipé. Al parecer aun persistían restos de la llorera. Sin dilación, me encogí de hombros y solté un nuevo suspiro.

—Es que… siento que todo esto, que el casarme con Harris es demasiado para mí. Siento como si de pronto todo me sobrepasara…, como si no estuviera a la altura.

Entornó los ojos, achinándolos, desvaneciendo por un instante el vivo y penetrante color almendrado de su rasgada y felina mirada.

—A ver cielo, ¿tú quieres casarte?

—Sí —asentí sin titubeos, pero sin demasiado frenesí, la verdad sea dicha.

—¿Y quieres a Harris?

Hice mutis, perpetuando un silencio atenazador, palpable, pues no supe qué responder a eso, cuando estaba claro que era algo sobre lo que no debía vacilar, ya que estaba a puntito de unirme en matrimonio con el novio de toda la vida y del que, se suponía, estaba perdidamente enamorada.

Me permití hacer memoria, así como si contemplara unas diapositivas, de todos los años que habíamos compartido juntos, de todos los viajes, de todas las cenas, de todas las noches de tele, manta y piececillos, de todas las intimidades, de todos los besos, de todas las caricias, de todas las veces que habíamos hecho el amor.

—Sí, ¡síííí! —proclamé rotunda—. Claro que sí. Quiero a Harris con toda mi alma.

—Pero, ¿le amas?

—¿Amar? ¿Querer? ¿Acaso no es lo mismo?

—¿Lo mismo? ¡Mecccc! Error… —Desestimó con un leve gesto de la cabeza. Seguidamente se tocó la punta de la nariz con el índice, como si hubiese perdido la partida en un juego infantil y me propinó unos leves golpecitos en la frente—. ¡Oh, mi Alex! Ni de lejos es lo mismo querer que amar. ¿Me captas?

Me miró de hito en hito.

—Venga, volveré a formularte de nuevo la pregunta. Atenta… ¿Amas a Harris?

Le regalé mi ceño fruncido, pues ignoraba a dónde quería llegar a parar.

—Amar, querer… Querer, amar… ¿Qué diferencia hay? Para mí son sinónimos.

—No, cielo. Ni siquiera son cosas parecidas. Querer no es amar y amar no es querer. No pienso discutir en que ambos son sentimientos maravillosos, mágicos, electrizantes, pero son completamente distintos. Y… que sepas que me duele ser tan honesta contigo a estas alturas de la película.

Torcí el gesto, pues hasta ese preciso instante jamás había barajado esa posibilidad, la de querer sin amar, amar sin querer.

—Hace muchos años, alguien me planteó ese mismo dilema. Y yo, al igual que tú, dudé, pues desde siempre había estado convencida de que ambos sentimientos eran el mismo. O séase, el mismo perro con el mismo collar, peeeeero… ¡nada más lejos de la realidad, tesoro!

Su mano envolvió la mía y fue entonces justo el momento adecuado para romper una lanza a favor de Nicoletta Ercolessi, ya que a ojos de todos podía ser una cabra loca, impulsiva, extravagante y caótica en la mayor parte de su vida, salvo por ocasiones, como esa, en la que resurgía como el Ave Fénix de entre las cenizas su antítesis más oculta, esa de una persona sensible, empática y dispuesta a darlo todo por la amistad que nos unía.

—A ese alguien solo le bastó recitar un trocito de *El Principito* de Antoine de Saint-Exupéry para abrirme los ojos y, de paso, darme con un canto en los dientes ante la certeza. El párrafo decía así:

«—Te amo —le dijo el Principito.

»—Yo también te quiero —respondió la rosa.

»—Pero no es lo mismo —respondió él, y luego continuó—: querer es tomar posesión de algo de alguien. Es buscar en los demás eso que llena las expectativas personales de afecto, de compañía. Querer es hacer nuestro lo que no nos pertenece, es adueñarnos o desear algo para completarnos, porque en algún punto nos reconocemos carentes».

Aquella estrofa, tan bonita y tan acertada, sin lugar a dudas era una verdad a gritos. Nicoletta había atinado, metiendo el dedo en la llaga, obligándome a replantear demasiadas cosas.

Harris y yo nos conocíamos desde siempre, desde hacía tantos años que… quizás no era amor lo que sentía por él, sino cariño. Una bonita amistad que, con el transcurrir del tiempo, se había convertido en querer, amoldándose poco a poco a simple comodidad; un refugio sellado y calentito donde guarecerme de una fuerte ventisca en plena montaña; un chubasquero amplio que me protegía de la intemperie.

—Ahora, Alexandra… mi niña, permíteme plantearte la misma pregunta otra vez: ¿Amas a Harris?

Tragué saliva con bastante desazón y luego me humedecí los labios despacio, justo antes de responder con la mano en el corazón y con total honestidad.

—No lo sé…

---

[1] *El origen del estilo preppy: Preparatory Schools (EE. UU.) En los años veinte, las mejores escuelas del país formaban a los hijos de las familias adineradas. Estas instituciones se inspiraban en los códigos de vestimenta de la tradición inglesa e incorporaban uniformes con escudos y colores concretos. Después de la escuela y la universidad, los antiguos alumnos seguían vistiendo ropa estilo preppy.*

2
Mucho ruido y pocas nueces

(Kenneth Branagh, 1993)

JAKE MAVERICK

17 de septiembre de 2013
Bandera, Texas

—Cómete los guisantes de una vez, Dakota Maverick.

—No, no quiero. No-me-gustan.

¡Demonios! Mi hija de cinco años llevaba más de veinte minutos jugueteando con el tenedor, moviendo las diminutas bolitas verdes de un lado al otro del plato antes de aplastarlas y hacer un repugnante puré con tropezones.

—Contaré hasta tres y, si no has empezado a metértelas en la boca antes de que acabe la cuenta atrás, te irás derechita a tu cuarto sin cenar, sin postre y sin ver a Bob Esponja. Y, además, que sepas que serán tu desayuno mañana antes de ir a misa.

Sin embargo, y a pesar de mi cara de malas pulgas, de mi infalible ceja arqueada y mi oscilante dedo acusador, ella siguió en sus trece, machacando esas endemoniadas verduras e ignorando deliberadamente mis advertencias.

—¿Me estás oyendo, jovencita?

—No *pienzo comérmelaz*, no-me-*guztan. Azco*.

Sí, mi pequeñita ceceaba bastante, como has podido comprobar; desde hacía casi seis meses frecuentaba la consulta de Heather Johnson, la mejor experta en terapia del lenguaje, por no decir que era la única profesional en varias millas a la redonda.

—A mí tampoco me gustan, pero es lo que hay. Son feas, aburridas y tienen un gusto vomitivo, aunque… son buenas para el crecimiento, ya te lo he dicho mil veces. Ya sabes que en esta vida hay que comer de todo para ponerte sano y fuerte como papá.

Recreé por enésima vez mi patética demostración de forzudo a lo Eugen Sandow, el padre del culturismo: alzando los brazos, doblando los codos y empuñando las manos. Ni siquiera omití mi gritito a juego al tiempo que presionaba los dientes y endurecía el gesto de forma burlesca.

En serio, ¿cómo era posible que me estuviera justificando ante una mocosa que no levantaba un metro del suelo? ¡Increíble pero cierto! No sé cómo lo hacía, pero lo conseguía. Ella, Dakota, siempre lograba desestabilizar y romper todos mis esquemas preconcebidos del MSPSA, o en argot *Maverickense*: «Manual SOS de Padre Soltero en Apuros».

—¡Ohhh! Me duele la tripa… ¡Ay! ¡Uiiii! ¡Ayyyyy!

Y ante mi impertérrita mirada y sin reservas, la muy brujilla depositó el tenedor sobre el plato y luego se llevó las manos al vientre de forma teatral, poniendo morritos, gimoteando y simulando hacer pucheros como si estuviera en sus últimos soplos de vida o, más bien, como si hubiese sido poseída por Regan MacNeil, la niña de *El exorcista*.

Negué con la cabeza y puse los ojos en blanco.

¡Lo que me faltaba por ver!

Nuevamente echó mano de su particular chantaje emocional en *modo on*, en forma de *modus vivendi*… para ablandarme el corazón y tocarme la fibra sensible, por no decir los cataplines.

Y sí, lo sé, por supuesto que soy consciente de ello, pues la culpa era solo mía por dejarle ver pelis de terror, por imponer normas que luego las hacía trizas, por pecar de ser un blandengue. Y es que me venía bien empleado. Dakota tenía ante sí a un mal ejemplo. Pues, entre otras cosas, desde bien chiquitita, debía reconocer, pese a no enorgullecerme, que había mamado en sus propias carnes el ver cómo su padre salía airoso de muchas situaciones embarazosas echando mano de ese mismo método: el de la mentirijilla.

Sí, porque eran eso, mentiras piadosas, de las que nadie suele salir herido. O, al menos, hasta el momento nadie me había venido pidiendo explicaciones.

Me llevé la mano a la nuca y la froté con desasosiego al tiempo que soltaba un sonoro bufido. Esa noche mi nenita estaba rozando el límite, mi límite, nuestro límite. Nuestro pacto: no fingir/mentir, solo en caso de necesidad extrema. Más que nada porque estaba feo y porque después debía rezar varios *Padres Nuestros*, teniendo en cuenta la sangre, sudor y lágrimas que le costaba recitar esas oraciones entre tantas zetas.

—¡Regan! —le insté en homenaje a la tierna niña de *El exorcista*—. ¡Digo, Dakota! ¡Mierda!

—Papi, no *ze* dicen *palabrotaz* —me sermoneó con el dedo tras secarse una fugaz lágrima de la comisura de sus ojos.

—Mierda no es una palabrota. Mierda es caca. Y la caca la hacemos todos cada día. Es un acto habitual y nada bochornoso.

—*Entoncez, zi* no *ez* una palabrota… ¿puedo decir mierda?

—¡Nooooo, claro que no!

La miré estupefacto. ¡Por el amor de Dios! ¡Que tan solo tenía cinco primaveras, por favor! Cinco primaveras de nada, pero ya apuntaban maneras. Dakota siempre había sido una niña muy despierta, cada día que pasaba no dejaba de sorprenderme más y más.

La respingona nariz salpicada de graciosas pecas de la enana se arrugó divertida, como si fuese capaz de vislumbrar en ese preciso instante las vacas que teníamos en el establo, olisqueando su hedor. Es más, era capaz de apostar toda la producción de un año de mazorcas de maíz a que, en ese preciso momento, ella se estaba imaginando la escena en cuestión: una vaca cagando y su apestoso boñigo caer contra el suelo como una bomba y esparcirse por todas partes. ¡Plaf! ¡Chop, chop!

Por experiencia propia, te aseguro que la imaginación del ser humano a esa corta edad puede llegar a ser apoteósica.

—¿Y por qué tú zí?

Abrí los ojos como platos, ahí venía el revés de la enana. Seguro, conciso y directo contra mi precaria paciencia.

Hostias, ¡que había creado un puto monstruo!

—¡Mierd… miércoles! Pues porque yo… porque yo…

Entrecerré los ojos buscando las palabras adecuadas para no fastidiarla otra vez. Casi se me escapó mierda… Menos mal que lo salvé con el día de la semana. Si es que esta niña venía, volvía y volvía a irse, y venir y hacer una croqueta en medio de mi aturdimiento que no osaba pillarla.

—Oye, pues porque yo soy…

—Porque tú *erez* un *cowboy* de *Texaz*.

—Ehm… —Arrugué el entrecejo, bien mirado aquello que había caído del cielo, me venía como anillo al dedo—. Eso es princesa, ¡has dado justo en la diana! Un *cowboy* con licencia para decir… mierda, caca y diarrea. Y también un *cowboy* con licencia para zanjar esta surrealista conversación entre un adulto y una… pitufilla. Y también para mandarte derechita a la cama… ¡a la voz de ya!

Dakota se quedó en silencio, como si no hubiera esperado esa resolución a la cena; puede que, en su peculiar mundo infantil, pensara que, con un poquito de suerte, ya se me había olvidado el tema de los guisantes: craso error. Me reí. Era padre, sí. Era un hombre, también. Pero, si el mundo seguía siendo mundo en esa media hora, la experiencia es un grado y, en mi caso, una ecuación elevada a la máxima potencia.

—Paaaaapi…

—¿Quéeeee?

Ante mi manifiesta falta de autoridad incluso para una niña, esta se levantó de la silla, se acercó a mi lado de la mesa y trepó por mis pantorrillas hasta sentarse en mis muslos, para después hundir el dedo índice en mi hoyuelo, como quien busca un tesoro en la nariz, o sea, que busca mocos.

A ella le fascinaba desde siempre hurgar en mi hoyuelo hasta dejármelo rojo como un pimiento; eso a mí me provocaba unas mortíferas cosquillas. Y te confesaré que Dakota era la única fémina a la que le había dejado hacer eso. Lo cierto era que, tras el fallecimiento de Megan, no había casi mantenido relaciones amorosas, básicamente porque me atormentaba llegar a ese grado de intimidad.

—No quiero comerme *ezo*. —Curvó sus preciosos y rosáceos labios lentamente en una sonrisa que desarmó en un santiamén mi auto coraza de anti gestos mimosos, anti caricias balsámicas y anti besos con sabor a algodón de azúcar casero.

«¡Señor, dame paciencia! Y te prometo ser tu siervo para los restos», renegué para mis adentros mientras cruzaba los dedos, a sabiendas de que esa promesa iba a ser incumplida en menos que cantara un gallo.

No cabía duda de que Dakota Maverick era mi perdición, mi talón de Aquiles y la dueña de mi corazón. No obstante, lo peor de todo no era eso, sino que ella fuese consciente de ello. Y, por

consiguiente, abusara a su libre albedrío y cuando le viniese en gana de esa privilegiada condición.

Detestaba tener que claudicar ante una personita de grandes y avispados ojos verdes, otra noche más. De cualquier modo, sé que debía haber sido más firme en mis actos y que debía haberme esforzado más, a pesar de que esos suelen ser los daños colaterales al estar solo al cuidado de un hijo pequeño. Eso, y que también me sentía en numerosas ocasiones sobrepasado, incluso que me venía grande la etiqueta de padre. Menos mal que Dios aprieta, pero no ahoga, así que me había lanzado un salvavidas: a mi padre, quien siempre estaba dispuesto a echarme una mano, o las dos, aunque en ocasiones fuese constriñendo mi pescuezo mientras me echaba la bronca.

Tosí en el puño para aclararme la voz, pues en ocasiones pecaba de ser tan grave que parecía de ultratumba.

—Un vaso caliente de leche y tres galletas. Eso es lo único que te voy a preparar —suspiré, reconociendo que me había dejado vencer en otra batalla—. Te lo vas a tomar en silencio, sin muecas ni lloriqueos, y después vas a irte derechita a la cama y sin rechistar, ¿me has oído?

Dakota se abalanzó sobre mí, colgándose de mi cuello y me lo estrujó con todas sus fuerzas. Antes de que pudiera echarme atrás en mi decisión, me soltó:

—¡Te quiero mucho, papi!

Respiré hondo, muy muy hondo, y la abracé. Cerré los ojos saboreando el momento, nuestro momento, hundiendo mi nariz en ese pelo tan oscuro como el de una noche cerrada y sin estrellas, percibiendo el dulce olor a vainilla que desprendían los mechones.

—Yo te quiero más, cariño. Ya lo sabes.

A esas alturas de la película reconocí que me sentía perdido y que me costaría mucho recuperar la autoridad en esa casa. Pues los pantalones, ¡señores y señoras!, esa prenda de vestir desde siempre tan masculina, los llevaba mejor puestos una cría de tan solo cinco años, mucho más que un genuino *cowboy* del estado de Texas.

3
Novia a la fuga

(Garry Marshall, 1999)

ALEXANDRA SIMMONS

—Vamos, repite conmigo: Voy a casarme con Harris Mars, voy a casarme con Harris Mars, porque él es el hombre de mi vida. Venga, Alex… re-pi-te con-mi-go.

Tragué saliva con resquemor, nunca antes me había sentido igual. ¡Por supuesto que quería casarme con mi novio de toda la vida! De eso estaba convencida y no hacía falta que mi amiga Nicoletta tratara de persuadirme como si fuese una niña pequeña que se negaba a comer acelgas o como si unos alienígenas me hubiesen bebido el entendimiento.

En consecuencia, si tan claro lo tenía, ¿por qué diablos no era capaz de enjugarme los puñeteros lagrimones, enfundarme otra vez en el deslumbrante vestido de novia que descansaba arrebujado en el suelo?, ¿por qué no cogía el toro por los cuernos y pronunciaba el condenado: «Sí, quiero.»?

Pues bien, en eso estábamos cuando mi madre, como si se hubiese reencarnado en una plaga de langostas, abrió la puerta de par en par, entrando como un huracán y arrasándolo todo a su paso.

—¡Alexandra Caroline Simmons! ¡Haz el favor de dejar de hacer el ridículo y cumplir con tus obligaciones! —me sermoneó, echándome un padre rapapolvo mientras me avizoraba desde lo alto con la voz entrecortada y altamente irritada. Jamás la había visto así, y eso que las había visto de todos los colores, formas y tamaños de cabreo—. Jovencita, ¡no me obligues a tirarte de las orejas y llevarte a rastras hasta el altar!

No pude librarme de poner los ojos como platos ante su lenguaje arrabalero que no le pegaba nada y que me dejó noqueada. Tan solo le faltaba chasquear los dedos y mover la cabeza emulando a una latina de los suburbios del Bronx.

—¡Pero, mamá!

—¡Ni mamá ni leches! Mueve ese culo neoyorquino... ¡Ahora mismo!

—¡Joder! —se jactó Nicoletta a mi lado—. Pero, ¿qué carajo ha desayunado esta mañana, señora Simmons? ¿Mala hostia?

—Ahora no me toques los ovarios tú también Nicoletta, que la cosa no va contigo. ¡No quieras que te salpique!

Le lanzó una mirada de persona enajenada, de aquellas que te obligan a cerrar el pico sin opción a réplica, y a mi amiga no le quedó otra que alzar las palmas en señal de rendición, dar unos pasos atrás y permitir que volviera a circular el aire entre tanta exhalación gratuita.

—¡Es increíble! —rugí.

—¿Qué es increíble, Alexandra? —Mi madre se cruzó de brazos defendiéndose de mi ataque —. ¿Que hasta el último momento estés debatiéndote en tomar la vía más práctica, el de ser la mujer del heredero de una de las fortunas más cuantiosas de Estados Unidos o decantarte por el camino de espinas, el empedrado? Sí, no me mires así, hija. El camino ese que estás pensando, por el que te estamparás de bruces, además de ser la comidilla y el hazmerreír durante el resto de tu existencia.

Dejé de prestar atención a mi madre y la centré en Nicoletta, quien deambulaba de un lado a otro de la habitación. Primero de derecha a izquierda y después de izquierda a derecha, sin quitarme el ojo de encima, recelosa por mi súbita respuesta, a lo que yo quise aclarar.

—Es increíble que ni siquiera oigas lo que tengo que decir.

—Bien, pues habla. Te escucho.

Juro que las palabras de mi progenitora sonaron del palo: «Habla ahora o calla para siempre».

Tragué saliva y henchí el pecho. Luego solté el aire poco a poco.

—Tengo vértigo. Angustia por no estar a la altura, por no ser la mujer que todos esperan que sea, por no cumplir las expectativas.

—Mi vida, no… —Mi madre dejó caer un suspiro que me dieron ganas de recoger con los dedos. Y después alargó el brazo para coger mi mano—. Sé que la vida que te ha tocado vivir a veces puede llegar a asfixiar y dejarte sin aliento. Pero sé lista y míralo por el lado saludable, al menos para tu equilibrio emocional. Ten en cuenta que muchas estarían encantadas de cambiarse por ti, aunque solo fuese por un instante. Incluso venderían su alma al diablo con tal de vivir tu vida y las posibilidades que ello conlleva. Aunque suene retorcido, eso debería consolarte. —Elevó mi barbilla con un dedo y me clavó sus ladinos ojos azules—. Eres una privilegiada. Nunca podrás llegar a imaginar la suerte que has tenido de que alguien como Harris Mars se fijara en ti y no en otra mujer. Porque, mi tesoro, por alguna razón fuiste tú la elegida. Medita sobre ello, pero hazlo rápido. O… después del enlace.

Me encogí ante la obviedad de su discurso. Tal vez era cierto que estaba exagerando un pelín y llevando la situación a un extremo que no reconocía en mí. Yo, que acostumbraba a desmarañar cualquier obstáculo por ínfimo que resultara en mi día a día. Quizás era verdad que me estuviera comportando como una chiquilla malcriada y puede que, tal vez, había estado dedicándome a pensar en mí misma demasiado tiempo y dejado de pensar en Harris.

Ni mucho menos él se merecía eso, ni yo tampoco; ninguno de los dos. Ambos merecíamos esa boda de ensueño, esa fascinante vida juntos y, por qué no, también el lanzarnos a la aventura y retozarnos como cerditos en esa frase tan trillada de: «Y fueron felices y comieron perdices». Perdices o caviar, daba lo mismo; la razón de todo eso era el colofón final: él y yo juntos.

Y entonces, no me preguntes cómo, lo vi todo claro, traslúcido, como en una revelación, despertando de ese coma paranoico al que me había inducido yo solita, siendo consciente de que mi madre y mi amiga tenían razón (otra vez) con eso de que estaba viendo fantasmas donde no había ni siquiera muertos en la morgue.

Así que me incorporé de un respingo toda digna y cogí aire a raudales, tanto que casi envasé al

vacío el cuarto.

—¿Qué hora es? ¿Creéis que aún estoy a tiempo de llegar a la iglesia? —les pregunté a ambas aún con el nudo en la garganta a medio deshacer.

—Buena chica, sí señor —respondió satisfecha mi madre con los ojos chispeantes.

—¡Esa es mi Alex! —aplaudió enérgicamente mi fiel amiga del alma.

Y sí, estaba decidido. En unos minutos iba a dejar de ser Alexandra Caroline Simmons para convertirme en… ¡Tacháaaaaan!: Alexandra Caroline Mars.

4
Río Bravo

(Howard Hawks, 1959)

JAKE MAVERICK

—¿Te has vuelto loco, Roy? ¿Las Vegas?

—Sí, tío, has oído bien, Las Vegas. ¿quieres que te lo deletree?

Di un sorbo a la botella y el regusto amargo de la cebada se deslizó torpemente por mi garganta. Hacía tanto tiempo que no le daba ese homenaje a mi cuerpo que casi había olvidado lo que se sentía al beberme una. Y sí, necesité amorrar mis labios a ese estrecho cuello del frasco y dar un trago aún más largo tras oír decir a mi amigo que íbamos a celebrar su despedida de soltero en la ciudad por antonomasia del pecado.

Afirmativamente, al parecer Roy lo había organizado todo a mis espaldas sin dejarse ningún cabo suelto: el hotel, el restaurante, el viaje, incluso había establecido todas las paradas que íbamos a hacer entre tramo y tramo. ¡Que me aspen! Tan solo le faltó indicar dónde, cuándo y cuánta cantidad íbamos a orinar durante el camino.

Pues bien, no creo que a esas alturas fuese preciso sacar a relucir que él siempre había sido un tipo que se había vanagloriado de ser impulsivo, terco; estaba como una puta cabra, con la singularidad de que jamás había imaginado que lo fuera a ser hasta ese punto.

—¡Joder, Roy! Vamos, reconoce al menos que se te ha ido completamente la pinza con todo este asunto de los preparativos preboda. —Le lancé una mirada reprobatoria a ver si así entraba a razones, pero me daba que no.

—¿Por qué, Jake?

—Pues porque… ¡Así no se hacen las cosas, colega!

—¿Y por qué no? Déjame ser feliz antes de que Nancy me ate bien corto y no pueda volver a pegarme una santa fiesta en la puta vida.

Tuve que tragarme las palabras, todas, una a una, pues por ese lado debía darle la razón.

—Oye, te juro que hasta ahí puedo entenderte, conozco a Nancy desde que éramos unos críos y sé que Nancy es muy Nancy.

—No lo has podido explicar mejor: Nancy es Nancy.

Asentí, dándole la razón.

Hasta la fecha, su prometida había demostrado con creces ser una mujer muy desconfiada y recelosa, hasta el punto de cruzar incluso la delgada línea de lo patológico. Y cuando esto ocurre, cuando uno se preocupa en exceso por la lealtad y la fidelidad de su pareja, elevando su estado a

una ansiedad permanente y a una vigilancia extrema, se convierte en celotipia, o un término parecido, no me hagas mucho caso. Y que conste en acta que lo hago público con conocimiento de causa, pues, por engorroso que resultara en su momento, había estado presente en varios ataques de celos; algunos justificados, otros no tanto. Roy siempre que se le presentaba la ocasión, no flaqueaba en pegarse sus juerguecitas a lo soltero sin serlo, pero en otros casos no.

Y ojo, quisiera puntualizar que yo ni juzgaba ni defendía su manera de proceder, pero… es que Nancy era mucha Nancy. Y a Roy de tanto en cuando, le gustaba o más bien, necesitaba alejarse, poner tierra de por medio entre los dos y respirar hondo y sentirse él mismo. O al menos, esa era su excusa.

—¿Y ese desmadre tiene que ser a más de mil kilómetros de distancia?

—*Yes!*

Soltó ese vocablo así, con una sonrisita de lo más picarona, y yo miré a ese cabrón caviloso antes de acariciarme el mentón con denuedo y engullir de un solo trago el poso del brebaje que bailaba espumeante en el culo de la botella.

—Necesito otra cerveza con urgencia.

—¡Que sean dos!

—¡Mason, otras dos bien frías! —grité de viva voz al dueño de ese antro.

Esa era la única taberna decente que había en el pueblo de Bandera, conocida como la capital de los Vaqueros de Texas. La única en que podías beber a morro sin riesgo a pillar una puñetera enfermedad vírica y la única en la que podías orinar en el retrete sin temor a que se te cayera el miembro a cachitos en el jodido intento.

Ensanchó los labios en una sonrisa diabólica y juguetona, al tiempo que me palmeaba la espalda con brío, provocándome una tos intermitente.

—Ya verás, Jake, ¡nos lo vamos a pasar de putísima madre! *Striptease*, apuestas en el casino, alcohol, luces, espectáculo… ¡Ya estás tardando en preparar las maletas!

Una vez en casa, deposité como de costumbre las llaves en la cajita del recibidor y acariciar a Boliche mientras se enroscaba como una culebra a mis pantorrillas, nuestro avispado gato persa de espeso pelaje gris, casi azulado, el cual fue adoptado de un albergue tras centenares chantajes emocionales por parte de Dakota del tipo: «¡Ohhh! Mira, *zi ez* taaaaan mono, tiene *unoz bigotitoz* y *esoz ojitoz verdez*, *igualitoz* a *loz* de mamá…». Y así estuvo erre que erre, dándome la vara durante una semana enterita, de día y de noche, de noche y de día. En el desayuno, en la comida, en la merienda y en la cena, de camino al cole, de vuelta de las clases de teatro, mientras le enjabonaba la espalda en la ducha, mientras le contaba un cuento, mientras le apagaba la luz de la lamparilla de noche... Hasta que, al final, claudiqué ante su nuevo capricho.

¡Sí! Ejem. No hace falta que pongas los ojos en blanco ni esa cara de: «Menudo tipo más blando». Porque yo ya lo sé, me bajé los pantalones hasta los tobillos, pero no porque me diera lástima el felino en cuestión, ni las reticentes menciones a los gatunos ojos de Megan, su madre,

quien falleció cuando ella ni siquiera había cumplido el primer año de vida. Y, por ende, era del todo improbable que tuviera el mínimo recuerdo suyo.

Consentí para no oírla, nada más, para que dejara de taladrarme más el cerebro y para recuperar la normalidad de nuestras vidas.

Y ahora, después de dos años, reconozco que no fue tan mala idea, pues al animal, a pesar de haberse cargado los bajos del sofá recién estrenado, de dejarme sin zapatillas de estar por casa y de soltar más pelo que Chewbacca como si sufriera la alopecia areata[2] de los humanos, lo quiero como si fuera uno más de la familia.

¡Marramiáu!

—Hola, chicos… Ya estoy en casa. ¿Llego a tiempo para los postres?

—Llegas a tiempo para cenar, si te apetece, Jake. Siéntate, hombre —propuso mi padre apuntando con el tenedor a una de las dos sillas de madera que había libres.

—Hola, cielo. —Besé a mi hija en el pelo antes de ocupar mi sitio a su lado y desdoblar una servilleta para colocarla cubriendo mis muslos, y así evitar manchar los tejanos con la salsa del guiso. Porque en esa casa, en mi casa, se acostumbraba a cenar salseo… y ¡no me refería solo a la comida!

—¡Hola, papi! —Sonrió risueña, y yo me contagié de su preciosa sonrisa *ipso facto*.

Nos miramos cómplices y en seguida me di cuenta de que el abuelo había vuelto a hacer de las suyas, dedicando parte de su tiempo de jubilado cascarrabias a hacerle un par de trenzas de raíz, enmarcando de esa forma su dulce cara en forma de corazón.

Suspiré.

Mi nenita estaba para comérsela de lo bonita que era, pues cada día se parecía más a su madre; era casi una calcomanía en versión liliputiense.

—¿Novedades?

—Sí, Thomas, las hay.

Miré por el rabillo del ojo a mi padre y enarqué una ceja perfecta al tiempo que pinchaba con el tenedor un generoso cacho de ternera de la fuente de porcelana y lo bañaba con un poco de salsa con la cuchara sopera.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Porque te conozco desde hace treinta y cuatro años y, aunque no te tuve en mi vientre durante nueve meses, puedo afirmar y afirmo categóricamente que te conozco como si te hubiese parido yo mismo. —Alzó milimétricamente el mentón e hinchó un poco el pecho, inmodesto. Fue un gesto casi imperceptible para otros. Sin embargo, al igual que él, yo también le conocía a la perfección—. Reconocería tus estados de ánimo incluso con los ojos vendados, tan solo con el tufo que desprenden cada uno de ellos.

—¿En serio? Hostias, sorpréndeme.

Mi padre soltó una sonora carcajada y yo insistí.

—Y según tú, ¿qué novedades son esas?

—Soy observador, no vidente. ¡No te confundas, hijo!

Corté un trozo de carne con la afilada hoja del cuchillo y me lo llevé a la boca para saborearlo

antes de que se enfriara del todo y quedara duro como la suela de mis botas de vaquero de media caña, hechas artesanalmente con la mejor piel vacuna envejecida a la piedra en la tienda General Store del centro del pueblo.

«¡Mmmm, Dios! Joder, pero qué bueno está el guiso».

Y es que mi padre cocinaba como los ángeles. Por el contrario, tenía un mal genio como el mismísimo Satanás cuando se le apagaba el fuego de la barbacoa. Como te he comentado, el patriarca de la familia fue bendecido con una mano de santo para hacer de cocinillas, pero también para el cuidado de los niños, en especial del cuidado y la educación de mi Dakota.

—He estado en el bar de Mason… con Roy.

—¡Ahhh, comprendo! De ahí la peste a alcohol que echa para atrás. ¿Cuántas cervezas han caído esta vez, Jake?

—Thomas…

—¿Sí, Jake?

Le señalé a Dakota con la cabeza, advirtiendo a mi progenitor de que no estábamos a solas, que la enana estaba delante y, aunque en ocasiones parecía no estar de cuerpo presente sino sumergida en su mundo de fantasía de Barbie campesina con su camisa de cuadros, su mono tejano y su tractor rojo a juego, siempre se quedaba con la copla.

Además, ¡qué carajo! Aún era demasiado pequeña para implicarla en conversaciones de adultos, y mucho menos de esa índole.

—Solo quienes tienen cosas que ocultar tienen miedo a ser reveladas.

—¡Vamos, papá, no me fastidies!

Alargué el brazo para llegar a la cestita de mimbre hecha a mano por mi difunta madre y coger un trozo de pan, cuando este, ni corto ni perezoso, se me adelantó, alejándola de mi lado para que no accediera a ella.

—Me habías prometido que no ibas a oler el alcohol etílico ni siquiera para hacerle las curas en las rodillas a tu hija cuando se cayera de la bici.

—Lo sé, soy consciente de ello. Te hice una promesa que, por mi parte… ¡no creo haberla roto!

Thomas achinó los ojos como si le estuviese vendiendo la moto.

—Jake, a estas alturas no me vengas con cuentos chinos, que hace décadas que no me chupo el dedo. O solo si hay salsa en ellos.

¡Caray! A ver cómo salía airoso de ese embrollo en el que me había metido yo solito.

—Ya te dije que Roy está en candeletas, que está nervioso por estar a las puertas de contraer matrimonio con Nancy. Y… que…

—¿Y qué? —insistió, cortante.

—¡Pues eso, joder!

—Abuuuuu… ¡Papi, ha dicho una palabrota! —gritó ella escandalizada, como si hubiese pisado a una puta hormiga, de esas que tanto preserva con su vida.

Y para tu información «Abu» era el diminutivo de abuelo y la forma cariñosa con la que Dakota se dirigía mi padre.

—¡Joder no es una palab…!

No quise acabar la frase, pues la palabra «joder», a pesar de tener varios significados según el diccionario de la Lengua, sí que resultaba inapropiado para unos oídos tan tiernos, los cuales ahora mismo estaban cubiertos por sus manitas.

¡Mierda, joder! A medida que pasaban los minutos en esa puñetera casa propia de la Inquisición, más lo enmierdaba todo.

Miré a mi padre, quien no cesaba de negar con la cabeza, y luego a mi hija, quien se estaba volviendo azul al haber dejado de respirar. ¡No te rías, que te veo! Eso es lo que tienen los niños, que cualquier nimiedad la magnifican hasta límites insospechados. Y mi hija tenía muchas cosas buenas, entre ellas que era súper expresiva, espontánea y divertida. Algo que hacía las delicias de una vida más placentera, a pesar de las injusticias que te van haciendo la zancadilla, un día sí y otro también.

—*Debez* echar una moneda de cinco *centavoz* en mi cerdito.

Abrió la boca para amonestarme sin pudor y yo lancé una mirada cargada de afilados puñales hacia Thomas, pues él solía ser el responsable del ochenta por ciento de la educación de Dakota. Y estaba claro que estaba creando un monstruo; adorable, sí, pero un monstruo a fin de cuentas.

—Vaaaaale, cielo, vaaaaale. Luego echaré esa puñ… esa monedita.

Le sonreí para sellar así mi propósito. Sin embargo, no satisfecha con mis palabras, insistió.

—Ahora, papi.

Me puso el culo en pompa del cerdito hucha en la cara, obligándome a hurgar rápidamente en mis bolsillos y así poder cenar en paz de una vez, rezando por que ambos dejaran de quejarse cada uno a su manera. Uno por las cervezas y la otra por los tacos.

Pronto cacé con los dedos una moneda de un dólar.

—¡Ala! Para que estés contenta.

Dakota abrió los ojos de par en par, como si hubiese hallado un tesoro en el interior de un barco pirata en medio del océano.

—*Ezo ez* mucho, ¿verdad? *Ezo ez* máz grande que la moneda de cinco *centavoz*.

—Sí, es un dólar, cielo. Y es el precio justo por tooooodas las palabrotas que no habéis oído salir de mi boca pero que sí que he gritado dentro de mi cabeza.

—¡¡Jake, ya vale!! —ladró mi padre, y dio una palmada a la mesa.

—Tienes razón, Thomas. —Friccioné con fuerza los labios y le lancé una mirada desafiante—. ¡Ya vale, papá! Porque… solo han sido un par de cervezas… ¡No hagas sentirme un put… borracho!

Justo en ese momento sentí unas irreprimibles ganas de levantarme de la silla, salir al jardín y fumarme un pitillo. Eso sí, ¡a menos que el maldito tribunal de la Inquisición que tenía ante mí considerara que era un solemne insulto para los allí presentes!

—¿Te vas?

—Pues va a ser que sí. Porque… mira tú por dónde, de golpe se me han quitado las ganas de cenar… —refunfuñé por lo bajo y dejé caer la servilleta sobre la carne a medio comer, consintiendo que se pringara del mejunje amarronado. Sin siquiera reparar en mi padre que

seguía sentado frente de mí, al otro lado de la mesa y sin quitarme el ojo de encima—. Voy a estirar las piernas y, de paso, que me dé un poco el aire.

Sin mirar atrás, ignorando sus gruñidos, emprendí el camino hacia el patio trasero, atravesando la cocina a grandes zancadas y deslizando después la puerta corredera de acceso al exterior.

Afuera la luna se alzaba osada en medio de un manto negro salpicado de brillantes estrellas; la calma y el silencio casi se podían acariciar con los cinco sentidos. Puede que otra cosa no, pero la paz que se sentía en cada poro de la piel en ese momento era inenarrable. No tenía en absoluto nada que envidiar al zumbo inagotable que las grandes ciudades sedimentan en tu subconsciente: una maraña tóxica de ruido, vicio y caos.

Todo ello a pesar de que hubiera ocasiones en las que echara de menos esa vorágine de confusión, de estrés y de tener el pulso de la vida en las venas.

No habían pasado ni diez minutos cuando Thomas hizo acto de presencia.

—¿Me enciendes uno?

Le miré de soslayo y solté un lánguido suspiro antes de prender el mechero y encender un cigarrillo.

—Toma.

Cuando se lo llevó a los labios y dio la primera calada, reparé mejor en mi padre. En su pelo cano, en sus facciones marcadas, en la flaccidez de su piel, en sus profundas y gruesas arrugas, surcando mapas en la frente, alrededor de los ojos, la boca y el cuello, narradora de innumerables vivencias a lo largo de su vida, evidenciando que el paso de los años y la dolorosa pérdida de mi madre habían hecho mella en él, en su aspecto físico, y también en su alma.

Y sí, se había hecho mayor sin apenas darme cuenta. Setenta y tres años empezaban a no ser moco de pavo ni ninguna broma. Había envejecido, pero yo, en ocasiones, aún seguía sintiéndome un crío a su lado.

—Debes empezar a aprender a domar esos jodidos impulsos que al final te van a traer por el camino de la amargura, Jake.

—Oye, Thomas, hazme un favor y ahórrate tus consejos.

Le oí renegar como un toro embravecido antes de expulsar el humo y dar una nueva calada. Más tarde pisó la colilla con la suela de los zapatos y colocó una mano en mi hombro derecho.

—¿Ya tienes pensado cómo te las apañarás con tu hija cuando yo ya no esté?

Apretó la yema de sus dedos dando más énfasis a sus palabras, y yo no pude evitar estremecerme de pies a cabeza. Juro por lo más preciado de mi vida, mi hija, que se me erizaron todos los pelos del brazo y no precisamente a causa del frío de la noche.

—Piensa en ello, Jake. Deberías pensar en ello.

Y antes de que pudiera rebatir esa certeza, esa verdad a gritos, Thomas entró en casa, dejándome con un regusto amargo en la garganta y un doloroso y retorcido nudo en el estómago. Pues hasta ese preciso instante ni siquiera me había detenido a planteármelo, ni se me había pasado por la cabeza por la sencilla razón de que, para mí, mi padre, el «Abu», siempre había sido inmortal, en plan un súper héroe americano, un ser invencible.

¡Me cago en Dios! Era mi padre… Y me di cuenta de que sí, que era mortal.

[2] *La alopecia areata es una enfermedad que consiste en la pérdida del pelo en una zona focalizada del cuerpo, generalmente en áreas redondeadas y de tamaño pequeño del cuero cabelludo o de la barba.*

5
El Padrino

(Francis Ford Coppola, 1972)

ALEXANDRA SIMMONS

Me colgué del brazo de mi padre, Albert Simmons, quien lucía el pecho más inflado que un pavo real sin poder dejar de trazar una amplia sonrisa de oreja a oreja en su deslumbrante rostro de pleno júbilo, ya que su hija primogénita, su ojito derecho, como solía él llamarme, estaba a punto de convertirse en la mujer de Harris Mars, ¡de Harris Mars!

Supuse que era muy probable que estuviera echando cuentas de cuándo le daríamos un nieto para colmar su vida de chupetes, pañales y potitos de fruta; pues, a diferencia de mi madre, a él siempre le había visto caérsele la babilla ante los pequeñuelos de la familia.

Así pues, allí nos hallábamos, junto a los mismísimos portones del Hillsong Church, con los nervios a flor de piel y las emociones desbordadas a tutiplén. En torno a unos cuatrocientos invitados aguardaban con anhelo la entrada de la novia a la Casa de Dios al compás de la Marcha Nupcial de F. Mendelssohn hacia el altar donde esperaba el flamante novio. Pero no ocurriría fielmente así, sino que caminaría al lado de mi padre cogida de su brazo. Eso sí, pero al son de la melodía de *May it be* de Enya (banda sonora de *El Señor de los Anillos*).

Y ahora es de recibo abrir comillas y hacer un inciso para explicar que mi Harris era fan indiscutible de esa épica saga y también de todas las sagas de fantasía del mundo mundial. En resumen: un auténtico friki o *fandom*[3] (con pedigrí y todo), pues además de tener una más que apreciable obsesión paranoica compulsiva del cual era un especialista, era intimísimo amigo del bloguero Señor Bueno, quien en 2006 organizó la celebración del primer Día del Orgullo Friki a través de internet.

Creo que con ese inciso te puedes llegar a hacer una ligera idea de hasta dónde llegaba su nivel de frikismo… ¡Ejem!

Retomando el hilo…

Los primeros acordes empezaron a recorrer todos los escondrijos de la iglesia evangélica, trepando por los muros hasta los altos techos abovedados, enroscándose en los pilares de piedra y lisonjeándonos los tímpanos con exquisitez.

—¿Lista, mi princesa?

—¡Ay, papá…! Sujétame fuerte, no quisiera tropezar… Estoy muuuuuy nerviosa. Qué digo nerviosa, ¡estoy *atacá*!

—Todo va a salir bien, cariño, ya lo verás. —Me guiñó un ojo y yo atenacé un suspiro.

Si me ponía más ansiosa de lo que ya estaba, amenazaba con echar la pota a pesar de tener el estómago completamente vacío, ya que, por más que lo había intentado, no había sido capaz de probar bocado en todo lo que llevábamos de día. Y entonces pensé que quizás mi padre podía tener razón y que nada podría arruinar mi boda, pues todo se había ultimado hasta el más mínimo detalle sin dejar nada al azar. Con que, ¿qué podría enturbiar ese sentimiento de bienestar, de felicidad extrema, de jolgorio y entusiasmo generalizado? *Nothing.*…

Mirara por donde mirase, distinguía caras irradiadas por la dicha y no exclusivamente por el bótox, pues un enlace de esa índole es lo que tiene, que el universo entero parece confabularse en abandonar las penalidades por unas horas y soñar a lo grande, festejando como si no hubiese un mañana. Opuestamente a un funeral, pues el sentimiento predominante por excelencia es la melancolía, aderezado a aquello de: «¡Qué lástima, con lo buena persona que era; que el señor lo tenga en su Gloria!». ¡Sí, claro, que le dé cobijo en la puñetera Gloria, aun habiendo sido un asqueroso hijo de perra! Y créeme cuando te digo que hay muchos de esos por la viña del Señor: en vida son unos hijos de Satanás y muertos, bueno, una vez han cruzado al otro barrio, jamás he comprendido por qué los convertimos por arte de magia, o a golpe de ignorancia, en unos angelitos rechonchos y con cara de no haber roto nunca un plato.

¿Por dónde íbamos? ¡Ah, sí, es verdad! Disculpa, que me disperso con bastante facilidad...

Íbamos recorriendo el alfombrado paso que se abría entre los bancos de madera y las indiscretas miradas. Miré por el rabillo del ojo y vi caras artificiales, recogidos imposibles y excéntricos tocados, sesiones de rayos UVA y retoques de bisturí a diestro y siniestro, y el color negro como elemento predominante entre los trajes de alta costura.

¡Uf! Al fin había llegado el momento de la verdad. Si decidía dar media vuelta y salir por patas de allí, era ese el momento y no otro. Así pues, me aferré con firmeza al brazo de mi progenitor, henchí el pecho, cerré los ojos y dejé escapar poco a poco el aire de mis pulmones. Y, cuando me dispuse a abrir los párpados de nuevo, supe que había avanzado lo suficiente como para unir mi mirada con la de Harris en la distancia.

Creo recordar que fue justo ese *impasse* entre el querer huir o querer quedarme para casarme con él. Indiscutiblemente, elegí la segunda elección.

Al llegar a su lado, mi padre, después de darme un candoroso beso en el pómulo, me entregó a él, con suma delicadeza, como quien entrega lo más preciado que hay sobre la faz de la Tierra y temiera que se rompiera al hacerlo.

Una vez a solas, Harris y yo no pudimos evitar mirarnos cómplices al tiempo que nos sonreímos mutuamente.

—Hola, preciosa.

Me tendió la mano con galantería y yo se la cedí, entrelazando mis dedos con los suyos, ahuyentando así todas las dudas, por si aún permanecía alguna por ahí rezagada.

Sonreí.

—¿Estás lista para convertirte en mi mujer? —me susurró ronco en mi oído.

—Sí —asentí y noté cómo mis ojos se anegaban raudos de lágrimas.

—Estás guapísima, cariño.

Cauto, quiso sellar sus labios con los míos, obsequiándome con un beso de esos tan castos que apenas noté su aliento. Cero saliva, lengua y dientes. Con apremio, un carraspeo insistente y quejumbroso, nos sesgó de cuajo las tímidas pretensiones que adolecía ese inocente acto, más propio del patio de un colegio que de dos personas adultas.

—Hijos míos… No se olviden que estamos en la Casa del Señor. Y que el beso deben reservarlo para el final, una vez sean ustedes marido y mujer.

—Disculpe, disculpe. —Tosió Harris en un puño ocultando las inconmensurables ganas que tenía de reírse por esa solemne tontería.

¿Acaso era creíble que el clérigo no sabía que, a estas alturas de la película, Harris y yo nos sabíamos nuestros cuerpos de memoria? ¿Que en esos siete años de noviazgo nos habíamos fornicado del derecho y del revés?, ¿a la pata coja y a la gallinita ciega?, ¿aquí te pillo, aquí te estampo y te la meto hasta las trompas de Falopio?

Miré hacia otro lado para ocultarle que estaba mordiéndome el labio inferior, pues me temblequeaba de las ganas que tenía de soltar una carcajada.

Y, sin perder más tiempo, el sacerdote dio la bienvenida a los allí presentes para empezar cuanto antes con la liturgia de la palabra con la lectura *Las cartas del apóstol San Pablo.* Tras leer un par de pasajes del Evangelio, sin explayarse demasiado, concluyó con la homilía. Una vez finalizada, dio comienzo la celebración del matrimonio propiamente dicha, justo esa parte tan emotiva y tan bonita del programa.

—¿Venís a contraer matrimonio sin ser coaccionados, libre y voluntariamente?

—Sí, venimos libremente —afirmamos al unísono.

—¿Estáis decididos a amaros y a respetaros mutuamente, siguiendo el modo de vida propio del matrimonio, durante toda la vida?

—Sí, estamos decididos.

—Sí, lo estamos —asentí con la voz trémula y con los ojos llenos de lágrimas.

Inspiré hondo, estaba tan nerviosa e inquieta que, involuntariamente, me empezaron a temblequear las piernas simulando estar coreografiando el baile de San Vito. ¡Dios mío, incluso los pétalos del ramo parecían haberse transformado en simple gelatina!

—Unid vuestras manos y manifestad así vuestro consentimiento ante Dios y ante su iglesia.

De esa forma lo hicimos. Ambos nos sostuvimos de la mano derecha y nos miramos fijamente a los ojos. Harris aprovechó mi aturdimiento para acariciarme los nudillos, confiado en relajar mis ánimos.

Con un leve cabeceo, el sacerdote determinó que nos tocaba el turno a nosotros, tal y como habíamos ensayado días antes.

—Yo, Harris Mars, te quiero a ti, Alexandra Caroline Simmons, como esposa y me entrego a ti. Y prometo serte fiel en la prosperidad…

¡Bip! ¡Bip!

Repentinamente, el tintineo de una notificación de iPhone se advirtió a solo unos metros de distancia de nosotros. Busqué con la mirada en esa dirección al impertinente que había olvidado

silenciar el aparato, cuan halcón otea a su presa desde el cielo antes de lanzarse en picado.

—Y prometo serte fiel en la…

¡Bip! ¡Bip!

¡Pero bueno!

Arqueé una ceja y escudriñé a conciencia la iglesia de cabo a rabo para descubrir quién había tras ese ultraje y asesinarlo al salir. Cuál fue mi sorpresa que la cosa no quedó ahí; no, qué va. Al alzar la vista a los asistentes, me di cuenta de que varios prestaban suma atención a las pantallas de sus dispositivos. Y empezó a entrarme todos los males cuando el número de afectados iba *in crescendo* a marchas forzadas.

Pero, ¿qué diantres estaba pasando? ¿qué era eso que no podían dejar de mirar? ¡La fiesta estaba en el atril, no allí!

¿Un meme? ¿Era eso? ¿Acaso ardían las redes sociales debido al último meme protagonizado por el pelo a lo Piolín de Donald Trump? ¿O se había desplomado el Dow Jones en Wall Street? ¿O Julio Iglesias volvía a ser padre por décima vez?

¿Qué? ¿Quéeee? Pero, recórcholis, ¿qué era lo que estaba pasando?

¡Bip! ¡Bip! ¡Bip!

¡Bip! ¡Bip! ¡Bip! ¡Bip! ¡Bip!

¡Bip! ¡Bip! ¡Bip! ¡Bip! ¡Bip! ¡Bip! ¡Bip!...

Contemplé bocas abiertas de par en par del palo: «Me niego a creer lo que estoy viendo». «Si no lo veo, no lo creo». «Pero, ¿es esto cierto?».

A medida que transcurrían los segundos, más aumentaba el número de presentes que, atónitos, observaban sin ningún tipo de cautela a la pantalla de sus teléfonos. Vertiginosamente, un murmullo generalizado empezó a propagarse como la peste por todos los recodos del lugar, sin dejar ninguna esquina, pasillo o altillo por profanar.

¡Nonononononono! ¡No podía estar pasándome esto! ¡No en el día más feliz de mi vida! ¡Me negaba en redondo!

¡Bip! ¡Bip!

—Pero, ¿qué cojones? —prorrumpió Harris cuando le vibró la tela del bolsillo izquierdo del traje, ¡señal inequívoca de que a él también le habían enviado el dichoso mensajito de las narices!

Introdujo la mano con el propósito de acabar cuanto antes con la incertidumbre y el desconcierto divulgado. Sin embargo, llegó tarde, pues el chillido encolerizado de mi amiga Nicoletta, nos dejó a todos conturbados.

—¡Alto! ¡Altooooo! ¡Paren la boda! ¡Hoy aquí no se casa ni el tato!

Y como si de una aparición mariana de esas que miles de adeptos juran haber presenciado se tratara, vi casi levitar a grandes zancadas la distancia que a ambas nos separaba (móvil en mano, que no se me olvide), alzándolo por los aires como si acabara de lograr una medalla olímpica, o el Santo Grial, o la prueba fehaciente de que existe vida en otros planetas o… ¡de que Michael Jackson no era negro de nacimiento y a todos durante décadas esa afirmación nos la habían hecho comer con patatas! Y plantarse delante de mí, entre Harris y yo.

—¡Alex, cielo! ¡Sepárate ahora mismo de ese farsante! ¡Ya!

—¿Qué? ¿qué demonios estás diciendo? —balbuceé estupefacta, sin dar crédito a todo lo que estaba ocurriendo a mi alrededor.

Era todo tan surrealista que por un momento creí estar viajando a bordo de uno de los camarotes del Ocean Liner, cruzando el Atlántico entre Europa y América, en la película *Un día en la ópera* de los hermanos Marx, ironizando de forma exagerada sobre cuántas personas podían caber en un camarote de crucero.

—¿Se te han cruzado los cables? ¿Te has fumado algo? ¡¡¿Has perdido la puñetera cabeza?!!

A todo eso, cabe añadir que el mismísimo sacerdote se había esfumado de la escena del crimen, dejándonos solos a nuestra suerte y con un palmo de narices.

—¡¿Qué coño te crees que estás haciendo, Nicoletta?! —le rugió Harris, acalorado y rojo como un pimiento, aflorando un pelín su temperamento más agresivo. Ese que, hasta ese momento, una servidora desconocía.

—¿Y tú? —Se envalentonó ella sin miramientos—. ¡¿Qué te crees que estás haciendo, Harris?!

—¿Acaso esto es un puto juego infantil de palabras? ¿Ahora lo digo yo y después tú? —se jactó mi prometido malhumorado.

—*Non voglio più parlare con te, vaffanculo!*

Nicolleta, ni corta ni perezosa, primero lo insultó y luego me mostró a mí su móvil, acercándolo a mi cara en un arrebato de locura.

—¡Mira el vídeo, Alex, porque te aseguro que no tiene desperdicio!

—¡¿Qué cojones es eso?! —insistió él fuera de sí—. Cielo, ni le escuches. Pero, ¿acaso todo el mundo se ha vuelto loco? ¡¡¡Nicoletta, estás mandando a la mierda nuestra boda!!!

—*Stronzo!*… ¡Aquí el único que lo ha mandado todo a la mierda eres tú!

Y, dicho eso, Nicoletta me plantó el móvil delante de las narices y no tuve más remedio que visualizar un vídeo en formato casero que, dicho sea de paso, se había grabado en muy baja calidad y bastante falto de nitidez. Al momento, la imagen que proyectó la pantalla era la de un hombre y una mujer semidesnudos y fornicando salvajemente sobre una inestable mesa de escritorio; me dejó patitiesa *in situ*.

—¡Oh, sí! —gritaba ella— ¡Más fuerte! ¡Más! ¡No pares, por tu padre!

—¿Así? Así es como te gusta que te folle, que te la meta hasta el fondo, ¿verdad?

—¡Síííií! ¡Oh, Dios mío! ¡Sí, sigue, sigueeeeee!

Te prometo que incluso creí oír el golpeteo de los testículos chocando contra el pompis de esa mujer, entremezclado con los sonidos y jadeos guturales de ambos.

¡Madre del amor hermoso! Juro que la escena en sí era de lo más sicalíptica… Sentí vergüenza ajena, pero, por más que trataba de dejar de mirar, había algo que me obligaba a seguir observando esa cinta.

—Alex… mi niña… pobrecita… —Oí mascullar a mi amiga.

Y por mi madre que hubo un segundo, uno larguíiiiiisimo, en el cual todas las piezas del puzle empezaron a encajar. Abrí los ojos como platos al descubrir la identidad de uno de los protagonistas de esa pornográfica autoría (por describirlo de la forma más delicada posible). Y

creí morir cuando, tras fijarme mejor en su culo (porque la cara quedaba oculta), advertí el relieve de un tatuaje, uno que era calcadito al que Harris se había dibujado en su lumbar derecho por estética, para cubrir una fea marca de nacimiento. Más concretamente: un *baby* Yoda (debido a su gran fanatismo a la saga *Star Wars*); un grabado que le diseñaron en exclusiva para él; ¡solo para él…!

Negué con la cabeza, negué una y otra vez. ¡No, no era posible! Harris nunca me engañaría con otra mujer. ¡No! ¡¡Él nunca me traicionaría así!!

—¡Trae!

Harris arrebató de las manos el teléfono de malas formas y trató de eliminar el vídeo, sin éxito. Todo el mundo allí presente ya lo había visionado.

—¡¿Cómo has podido hacerme esto… hacernos esto?!

—¡Noooo, no, cariño! No es lo que parece… Te lo juro.

Se aproximó a mí en dos zancadas y quiso cogerme la cara entre las manos.

—¡¿Cómo puedes ser tan cínico, Harris?!

Retiré por un momento la vista y tragué saliva con aspereza. Todo aquello me estaba sobrepasando, porque si había algo que detestaba en esta vida era la mentira.

—¿Acaso niegas que el del vídeo seas tú?

—Alexandra… ¿No te das cuenta de que me han tendido una trampa?

—Pues no parece que te estuvieran forzando mucho que digamos… —protestó Nicolleta, inmiscuyéndose a mis espaldas.

—Lo siento, ¿qué más puedo decir? —Me cogió de la mano, aunque yo traté de soltarme de un tirón. El contacto de su piel me quemaba—. Que he metido la pata hasta el fondo.

—Y el lomo embuchado también… —farfulló mi amiga por lo bajini, con la boca chica.

—¡¡Nicoletta!! —Ambos gritamos al unísono y la fulminamos con la mirada.

—Vaaaaale, vale… —Alzó las palmas de sus manos acatando la indirecta—. Me alejo unos metros para dejaros respirar, pero solo un poco, ¿eh, Harris? ¡No te vayas a alegrar más de la cuenta…, *ratto!*

La vi llevarse los dedos a los ojos en una señal amenazante y después soltar por la boca: «*Ti tengo d'occhio*», que en nuestro idioma es «Te estaré vigilando»; y se apartó solo lo imprescindible, como había prometido que haría.

—No te reconozco, Harris.

Empecé a hablar, pactando conmigo misma para reprimir las lágrimas a duras penas, pues no tenía intención de que él me viera llorar, y menos así, por su mala cabeza y por su falta de hombría y de fidelidad. Y… ¡maldita sea! Odiaba con todas mis fuerzas sentirme frágil ante él, o ante cualquiera; sin embargo, no lo conseguí. Fundamentalmente porque me sentía tan rota por dentro que comprendí que me llevaría muchísimo tiempo recoger todos los pedazos de mí misma e intentar recomponerlos uno a uno para volver a confiar en alguien algún día.

—Harris, acabo de darme cuenta de que nunca me has querido.

—¡Oye, eso no es verdad! Yo te quiero, mi vida. Lo eres todo para mí.

En serio, parecía tan frustrado, tan arrepentido, tan desvalido… Pero insisto, solo lo parecía.

Y en ese instante, mi padre se acercó con toda su buena fe, para tratar de mediar entre nosotros, pero yo se lo impedí. Traté de hacerle entender con la mirada que necesitaba lidiarlo a mi manera y lo respetó, tras murmurar algo entre dientes, haciéndose de nuevo a un lado y dejándonos nuestro espacio. Luego, miré de soslayo a mi madre quien parecía haberse quedado en shock.

—No sé cómo vamos a superar esto, pero sí que lo lograremos juntos —Harris volvió a la carga.

Enjugó con el pulgar varias lágrimas que bañaban mis mejillas, como siempre lo hacía cuando había llorado, y lo oí suspirar. Casi desfallecí al echar la vista atrás y recordar todo lo que él había significado para mí. Traté de dejar a un lado los buenos recuerdos vividos a su lado que, como chispazos, irrumpieron en mi mente. Los recuerdos duelen, duelen demasiado.

Por ese motivo, debía mantenerme firme y fuerte, pues un error de ese calibre era difícilmente remendado. Las cagadas así son de mal curar, pues con el paso del tiempo, con la falta de confianza, ante cualquier tropiezo o malentendido, puede soltarse un punto e infectar la herida, supurando dolor, rencor y rabia reprimida.

—Harris, no vamos a superar esto juntos. ¡Ni ahora, ni nunca! —le advertí tajante y aparté las manos de mi cara sin demasiada delicadeza por mi parte, con firmeza y tratando de concentrarme en respirar muy despacio para no desmayarme de un momento a otro.

Sentí cómo todo mi mundo, ese que había creado, alimentado y afianzado durante esos siete años en torno a su figura, se había construido bajo los cimientos de una gran mentira. Y… la mentira es una sombra que suele perseguirte allá donde vayas, por más que trates de esconderte. La mentira siempre te encuentra para destruir toda tu realidad.

—¿No hablarás en serio? —Friccionó los labios y negó con la cabeza sin dar crédito a mis palabras—. Vamos, Alex… ¿Vas a tirar por la borda tantos años de pareja?

—Te recuerdo que no he sido yo la que lo ha mandado todo al garete, que eso nunca se te olvide. ¡Yo no me he tirado a otro, sino tú!

Ni siquiera perdí el tiempo a esperar su defensa. Me coloqué estratégicamente de espaldas a los invitados e hice algo que desde que era una mocosa había soñado materializar. La verdad, no de la misma forma que hubiese deseado. Pero, a fin de cuentas, lo cumplí: lanzar mi ramo de novia.

Cerré los ojos, respiré hondo y entonces fue cuando el *bouquet* de peonías y rosas de pitiminí voló por los aires y fue cazado por Grace Howard, una solterona de toda la vida que tenía más años que Matusalén.

—¿Nos vamos, Nicoletta?

Le hice un gesto cómplice a mi amiga con la cabeza, me recogí el bajo del vestido para no pisarlo y me colgué de su brazo mientras hacía oídos sordos a los desgarradores gritos de Harris y a las vocinglerías de mis padres yuxtapuestas con la de mis suegros y el baño de multitudes a mis espaldas.

—¡Así se hace, Alex! No des amor a quien no se lo merece, ni perlas a los cerdos.

La miré de soslayo y sonreí.

Mi amiga del alma siempre dando justo en la diana y sin desviarse un puñetero milímetro. Entonces, en aquel momento, me dio por pensar en lo irónica que es la vida y en los reveses que

te pega. Así, golpeando a diestro y siniestro, como quien no quiere la cosa.

Yo, que me consideraba dentro de ese porcentaje de personas crédulas e inocentes, de esas que confían en su pareja con los ojos vendados y de las que ponen la mano en el fuego sin temor a quemarse, acababa de abrir los ojos a base de bofetadas de decepción.

Y sí, me sentía enfadada e indignada y en parte había perdido la ilusión por haber creado tan altas expectativas hacia alguien que no las merecía.

---

[3] *Fandom (formado por la voz fan y el sufijo -dom)*[1] *es un término de origen anglófono procedente de la contracción de la expresión inglesa «Fan Kingdom» (Reino Fan), que se refiere al conjunto de aficionados a algún pasatiempo, persona o fenómeno en particular. Un término equivalente en español es fanaticada*[2] *o afición.*

6
Gran Torino

(Clint Eastwood, 2008)

JAKE MAVERICK

Equipaje preparado en el maletero de mi Gran Torino verde del 72, el legendario *muscle car*, un clásico de toda la vida y una leyenda para los amantes del motor, como bien atesoró Clint Eastwood en la película homónima. Mi Ford tenía la misma franja lateral de color blanca, calzaba los mismos rines Magnum 500 y lucía la misma parrilla de forma ovalada en el frontal. Aún no había nacido quien no se girase al verlo pasar, o incluso echarse unas fotos para subirlo a las redes. Y, en parte, me declaro culpable, pues siempre lo llevaba recién encerado, como si acabara de salir de un túnel de lavado. Toda una auténtica preciosidad, aunque suene un término desmedido por mi parte.

Dicho de otro modo, ese fue mi caprichito cuando las ganas de vivir me pasaron de largo, cuando, en los años más dulces de mi matrimonio con Megan, ella me abandonó y con su muerte se fueron al traste todas nuestras ilusiones y todos nuestros planes más inmediatos, como, por ejemplo, el de dar un hermanito a Dakota; o ese de construirnos la casa de nuestros sueños, ladrillo a ladrillo; o el de forjar un futuro juntos: nuestra propia familia.

Bien sabe Dios que, de no haber sido porque me debía al cuidado de un bebé de pocos meses de vida, alguien que me necesitaba más que a nadie en el mundo y a un padre tan terco como la mula Francis (quien no me permitía apenas respirar para impedir que me hundiera en la mierda), habría tirado la toalla cuando me descubrí, de la noche a la mañana, inmerso en una oscura quimera.

Y no te creas, porque al recordarlo me avergüenza incluso admitir de que fui débil, que sucumbí a eso de elegir el camino más corto, el del atajo del fraude, disfrazando la verdad. Me dejé tentar por el alcohol, por el único aliado que creí encontrar cuando la soledad me asfixiaba, me estrangulaba y los recuerdos me atormentaban de día y de noche, por aquello de lo que pudo y al final no fue.

Me hundí, literalmente. Me enterré vivo en una profunda fosa, oscura, húmeda, fangosa; una que yo mismo cavé con mis propias manos hasta dejar allí abandonada mi alma. Afortunadamente eso ya era agua pasada; con el paso de los años he conseguido limar ciertas espinas de dolor que se habían clavado por todo mi cuerpo.

Dicen que el tiempo lo cura todo, aunque, si me permites, yo discrepo. El tiempo no sana, simplemente cubre la mierda existente para lograr concurrir en un equilibrio entre el pasado y los

recuerdos para hacer el presente menos… insufrible.

Cerré el maletero con un golpe seco, miré a Dakota, me acuclillé para estar a la misma altura y me perdí en sus profundos ojos verdes.

—Haz caso de todo lo que el abuelo te diga.

Ella asintió con brío y sus dos coletas de caballo amarradas por lazos amarillos danzaron alegremente.

—Cómete todas las verduras y cepíllate los dientes antes de acostarte cada noche.

—Zí, papi.

—A ver esas manos… —torcí el gesto—… que ya nos conocemos y sé que eres una listilla. Venga, muéstrame esas manos, no vayas a cruzar los dedos y luego hacer lo que te venga en gana.

Las sacó de los bolsillos de la chaquetilla de hilo y luego las plantó delante de mi cara, al tiempo que oí un carraspeo procedente de mi padre.

—Sigo de cuerpo presente, hijo. No hables como si yo no estuviera delante —se quejó—. Creo que soy lo suficientemente mayorcito como para encargarme del cuidado de tu hija mientras te marchas de juerga todo el fin de semana.

—¡Thomas!

—¿Qué, Jake?

—La niña…

—La niña sabe más latín que tú y yo juntos a su edad.

Me vi obligado a poner los ojos en blanco por enésima vez esa semana. Mi progenitor siempre tenía que sacar la puñetera puntillita a todo. ¡A todo! Si ya era casi una odisea criar a una hija solo, imagínate hacerlo con un par de ojos siempre clavados en el cogote, observándolo todo juzgándolo todo dando su opinión a todo porque yo nunca lo hacía lo suficientemente bien…

¡Nunca nada era suficiente!

—Bueno, ya veo que no tengo nada que objetar, aunque sea su padre.

—Nada, Jake —aseveró rotundo con los brazos cruzados.

Inspiré hondo y conté hasta tres para no estallar de un momento a otro: uno, dos, tres… Una vez recuperé la compostura, o, al menos, en apariencia, me acerqué al oído de mi pequeña y le susurré muy bajito:

—¿Cuidarás de ese cascarrabias, del abu?

Dakota cabeceó de forma afirmativa.

—¡Oye, que te he oído! —bramó mi viejo torciendo el hocico—. ¡Venga, Jake, tengamos la fiesta en paz! Y vete ya, que te está esperando tu amiguito del alma. Y, además, la escenita de la despedida empieza a soltar un tufillo de melodrama de los domingos por la tarde. ¡Por Dios Santo, pero qué daño han hecho las telenovelas en este país!

Hice caso omiso de sus insistentes quejas y seguí a lo mío, a mi particular charla padre/hija antes de mi partida, pues me costaba horrores separarme de esa renacuaja, ya que nunca antes me

había alejado de ella tanto tiempo ni a tanta distancia.

—Bueno, bomboncito, tengo que irme. —Le coloqué un mechón moreno que se le había escapado de una de las coletas y luego le acaricié la mejilla con el dorso de la mano—. ¿Me vas a echar de menos? Porque yo sí. Mucho, muchísisisisimo…

—Yo también…

—¿Muchísisisisimo, también?

—*Muc-ucuzi-hi-chimo*, también…

Nos quedamos mirándonos unos segundos, yo perdiéndome en el intenso verde de sus ojos, tan puros, tan cristalinos, tan sinceros. Suspiré. Nunca me cansaba de mirarla, y no porque fuera preciosa, que lo era, sino porque era un regalo de la vida, una brillante luz en medio de la más absoluta oscuridad y mi razón de existir.

Ella, al poco después, se quedó hipnotizada por el hoyuelo que partía mi angular barbilla. Por alguna extraña razón que desconocía, Dakota sentía un especial magnetismo por esa parte de mi cara en especial.

—¿En serio? ¿Acaso no me vas a dar un abrazo? —Entrecerré los ojos y torcí el labio de forma cómica—. ¡Me cachis! ¿Es que tengo que rogártelo con mímica?

—*Zíííí*… con mímica, con mímicaaaa…

A ella le volvía loca que usara mis, entrecomilladas, dotes escénicas que había adquirido en mis años universitarios, en esas clases de arte dramático a las que asistía un par de veces por semana. Nada serio, ni profesional, no te creas. Tan solo lo cursé para matar esas horas libres que tenía entre clase y clase.

Así pues, siguiendo el programa, nos enseñaron a representar mimo, a interpretar sirviéndonos exclusivamente de gestos y movimientos corporales. Todo un reto para Jake Maverick, pues desde que tengo uso de razón (hace relativamente poco), me costaba sangre, sudor y lágrimas expresar mis sentimientos y mis emociones, convirtiéndose en un incómodo hándicap a la hora de intimar con el género opuesto, con las mujeres.

Es posible que, por ese motivo, desde la pérdida de Megan, no había habido nada más allá que sexo entre yo y las mujeres que había conocido. Pasaban por mi cama, sin más, sin pena y sin gloria. Podría decirse que era alérgico a las relaciones de pareja, hasta el punto de salirme sarpullidos y rojeces cuando la cosa se empezaba a poner seria, cuando la parte contraria exigía más implicación, más compromiso de pareja, algo que, a día de hoy, me sigue resultando una misión imposible, a lo Tom Cruise.

¡Y para qué engañarnos! Se vive mucho mejor así. Yo vivo mejor así. Sin ataduras, sin dar explicaciones, sin esperar nada a cambio de nadie, sin molestarme en agradar continuamente, sin pedir perdón por errores no cometidos, sin prestar atención a nadie que no le recorra tu misma sangre por las venas.

En definitiva, que yo era una especie de paria en cuestiones de amor, un alma libre que pretendía seguir siéndolo durante mucho, muchísimo tiempo más.

Dakota me observaba con mirada curiosa e infantil, pues sabía que íbamos a comunicarnos sin hablar, con mímica, improvisando, o, dicho de otra forma, como en una pantomima: expresar una historia solo con movimientos y sin palabras, exagerando las expresiones faciales.

En muchas ocasiones me pintarrajeaba la cara de blanco y las cejas, con ojos y boca de color negro para enfatizar la comunicación no verbal. Sin embargo, en esa ocasión fue a pelo; es decir, mostrándome tal cual era…

Empecé a hacer movimientos con una mano. Alcé un dedo y sellé mis labios para que Dakota permaneciera en silencio. Ella asintió. Luego le advertí nuevamente con el dedo que estuviera quietecita a la expectativa y, acto seguido, señalé a mi bolsillo derecho. Y, antes de introducir la mano, despacio, al tiempo que recreaba a nuestro alrededor un ala de misterio, le indiqué que ahí dentro había un corazón.

Hurgué y saqué algo imaginario que sostuve entre mis palmas con extremo cuidado, como si fuese a romperse con un leve movimiento en falso. Ese algo, el corazón imaginario, mi corazón, empezó a bombear entre mis manos.

¡Bum, bum! ¡Bum, bum!

Dakota pronto entendió que ese corazón ilusorio que bombeaba alegremente entre mis manos era el mío. Así que, cuando supo que se lo quería entregar, lo recogió entre sus manitas con sumo cuidado y luego lo acarició.

Inmediatamente, me sonrió y prosiguió con la representación: el corazón seguía latiendo en sus palmas.

¡Bum, bum! ¡Bum, bum!

Más tarde, con un exagerado alzamiento de cejas, le indiqué que debía guardarlo a buen recaudo; tal vez en el pecho, formando un hueco junto al suyo: mi corazón y el suyo, latiendo unidos.

Y así lo perpetró, miró mi corazón ficticio bombeando entre sus manos y luego lo situó junto al suyo.

Sonreí y ella me imitó.

—Buena chica. Como has podido ver, te he entregado mi corazón. Así que debes guardarlo junto al tuyo toooodos estos días en mi ausencia y deberás devolvérmelo a la vuelta. ¿Vale, cielo?

Mi niña asintió fascinada y ambos nos derretimos en un urgente abrazo. De vez en cuando, aun siendo tan pequeñita, me sorprendía a mí mismo que entendiera a la perfección el significado conceptual de ciertas representaciones, como en ese caso el de quererla tanto que incluso era capaz de regalarle mi corazón.

—Conmovedor, realmente emotivo. —Mi padre ejecutó tres palmadas al aire en clave de mofa —. Me vais a hacer llorar… Anda, Jake.

—¿Es que acaso tienes celos, Thomas? —le piqué.

—¿Yo? ¿Celos? Por favor… ¡No me vengas ahora con pamplinas! —se quejó ofendido.

—A ver, Thomas, ya no te puedo dar mi corazón porque lo tiene Dakota. Peeeero puedo regalarte un abrazo de los míos, de esos famosos de oso.

—¡Bah! Ni hablar… En absoluto. —Se cruzó de brazos a la defensiva, por si en última instancia se me ocurría materializar mis amenazas y abalanzarme a su cuerpo sin previo aviso—. ¡No necesito nada de eso!

Me carcajeé, di un sonoro beso en el pelo a Dakota y me incorporé de un respingo, dejando de estar de cuclillas para quedarme en pie y a solo unos metros de mi padre.

—¿Y si me pasa algo? ¿Lo has pensado, Thomas? ¿Y si no vuelves a verme nunca más el pelo? Soy tu único hijo, ¿recuerdas?

—¡No me toques los cojones, Jake…! ¿qué mierdas te va a pasar? —Escupió de sopetón, como si no le importara lo más mínimo que pudiera pasarme nada, aunque en el fondo, eso no era cierto—. ¡Una buena turca vas a pillar, eso es lo que va a pasar este fin de semana!

—Venga, que ya sabes a lo que me refiero… —Le regalé un perfecto alzamiento de cejas a medida que acortaba las distancias entre uno y otro—. Kilómetros de autopista, dormir en hoteles de mala muerte, comer porquería que mi estómago no está acostumbrado a tolerar…

—¡Sandeces!

Me quedé a un metro escaso de él.

—¿No quieres uno? Venga, que son gratis…

Le sonreí y puse morritos, moviendo los labios y haciendo muecas como si estuviese besuqueando al aire.

—¡He dicho que no! ¿Acaso eres duro de oídos?

—Uno pequeñito… —Gesticulé un espacio ínfimo, casi imperceptible entre las yemas de mis dedos.

—¡No seas pesadito, Jake!

—Pero si lo estás deseando; venga, confiésalo.

—¡No inventes cuentos chinos!

Me carcajeé, estallando en una risa.

—¡Como me toques un solo pelo, te juro que…!

—¿Qué? ¿Qué piensas hacer? —Me puse en plan chulito y me acerqué aún más—. ¿Qué?

—¡Que… que…! —Se puso tan nervioso que incluso tartamudeó, cosa rara en él. Mi padre era de esa clase de tipos duros que siempre mantenía la compostura, aunque nevara, tronara o cayera un rayo a sus pies—. ¡Que te dejaré de hablar en un mes, en un año o… en toda la vida! ¡Maldita sea!

—¡Ha dicho maldita *zea*!

—Síííií, Dakota, ha dicho eso, pero no hace falta que lo repitas siempre aprovechando la ocasión para soltar palabrotas. Con que me lo recuerdes es suficiente, no vayas de listilla y quieras dármelas con queso… —Giré la cabeza un tercio para sermonearla con la mirada y luego volví a mis trece.

Una simple interrupción no iba a perturbar mis maquiavélicos planes. Con que, ni corto ni perezoso, me abalancé sobre el cuerpo de mi padre, que se contorsionó al contacto con el mío y al poco se puso tenso como una pared de hormigón.

—¡Jake, cojones!

—Calla, papá y abrázame, no seas muermo. Venga, hazlo y ¡no me des calabazas!

Le costó, vaya si le costó, le costó la vida. Se mantuvo en sus trece, pero, al final, sucumbió. Muy probablemente para que esa tortura a la que le estaba sometiendo acabara cuanto antes. Sin embargo, me importaba un bledo los motivos, mi objetivo era abrazarlo, estrecharlo entre mi cuerpo y así lo hice. ¡Qué cojones! Ni siquiera tengo el vago recuerdo del último abrazo que nos dimos. Apuesto a que fue en el funeral de mamá, o quizás en el de Megan. Solía tener una laguna tan pétrea y espesa recubriendo todos esos recuerdos que ya apenas era capaz de desmembrarlos de mi mente.

Al cabo de un rato, cuando me quedé colmadamente satisfecho, le palmeé la espalda y le susurré al oído cuánto le quería, a pesar de hacer siglos que no se lo recordara. Él, por su parte, ni siquiera hizo el esfuerzo de responderme a eso, no vaciló, manteniéndose frío como una témpera. ¡Puto cascarrabias! Me reí. Y aún a riesgo de que creas que ese gesto de indiferencia por su parte me importó, te prometo que no fue así, pues no lo tuve en cuenta, ya que sabía de antemano que el amor y el respeto que nos teníamos seguiría invariable y siempre correrían en la misma dirección: la del cariño.

7
Los Vengadores

(Joss Whedon, 2012)

ALEXANDRA SIMMONS

—Toma y recuerda que este es el último pañuelo, porque ya no me quedan más. ¡Te has fundido tres cajas en menos de una hora!

Nicoletta me miraba con ojitos de cachorrito apenado mientras yo me deshacía en lamentos como una magdalena o *muffin*, porque ahora a ese dulce se le llama así, cuando sigue siendo el mismo bollo de toda la vida… pero así parece más chic y así pueden tomarse la licencia de cobrártelo como si fuera oro en paño.

—¿De verdad no prefieres un helado de medio kilo con tropezones de palomitas saladas para ahogar esas penalidades?

—Nooooo… no quiero… no me apetece nada… ¡Me quiero moriiiiiiiiiiiiir!

Enterré de nuevo mi cara en el último pañuelo de papel y seguí llorando a moco tendido, lamentándome por lo desgraciada que era, por lo humillada que me sentía y del hazmerreir que sería dentro de mi círculo de conocidos para los restos de los restos. Amén.

—¡Alexandra Caroline Simmons! —me espetó ella imitando la inconfundible voz de mi madre. Eso sí, sin dejar de acariciar el largo de mi espalda en círculos—. Sabes que Harris es un hijo de puta, ¿verdad?

Asentí, sorbí por la nariz y gemí.

—Y sabes que no merece que estés así por él, ¿cierto?

Volví a asentir y gemí aún más fuerte.

—Y que te has quitado al cerdo más cerdo de la piara de encima, ¿a que sí?

Negué con la cabeza aún sin dar crédito a todo lo que me estaba pasando. Todo aquello me superaba sobremanera. Si alguien quería sacarme sangre en ese momento, te aseguro que no encontraría ni gota. ¡Me había quedado seca por dentro!

¡Ay, ay, ay! Yo, quien creía tener la vida solucionada (aunque suene espantoso reconocerlo) y quien podría haber presumido de tener a un novio guapo, inteligente, culto, de buena familia y…

—¡Alex! Responde, cariño… ¡Por lo que más quieras, no te quedes en Babia, que me da mucho coraje! *Seccatura!*

Al estar tan ensimismada en mis elucubraciones de vida de cuento de hadas más falsa que el desayuno de una *influencer*, me sobresalté, pegué un brinco tan alto en el sofá que estuve a punto de partirme la crisma al chocar contra la lamparilla alcachofa de hojas de vidrio de aspecto

clásico de mediados de siglo que había junto al mueble rinconero, esa que le costó un riñón y parte del otro a mi madre; uno de tantos extravagantes y absurdos caprichos de ella, como si estuviera permanentemente encinta: culo veo, culo quiero.

—¿Quéééé? ¡Joder, mierda, me cago en…! —me quejé, llevándome la mano a la coronilla. Sentí el pulso justo ahí, en ese punto de mi cabeza y entonces fue cuando me solté la melena y empecé a enumerar un amplio listado de improperios, sin atragantarme y que ni siquiera yo era consciente que tenía guardado en la recámara de mi mente.

—¿Te has hecho daño?

—¿Daño? ¡Estoy rota… destrozada por dentro! —barrunté— ¡Claro que me ha hecho daño!

¡No daba crédito! La miré con cara de asombro, pues era evidente que me sentía como una mierda en toda regla: mi novio, el perfecto novio de toda la vida, el generoso, el amable, el caballeroso, el honesto, el gentil… (¡ya me callo!) me había puesto los cuernos justo antes de mi *GRAN BODA* (¡Sí, sí, ya lo sé! Lo he escrito en mayúsculas, cursiva y subrayado, y porque no podía ponerlo en fosforito y en letras de neón, que, si no, también). Y lo habían presenciado todos los invitados: familiares, amigos, compañeros de trabajo, gente influyente en el mundo empresarial, periodistas… ¿En serio? ¡¿Hace falta que me siga autoflagelando con el látigo?!

Desde luego… el que nace para buey, del Cielo le caen los cuernos.

¡Y los míos eran tan enormes como tres campos de béisbol!

Y… si me permites poner la guinda a mi enajenación *postcuernil* (afirmativo, acabo de inventarme esa palabra), para homenajear al literato Truman Capote citaré que: «La vida es una buena obra de teatro con un tercer acto mal escrito».

Pues bien, así me sentía yo, sumida en una perpetua obra de teatro, más concretamente a caballo entre una sátira de Federico García Lorca y un vodevil de Alfred Hennequin.

—Hola, ¿hay alguien ahí? —Gesticulé con las manos—. ¿Acaso no me ves, Nicol?

Sollocé a la desesperada, entre hipos, mocos subiendo, bajando y trepando por las paredes del interior de mi nariz; y la cara roja y abotargada de tanto llorar.

Siempre había sido de la convicción de que no se podía llegar a llorar tanto, que llegaba un momento en el que se acababan las lágrimas, que había un cupo o algo parecido, pero no, me había equivocado. Lloraba y lloraba, y las lágrimas nunca se acababan, siempre habían más… y más… y más… ¡No se acababan nunca!

—*Cazzo!* Vaaaaale, vale, Alex, lo capto… Déjame pensar. —Alzó las manos en señal de rendición y luego la oí murmurar palabras en italiano mientras deambulaba de un lado a otro de la buhardilla, ese refugio en casa de mis padres en el distinguido residencial de Beverly Hills—. Debemos hacer algo… y debemos hacerlo ya. *Questa cacca* ha de acabarse hoy mismo.

Se detuvo en seco en medio del dormitorio y abrió los ojos como platos, de igual forma que si hubiese inventado la rueda allá por el 3.500 a.C. en Mesopotamia. Seguidamente, chasqueó los dedos y como si se le hubiese abierto el Cielo ante sí y se le acabara de manifestar la Divina Providencia, gritó aquello de: ¡eureka!

—¿Dónde guardas las maletas?

—En la segunda planta, justo en la habitación de abajo, ¿por qué?

No respondió a eso. Salió de la habitación como un vendaval y enseguida oí el repiqueteo de sus zapatos descendiendo los peldaños, luego un portazo seco, más tarde el crujir de la madera al caminar sobre esta y finalmente un leve traqueteo de unas ruedecitas acercase. Inmediatamente, se presentó con dos maletas: una gris *Gucci* de lona con detalles en piel y otra roja *Moncler Genius* tipo *trolley* del tamaño de cabina. Ambas las tenía reservadas para el viaje de novios.

Las dejó sobre las sábanas de la cama y las abrió ante mi asombro y curiosidad.

—¿Q-qué? —balbuceé—. Pero, ¿qué haces?

Hizo oídos sordos por segunda vez consecutiva y, como quien no quiere la cosa, se plantó delante del armario y deslizó las puertas correderas. Ágilmente empezó a hurgar en su interior, seleccionando ropa, zapatos y complementos que más tarde fue colocando ordenadamente en las maletas.

—Esto sí, es aceptable… Esto, no, ni hablar del peluquín… Esto, ¡puaj! Pero, ¿de qué siglo es? —Arrugó la nariz—. Nena, si aceptas mi humilde opinión, tenemos que cambiar por completo tu fondo de armario.

¿A santo de qué venía todo eso? Desde luego, ese no era el momento de estar criticando mi vestuario. Estaba experimentando el instante más amargo de mi existencia. En cinco palabras: ¡me-estaba-muriendo-por-dentro!

—Pero bueno, Nicol, ¿qué te propones?

Dejó por un instante lo que estaba haciendo y me atravesó con la mirada.

—Sacarte del puto hoyo de mierda en el que te has metido tú solita.

—¿Yo solita?

—Sí, eso es lo que he dicho.

Pestañeé dubitativa y, antes de que pudiera impugnar ese solemne disparate, ella siguió con su particular absurdo manifiesto.

—*Fatti furbo, Cenerentola!* —Unió las puntas de los dedos de su mano y apuntó con ellos hacia arriba. Sin demora, los agitó de arriba abajo y viceversa, imitando el famoso gesto italiano denominado *la pigna*, y en cristiano la piña—. Ese indeseable no merece ni un segundo más que estés así por él. *Finito!*

En ese momento le regalé mi mejor ceño fruncido.

—¿Y qué piensas hacer al respecto?

—Lo que te mereces, cariño mío: vivir y disfrutar de ese viaje que tenías programado con el *porco* de tu ex.

—¡Oh, no… de eso nada! ¡No pienso ir a ninguna parte! ¡No me siento bien…, estoy destrozada! ¡Y quiero llorar mi luto hasta el infinito y más allá!

—¿Tu luto? ¡No me hagas reír! —Puso los ojos en blanco—. ¿Nunca has oído eso de «el muerto al hoyo y el vivo al bollo»? ¡Oh, sí…! Por supuesto que sí te vas de viaje, y yo te voy a acompañar, aunque sea lo último que haga en mi vida y tenga que llevarte a rastras y aguantar tus lloros durante todo el viaje. ¡Nos vamos, he dicho! Y si me ayudas a preparar el equipaje, acabaremos antes.

Te prometo que no sé cómo lo hizo, pero sí que logró distraer mi cerebro de una forma tan

ingeniosa que no tuve narices de negarme. Así fue como Nicoletta dio esquinazo a mis incontrolables ganas de seguir llorando y autocompadecerme, de regodearme en mi desidia y vanagloriarme de mi desdicha.

Y lo siguiente que guardo un vago recuerdo fue de preparar mi maleta e ir a preparar la suya; hacer planes a corto plazo e idear unas improvisadas vacaciones las dos juntas, algo que por hache o por be, nunca habíamos perpetrado.

Ni qué decir que desde siempre Nicoletta lo había conseguido, no me preguntes cómo ni de qué forma lo hacía, pero siempre lograba sacar a flote mi lado más impulsivo, más alocado y más desinhibido, el mismo que solía mantener a raya bajo un antifaz de seguridad y autocontrol fingido, por temor al qué dirán, a dejar entredicho el nombre de mi familia, la empresa vinícola y el titánico círculo de conocidos.

—Y si al juez #melovoyapasardeputísimamadre no tiene nada que objetar a mi perorata… —sentenció mi amiga, hilarante, como si estuviera presente ante un estrado— ¡Nos vamos a Las Vegas! ¡Y nos lo vamos a pasar de vicio! ¡Además de vengar a ese mentecato de Harris! #putocabronazodelaño!!!

8
Plan en las Vegas

(Jon Turteltaub, 2013)

JAKE MAVERICK

—Vamos, tío, tómate una a mi salud.

—Ahora no, colega. No mientras conduzco. —Chasqueé la lengua en forma de negativa y, al observar a mi amigo de soslayo, vi que torcía el gesto en forma de reproche.

—¡No seas muermo, joder…! Ya sabes de primera mano que beber solo es tremendamente aburrido. ¿O acaso me has confundido con el llanero solitario?

Se carcajeó y yo me cerré en banda, negándome a responder a eso. Mal íbamos si a primeras horas de la mañana me ponía ciego hasta las cejas. Aparte de eso, estaba de más añadir que le había prometido a Thomas que no iba siquiera a saciar mi sed con una sola gota en todo el viaje; por mi bien debía mantenerme sobrio de igual forma que lo haría un vampiro en «chupópteros anónimos». Él, cero sangre, y yo, cero alcoholes. Imagen y semejanza.

¡Ex profeso!

Además, mi padre y yo lo sabíamos perfectamente, pues ya me conocía y sabía que no tardaría en faltarle a la palabra, entre otras cosas porque simpatizaba con uno que no tenía la intencionalidad de dejar de provocarme a todas horas con el tema de la bebida. ¡Ey! Que sepas que no culpo a mi amigo de mis malas decisiones, que conste, pues soy grandecito y sé que uno no cae en la tentación si no quiere caer en ella.

Roy se quitó las bambas y puso los pies sobre el salpicadero como si estuviera en su puta casa, pero no, lo hacía en ¡mi Gran Torino del 72! Pronto un hedor nauseabundo, de aquellos a rata muerta, de los que te costaría poco echar la pota solo con respirar dos veces, empezó a mimetizarse en ese reducido espacio. ¡Me cago en mi puta vida! Aunque fuese mi amigo del alma, no escurrí el bulto y me rebelé poniendo el grito en el Cielo a lo Henry Ford, o séase, el Dios que creó a otro Dios.

—¡Hostia puta! ¿Desde cuándo no te has duchado? ¡Te apestan las pezuñas!

—¿Ducharme? ¿Qué es eso? —se mofó en mi cara—. ¿Ahora te das de tener la piel fina y el olfato delicado? Para tu *info* te diré que mis piececillos huelen a queso curado ¡y del bueno!

¡Joder, qué cerdo…!

Me eché a reír. No pude evitarlo, lo confieso, pues Roy siempre despertaba en mí las irrefrenables ganas de mofarme de la vida en general por más disparatada que resultara la excusa en particular.

Indudablemente, su boquita siempre había sido la promotora directa de tantos buenos ratos en mi vida, pues jamás apelaba a la censura. Jodida y endemoniada boca que vomitaba todo cuanto se le antojaba sin importarle un pimiento. Esa boquita de pitiminí a la cual le daba lo mismo si hería, si ofendía o si mosqueaba al que la desafiara. Opuestamente a mí, quien, por no herir, me tragaba las palabras sin siquiera masticarlas.

Pues sí, afirmativo, a Jake Maverick lo habían criado así. Y sí, quisiera romper una lanza a favor de Thomas y de su mujer, mi madre Susan, quienes fueron los precursores de ser quien era a día de hoy: un hombre de afianzados ideales, de arraigados lazos hacia la figura familiar y de robustas ideologías religiosas, a pesar de que las repentinas pérdidas de los familiares, suelen hacerte cuestionar incluso la fe, la misma que otras ocasiones te mantienen a flote.

Para mí la fe siempre ha resultado ser algo subjetivo, efímero, algo a lo que te agarras como si fuera un clavo ardiendo porque así es más llevadera la existencia o, más bien, porque no te queda otra. La fe puede venir o irse, oscilar como las varillas de una veleta según el viento que las mueve o, dicho de otro modo, según si la vida te trata bien o te maltrata.

—Venga, ilumíname, Jake. ¿Has hecho un pacto con tu viejo y tienes pensado no beber en todo el puñetero fin de semana?

—No es eso, es solo que aún ni me lo he planteado.

—¡Joder, tío! Eso no se plantea. Surge, sin más. Si te apetece, te amorras a la botella al igual que a unas buenas tetas. Y ya está. ¡Esas cosas no precisan un doctorado!

Negué con la cabeza y sonreí torciendo el labio de medio lado.

—Roy, en serio. Porque eres mi amigo desde hace siglos y te conozco como si te hubiese parido. Porque, de lo contrario, por tus palabras, podría pensar que lo único que te importa en esta vida es emborracharte y follar, follar y emborracharte, sin importar el orden.

—¡Y es así, no te equivocas! —Se carcajeó y eructó al mismo tiempo—. ¿Qué mierdas puede haber más satisfactorio que dar placer a tu *body*? Dime, ¿qué hay mejor en esta vida que unos buenos melones bañados en cerveza? Además, no me culpes a mí, sino a tu Dios.

—¿A mi Dios? ¿Qué cojones tiene que ver él con que seas un puto depravado y que tengas la mente más sucia que el inodoro de una casa de yonquis?

—Simple. Él es quien creó el alcohol y las mujeres… Y yo solo soy un siervo obediente que se dedica, en cuerpo y alma, a no abandonarlos ni dejarlos en el olvido.

Se jactó, volvió a reír mientras se acababa la cerveza de un trago y de reojo vi cómo la lanzaba por encima de su hombro izquierdo hacia los asientos traseros.

—¡Roy, vamos, no hagas de mi Gran Torino un estercolero! ¿No tienes dónde ir dejando las botellas vacías? ¿Una bolsa, una caja, tu puto bolsillo? ¡Qué sé yo!

—Pues no.

Ni siquiera le respondí, pues era un caso perdido. Sabía que, por más que le insistiera, no me haría caso. Y es que solía comportarse como un crío de cinco años, rebelde y consentido hasta decir basta. Con que me ahorré el sermón paternalista y pensé que sería mejor provisionarme de cosas útiles en la próxima gasolinera, por si las moscas, por si entre tanto serpenteo y kilómetros de asfalto se le ocurría echar la pota y pudrir la tapicería con los jugos gástricos.

Sé lo que estás pensando… que soy un pelín maniático, y puede que tengas razón, pues siempre he pecado de ser muy cuidadoso con mis pertenencias. No al extremo de lo obsesivo, no te creas, pero sí he de confesar que soy bastante tiquismiquis a la hora de mantener mis cosas en buen estado. Con las cosas y las personas que forman parte esencial de mi día a día, suelo esforzarme en dejarme la piel y hacerles la travesía de la vida más llevadera.

—Para, para, paraaaaa Jake… ¡Detente!

Roy señaló con la mano temblorosa un punto de la calzada, justo al margen en donde se empezaba a divisar la silueta de una joven, como si fuera la chica de la curva. Y, a medida que nos aproximábamos, su cuerpo, su cara y el liviano equipaje empezaron a materializarse raudos en medio de aquel paraje de arena seca, sol asfixiante y kilométricas vías asfálticas que se disipaban en el horizonte de la Carretera Madre.

—¡Para, para, paraaaaa Jake! ¡Detente!

—No, no vamos a parar —le advertí sereno y sin perder la calma, pues para eso ya estaba él, quien parecía estar siempre con las hormonas revolucionadas como un puto adolescente.

La misteriosa en cuestión era una veinteañera, de pelo rubio platino y de unas piernas larguísimas que lucía con atrevimiento enfundada en un minúsculo *short* tejano. Camiseta de tirantes roja, azul y blanca, emulando la bandera de la nación, y de su espalda colgaba una mochila de estampado militar.

—¡Buah, menudo bomboncito…! ¡Para, Maverick!

—Ni hablar, tío. Eso de ahí afuera… se llama rubia de bote y se apellida problemas.

Desvié la vista a las tres, hacia la susodicha, justo en el intervalo de tiempo que pasábamos por su lado, antes de que una fina nube polvorienta la envolviera por completo.

—¡Pero, Jake, joder…! —protestó quejumbroso— ¿Piensas dejarla abandonada a su suerte en esta maldita carretera?

—Sí.

Oteé a través del espejo retrovisor interior y, para mi deleite personal, pude apreciar cómo ella cerraba el puño y, poniendo su dedo anular rígido, nos hacía la peineta en un gesto bastante obsceno y poco femenino, al tiempo que leí en sus labios aquello de «¡Chúpate esta!».

—¡Da media vuelta, colega!

—He dicho que no, fin de la conversación.

—Tío, no te reconozco.

—Ni falta que hace.

—Jake, ¿le has visto la cara?

—Sí, y casi hasta el carnet de identidad.

—Pues por eso mismo.

—No te pillo.

—Pues que si de aquí unos días mirando las noticias nos enteramos de que han hallado su cuerpo descuartizado y esparcidos los trocitos por todo el desierto… Entonces los remordimientos de conciencia te perseguirán el resto de tu vida.

—¡Oh, venga ya, demasiadas pelis de terror has visto! Y no juegues sucio con eso, sabes de

sobra que esa contaminada artimaña no casa conmigo, ¡no me la metas con calzador!

Primero dejé de sonreír intencionadamente y después emulé el gesto de husmear como si fuera un perro sabueso y pudiera oler a putrefacción dentro del vehículo… y no me refería a sus pestilentes pies.

—Roy, ¿acaso no hueles a problemas? Reconoce que la rubia solo nos acarreará problemas.

—¿Problemas? En tu puñetera vida has sabido lo que son problemas de verdad… —Giró la cabeza muy lentamente, tanto que me recordó a Norman Bates en *Psicosis*—. Problemas son los que tú vas a tener como no des media vuelta y auxilies a ese pedazo de ángel caído del cielo.

Puse los ojos en blanco tras su segunda intentona de amenaza fallida.

—Sí, sí, claro… Un ángel caído del cielo dispuesto a llevarte al mismísimo infierno.

—¡Amén! —Entrelazó los dedos en forma de ruego y miró al techo, que era lo más cerca que tenía de mirar al cielo de Arizona—. Dios te oiga… Dios te oiga…

Roy se santiguó mofándose.

—Más bien que nos pille confesados… —le rectifiqué sin pecar de ambiguo—. Y no, te reitero que no pienso dar media vuelta.

—En serio, amigo… O das media vuelta o te juro que me bajo en el siguiente cruce entre Seligman y Kingman. Y… ya me buscaré la forma de recoger a esa ninfa salida del agua.

—Ja, ja, ja… pero, ¿hace un momento no era un ángel caído del Cielo?

—Es que… acaba de subir de categoría.

Me carcajeé osado y le miré de soslayo. Roy y sus ideas de intento de bombero queriendo apagar el fuego con simples gotitas de rocío.

—Estamos en la ruta 66, en medio del puñetero desierto de Arizona, por si aún no te habías percatado. —Mis ojos le escrutaron una milésima de segundo a ver si al fin espabilaba de una santa vez. Quise hablarle con franqueza, pero parecía no admitir una negativa como respuesta—. Así que, ni voy a parar ni voy a dejarte solo en estos lares en los que Cristo perdió las sandalias. —Negué con la cabeza y luego proseguí—: además, si regreso sin ti, tu prometida me cortará los huevos y después no le temblaría el pulso en darlos de comer a los cerdos.

—Exagerado.

—Ni un poquito.

—Lo eres.

—De eso nada —musité y meneé la cabeza con denuedo.

—Da media vuelta.

—No seas cabezota, Roy.

—Y tú no seas un capullo integral. Da media vuelta.

—Que no.

—Gira.

Resoplé. De inmediato, esa conversación de membrillos no llegaba a ninguna parte y me estaba cargando las neuronas sobremanera. Pronto, muy pronto, en cero, coma, amenazaba con estallar en mil pedazos. Y… te aseguro que, cuando eso ocurría, era mejor salir por patas y resguardarse

en un buen escondrijo. Solía estallar en contadas ocasiones, pero cuando eso ocurría… que temblara hasta el rey Leónidas y ¡su ejército de 300 hombres!

—Gira.

—No.

—Gira.

—Roy, te estás poniendo muy pesadito con el temita de la autoestopista. Cambia el puto disco, este está ya muy rayado.

Repentinamente y sin prever lo que iba a suceder instantes después, al iluminado de Roy no se le ocurrió otra cosa que apoyar sus manazas sobre las mías con precipitación y alevosía, y pegar un volantazo que nos podría mandar a tomar por el culo.

¡En cuestión de segundos, todo a nuestro alrededor empezó a dar vueltas y a oscilar como si estuviésemos sentados en una atracción de feria! Las cuatro ruedas, tras girar bruscamente sobre sí mismas y accionar el freno de mano y del pedal, se detuvieron en seco cuando nos quedamos atravesados en medio de la calzada, entre ambas vías y zambullidos en una polvareda blanca que nos nubló de pleno.

—¡¿Te has vuelto loco?! —rugí alterado y tosí torpemente, tras acabar de desayunarme el polvo que había entrado por la ventanilla— ¡¡Por poco nos matas!!

—Ja, ja, ja… ¡Ha sido una puta pasada!

Reía y se jactaba de la situación como si fuera un perturbado mental.

—¡Roy, en serio, estás de encierre! —farfullé entre dientes y me llevé la mano al pecho. Sentía el corazón desbocado. ¡Estaba a punto de darme un puto infarto!

Más pronto que tarde, en cuanto me recompuse en parte del jamacuco, con las manos aún sudorosas y los dedos temblequeando, retomé la circulación, pero lo hice en la dirección opuesta a nuestra ruta. En realidad, quise zanjar cuanto antes con el dichoso temita (antojo de mi amigo) y puse rumbo hacia la rubia de la discordia.

La garganta de Roy vomitó un sonido semejante al de una risa de euforia a lo Joker en *El Caballero oscuro* protagonizado por Heath Ledger. Sin dilación, aprovechando su momento de gloria, apoyó la espalda en el asiento y se encendió un cigarrillo a mis expensas, como quien se prende uno nada más acabar de practicar su mejor sexo.

—Oye, Jake… ¿Y no era más fácil hacerme caso desde un primer momento?

—¡Cierra el pico! —argüí molesto, gratificándole con una mueca de disgusto.

Juro que me estaba conteniendo mi monumental cabreo y tratando de mantener la mente muy, muy fría para no parar el coche, quitarme el cinturón de seguridad y partirle la cara allí mismo por lo que acababa de hacer.

¡Su temeraria imprudencia podía habernos costado muy cara!

—¿Quieres uno?

—Trae.

Le arrebaté la cajetilla de las manos de malas formas, di unos toquecitos con los dedos, saqué un cigarrillo con los dientes y me lo colgué del labio mientras él encendía el mechero.

Di una larguísima calada, tanto que sentí un ligero aturdimiento y por un momento creí perder

el norte.

—Escúchame bien, Roy, porque no pienso repetírtelo dos veces. Recogemos a la autoestopista, la dejamos en la primera área de servicio y… seguimos nuestro camino. Ese que teníamos planificado, el de pasar el fin de semana en Las Vegas. ¿Entendido?

—¡Sí, mi sargento! —Emuló el gesto militar.

—Fuera coña.

—Entendido.

Roy palmeó mi hombro y se calzó los zapatos para apearse del coche y dar la bienvenida a la desconocida.

—Vamos, Jake, relájate, coño.

Detuve el Gran Torino en el arcén y mi amigo se bajó con prisas. Yo ni siquiera me presté a ayudar a cargar la mochila en el maletero ni a abrirle la puerta de detrás. Me dediqué a seguir dando bocanadas al cigarrillo y a observar por la ventanilla la escena.

La rubia platino ocupó uno de los asientos traseros y ambos cruzamos nuestras miradas a través del espejo retrovisor interior. Una sonrisita de autosuficiencia me advirtió de que ella y yo no íbamos a hacer buenas migas. Me importaba una mierda, para las pocas millas que iba a compartir con nosotros, no hacía falta ni que me diera el parte meteorológico.

9
Easy Rider

(Dennis Hopper, 1969)

ALEXANDRA SIMMONS

—Sigo pensando que no ha sido buena idea.

Me abroché el cinturón de seguridad al tiempo que observaba por la diminuta ventanilla del birreactor Boing 777 de la compañía American Airlines, instantes antes de que este despegara rumbo a Las Vegas.

—Y yo sigo pensando que ha sido una idea cojonuda. —Nicoletta alzó un poco el mentón, satisfecha y dando más énfasis a sus palabras—. Fíjate si es una idea de la hostia que ni siquiera has vuelto a llorar ni a pensar en el capullo de Harris.

—Bueno, eso no es del todo cierto. Sí que he pensado en él y sí que he estado llorando…

—Vale, puede que hayas estado pensando un poquito en él y que también hayas derramado alguna que otra tímida lagrimilla, peeeeero ya no tienes esa cara tan mustia como de comer acelgas y oler a estiércol.

Cogí aire pesadamente.

—Pienso en él, Nicol. Y lo hago a todas horas y en todo momento.

La oí suspirar con fuerza.

—Vaaaaale, bien, aceptamos pulpo como animal de compañía. Supongo que es lo normal y que debes pasar esa fase del duelo, del duelo cornúpeta. Sin embargo, sigo opinando que estás mucho mejor sin él y de que empiezas a desprenderte de esa mierda que te han cagado encima para seguir pisando fuerte por la vida con tus *stilettos* Manolos con suela roja. ¿A qué sí? Venga, admítelo…

Me regaló una sonrisa de oreja a oreja y sus grandes ojos se achinaron completamente; casi ni se le apreciaba el color ambarino de su iris y, además, empezaron a dibujársele unas casi imperceptibles líneas de expresión en la comisura de los ojos. Detallito que pasé por alto, no le dije nada para no aguarle el fin de semana, pues solía ser extremista hasta decir basta y perfeccionistas en cuestiones estéticas.

—¿Quieres que te sea sincera?

—*Forever*… ya lo sabes, mi princesa. Aunque me repatee el higadillo y luego lo saque por la boca. ¡Sinceridad, ante todo —me miró directamente a los ojos y yo la observé de hito en hito— *come on!* ¡Sea lo que sea, no te apiades de mí! Sabes perfectamente que esta piel… —Se acarició la cara y luego deslizó alegremente la mano por su cuello hacia la clavícula—… aunque en

apariencia sea tan blanca como la nieve y tan delicada como el pompis de un bebé, está curada de espanto y más que curtida a lo largo de estos años. Y aunque cueste imaginarlo, es tan dura y resistente como la propia piel de un minero excavando la Mina Lavender de *Arizona*. *Idem.*…

Parpadeé confusa, quizá sin tanto aderezo a su explicación hubiese bastado. Con todo, si no fuese tan intensa, no sería ella, no sería mi Nicoletta en esencia, sino un simple sucedáneo de sí misma. Y yo la quería tal cual, con sus defectos y sus virtudes. ¡El *pack* completo!

—Veamos…, ¡pues allá va! —Cogí aire y lo solté poco a poco antes de confesarle—: sin menospreciar tu compañía, la cual es divina de la muerte y lo sabes…, considero que quien debería estar ocupando tu lugar en el avión es Harris y no tú.

Entrecerré los ojos y esperé el aluvión de reproches, que, en tres, dos, uno, iba a desplomarse sobre mi cabeza.

—Él, él, él… ¡Al final vas a desgastarle el nombre de tanto usarlo! —Puso los ojos en blanco y al poco prosiguió—: sí, cielo. Claro, por supuesto que él es quien debería estar calentando el asiento con su trasero y no yo. Peeeero, lamentablemente, eso hubiese ocurrido en circunstancias normales. ¡Pero ESTA no lo es!

—Sí, lo sé… es solo que…

—No. No lo es. Y, además, te recuerdo que esta es una medida desesperada y una decisión tomada en el último momento. Porque si tu cabecita morena no estuviera ornamentada por unos cuernos de tres pares de cojones, Harris estaría aquí.

—¿Cuernos de tres pares de cojones?

—No, para nada… ¡De tres campos de fútbol! No, no, noooo… Espera, espera que me estoy quedando corta… ¡¡Tus cuernos en estos momentos son equiparables al *supercúmulo* de Shapley[4]!!

Abrí los ojos como platos, aguantando el chaparrón, y ella siguió salvaguardando su posicionamiento.

—Así que… aunque me deje la piel en ello, en nombre de nuestra amistad y por todo el cariño que te tengo, voy a hacer todo cuanto esté en mi mano para extenuarte, agotarte y saturarte, con la única finalidad de no darte ni tiempo ni ganas de pensar en ese… ¡adúltero! Porque el amor no debería dolerte la pena.

—Pero…

—¡Ni pero ni leches! —Me cerró la boca de golpe—. Mereces ser feliz, Alex, y mereces pegarte una santa juerga, una que haga temblar los cimientos de Las Vegas y de los cincuenta y dos Estados de los Estados Unidos de América.

Envolvió su mano con la mía y yo apoyé mi cabeza en su hombro, reprimiendo un suspiro al pensar que mi vida sería insulsa sin su compañía y su calidez humana. A pesar de seguir teniendo la angustia clavada como una estaca en mi pecho, muy profunda, lacerante y… ¡sangrante!

—Y, como dice el refranero, «quien avisa no es traidor», así que ya puedes darte por advertida de que lo vamos a pasar en grande y de que, además, a la vuelta, serás una Alexandra Caroline Simmons renovada. ¡Palabrita del niño Jesús!

Y se besó el pulgar emulando así a una maldición gitana.

Una hora y trece minutos más tarde, tras beber champán mientras sobrevolábamos el Estado de Indiana y el avión desplegaba su tren de aterrizaje, tomó tierra en el aeropuerto internacional de McCarran en Nevada.

Al poco de poner los pies en el suelo y recoger el equipaje, nos entraron las prisas por pillar un taxi que nos llevara cuanto antes al Hotel Bellagio (puede que te resulte familiar su nombre, ya que ha aparecido en varias películas de Hollywood; como, por ejemplo, *Ocean's Eleven*). 3.933 habitaciones, 11.000 metros cuadrados de casinos, 5 piscinas, 4 jacuzzis.

¡Vamos, que necesitaríamos diez vidas para poder disfrutar de todo lo que ofrecía a sus huéspedes!

—Dios, ¡qué bonito! ¡Es espectacular! ¡Quiero venirme a vivir aquí, *forever*!

No le quité razón a Nicoletta. El artificial Lago di Como de 8 acres y las fuentes del Bellagio, del lujoso hotel y casino de 5 diamantes, nos dieron la bienvenida en todo su esplendor en pleno corazón de Las Vegas. Glamur, sofisticación y opulencia eran las claves del enigmático *resort* de arquitectura de influencia toscana.

—¡Guauuu! Sí, lo es. ¡Vaya si lo es!

Cruzando el vestíbulo frente a la recepción, entre los cientos de colores que emanaban desde el cielo raso del *lobby* y cuyo techo y vigas verdes se fraguaba con motivos florales, nos quedamos embobadas.

Minutos más tarde, tras entregar una generosa propina al botones y atravesar una pasarela suspendida sobre un espejo de agua en calma, accedimos a la exclusiva *suite*. ¡Al pedazo de espacio con vistas al lago, rodeado de montañas y Las Vegas como horizonte!

Para que te hagas una ligera idea visual de lo que nos encontramos al entrar: 370 metros cuadrados distribuidos en dos niveles, solárium, fuente, chimenea, bar en forma de L y hasta un jardín interior. ¡Incluso había perlas incrustadas en el mármol para los baños!

—Alex, nena, ¡esto es vida!

Nicoletta, tras dar varias vueltas sobre sus talones para admirar a su alrededor, se descalzó y subió a una de las camas. Y tras caminar sobre el colchón, como si hubiese menguado varios centímetros, saltó alocadamente como si se tratara de una cama elástica; más tarde se dejó caer de espaldas sobre las sábanas de seda de la cama y, observando al techo, extendió los brazos y empezó a moverlos junto con las piernas emulando hacer un ángel sobre la nieve.

Sonreí, pues verla disfrutar tanto o igual que una niña pequeña con zapatos nuevos me llenaba de alegría e hizo darme cuenta de que tal vez, y solo tal vez, no había sido tan mala idea esa de venir a Las Vegas.

Dejamos las maletas a medio deshacer, nos pusimos el biquini y bajamos a la piscina. Una copa, un buen chapuzón y escuchar buena música, como *Love* de Lana del Rey, que sonaba en ese momento, nos vendría de vicio para acabar de adaptarnos al sofocante clima del desierto.

—¿Qué desean tomar?

El barman, de complexión atlética y con un ligero acento francés, limpió la superficie de la barra antes de colocar dos posavasos.

—Mmmm… Para mí un daiquiri bien cargadito.

—Que sean dos, por favor —añadí.

—Perfecto.

Enseguida y con una destreza apabullante, colocó abundante hielo en una coctelera, vertió ron blanco, zumo recién exprimido de limón y azúcar. Agitó con fuerza durante unos quince segundos y coló la mezcla en un par de copas Martini, decorándolas con una rodaja de lima.

—*Voilà, mes dames*. Aquí tienen sus daiquiris.

Colocó sendas bebidas en los posavasos y después nos sonrió mostrándonos una dentadura casi perfecta, nacarada y bastante cuidada.

—Bienvenidas al hotel Bellagio —siguió dándonos conversación—. ¿Han venido por trabajo o por placer?

—Por placer, Pierre. —Vi cómo Nicoletta leía el nombre de pila en la placa identificativa que lucía en la solapa de la americana—. Estas cosas se hacen siempre por placer…

Puse los ojos en blanco, no como ella, que se lo había echado al barman, porque lo cierto era que el tipo tenía buena planta y no había tardado en desplegar todas sus armas de seducción… que no eran pocas.

Pierre, que seguramente estaba curado de espanto y estaba acostumbrado a que muchas mujeres coquetearan con él, pilló al vuelo las intenciones de mi amiga. Así que, di un sorbo al coctel y, tras excusarme para darles privacidad, me acerqué al borde de la piscina.

—Invita a tirarse de cabeza, ¿verdad? Con ropa o sin ella…

Ladeé mi cabeza y, sentado en una de las hamacas, distinguí a un joven que rondaría los treinta y que lucía una atractiva sonrisa de medio lado y unos brillantes y enigmáticos ojos verdes, que no me quitaban la vista de encima.

—Sí, lo cierto es que sí.

Nos miramos un instante antes de que él bebiera a morro de una cerveza, saboreándola con deleite. Desde luego, aquel tipo, por su forma de actuar, desentonaba con el resto de la gente. Y no me malinterpretes, por favor, no lo digo en modo despectivo, sino que… no sé, su frescura, la forma cómo me miraba, su pelo rubio desaliñado… No me preguntes por qué, me lo imaginé luchando por las mañanas con el cepillo para dejarlo mínimamente presentable.

—Gabriel Gómez… de Manhattan.

—Alexandra Simmons, de Beverly Hills.

Gabriel sonrió y me observó divertido.

—No sé por qué, debí imaginarlo.

—¿Tanto se me nota que soy de Beverly Hills, que soy una…? —Me ruboricé, pintando la vergüenza en mi cara.

—¿Urbanita?

Elegante forma de enmascarar que era una niña pija. En fin, si me daban a escoger, prefería mil veces la educación contenida a la grosería desbordada.

—Un pelín, sí. La verdad es que se nota a leguas que no eres de campo, precisamente.

Volvió a sonreír y su preciosa sonrisa conquistó la mía sin remedio. Y entonces aproveché para fijarme mejor en su rostro anguloso, en su incipiente barba de tres días y, sobre todo, en sus ojos. Gabriel era dueño de una mirada brillante, sincera y que era capaz de expresar mil pensamientos a la vez con solo mirarte.

—Tu acento… no es… americano.

—¡Cazado! —bromeó y se pasó la mano por el pelo—. Sí, lo sé, mi acento me delata allá donde vaya, aunque me empeñe en disimularlo. Verás, resido en Manhattan desde hace relativamente poco tiempo, pero soy español.

—¿En serio? ¿De dónde? Jamás he viajado a tu país. De hecho, ni siquiera he cruzado el Atlántico.

—Pues te enamorarías como una tonta de mi país. Está lleno de contrastes, de color y de gente hospitalaria que hace que te sientas como en tu propia casa. ¡Ah! Y no nos olvidemos de la gastronomía, de la dieta mediterránea, de la paella valenciana, del cocido madrileño, de la tortilla de patatas, de…

Dio un nuevo sorbo a la botella.

—Se nota que sientes nostalgia.

—Bastante.

—Es bonito echar de menos ciertas cosas, señal de que nos importan.

—Cierto.

Nos miramos más de la cuenta. Quizás con demasiada complicidad. La misma que notas cuando acabas de conocer a una persona y sientes como si ya la conocieras de toda la vida. Qué lástima que nuestros caminos iban a separarse pronto, porque un no sé qué en mi interior me alertó de que era un buen tipo, alguien interesante que merecía mucho la pena conocer e intimar (como amigo); no pienses cosas raras… pues siempre he sido partidaria de creer en la amistad entre un hombre y una mujer. ¿Tú no?

—Nací en la capital, en Madrid, aunque vine desde Barcelona. Mi hermano Iván y yo…

Sus chispeantes ojos se ensombrecieron raudos, presagiándome de que acabábamos de entrar en tierras pantanosas. Se puso rígido. Todo su cuerpo se tensó de golpe. Por alguna razón, hablar de su hermano le hizo sentirse incómodo.

—Tenemos un coqueto estudio de arquitectura en pleno corazón de la ciudad.

Alargó el brazo para dejar el casco en una mesita junto a la hamaca y pude distinguir el principio de un tatuaje asomando por la manga de la camiseta, justo por encima del codo derecho. Gabriel, al darse cuenta de que mis ojos rodaban hacia allí sin censura, instintivamente procuró ocultarlo, como si no quisiera que tuviese una idea equivocada de él.

—Disculpa si me entrometo en lo que no me llaman, pero… te he estado observando. No por nada en especial, no te asustes. —Me guiñó un ojo. Un gesto demasiado familiar que, si hubiese venido de otra persona, me habría molestado. Sin embargo, de él no.

En serio, seguro que creerás que me había vuelto majareta o algo peor, pero es que a veces las cosas más ilógicas son las que dan sentido a la vida. Y ese desconocido, por algún extraño

motivo que no atinaba a saber, me caía bien. Me hacía sentir bien, no en plan platónico, sino simpático, amistoso.

—Por el modo que haces girar tu alianza de compromiso y la sombra de cierta tristeza en tus ojos… algo me dice que has tomado la decisión correcta, aunque ahora no lo sientas así.

Me quedé sin aliento en un instante y se me saltó un latido.

¿Tan transparente era? ¿Tanto se notaba que seguía pensando en Harris, en mi prometido que me había puesto los cuernos y que hasta un extraño, sin saber nada de mí, podía verlo?

—Madre mía…

—Y tu amiga… esa despampanante rubia de la barra, a pesar de estar ligando con el camarero, no te quita el ojo de encima, protegiéndote, cuidándote, atándote corta desde la distancia.

Desvié la mirada hacia Nicoletta un segundo.

—Es una buena amiga, Alexandra.

—Lo es. Sin duda, Nicoletta es la mejor amiga que podría nunca desear.

—No me cabe la menor duda, de igual forma que tampoco la tengo de que lo será porque tú eres buena gente.

Gabriel se incorporó. Fue entonces cuando me puso una mano sobre el hombro y me regaló uno de los mejores consejos de mi vida:

—Cuidar de tus amigos es cuidarte a ti mismo.

—Lo tendré en cuenta. Gracias, Gabriel.

—Y los que no te merecen, como quien te regaló la alianza, mantenlos lejos.

Cabeceó.

—Ojalá volvamos a coincidir en alguna otra ocasión.

Se quedó pensativo, atrapó el labio inferior con los dientes y luego esbozó una enorme sonrisa de oreja a oreja.

—Si tu amiga y tú aún no tenéis planes para cenar esta noche, podríais reservar mesa en el salón Florencia, donde se va a celebrar una cena benéfica en honor a los niños desamparados. Y aunque a mí me dé urticaria solo de pensar en disfrazarme con un esmoquin, porque se requiere etiqueta, ni me lo plantearía. Además de pasarlo como unas enanas, aportaréis vuestro granito de arena a la causa.

Asentí.

—Me lo pensaré.

—Buena chica.

—Lo es —aseguró la voz de Nicoletta uniéndose a la conversación.

—Cuídala, ¿vale? —Le sonrió Gabriel a mi amiga, y luego se marchó dejándonos a solas.

Nicoletta miró por encima de las gafas de sol, observándolo caminar hasta verlo desaparecer.

—Vaaaaaya… ¿Y este quién es?

—Un tipo al que acabo de conocer.

—¿En serio? ¿Ya estás ligando sin mí?

—¡No, qué va! Tan solo estábamos charlando.

—Ya. ¿Y cómo crees que se empiezan los rollitos? ¿Por telepatía?

—¡Nicoletta!

—¡Buah, Menudo bombón…! No negaré que está cañón el colega, de esos de mojar, remojar y después chuparte los dedos. —Emuló el gesto de empapar un trozo de pan en la yema de un huevo frito—, Y, aunque los prefiero morenos, ¡a este yo le hacía un par o tres de favores…!

—¡¡Nicol!!

—¿Qué?

—¡No seas cerda!

—Mirar es gratis, ¿no?

No le respondí a eso, pues era una verdad como un templo. De momento no nos cobraban por mirar y, además, a nadie le amarga un dulce, si bien yo aún no estaba preparada mentalmente para empezar una nueva relación.

—¿Y cómo has dicho que se llama?

—No te lo he dicho. Se llama Gabriel Gómez y es de Manhattan.

—Se llamará Gabriel, pero tiene cierto aire a Jessie Pavelka.

—¿A quién?

—Al modelo ese del *fitness* que está tan macizorro.

—Ah, no sé… Ahora mismo no caigo.

Me encogí de hombros y ella hizo una búsqueda rápida en internet para mostrarme varias fotografías de él. Y lo cierto era que, una vez hechas las comparaciones, eran clavaditos, casi como dos gotas de agua. Y eso me hizo pensar en la teoría de Doppelganger, esa que sostiene en que todos tenemos un doble en alguna parte del mundo, desatando con ello la creencia de la bilocación[5]. Yo ahí lo dejo, para quien quiera recogerlo.

—Creo que ya tenemos planes para esta noche —mencioné cambiando de tema.

—¿En serio? Dispara.

—Luego te cuento, pero primero nos vamos de tiendas a la Via Bellagio.

—Giorgio Armani, Dior, Chanel, Prada… ¡Música celestial para nuestros oídos! ¡Me vuelve loca cómo suenan esos nombres en mi boca!

—¡Pues no se hable más! —propuse mientras me levantaba del césped, me sacudía la falda con las manos, me ponía las gafas de sol y me colgaba de su brazo—. ¡Nos vamos de tiendas!

—*Oh, yeah, ¡my darling!*

Y pronto me contagié de su risa y del estribillo de la letra de canción *Oh, pretty Woman* de Roy Orbison, que entonó de camino a la suite presidencial:

Pretty woman don't walk on by
Pretty woman don't make me cry
Pretty woman don't walk away, hey, OK
If that's the way it must be, OK
I guess I'll go on home, it's late…

---

[4] *El* ***Supercúmulo de Shapley*** *o* Concentración de Shapley *(*SCl 124*) es la más grande concentración de galaxias en el universo cercano que forma una unidad interactiva gravitacional, por lo que las galaxias se atraen entre sí en lugar de expandirse con el universo. La concentración de galaxias luce como una sorprendente sobredensidad en la distribución de galaxias en la Constelación de Centaurus. Se encuentra a 650 millones años luz de distancia.*

[5] *Bilocación, es el término utilizado para describir un fenómeno paranormal, sobrenatural o divino, según el cual una persona u objeto estaría ubicado en dos lugares diferentes al mismo tiempo.*

10
El autoestopista

(Ida Lupino, 1953)

JAKE MAVERICK

No solo tenía que aguantar el tufo a pies del colega, sino también el de sudor a sobaco de «la ninfa *hippie* de las aguas», quien no había visto una ducha en su vida, ni tampoco una maquinilla de afeitar...

¡Me cago en mi puta vida! Ni siquiera abriendo las cuatro ventanillas del Gran Torino bastaba para combatir las inconmensurables ganas de echar la pota que me provocaban la violenta situación.

Te prometo que ni siquiera fumando como un carretero bastaba para camuflar el hedor a cloaca. Ni tampoco hace falta mencionar que ni el respirar por la boca evitando hacerlo por la nariz sirvió un carajo. ¡Joder! ¡Apestaban a muerto! Era un olor tan repulsivo que dudaba incluso de que pudiera atraer a las moscas y a los buitres, porque ¡morirían en el acto!

A eso estábamos, cuando al bueno de Roy no se le ocurrió otra mejor idea que cerrar su ventanilla y decirle a Samantha que le imitara.

—Activa el puto aire acondicionado, Jake… O pronto la poli va a encontrar tres perritos calientes en el interior de un coche.

—De eso nada. —Pulsé el botón del elevalunas eléctrico sin temblarme el pulso—. Las ventanillas se quedan abiertas.

—¿Te has vuelto majareta? —gruñó— ¡Estamos en el puto desierto de Arizona! ¡Fuera estaremos a más de 43 putos grados! ¡Pon el puto aire acondicionado, Jake Maverick!

—En otra vida, cuando te calces los zapatos y tu ninfa se compre un desodorante. Mientras tanto, las ventanillas se quedan abiertas.

—¿Tu amigo me acaba de llamar puerca, Roy?

—No, cielo, mi amigo es como Lorraine Warren de *Expediente Warren*: ve cosas donde no las hay.

—Huelo, Roy —le rectifiqué—. No veo, huelo a putrefacción. ¡El coche está infectado de olores de ultratumba!

—¡Hay que joderse! Huele a humanidad.

Miró a Samantha, quien se había aliado con él porque me la tenía jurada desde que pasé de su cara kilómetros atrás, y asintió fervientemente con la cabeza para dar más fuerza a las palabras

de Roy.

—Que tú padezcas de hipoxia no te exime de culpa —insistí—. ¡Aquí huele a muerto!

De repente, Samantha empezó a hacer pucheros y a emitir hipidos lastimeros con la clara intención de ablandar el corazoncito de mi amigo y llevárselo a su terreno. ¡Lo que me faltaba por ver! Yo, que creía haberlo visto todo... ¡Todo! Pero no era así.

Desde luego, qué razón tenía mi padre cada vez que me decía aquello de «Tiran más dos tetas que dos carretas». Y más si añadimos a la ecuación que Roy era de fácil convencer… Un facilón, en pocas palabras.

—¡Ayyyyy, pobrecilla…! La has hecho llorar.

—Vamos, no me fastidies… —murmuré por lo bajini de mala gana.

Afortunadamente para mí y mis ultrajadas fosas nasales, una gasolinera se vislumbraba no muy lejos de nosotros. De aquellas típicas, con viejos surtidores, con señales retro y un Corvette antiguo aparcado a las puertas del establecimiento. No daba lugar a dudas de que el propietario era un nostálgico de la década de los cincuenta. Tan solo faltaba un par de *estepicursores*[6], esas plantas muertas que van dejando sus semillas mientras ruedan persiguiendo al viento, como las ratas al Flautista de Hamelín.

—Salvado por la campana…

—¿Decías?

—Que voy a poner gasolina, y tú vete despidiéndote de la cebollina… Se queda aquí.

—Venga, Jake, no me hagas esto, tío.

La aludida, que sudaba como una ballena en un ascensor, se apeó del vehículo dando un portazo, abrió el maletero y ella misma recogió sus pertenencias.

—Lo que te hago es un favor.

—¿Un favor? Lo que vas a hacerme es una putada, y de las gordas.

—No, Roy, no puedes ir por ahí tirándote a todo ser que respira.

—Soy selectivo, ya me conoces.

—Sí, selectivo, ya. No me hagas reír, que luego me duele la mandíbula. —Me carcajeé al tiempo que asía la maneta para abrir la puerta—. «¡Esta sí, esta no, esta me la como yo…!», igualita a la letra de la canción de Chimo Bayo.

—Tío, estás mal de la chaveta, en serio.

—A las pruebas me remito. Apuesto a que ni siquiera puedes contar con los dedos de la mano los líos de faldas que has tenido en lo que va de año, todo a espaldas de tu prometida.

—¡Auuuu! Joder, eso ha dolido. —Se mofó llevándose la mano al pecho como si le acabara de clavar una estaca justo en el centro del corazón—. Sabes que me cuesta decir que no, que me sabe mal negarle a una tía cuando me entra. ¡Soy un sentimental! Qué se le va a hacer… Eso es lo que soy, ¡todo un romántico!

El trabajador de la gasolinera se acercó y le abrí la tapa del depósito.

—Lleno, por favor.

—Claro, señor.

En ese intervalo de tiempo en el que me ponía el sombrero vaquero y me encendía un

cigarrillo, Roy ya estaba dándole el número de teléfono a Samantha. Puse los ojos en blanco y aproveché para enviar un WhatsApp a Thomas para su tranquilidad, y también para la mía, para que supiera que seguía vivito y coleando y… sobrio, completamente sobrio. También le pregunté por mi Dakota. Suspiré. Solo hacía unas horas que había partido de su lado, pero me parecían siglos.

—¿Estarás contento?

Roy caminó hacia mí con cara de pocos amigos mientras ella, sin despedirse de mí y sin agradecerme la travesía, se disponía a regresar al pie de la carretera con la intención de volver a hacer autoestop, cuando me lanzó una mirada de esas tan chungas que, si en vez de una rubia, te la hace una gitana, piensas que te han echado un mal de ojo.

—De nada, guapa… —le dije inclinando la cabeza y haciéndole el típico saludo con el sombrero.

«Genio y figura hasta la sepultura…», pensé para mis adentros al oírla despotricar pestes por la boca.

—¡Que te den! —gruñó ella a varios metros de distancia de nosotros antes de subirse a un Ford Mustang gris metalizado del 94, a cuyos dueños compadecí por tener que soportar los efectos colaterales de la falta de higiene.

Y, de nuevo, el dichoso gesto de la peineta; yo no pude evitar negar con la cabeza e ignorar su limitación educacional y seguir teniendo la fiesta en paz, al tiempo que dejaba caer la colilla a mis pies y la pisaba con el tacón de madera de mis botas de piel.

¡Ay, Samantha…, Samantha, Samantha! Tan natural como la vida misma, como quien pide la vez cuando va a comprar el pan y la leche recién ordeñada en la granja de los Taylor, la contigua a nuestro rancho en Bandera.

—¿Decías?

—Nada, Roy. Pensaba, solo pensaba…

—¿En serio, tío? Pues creerás que me he vuelto loco, pero a veces me parece oír tus pensamientos.

—Será porque debo pensar muy alto.

Lo miré de reojo y me di cuenta de que le había robado una sonrisa.

—¿Comemos algo?

—Eso mismo estaba pensando yo.

—¿Ves?, al final sí que va a ser cierto eso de que puedes leer mis pensamientos. —Le puse mi brazo sobre sus hombros mientras nos encaminábamos hacia la entrada de un diminuto restaurante en el que su letrero luminoso rezaba: *dinner*—. Aunque, si fuera así, no te lo aconsejaría.

—¿Y eso por qué?

—Porque suelo ponerte a caer de un burro.

—¡Bah, Maverick, no me lo creo!

—Créetelo.

—Pero si yo sé que me quieres mucho, tanto que incluso alguna vez he llegado a pensar que

eras gay.

—Ja, ja, ja… ¿gay?

—Sí, que te gustaba como hombre.

Me detuve en seco y me planté frente a él. Lo miré tan serio y tan directamente a los ojos, que Roy no pudo contener la risa y explotó en una escandalosa carcajada.

—¡Coño, pero qué tontainas eres! —se descojonó vivo, tanto que incluso tuvo que limpiarse las lagrimillas que se le escapaban sin censura—. Tú, ¿gay? ¿Pero te has mirado a un espejo? No conozco a un hombre más hombre que tú, valga la redundancia. Ni siquiera yo lo soy tanto… ¡Y eso que soy un puto perla con las mujeres!

¡Gracias a Dios! Solté el aire que había retenido en los pulmones. Joder, por un momento creí que estaba hablando en serio el muy cabronazo.

A ver, no pienses mal… No es que me diera de machito alfa ni nada por el estilo, porque no lo era, era un tío normal y corriente a quien le gustaba mostrarse tal y como era: lo que veías era lo que era, sin florituras, ni aderezos; tan natural como la vida misma.

¡Ah! Y que conste en acta que Jake Maverick respetaba a todas las orientaciones sexuales, otra cosa era que fueran conmigo. Me gustaban las mujeres, y mucho; solo que, por mil historias, hacía años que ya no conectaba con ellas, ¡con ninguna! Pues mi Megan, la madre de Dakota, muy a mi pesar había dejado el listón demasiado alto, tanto que hasta incluso me había hecho cuestionar si algún día sería capaz de volver a amar de verdad.

21.00 PM

Al fin llegamos a Las Vegas, la cuna de las despedidas de solteros, del ocio y del entretenimiento. Nada más entrar, nos topamos con el famoso cartel «*Welcome to fabulous Las Vegas*» situado al sur de Las Vegas Boulevard, de obligada parada para hacerse un selfi, como un par de palurdos catetos, igualitos a la comedia esa de *Dos tontos muy tontos*. La gente solo tenía que adivinar quién era Lloyd y quién era Harry. Oye, que tampoco era tan complicado, pues nuestro color de pelo nos delataba: él el rubio y yo el moreno.

Circulamos a poca velocidad, admirando la ruta de los hoteles por el Strip, que ya por sí mismos eran todo un espectáculo: lujosos gigantes de hormigón, muchos de los cuales eran temáticos y, entre ellos, 15 de los hoteles más grandes del mundo: Hotel Luxur, París, Venetian, Caesar Palace… hasta que llegamos al que nos hospedaríamos las dos siguientes noches, al hotel Bellagio, cuya llamativa fuente de agua moviéndose al compás de la música hacía las delicias de cualquier forastero como nosotros.

Cedí las llaves a un aparcacoches. Poco después, un botones asió las maletas y le seguimos mientras se abría paso hacia el *hall*, un pelín recargado, pero, oye, para gustos los colores. Las excentricidades no suelen ser mi pan de cada día, por lo que me decanto por gustos más sencillos, por no decir algo simplones.

Hicimos el *check-in* y subimos a la décima planta para dejar el equipaje a medio deshacer encima de la cama, pegarnos una merecida ducha, fumarnos un par de pitillos tranquilamente

mientras observábamos el atardecer desde la ventana de la habitación y nos enfundábamos ropa limpia, las botas y nos rociábamos la piel en esos conocidos «puntos de pulso» que recomiendan. Luego nos dispusimos a dar un garbeo a pie por las calles e ir a cenar algo contundente.

Ni qué decir que ambos estábamos muertos de hambre, eso es lo que tiene hacer una buena tirada de millas por carreteras interminables que se pierden en el horizonte de un desierto, pasar un calor de mil demonios por estar obligado a dejar las ventanillas abiertas y recoger a una autoestopista tan dulce que solo de mirarla engordabas, y tan simpática que Benny Hill era un mero becario a su lado.

Resultó ser una genial idea esa de hacer caso al consejo del botones, de salir del Strip y dirigirnos hacia el corazón de la zona antigua de la ciudad para transitar por la noche por las calles techadas del Fremont Street, en donde era normal cruzarte con fauna de lo más variopinta: artistas cutres y gente medio en cueros dispuesta a hacerse una foto por unos miserables pavos.

—¡Qué puta pasada, tío!

La cara de Roy se dibujaba en una sorpresa perpetua. Conocía a ese granuja desde antes de que a él le quitaran los pañales y a mí me destetaran, por lo que me asombraba verlo así: igualito a un niño pequeño que acaba de descubrir los copos de nieve caer del cielo y desvanecerse en la palma de su mano.

—Sí que lo es. Nada que ver con Texas.

—¡Ya te digo! Joder, colega. Veo todo esto y me da por pensar en cosas.

—¿En qué?

—Pues en que debieron darme en adopción nada más nacer… Coño, porque a mí me va más esto y no el tener que recoger la caca de vaca todos los días. Y me doy cuenta de que mi vida es una puta mierda.

Torcí el gesto.

—Roy, vamos, que la noche no te confunda, ni tampoco las luces de neón. Todo esto es mera ilusión óptica. Nada de esto es real y no hace falta que te diga que es más falso que un billete de tres dólares o que los Milli Vanilli.

—¡Ja, ja, ja… Maverick! Cuánta razón tienes.

—Claro, siempre la tengo.

—¡De eso nada, monada! —Me siguió el rollo, sonriendo y jactándose de mí.

De repente, las luces de la cúpula, de ese singular techo abovedado, el mismo que nos cobijaba de la intemperie y donde se concentran los casinos más antiguos y míticos de la ciudad, se apagaron. Y fue entonces cuando la expectación a nuestro alrededor se hizo tangible, haciéndose el completo silencio. Todo el mundo enmudeció, esperando inquieto.

En breve daría comienzo el *show*. Pantallas proyectando imágenes a todo color, altavoces a tope de volumen reproduciendo el inconfundible e inolvidable chorro de voz de Freddie Mercury, inundándolo todo. TODO. ¡Los pelos como escarpias y la piel de gallina! ¡Oh, *yeah*, sí señor! In-des-crip-ti-ble.

Tras la exhibición, nos dejamos caer por Hugo's Cellar at Fremont Hotel, un restaurante que está situado en el sótano del Hotel Four Queens; a fin de cuentas, un antro no tan elegante como los que habíamos dejado atrás, pero sí parecía mantener cierto lujo decadente, como viajar en el tiempo o incluso como estar en casa.

Compartimos una sopa de langosta, la famosa ternera Marsala y los Hugo's juicy steaks. Sí, así es, éramos unos putos ansias a la hora de comer, tanta era la voracidad por devorarlo todo que parecía que estuviéramos aún en la fase de crecimiento o incluso a veces que tuviéramos la puñetera solitaria.

Luego, para hacer en condiciones la digestión, nos subimos a unos cables que hay suspendidos a lo largo de toda la calle (una tirolina), que te transportan como si fueras Superman. La atracción recibe el nombre de Slotzilla y se trata de una enorme tragaperras que transporta a gente de un lado a otro de la calle para tener una visión desde arriba de Fremont Street.

Tomamos un par de birras en la taberna Hennessey's, un local ambientado en los años 70. Bueno, alto, ¡quieto, parado! A ti no voy a mentirte, pues quizás cayeron algunas más… ¡Ni siquiera las conté!

Ya bastante achispados, a Roy se le antojó ir a Shapphires Strip Club y no paró hasta arrastrarme allí.

Ya lo decía mi madre: «Quien con niños se acuesta, mojado amanece». Precisamente Roy no era un buen ejemplo a seguir y pecaba de muchas cosas, no demasiado buenas, pero era mi amigo. Y no voy regalando medallas honoríficas a la amistad, no creas, soy bastante selectivo con ese tema. Sin embargo, durante todos estos años, él ha estado presente, a las duras y a las maduras, tanto fuese para salir de fiesta y evadirme del mundo, como para poner su hombro y consolar mis penas cuando perdí a mi mujer de la noche a la mañana. Eso es ser un buen amigo, al menos a mi modo de ver.

Y, cuál fue mi sorpresa cuando nada más pisar el club, me di cuenta de que cualquier parecido con la realidad era pura coincidencia. A ver, no nos engañemos, que sí, que era un lugar de *striptease*, pero nada que ver con los de mala muerte que te puedes topar en cualquier carretera o en los suburbios de Nueva York; este destacaba por la extravagancia y el entretenimiento con clase.

Para no entrar demasiado en los detalles, pero sí darte un par de pinceladas de aquel par de horas, te diré que sonaba *Do my Dance* de Tyga ft. 2 Chainz y que las bailarinas eran preciosas. Y hasta ahí puedo leer…

ALEXANDRA SIMMONS

—Dios, Alex ¡qué rico está todo!

—¿A que sí?

—Seguro que el recuerdo que me llevo de nuestro viaje a las Vegas va a ser varios kilos en las cartucheras, pero no me importa. Ya me lo hará perder mi entrenador personal.

—¿Hablas de Eduard o de David?

—Eduard, *of course*. Es el mejor, cariño. Ninguno me hace sudar tanto como él…

Me guiñó un ojo, divertida, y yo boqueé como un pez fuera del agua.

—¡Nicoletta! ¿Por qué no me lo habías contado?

Le di un manotazo en el brazo.

—Porque pasó la otra noche y tú necesitabas consuelo. Estabas hecha unos zorros y con la moral por los suelos. No iba yo a irte con historietas para no dormir… Bueno, en realidad fue así, ¡no pegamos ojo en toda la noche! —se rio—. ¡El muy cabrón es una puta máquina empotradora!

—¡Anda! Ya puedes irme contando los detalles.

—¡Atención, atención…! —Alguien subió al escenario del salón Florencia del hotel y dio unos golpecitos al micrófono—. Damas y caballeros, un momento de silencio, por favor.

El buen hombre esperó a que todo el mundo le prestara atención para seguir hablando.

—Ahora, como todos ya sabéis, llega la guinda del pastel, el momento más esperado por el público femenino… ¡La subasta del primer baile!

La sala se llenó de aplausos y de vítores. En aquel momento, el apuesto hombre de mediana edad, que se presentó como Peter Kramer, se giró haciendo unas señas a los tres hombres que esperaban rezagados algo más atrás.

—Y esos tres pobres… ¿qué tienen que ver con la cena benéfica? —me susurró Nicoletta acercándose a mi oído—. ¿Los van a sacrificar para hacer hamburguesas y salchichas y dar de comer a los pobres?

—¡Será posible! —Me eché a reír—. ¡Qué ideas tienes!

Peter esperó de nuevo a que los aplausos disminuyeran para poder proseguir.

—Estos tres apuestos jóvenes… —Se giró sobre sus talones, mostrándolos con la mano— cederán el primer baile a la señorita que gane su subasta. Y los donativos, como ya saben, irán destinados a la casa de acogida Masdow.

Nuevamente los aplausos fueron protagonistas mientras mirábamos con atención al escenario sin perdernos un ápice de lo que sucedía.

—Pero, antes de empezar… —Alzó la vista mirando a los allí presentes en la cena—... ¿Hay en la sala algún joven más que se atreva a subir al escenario?

Nadie contestó. Obvio. Y no solo eso, sino que se creó un discreto murmullo en la sala; solo algunas personas cuchicheaban en tono bajito.

Y… al otear la estancia, pude ver cómo Gabriel Gómez, de Manhattan, aquel chico de la piscina, se levantaba de la silla como un resorte mientras alzaba la mano como quien sabe la respuesta del profesor y necesita compartirla con los demás.

Gabriel corrió hacia el escenario y de un salto se instaló en la tarima, situándose al lado de Peter Kramer. El salón en seguida se alzó, aplaudiendo y vitoreando mucho más que antes, pues el español había creado una gran expectación entre el público femenino. Muchas aplaudían efusivamente, incluso Nicoletta y yo. Además, pude distinguir algún que otro piropo subido de tono.

—Anda, pero si es el macizorro, el doble de los musculitos.

—Sí, el mismo. ¡Bravo, Gabriel! —Lo había reconocido al instante. Además de contribuir a una buena causa, tenía agallas y desvergüenza. Dos cualidades que solía brillar por su ausencia en los hombres que había conocido, sobre todo en Harris.

El presentador tosió varias veces en el micrófono, reclamando de nuevo silencio.

—Empecemos… ¡Que se acerque el primer candidato!

Un chico moreno de mediana estatura se posicionó al lado de Peter. Se colocó la pajarita tragando saliva. Estaba ligeramente nervioso ante tantos ojos clavándose en él al mismo tiempo.

—Este apuesto galán de Orlando se llama Paul. Tiene veintisiete años, es soltero… de momento...

Algunas señoras del público rieron y Peter prosiguió:

—Es abogado y le gusta la pintura y el cine… Así que… ¡señoras, se abre la puja! ¿Quién levanta la mano?

—Doscientos dólares —apuntó una señora mayor a la vez que alzaba la mano.

—¡Quinientos dólares! —indicó otra seguidamente.

Paul sonreía con timidez.

—¡Mil dólares! —vociferó la señora mayor de nuevo.

—Mil dólares a la una… Mil dólares a las dos… Y…. —dejó pasar deliberadamente unos segundos para crear un poco de expectación en el ambiente—. ¡Mil dólares a las tres! ¡Adjudicado a la señora del bonito vestido turquesa!

El gentío aplaudió y Paul bajó de la tarima.

Peter Kramer fue subastando a los otros dos candidatos y finalmente le llegó el turno a Gabriel, quien, llenándose los pulmones de aire, se acercó hasta él con un estilo muy peculiar al andar, un pelín… chulesco, déjame matizar.

—¡Mil dólares! —gritó una voz femenina.

Gabriel y Peter sonrieron cómplices. En la sala estallaron risas provenientes de distintas mesas.

—Calma, un poquito de calma —proclamó mitigando los efusivos ánimos—. Antes de nada, vamos a proceder a su presentación en sociedad… Este joven apuesto se llama Gabriel Gómez y tiene treinta años, es arquitecto y ha venido desde España. Es alegre, divertido, amante del deporte y de las mujeres… Y consigue siempre todo lo que se propone.

Se oía la gente murmurar, estaba claro de que el chico del tatuaje en el brazo no había dejado indiferente a nadie.

—Señoras… —insistió Peter—. Tras el revuelo que se ha ocasionado, me permitiré empezar por poner un precio de salida… en este caso de ¡tres mil dólares!

—Guauuuuu… *Mia madre!* —silbó Nicoletta—. Si los tuviera ahora mismo, los pagaría gustosa.

—¡Tres mil dólares! —gritó una jovencita de pelo rubio.

—¡Cinco mil dólares! —Esta vez aulló alguien desde el fondo.

Todos miramos en esa dirección, buscando la dueña de esa voz. Se trataba de una mujer de unos cuarenta años, súper atractiva, pelirroja y con unos vivarachos ojos chocolate.

—¡Diez mil dólares! —espetó la rubia de nuevo.

Menudo duelo de titanes. La verdad es que el espectáculo no tenía desperdicio. ¡Hagan sus apuestas! ¿Quién se llevaría al joven guaperas de gatuna mirada? ¿La joven pija o la madura con aires de devora hombres? Sin duda era una auténtica Mata Hari.

—¡Veinte… mil… dólares!

—¿Quéeee?

La mujer se acercó con paso firme hasta el escenario, devorando a Gabriel con la mirada.

—¡Veinte mil dólares a la una!

Era divertidísimo. Lástima, porque de haberlo sabido, me habría traído las pipas y la Coca-Cola para saborear el momento y ver cómo acababa la jugada.

—¡Veinte mil dólares a las dos!

No le quité ojo a la amplia sonrisa que la mujer dibujaba en sus labios al sentirse ganadora.

—¡Y… veinte… mil… dólaresssss…!

—¡¡¡Cincuenta mil dólares!!! —gritó alguien.

—*OMG!*

El salón enmudeció unos instantes. Al poco, un jadeo multitudinario saqueó el lugar. Gabriel soltó un silbido de admiración al tiempo que una morenaza (quisiera alegar en mi defensa que no me van las mujeres, pero es que esa chica era divina) se levantó de su silla lentamente sin dejar de mirar a Gabriel, dejándonos a todos patidifusos.

¿Se conocían? ¿Lo tenían ya pactado? ¿Quién pagaría cincuenta mil pavos por un baile con un hombre?

—¡Cincuenta mil dólares! —volvió a repetir, pasando por el lado de la devora hombres con una satisfacción sin límites.

—Entonces… Cincuenta mil dólares a la una… a las dos… ¡Adjudicado a la guapa señorita del vestido de cola! —berreó Peter a la vez que aplaudía enérgicamente.

La sala se levantó clamorosa para celebrar con aplausos su hazaña… o su falta de juicio. Algunos vitoreaban y otros silbaban, mientras la morena de ojos azules subía a la tarima a por su merecido premio.

—¡Que dé comienzo el baile! —aclamó Peter animado, y la orquesta empezó a entonar los primeros acordes de un vals.

—¿Has visto cómo se miran ese par, Gabriel y la morenaza? Desnudándose con la mirada. Aquí hay tomate, te lo digo yo.

—Sí, eso mismo he pensado yo…

Estaba clarísimo que entre Gabriel y ella había tensión, y no me refería a los cables de alta tensión eléctrica, sino a la sexual. Entre ellos no solo saltaban chispas, ni siquiera fuegos artificiales, sino la explosión de un almacén de pirotecnia.

—Qué envidia sana me dan —hice pucheros.

—De eso nada, nada de autoflagelarse, nada de lloriqueos.

Nicoletta, aprovechando que había dado comienzo el baile y que los camareros estaban recogiendo las mesas, se levantó de la silla y me obligó a imitarla.

—Vamos, acompáñame. Siempre he soñado con decir esto, aunque tú no seas la sexi Demi

Moore ni yo el galán, Robert Redford: «Quiero hacerte una proposición indecente».

---

[6] *Es una parte estructural de la anatomía aérea de una serie de especies de plantas, diáspora que, una vez madura y seca, se desprende de su raíz o tallo y rueda debido a la fuerza del viento. En la mayoría de estas especies se desprende toda la planta, independientemente del sistema radicular; pero en otras plantas, un fruto hueco o una inflorescencia podría desprenderse en su lugar.*

11
Una proposición indecente

(Adrian Lyne, 1993)

ALEXANDRA SIMMONS

—Venga, te dejo elegir.

Nicoletta trató de convencerme estando a las puertas del casino del Caesars Palace.

—¿A qué prefieres jugar? ¿al póker, al *blackjack*, a la ruleta o a las tragaperras?

—¡Uiiiiii, no, no, no! Ni hablar… A mí ni me van los juegos de azar ni el vicio por el vicio… Además, no creo en ellos. Siempre he sido de la convicción de que están amañados.

—Muchas pelis has visto tú.

—Puede ser, pero es que no me inspiran confianza.

—Alex, no se trata de que te juren amor eterno, sino de reírnos un rato, de olvidar las penas y de dejarnos llevar sin mayor pretensión. —Cogió mi mano y tiró de mi brazo hacia el interior del local—. Dime que sí, anda…

Mi amiga puso carita de cachorrito abandonado y no supe decirle que no. Mierda. ¿Por qué era tan blanda y no me imponía cuando se trataba de ella? Estaba claro que me gustaba complacerla y que no tenía mano dura; era como tener a un hijo tonto. Y con eso…, ¿en qué lugar quedaba mi idiosincrasia? ¿Acaso la había perdido por el camino? Cualquiera que no me conociera pensaría que no tenía carácter y que era insulsa, aunque no fuera nada más lejos de la realidad.

«Cría cuervos y te sacarán los ojos…», pensé para mis adentros mientras cruzábamos el majestuoso hotel decorado con fuentes, columnas y estatuas al estilo de la Antigua Roma, rumbo a la perdición extralimitada, al vicio desmedido y a la perversión pecuniaria.

—Vaaaaaaaale…

Me abrazó con efusividad.

—Si es que, si es que… ¡Ains! Eres una monada de niña, Alexandra… Y ¡no te puedo querer más!

Me privé de volver a poner los ojos en blanco, pues al final vas a tacharme de ser la gemela de Anastasia Steele de *50 sombras de Grey*, quien se pasó tres cuartas partes de la trilogía haciendo gala de ese gesto de impaciencia.

Minutos más tarde ya estábamos cambiando mil pavos por monedas en los míticos *cashiers* en la sala de juegos inspirada en The Pussycat Dolls, cuya atracción principal es la decoración de estilo *burlesque*.

Me fijé en que no había ventanas y en que la luz solar no entraba por ninguna rendija; no había relojes que te indicaran en qué momento estábamos del día o de la noche. Sonaba música de discoteca, creí reconocer que era electrónica. El ruido era ensordecedor; sobre todo recuerdo ese escándalo envolviéndolo todo, de lado a lado, de arriba abajo, de punta a punta. Invisible, mimetizándose por completo en el entorno, en los tímpanos, en las capas de la piel… en lo profundo de tu mente.

Primero echamos unas monedas en un par de tragaperras para pasar el rato y tener un primer contacto con los juegos de azar, como si fuera un simple juego de niños. Sin embargo, lo que no pudimos vaticinar fue lo que ocurriría solo una hora más tarde en la ruleta del casino.

—Vamos, señores y señoras, hagan sus apuestas, hagan sus apuestas… —divulgaba el crupier de viva voz favoreciendo la fluidez de la partida—. Hagan juego.

Nicoletta me explicó que el objetivo principal en la ruleta es el de apostar tratando de adivinar en qué número, color o zona va a caer la bola; las casillas están numeradas del 1 al 36 de colores rojo y negro y las verdes para el cero y el doble cero. Intercambiamos dólares por fichas de valor y ocupamos un par de asientos libres alrededor de la mesa.

—Me gusta el 16.

—Pues como tenemos pensado hacer una apuesta dividida y los números han de ser contiguos en el paño de madera, los míos serán el 24 y el 33.

Nos miramos y asentimos al unísono, colocando tímidamente cinco fichas de 100 dólares en las respectivas casillas del tablero sobre la tela. Era una jugada sencilla, sin demasiadas esperanzas depositadas en ella, pues habíamos estado presenciando apuestas mucho más atrevidas y la mayoría de más de tres cifras.

—No más apuestas… no más apuestas. No va más… —sentenció el crupier e hizo girar la ruleta hacia un lado y la bola en la dirección opuesta.

Nicoletta puso las manos en forma de ruego y no cesaba de nombrar los números 16, 24 y 33 como si se tratara de un mantra o como si eso sirviera para algo.

¡Ojalá fuese tan fácil ganarse unos miles de dólares!

Y… ocurrió. ¡La bola se detuvo justo en el 16! Y en cristiano eso eran ¡8.500 pavos! Así, a bote pronto y sin esfuerzo alguno, sin sudar un ápice y sin picar piedra en una cantera. ¡Ganamos!

Nicoletta me cogió de las manos y empezó a saltar como si se hubiese calzado unos muelles como zapatos y a gritar como una posesa.

—¡¡¡Nos ha tocado, cielo!!! ¡¡¡Alex, has acertado!!!

No daba crédito. En mi vida nunca me había tocado nada. Bueno, si no contaba a un cabrón como exnovio. No me había tocado nada porque nunca había apostado nada, ¿no? Además, de pequeña ni siquiera fui buena a Piedra, papel o tijeras; siempre había sido pésima en cuestiones de azar, hasta el punto de llegar a pensar que mi mala suerte en general se compensaría en el amor. Pero no… ¡pobre ilusa!

«Afortunado en el juego, desafortunado en amores», o eso dicen, ¿verdad?

A ver si iba a ser cierto eso de que, a mayor cornamenta, ¡mayor es el premio!

—Alex, esto es súper divertido —festejó súper animada—. ¡Vamos a apostar otra vez, que ya empiezo a notar el mono!

—De acuerdo, pero con cabeza, ¿eh? Lo más sensato será ponernos un tope o un límite, una cifra por la que retirarnos si vamos perdiendo demasiado.

—Oye, que no vamos a perder.

—No seas ingenua, Nicol.

—Tía, pero si somos mujeres adineradas (o nuestros padres por lo menos), así que el perder unos cuantos dólares ni siquiera les hará cosquillas. Por lo demás, ¿nunca has oído eso de que el dinero llama al dinero?

Me quedé pensativa y enseguida asentí.

—*Ok*, pero con calma, no nos precipitemos.

—Me conformaré con apostar los 8.500 pavos.

—¡¡¡Pero, Nicooool!!!

Mi chillido no fue suficiente pues, antes de darme tiempo a reaccionar, ya estaba reclinándose sobre la mesa, culo en pompa y empujando el montón de fichas hacia el centro para apostar contra la casa.

—¿Te parece bien al rojo?

—Me parece que se te ha ido la olla.

Me sonrió de medio lado y se colgó de mi brazo.

—Anda, cruza los dedos, Alex.

—Aunque no lo creas, tengo cruzados todos los dedos de las manos, y también los de los pies.

La ruleta empezó a girar y a girar y a… girar. Y la revoltosa bola a corretear en círculos en el sentido inverso. Pero esta vez no ocurrió. La esfera se detuvo en una de las ranuras negras y, con ella, la buena racha; los delirios de vencer al azar y la excitación del momento se vinieron abajo en un simple chasquido de dedos.

Aturulladas por ese momento ¡chooof!, le aconsejé que esa era una oportunidad ideal para irnos. Ya lo dice el refrán, «a veces una retirada a tiempo, también es una victoria».

—¡Ni hablar del peluquín, ojazos! Aquí se ha venido a jugar y no pienso dejar que tires la toalla a la primera hostia de cambio. Recuerda que la vida es una veleta de hostias constantes: de hostias con la mano abierta, de puñetazos, de collejas, de capones, de chirlos…

—¿De chirlos?

Me quedé mirándola pasmada, apuesto a que la expresión de mi jeta era todo un poema.

—Es una herida alargada en la cara… —Se rio y prosiguió a modo de confidencia—: y no me mires así, que la culpa es del aburrimiento y de la reposición que están haciendo de *El Príncipe de Bel-Air* en la televisión por cable.

Así que, por unanimidad o más bien porque no tenía ganas de irme a dormir a esas horas de la noche, nos quedamos un rato más. Hasta que, después de ganar varias partidas consecutivas, estando de nuevo en racha, sentí un repentino pálpito en el pecho, como la punzada de varias agujas de coser juntas, pero… placentera.

Entonces fue cuando la miré con ojos hambrientos, pues acababa de verlo claro, como si

alguien me estuviera enfocando con un láser más potente que el de millones de soles juntos. ¡Y vi la luz…! Eso o el Martini (los Martini, matizo) que me estaba tomando, había causado su efecto. Y… que conste en acta, señoría, que no estaba borracha, sino achispada.

—Apostemos más, Nicol. Mucho más… ¡Tengo una corazonada!

Entrecerró los ojos y me estudió la cara antes de responder:

—¿Tú? La doña «nací gafada».

—Sí, presente. —Sí, sonreí con los labios apretados y alcé el dedo índice.

—Vaaaaaaale. Venga, un voto de confianza para mi chica.

Sonreí y aplaudí. Creo que incluso di algún que otro saltito (chiquitito).

—Así pues… de los creadores de: «tengo menos suerte que Scrat, la ardilla obsesionada con una bellota en *Ice Age*...». —Hizo un gracioso gesto con las manos en plan anunciando una cartelera de cine—… ahora llega: «soy un puto Oráculo de la suerte andante».

—¡Serás bestia!

Me reí con ganas.

—Sí, sí, tú ríete, ríete, que después vendrán los lloros —asentía con la cabeza—. Tú quieres apostarlo todo a un único número y después la etiqueta de loca se la lleva una menda… ¡Qué vida tan injusta me ha tocado vivir!

—Nicoletta…

—Alexandra…Tranqui, cielo, que no pasa nada. Sabes de sobra que confío en ti con los ojos cerrados. Fíjate lo que confío en ti que, si tú me lo pidieras, cruzaría la autopista de lado a lado, llena de vehículos y con una venda en los ojos.

—¡Qué exagerada!

—No, ni una pizca.

—Sabes que eso jamás te lo pediría.

—Pues por eso —Me guiñó un ojo—, por eso lo digo, porque tú no me lo pedirías.

Volvimos a echarnos a reír. ¡Qué buenos ratos me hacía pasar la *jodía*! Si no fuera por esos momentos y otros que tú y yo sabemos…, la vida sería menos llevadera, ¿a qué sí?

—Pero, ¿cuánto tenemos ganado? —le sonsaqué cambiando de tema.

—A ver… —Arrugó la nariz mientras contaba las fichas—. Casi 29.000 pavos.

—Pueeeees. —Tragué saliva antes de pronunciar lo que me estaba rondando por la mente, esa descabellada idea suicida— Pues… todo. Apostémoslo todo al 3. Al pleno. Si apostamos a un solo número, el pago es de 35 a 1, ¿cierto?

El corazón me iba a mil.

—¿Te has vuelto loca?

—¿Lo es? Dímelo, Nicol.

—Sí, sí… eso dictan las reglas.

Di un beso al montón de fichas y las deslicé sobre el tablero para colocarlas justo sobre el número 3. Y después cerré los ojos con fuerza cuando la ruleta empezó a girar. No quería mirar… no podía, a sabiendas de que era *La crónica de una muerte anunciada* idéntica a la de Gabriel García Márquez.

—¿Estás segura?

—¡Noooo! ¡Claro que no lo estoy! Pero es lo que me dice el pálpito que tengo en el pecho y los retortijones de la barriga.

—Nena, ¿no serán gases? Hay un lavabo justo ahí. —Señaló con el dedo a su izquierda—. O si no, tírate el pedo despacito. Eso siempre funciona para no hacer ruido, aunque deje rastro…

Se rio.

—¡Nicol! No seas puerca —le sermoneé—. Y no. No son gases. Es algo distinto, según mi presentimiento desprovisto de fundamento empírico.

—Pues, amén. —Se encogió de hombros—. No se hable más, lo que diga la morena.

Ambas nos miramos, dándonos cuenta de la solemne estupidez que acabábamos de hacer. Y no, no podíamos echarle la culpa al alcohol, sino a la temeridad que se había adueñado de mi ser, cosa rara en mí. Yo, que solía pavonearme de ser una persona cabal, sensata y muy cuadriculada, casi rozando lo patológico, esa noche me cubrí de gloria.

—No más apuestas… no más apuestas. No va más… —sentenció el crupier e hizo girar la ruleta hacia un lado y la bola en la dirección opuesta, por enésima vez esa madrugada.

En última instancia quise hacer un amago de recular en mis actos y echarme atrás, pero ya era demasiado tarde. Nos cogimos de la mano con firmeza, como si estuviéramos subidas en una vagoneta a 127 metros en la montaña rusa de Kingda Ka en el parque temático de Six Flags Great Adventure mientras rezábamos el *Padre Nuestro* y el *Ave María*, instantes antes de precipitarte al vacío.

Así pues, esa misma sensación de vértigo sentí cuando al cerrar los ojos con fuerza: me imaginé cómo se esfumaba todo nuestro dinero más rápido que un caramelo en la puerta de un colegio.

—Vamos, pequeña… Vamos…, 3 y hago un brinco al revés… 3… ¡No me toques los ovarios otra vez!

Nicoletta no cesaba en su intento de nombrar el número 3 y la coletilla que se acababa de inventar, como si pudiera ahuyentar a la mala suerte. ¡Como si eso sirviera para algo!

¡Ojalá fuese tan fácil!

Que lo fue…

En una fracción de segundo a nuestro alrededor se hizo el mutismo por completo antes de estallar en un griterío generalizado.

—¡¡3 y ganador…!!

Me quedé patidifusa y petrificada en el sitio como una estatua de mármol, fría e inmóvil. Ni siquiera los zarandeos de Nicoletta sirvieron para que volviera en mí hasta pasados unos segundos; estaba en *shock*.

—¡¡¡Un millón de pavos!!! ¡¡¡Alex, hemos ganado un puto millón de pavos!!!

Al final los gritos descontrolados y la euforia desmedida calaron hondo en mí. El corazón se me disparó de golpe y empecé a brincar como un canguro al que le hubieran pinchado en el culo con un tenedor.

¡¡¡Casi me dio un maldito infarto!!!

Nos recomendaron ingresar esa escandalosa cifra en nuestra cuenta bancaria, pero nosotras preferimos, de mutuo acuerdo, que nos trasladaran ese maletín repleto de billetes a nuestra *suite* en el hotel Bellagio. No por desconfianza, no pienses mal, sino porque ¡teníamos un antojo! Y ninguna de las dos estábamos embarazadas (que supiéramos); lo que pasaba era que nos había nacido la necesidad imperiosa de desperdigar todos esos pavos por la cama (como en las pelis hollywoodienses) e inmortalizar ese irrepetible momento en una instantánea.

Luego lo dejaríamos a buen recaudo dentro de la caja fuerte de la habitación.

Y así fue, creo que en mi vida nos habíamos hecho tantos selfis juntos, tantos que se podría empapelar con ellos las dos plantas de la habitación de Las Vegas, y las sobras podríamos usarlas como papel higiénico.

—Voy a hacer aguas menores y después nos vamos a celebrarlo a lo grande.

—¡Qué fina te has vuelto de golpe, Nicol!

—Es lo que tiene haber ganado… ¡un jodido millón de pavos! —gritó a pleno pulmón, por si algún vecino aún no se había enterado—. Ahí radica la magia de la puta pasta, esa en la que es capaz de transformar en pibón a la mismísima vaca Francis.

Se puso a buscar en Spotify y casi simultáneamente empezó a reproducirse la canción *You should be dancing* de la peli *Fiebre del s*ábado noche y mi loca amiga se puso a bailar en medio de la sala a lo John Travolta, de forma hortera y exagerada, haciendo gala de su frescura y descaro innatos.

—¡Baila conmigo!

Me cogió de la cintura.

—Esto se merece un homenaje y que por una vez en tu vida, aunque hayas apostado toda la pasta a un solo número… ¡te desmelenes!

—¿Me estás tachando de sosa?

—Sosa no, *asacarinada*…

—¿*Asacarinada*?

—Sí, eso he dicho. *Come va? Non guardarmi in quel modo.*.. Sí, acabo de inventarme esa palabra. ¿Y por qué? Pues porque puedo.

Se puso a reír, y yo con ella.

¿Me creerías si te dijese que decenas, cientos de veces me he planteado qué sería de mi vida sin ella? Y… nunca conseguí imaginármela, ni tampoco quería, pues Nicoletta Ercolessi para mí era como la vitamina extra que me venía de fábula cuando me sentía decaída, y también esa luz brillante y pura que se irradia al final de cualquier túnel.

En pocas palabras: la positividad hecha carne.

—Vamos anímate, que tiemble Las Vegas… ¡Nos vamos de *fiestuki*!

12
Resacón en las Vegas

(Todd Phillips, 2011)

JAKE MAVERICK

¡Madre del amor hermoso! Después de salir a duras penas del Shapphires Strip Club y a puntito de echar la pota por culpa de la tajada de campeonato que llevábamos encima, nos dejamos caer por el hotel Bellagio, por el hecho de no marcharnos de Las Vegas sin antes ver esas famosas fuentes en todo su esplendor.

La verdad, verlas no recuerdo muy bien si las vimos o no, pero de lo que sí creo tener un vago recuerdo en forma de *flashes* fue de lo que ocurrió poco después entre los muros del Hyde Bellagio (una de las mejores discotecas de la ciudad).

Así, a bote pronto, echando la vista atrás y repasando mentalmente los acontecimientos, creo tener presente tres momentos clave. El primero: la interminable cola de espera para entrar y la surtida carta de cócteles que nos inyectamos en vena. El segundo: la fiesta de disfraces como el ingrediente principal del pastel. Y el tercero: esos impresionantes ojos azules de aquella despampanante chica disfrazada a lo Marilyn Monroe y los desencadenantes de toda perdición, como colofón final.

—Tío, me pillo el de Jack Sparrrrrow…

—¿Quién?

—El pirata, Jake… Ese.

Seguí su dedo, el mismo que señalaba a un punto en concreto dentro del armario, pero… no lo tuve claro, pues todo me daba tumbos. No recordaba una mierda, ni haber estado más borracho en toda mi vida, salvo aquella ocasión del ingreso en la UCI debido a un coma etílico justo tras la muerte de Megan.

No sientas lástima por mí, te lo ruego… Son gajes del oficio… ¡Cosas que pasan!

Además, por suerte para todos, esa noche fue distinta, nada que ver con «la noche D» (como la bauticé en su momento).

Esta vez no estaba solo, Roy estaba conmigo. Y si bien así, al natural, podría parecerte una persona frívola y carente de empatía, te sorprendería verlo en acción cuando alguien que le importa está en apuros y necesita su ayuda. Entonces, ¡ZAS!, como quien no quiere la cosa, se le activa su lado más magnánimo y sensible y se entrega en cuerpo y alma a socorrerte.

A que nunca lo hubieras pensado, ¿eh?

Apuesto a que acabo de dejarte patidifuso, como si te hubiese dicho que, en algún rincón del planeta, es muy posible que esté creciendo un árbol que servirá para fabricar tu ataúd; una muestra de lo macabra como cierta que es la vida. Así era Roy Jones, como una puta caja de bombones en la que nunca sabes lo que te va a tocar… como bien expresó Forrest Gump.

También, de no ser por él, hubiese orinado en los zapatos del segurata de cinco metros de altura, a quien había confundido con un retrete... y que no estaba para hostias. Afortunadamente para todos, mi amigo salió en mi rescate y la cosa no fue a mayores.

—Roy, colega… deja-de-moverte… y es-ta-te quietecito…

No podía dejar de reír y de palparle con mis manazas, necesitaba tocarle para asegurarme de que estaba allí y que no era una ilusión óptica, un holograma… o una invención de mi mente, qué se yo.

Porque de los dos, él solía tener más aguante para el alcohol. Bueno, y para todo en general. Yo, aquella madrugada a duras penas me aguantaba en pie. Todo a mi alrededor me daba vueltas. Todo parecía haberse magnificado en cuestión de segundos: la música, las voces, los olores, las risas, las luces… la música… ¿he dicho ya la música?

—¡Mira! Uno de Elvis… con peluca y todo…

—El Rey… *forever*…

—Sí, Maverick, hoy es tu día, hoy le rendirás homenaje al Rey. —Me palmeó la espalda y me estampó el disfraz contra el pecho—. Hoy Elvis dejará de ser por unas horas el rey del *Rock and Roll* para convertirse en ¡el rey de las cogorzas! ¡Ja, ja, ja…!

Ahora era cuando estaba a puntito de echar la pota.

—Creo que he bebido… *demmma-siado*…

—¡Noooo, qué va! Como dijo Wallis Simpson: «Nunca se es lo bastante rico ni lo bastante delgado», yo pondré mi granito de arena a la humanidad y diré que nunca se es lo bastante hombre ni se está lo bastante borracho.

—Amén…

Tanteé el aire con las manos hasta pillarlo del brazo con fuerza.

¡Madre mía! Por un momento creí perder el enfoque ocular de las cosas. No es que las viera borrosas, ¡es que no las veía de lo mamado que iba! Parecía estar contemplando un cuadro de Claude Monet, como si todo a mi alrededor chorreara óleo.

—Venga, vamos a cambiarnos de ropa. ¡La fiesta debe continuar!

Allí mismo empecé a desabrocharme el cinturón y a bajarme los pantalones, cuando Roy me aconsejó que lo siguiera a otro lugar.

—¡Joder, Maverick, no seas exhibicionista! No aquí delante de la peña —se guaseó—. Aún es pronto para liberar a Willy… ¡Mantén un poco la intriga, hombre! No lo des todo mascado a las tías, que se lo curren un poquito, coño.

Creí oír risitas femeninas a mis espaldas y alguna que otra frase fuera de lugar del tipo: «¡menudo espectáculo está dando!», «¿te has fijado? ¡Apesta a alcohol!», «¡al moreno le ha faltado un pelo para quedarse en cueros!», «¡habrase visto, qué par de sin vergüenzas!», «¡hay quienes no saben beber!».

Nunca supe si realmente existieron esos comentarios o bien fueron producto de mi invención.

Mi amigo no tardó en sujetarme con firmeza del cuello de la camisa y sacarme de allí a toda leche, rescatándome de las fauces de aquellas lenguas viperinas.

Más tarde, ya en el interior de los aseos, me echó un capote para ayudarme a desvestirme y disfrazarme de Elvis Presley, incluyendo el *set* completo: peluca con tupé, gafas de sol y capa roja por el interior, entre otros aderezos… Y, a decir verdad, una vez nos miramos al espejo y vimos el aspecto que teníamos, nos echamos a reír a carcajada limpia un buen rato.

—Con estas pintas, si nos da por matar a alguien y enterrarlo en el desierto después, te aseguro que no hay Dios que tenga cojones a testificar en nuestra contra —decía Roy secándose las lagrimillas de los ojos—. ¡Tío, estamos irreconocibles! Y eso… eso mola mazo.

—Mejor así… porque… te juro que en este estado… no puedo prometer ser consciente de mis actos… —le confesé y eructé, cuando el muy capullo ciñó más de la cuenta mi cinturón, ese blanco de motivos impresos en dorado y rojos, que representaba un águila.

—Oye, Maverick, ¿quién dijo miedo?

—Nadie.

—¡Vamos a desgastar las suelas de los zapatos bailando y divirtiéndonos como si no existiera el mañana!

—Así se habla…

Eructé de nuevo y un regusto amargo a bilis ascendió por la garganta.

Bailar no sé si bailé, ni siquiera recuerdo si me lo pasé de puta madre. Lo único verídico de toda esa juerga de tres pares de narices es que se nos fue de las manos.

ALEXANDRA SIMMONS

—Elvis Presley a las tres.

—¿Ya son las tres?

—Nooooo, Alex… ¿no has visto la peli *Fargo*?

—¿El qué?

—Nada, déjalo. —Puso los ojos en blanco y se encendió un cigarrillo—. Que se acercan dos tipos.

—¿Por dónde?

—A las tres, es decir, por tu izquierda. Cielo, ¿seguro que no eres rubia de nacimiento?

—¡Nicolleta… estoy como una cuba! No me hagas pensar demasiado…

Dos treintañeros, a juzgar por las casi imperceptibles arruguitas de expresión de sus ojos, pues el ir disfrazado es lo que tiene, que no sabes quién anda bajo el camuflaje, fueron quienes se acercaron a nuestra mesa al ritmo de *Counting stars* de One republic.

—Mi amigo quiere invitaros a una copa —intervino el pirata con todo el desparpajo del que parecía presumir tener de serie.

Nicoletta, disfrazada de Caperucita, miró a tal Elvis Presley y luego de nuevo a Jack Sparrow.

—¿Y tú? ¿Es que tú no quieres? —le increpó Nicoletta desplegando todo su arsenal de armas de seducción/mujer fatal: sonrisa *profident*, caída de ojos y aleteo de pestañas. Todo a la vez.

—¿Eso es un sí?

—Vaya, pero si eres de los que responden con una pregunta. ¡Ole tú! Así, que se note, ¡con personalidad!

El desconocido ni siquiera esperó a responderla; directamente se sentó a su lado. Bueno, se pegó tanto a mi amiga que casi se sentó encima de ella, dejándole muy clarito que para chula ella, chulo él.

—¿Decías?

—Que te falta decisión, cariño.

—¿Eso es lo que te ha parecido, Caperucita?

—No me lo ha parecido, lo afirmo. Mucho pirata y poco loro veo yo… ¿Dónde has dejado *La Perla Negra*?

¡Ahí estaba mi Nicoletta en todo su esplendor! Coqueta, concisa y rápida como una bala, echándole un par de ovarios al temita.

—Haremos una cosa, Caperucita. —Jack se acercó muchísimo a su cara—. Si eres buena nena y te portas bien, más tarde quizás te la enseñe.

Nicoletta se echó a reír con ganas en su cara, pues, por lo visto, el pirata tampoco se cortaba un pelo. ¡Vaya, vaya, vaya…! Después de tantos años a la deriva parecía haber encontrado la horma de su zapato, a sabiendas de que a mi amiga le gustaba gustar y, sobre todo, le gustaba jugar, aunque se quemara después. Se divertía mucho con los rifirrafes que solía protagonizar con el género masculino; ese jueguecito del tira y afloja tan suyo.

«¡Aquí hay tomate y del bueno!», pensé para mis adentros.

O, al menos, eso recuerdo que fue lo que pensé. ¡Bah! No me hagas mucho caso, pues llevaba una turca… de esas de campeonato, de las que dejan amnesia transitoria. Así que no podría asegurar nada categóricamente, ni siquiera en mi propia defensa en el supuesto caso de haber cometido un delito grave.

—Claro, y yo te daré de comer de mi cestita… —Se pasó la lengua por el labio inferior mientras jugueteaba con la punta de un mechón de la peluca que llevaba puesta—. Eso sí, antes nos invitáis a unos Martinis.

—¡A sus órdenes, *mileidy!* —Hizo ese gesto tan típico militar con los dedos y se cuadró de golpe—. Donde manda el capitán, no manda marinero.

Jack alzó la mano y pidió cuatro copas.

Las risas, el cachondeo y el buen rollo que se traían ese par nos sedujeron sobremanera. Hacía siglos que no me reía tanto. Y no era broma, ¡te juro que casi se me desencajó la mandíbula de tanto reír! Fue como una sesión antiestrés, como el hacer un maratón de clases de yoga.

—Caperucita, venga, ¡vamos a mover esas caderas!

El pirata del Caribe cogió de la mano a mi amiga sin previo aviso y se la llevó a rastras hacia la pista sin demasiada oposición por su parte.

Wake me up de Avicii empezó a sonar cuando Elvis, ese que parecía el más centrado o más reservado de los dos, se cambió de sitio para sentarse junto a mí, que estaba disfrazada de Marilyn Monroe, para así poder seguir charlando.

—¡Vaya par…! Están hechos el uno para el otro—me confesó sonriente.

Inciso: tenía una sonrisa preciosa, una en la que no había reparado hasta que estuvo cerca de mí.

—¿Tú también lo piensas?

Él asintió y me miró más rato de lo moralmente permitido. Cuando se dio cuenta de ese detalle, se removió algo incómodo en el asiento.

—Son como dos gotas de agua… Solas no hacen nada, pero juntas pueden calmar la sed de la humanidad.

Te juro que, por el tono y la forma de decirlo, no supe si hablaba de Nicolleta y el guaperas de la espada o… de nosotros.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

Me quedé mirándolo como embobada, perdiéndome en la intensidad de sus ojos azules y en lo que era capaz de transmitir con solo una mirada, tan atrayentes y brillantes como dulces a la vez; también me fijé en sus perfilados labios, ni muy gruesos ni muy delgados, de esos jugosos que te apetecería mordisquear lentamente; en su mandíbula angulosa y bien marcada, pero elegante. Y… ¡OMG! No nos olvidemos de esa barbita de tres días que le daban ese aire tan misterioso como sexi.

¡Caray…!

¿He pensado yo eso?

«¿He sido yo?», como diría con voz chirriante Steve Urkel, el archiconocido protagonista de la comedia *Cosas de casa*.

En resumen… ¿Me creerías si te confieso que sentí un estremecimiento recorrer el largo de mi espalda y no es que precisamente hiciera frío en esas instalaciones? No, qué va. Sino que de tan cerca aún era más atractivo. Muuuuy… atractivo, aun estando enterrado bajo ese disfraz hortera de una tienda de los chinos. Y para más inri, su piel desprendía una narcótica mezcla entre tabaco y un penetrante perfume que no supe reconocer. Tenía una esencia propia muy seductora.

—Marilyn…

—¡Oh, perdona! —argüí abriendo los ojos como platos al ser descubierta infraganti con las manos metidas en la caja de las galletas—. ¿De-decías?

Pero, ¿qué me pasaba con Elvis? ¿Tan borracha estaba que no era capaz de mantener mis hormonas a raya?

¡Qué vergüenza, madre mía!

—Que si puedo hacerte una pregunta personal.

Y dale, otra vez esas señales silenciosas de cuando alguien nos atrae físicamente más que la miel a las moscas. Ardor de estómago, sudoración en la palma de las manos, no poder aguantarle la mirada más de dos segundos seguidos, balbuceo y atontamiento generalizado…

—Creo que sí.

—¿Crees que sí? —Sonrió haciendo un mohín—. ¿No lo sabes?

¡Guau! Apuesto a que ignoraba lo guapo que era con ese simple gesto. En serio, a mucha gente le queda mal eso de sonreír, ya sea por la dentadura descuidada o de oro como Mike Tyson, o porque se les ve más falsos que el relleno de mi sujetador. Crucé las piernas, pues la culpa fue de su eterna sonrisa rompe bragas que había ido directamente a ese íntimo lugar entre mis muslos.

—Quiero decir que… no me importa.

—Me he fijado en que llevas una alianza en el dedo anular, pero… algo me dice que no estás casada.

Me miró tan fijamente que vi cómo sus pupilas se dilataban raudas cortándome la respiración. Y eso solo podía significar dos cosas: o había esnifado alguna droga dura o, por el contrario (según dicta la comunicación no verbal), Elvis se sentía atraído por mí. ¡Por mí!

Tragué saliva despacio, vaticinando que sería la segunda de las opciones, pues no tenía pinta de estar drogado, aunque borracho sí.

—Ehm… tengo que ir al… servicio. —Me recoloqué la peluca rubia platino que se me había descolocado al dar un fuerte respingo del mullido asiento—. ¿Me perdonas?

Y me levanté, sulfurada, poniendo pies en polvorosa, cual lagartija dejando la cola a su vera a modo de mecanismo de defensa y huyendo de sus tentadoras fauces, abanicándome con la mano y rezando por que no me siguiera y me estampara contra los azulejos del lavabo para devorar mi boca, así a lo bruto, como si no existiera un mañana.

Pues estarás conmigo con que no hacía falta ser muy ducho en adivinar cuál sería el segundo paso que daría mi sexi Elvis: ese de querer meter mis encantos bajo las sábanas de su cama del hotel y practicar sexo salvaje, ¿verdad?

¡Y no!

¡Eso no podía pasar bajo ningún concepto!

¿O sí?

¿O no?

¡No, no, no, nooooo!

¡Ahhhhhhhhhhh! ¡Auxiiiiiilio! Al final va a resultar ser eso cierto, esa parte en la que Nicoletta me reprendía por pasarme las tardes de los domingos tragándome todas las comedias románticas de Netflix, en versión original y subtituladas.

Es que no me negarás que son muy *cuquis*…

Asalté el baño a trompicones, trastabillándome con mi propio pie y rodando hasta que mi culo impactó contra el suelo con una naturalidad apabullante. Estallé de risa cuando una muchacha menudita, disfrazada de David el gnomo me auxilió, sujetándome a duras penas de las axilas. Al hacerlo, se derrumbó encima de mí, aplastándome el cuerpo y sepultando su cara entre mis tetas, cual patosa en una escena que iba de lo cómico a lo grotesco.

¡Qué se le iba a hacer! Así era yo, cargando a cuestas con esa perpetua cruz.

—¡Ja, ja, ja! Ahora va y ¡me crecen hasta los enanos!

Menos mal que iba muy, muy, muuuuuy trompa y que, al día siguiente, calzaba muchos puntos de que no recordase nada.

—¿Estás bien, Marilyn?

—Ji, ji, ji… creo que sí…

No era capaz de parar de reír, pues al tratar de levantarnos y caer por segunda vez consecutiva contra el gres de los lavabos, hice memoria de un pésimo chiste de enanos. Decía tal que así:

«Entra un gnomo en una farmacia y le dice al farmacéutico:

—¿Me da un preservativo, por favor?

—¿Control?

—¡No, noooo! ¡Sin troll!».

¡Je, je, je! Ya te avisé que era malísimo, pero cuando acarreas una cogorza encima de tres pares de narices, te descoyuntas hasta de tu propia sombra.

Finalmente, después de varias tentativas predestinadas al fracaso, logramos mantenernos en pie, con mayor o menor dignidad, dada las circunstancias. Luego, sin demora, me apresuré a recluirme en uno de los cubículos disponibles. Me bajé las braguitas con bastante torpeza y me senté en el retrete, sin corroborar si estaba limpio o no, como si tal cosa. Es lo que tiene ir tan ciega… ¡que te da lo mismo ocho que ochenta!

Por lo demás, exprimí ese momento tan íntimo conmigo misma para orinar y meditar, meditar y orinar... O sea, mi momento memento. Ya que apremiaban zanjar dos asuntos: el primero, recomponerme del dolor de la barriga que sufría de tanto reír. Y el segundo, romperme la cabeza para inventarme una respuesta creíble a la pregunta de Elvis sobre la sortija.

Mientras me apresuraba a mantenerme hierática, discurrir y hacer pis simultáneamente, tuve la estupenda patochada de juguetear con el anillo, haciéndolo girar sobre mi dedo, sacándolo y poniéndomelo, cambiándolo de dedo, cuando de improviso…

¡Tatatachán!

¡Plaf!

¡Chof!

¡Glu, glu, glu!

La alianza de boda, la antigualla que fue de la rebisabuela de Harris el infiel, la que valía un pastizal y que le vino de un pelo cotizar en la bolsa de Nueva York… ¡se me acababa de caer por el retrete!

—¡Ay, mi madre!

Y, como quien no quiere la cosa, sin apenas romperme los cascos, me levanté, clavé las rodillas en el suelo y zambullí la mano en la taza; entre la mezcolanza ambarina y el hedor avinagrado, traté de pescar la joya con la puntita de las uñas de porcelana, por si estaba de suerte y aún no había rodado hacia las tuberías.

Con tal infortunio… (pues no se le puede llamar de otra forma al mal karma que te persigue y te atosiga para joderte la existencia), que el reloj de pulsera, un fabuloso Bvlgari regalo de Nicoletta se quedó atascado en la profunda concavidad del inodoro.

Tiré con fuerza del brazo, sin obtener resultados.

—¡Socoooooorro! ¡Que alguien me ayudeeeee! —rugí encolerizada al comprender que, por más que tratara de escapar, más atrapada me sentía y más sufrimiento padecía.

¡Ceniza, que no eres más que una ceniza!

Y, como por arte de magia o porque mi bramido debió oírse hasta en las mismísimas Bahamas, Elvis Presley, mi portentoso Elvis, como si de un superhéroe de Marvel se tratase, abatió la puerta de un hercúleo puntapié que me dejó *ojiplática* lo que quedaba de noche.

Todo lo que vino después, por más que trato de refrescar la memoria, lo recuerdo difuso entre neblinas. Tan solo recuerdo cuatro trazos que se mantendrán tatuadas a fuego en mi retina: yo y mis braguitas de lencería fina de La Perla a la altura de mis tobillos, Elvis estirando de mi extremidad mientras mis alaridos se ahogaban en lamentos, la muchedumbre aglomerándose en un corralillo y debatiendo la jugada, Nicoletta y Jack Sparrow vitoreando y animando al Rey del Rock, tal que así: «¡Empuja más fuerte! ¡Venga, ya casi vemos la cabeza! ¡Marilyn, inspira-expira, inspira-expira!».

Puse los ojos en blanco, porque… casualmente ¡estaba a punto de parir o de amputarme un brazo!

Felizmente, todo se quedó en un susto. Elvis me ayudó a recuperar sano y salvo mi miembro y algo de dignidad, pero no la alianza. ¡Bah! ¡Qué importancia tenía eso a esas alturas de la película! De perdidos al río, como gritaban en las antiguas batallas.

Quién sabe, quizás era una señal (léase la ironía), esa de dejar atrás el pasado las milongas filosóficas del yo interior que tanto se empeñaba en encomendarme mi psicoanalista, quien se creía la reencarnación de Sigmund Freud, o así lo hacía patente en sus exorbitantes honorarios.

—¿Estás segura de que quieres seguir bebiendo? Bajo mi humilde opinión, creo que… no te sienta muy bien… Además, ya has comprobado por ti misma que el alcohol agrava las desgracias.

Elvis alzó una ceja suspicaz, sin perder un ripio y señalando con la cabeza a mi brazo enrojecido.

—Sí, es verdad, aunque las malas lenguas dicen que no hay nada mejor que el alcohol para olvidar las penas.

En ese preciso instante centró su atención en mirarme directamente a los ojos para después acercarse más de la cuenta a mi cara, eliminando toda barrera imaginaria entre dos personas o la que se debería salvaguardar la distancia mínima social.

Y, cuando se mantuvo a solo unos quince centímetros de mí, se inclinó para susurrarme al oído:

—Y también a los malnacidos que nos hieren, Marilyn.

Tragué saliva. Sospecho que incluso él escuchó el burbujeo de mi saliva revolverse en lo profundo de mi garganta. Asimismo, noté su agitada respiración cosquillear la piel expuesta de mi lóbulo.

¡Uf! ¡Santo Cielo!

Me estremecí de pies a cabeza y se me erizó todo el bello del cuerpo, incluida la peluca rubia.

Si el tal Elvis, de apodo «te pongo cachonda con solo chasquear la lengua», era capaz de provocarme espasmos y de hacerme sentir tanto con tan poco, aquí, entre tú y yo, miedo me daba imaginar lo que sería capaz de hacer con el resto de sus habilidades amatorias.

Apuesto a que en la escuela del *ligoteo*, había sido un alumno aventajado.

*Everything is coming up rose*s de Black empezó a arremolinarse a nuestro alrededor, cual serpiente, enroscándose en nuestros tímpanos y recreando un cierto halo romántico al asunto. Entretanto, Elvis pidió dos copas y yo aproveché para desviar la mirada a nuestro alrededor y evitar perderme en sus atractivos ojos grises, que me estaban martirizando poco a poco.

Enseguida me quedé boquiabierta, al fijarme en la pista de baile y ser testigo de cómo Nicoletta y Jack se daban el lote delante de mis narices.

—Será mejor que cierres la boca o, de lo contrario, dejarás que entren las moscas. —Sin ningún tipo de pudor, colocó su dedo bajo mi barbilla y me obligó a cerrar la boca. Inmediatamente después, recorrió el contorno de mis labios con el pulgar—. Eso, o vas a poner la mesa perdida con las babas…

Se rio divertido y dio un trago a su vodka con tónica.

¿Qué había sido eso? ¿Primero tonteaba conmigo y luego se reía en mi propia cara? ¿A qué estaba jugando?

—Para su información, «Míster Petulante», le haré saber que hace un cuarto de siglo que dejé de usar babero.

Justo tardó un nanosegundo en repasarme toda la cara y sonreír después.

Luego miró a mis ojos. Primero uno y después el otro. A continuación, recorrió con su mirada gris mi boca. Y, a riesgo de manifestarse sutil y natural, fue todo lo contrario: descarado y directo. Y yo, sin poder evitar imitarlo, me deleité en el perfecto triángulo que formaban sus ojos y su boca, esa engendrada para el pecado.

—Sé que te lo habrán dicho muchas veces, pero necesito decirlo… —Se puso serio—. Tienes unos ojos azules increíbles e hipnóticos. Te juro que jamás había visto unos iguales…

Permanecí en silencio, ya que me había dejado falta de palabras.

Dime, ¿qué podía responder a eso? ¡Nada!

En primera instancia porque siempre había sobrellevado muy mal la parte de encajar los halagos de los desconocidos. Y en segundo lugar, porque… ¡volvían a sudarme las palmas de las manos y me ardían hasta las mejillas! Y… ¡¡y me encrespaba sobremanera la enorme habilidad que tenía para acelerar hasta límites inesperados mi pulso y alterar mi estabilidad emocional!!

¡Santo Cielo! Pero, ¡si parecía una quinceañera mariposeando alrededor de un chico antes de caer a ciegas por el precipicio del enamoramiento!

—Te has puesto roja.

Sonrió de medio lado y yo me derretí en tres, dos, uno…

—¿Yoooo? ¡¡¡No, qué va!!!

Y para más inri, me miró de una forma muy, muy, muy… penetrante, tanto que incluso noté cómo se humedecían rápidamente mis… braguitas. Dicen que la mirada es la que muestra nuestra alma, y yo puedo alegar a su favor que la suya parecía ser sobrenatural, además de bella.

—Eres perfecta, ¿lo sabías?

Retuve el aire en mis pulmones y luego exhalé poco a poco. El temita se estaba poniendo muy… tenso, demasiado.

¿Y por qué demonios hacía tanto calor en ese antro?

—Me han dicho de todo —titubeé insegura de mí misma—, pero nunca eso…

—Pues el afortunado que te tenga a su lado sería un completo inepto si no te lo recordara todos y cada uno de los días de tu vida.

Tardé unos segundos en responder.

—No me conoces de nada… No sabes nada de mí, soy una completa extraña para ti.

—Pues eso tiene fácil arreglo.

Dejó por un momento de mirarme a los ojos y se dedicó en cuerpo y alma a mirarme solamente la boca. Me quedé muda, y él también. No me atreví a sugerir nada más, salvo él.

—Tengo ganas de hacer algo desde hace un rato…

—¿El qué?

Acercó su mano lentamente a mi cara…

OMG! OMG! OMG!

¿Quería besarme? ¿Era eso? ¿Había llegado el momento cumbre? Y… lo peor de todo, ¿estaba preparada para algo así?

Indiscutiblemente, la persona que tenía ante mí me atraía muchísimo y la tensión sexual que había entre nosotros era apoteósica. Algo que hasta un ciego vería. Nunca me había ocurrido algo semejante, ni siquiera con Harris, ya que, haciendo balance, nuestro noviazgo resultó ser el 80% afecto y el 20% pasión. Era lo opuesto con Elvis, pues los arrebatos más primitivos, esos en los que me soltaba la melena y me liaba la manta a la cabeza, se habían desbocado a lo loco, como si fuera un cohete directo a la Luna.

Y encima…, no se podía ser más sexi… Por favor.

—Esto es lo que quería hacer.

Mojó el pulgar con la punta de su lengua y ¡empezó a frotar la comisura de mis labios…!

—Perdona, ¿eh?… Es que tenías algo ahí… —Seguía en sus trece, refregando su dedo en mi cara—. Justo, aquí, pegado desde hace un buen rato. Y… me estaba incomodando… a más no poder.

—Pero…, pero… ¡¡¿Cómo te atreves?!!

¡Estaba a-lu-ci-nan-do en colores!

¿En serio? ¿En pleno siglo XXI aún había hombres que no sabían cómo tratar a una mujer? Y, no. No me refiero a ser caballerosos (que no estaría de más), en abrirnos la puerta o esperar a que nosotras terminemos al tener sexo, sino a cosas más básicas, ¡a simples reglas de convivencia!

Me refiero a ciertas cosas obvias que un hombre NUNCA debería decir a una mujer. NUNCA. Y no por el hecho de que nos podamos ofender fácilmente o porque tengamos la piel fina, NO, sino porque son inadmisibles.

¡ATENCIÓN! Consejillo para capullos: nunca, bajo ningún concepto, le limpies a una mujer la boca porque, aunque tenga media chuleta de cerdo enganchada; ni le detalles que le sale un moco

por la nariz y que debería dedicarse a buscar petróleo; ni le preguntes si está embarazada cuando solo ha cogido unos kilitos de más; ni sugieras que no es ni tan inteligente ni tan fuerte como tú. Y lo más importante de todo, *NEVER*, bajo ningún concepto, insinúes que está loca.

Me levanté como un resorte de la mesa, como si estuviera a punto de perder el billete al Edén y escupiendo fuego por los ojos.

Antes de huir de allí y dejarlo plantado, me topé con un camarero que llevaba varios chupitos en una bandeja y me planté delante para coger uno, taparme la nariz con los dedos y bebérmelo sin apenas respirar. Luego otro y otro más, hasta ingerir varios seguidos. A propósito, eran de tequila.

Llevaba tal cabreo monumental encima que ni siquiera reparé en avisar a Nicoletta de que me largaba a la habitación. Debía admitir que el cupo de aguantar imbéciles había llegado al tope, a su *top ten*.

Zigzagueé a la gente que me encontré a mi paso y me dirigí entre vaivenes hacia el vestíbulo del hotel. Y, a pesar de que todo me daba vueltas, entré a duras penas en el primer ascensor libre y acerté a pulsar el botón de la planta sexta.

Justo entonces alguien se interpuso en la puerta para impedir que esta se cerrase. Elvis se coló repentinamente en el cubículo. ¿Quién iba a ser si no? Yo me pegué rauda a la pared, como si él fuese portador de algo mortalmente contagioso y temiera por mi vida.

—Marilyn, ¿qué es eso que ha pasado en la discoteca?

Se aproximó excesivamente a mí y yo me crucé de brazos, blindando cualquier barrera imaginaria entre nosotros.

—Oye… —Apoyó las dos palmas de su mano en el gélido cristal que había a mis espaldas, a ambos lados de mi cabeza, inmovilizándome en el sitio en contra de mi voluntad—. Vamos… dime qué he hecho mal para poder disculparme…

Giré la cara, no quería mirarlo. Además, no estaba de humor para seguir con jueguecitos, a pesar de sonar sincero.

—Ey… mírame… por favor… —insistió—. Vamos, pongamos las cartas boca arriba.

Nos quedamos en silencio.

—Sé de sobra que tengo mal beber y que, cuando me excedo, me comporto como un completo necio.

Retomé su mirada, había captado toda mi atención.

—Y un imbécil.

—Sí, eso también. —Sonrió.

—Y un capullo…

—Sí, un capullo súper integral.

Logró robarme una sonrisa. Sobra mencionarte que la suya destilaba honestidad.

—Soy todas esas cosas, y muchas más que espero quieras seguir descubriendo.

—No te rindes, ¿eh?

Inspiró hondo.

—Eso nunca.

Negué con la cabeza y nos miramos sin pestañear, casi sin respirar y aguantándonos la mirada. ¡Vaya par de testarudos nos habíamos juntado!

—Dime, ¿cuántas veces has oído decir eso de que los niños y los borrachos siempre dicen la verdad?

—Cientos… miles de veces. Pero eso no significa que…

—¡Chist! No lo estropees ahora —me interrumpió sellando mis labios con su dedo—. ¿Quieres besarme?

Tragué saliva.

—¿Y tú?

—Me muero por besarte desde el puto momento en que te vi por primera vez.

Elvis se inclinó ligeramente hacia mí, acortando la distancia que separaban ambas bocas, cuando, de repente, fui salvada por la campanilla del ascensor: ¡cling, cling!

El agudo tintineo nos advirtió de que habíamos llegado al destino. Y, misteriosamente, una nueva señal me hizo cuestionar si lo que estaba a punto de suceder entre nosotros debía dejar que pasara.

Y, aunque quisiera compartir contigo los detalles de aquella noche, me es imposible, porque no recuerdo nada, salvo algunas pinceladas: su boca saquear la mía con desesperación, casi con desaliento. Acariciarnos a manotazo limpio y sin delicadeza. También tengo destellos de tirones, de arañazos, de lametazos, de mordisquitos… Y de preguntarle a Elvis si el imponente bulto de su bragueta, ese que se clavó en mi vientre cuando me estampó contra la pared, venía con el traje, a lo que él respondió en un deje tremendamente seductor que no, que venía de serie.

¡Quién sabe, quizás no ocurrió así exactamente!

Tal vez fuese producto de mi portentosa imaginación o de lo borracha que iba.

Fuera lo que fuese, me jugaba el millón de pavos a que el roquero me toc*ó* en *streaming*, su mejor versión de *Leaving Las Vegas*.

13
Reservoir Dogs

(Quentin Tarantino, 1992)

JAKE MAVERICK

—Joder, tío… ¿por qué no recordamos una mierda?

—A eso se le llama amnesia —me explicó Roy mientras me ayudaba a meter el equipaje en el maletero de mi coche.

—Joder, en serio, ¿por qué cojones no nos acordamos de nada de lo que pasó anoche?

—Pues… ¡porque nos lo pasamos de puta madre!

—Sí, ya, claro. Y también no recordamos nada es porque, aquí los presentes, —nos señalé a ambos— nos bebimos el entendimiento y todo lo que se nos puso delante de las narices, incluidas a las mismísimas fuentes del hotel Bellagio. ¡Secas se quedaron!

Resoplé con hastío por la nariz como un toro bravo.

—No he dejado de sudar alcohol por cada poro de mi piel desde el jodido puto momento en el que me he largado de la *suite* de Marilyn, después de despertar esta mañana… y ¡¡¡A quien no recuerdo haberme tirado!!!

—No te flageles, querido amigo. —Negó con la cabeza y me palmeó la espalda—. Y no te preocupes. No importa lo que hiciéramos anoche ni con quién, ni siquiera con tu rubia o con mi Caperucita, pues no olvides que, lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas.

—¡¿Que no importa?! ¡¿Estás de guasa?! —Abrí mucho los ojos, pues no daba crédito a lo que me decía—. ¡¡¡Me cago en mi puta vida!!! ¿Y si…? ¿Y si era un travesti o un tío disfrazado?

—Lo dudo. —Le vi poner los ojos en blanco.

—¡Joder! Y de ser una mujer… ¿Y si la he forzado sin saberlo? ¿Y si no he usado condón? ¿Y si la he dejado preñada? ¿Y si me ha pegado algo?

—Que no te preocupes…

—¡¡¡¿QUE NO ME PREOCUPE?!!!

—Maverick, pero, ¡qué exagerado eres, coño!

Se carcajeó echando la cabeza hacia atrás con total indiferencia, mientras ocupaba su lugar en el asiento del copiloto y a mí… ¡estaba a punto de darme un puto infarto!

—¡Olvídalo ya! Yo no le daría más vueltas a algo que no sabes con certeza, o vas a volverte majareta.

Negué con la cabeza, yo no era de ese palo.

—Acepta mi consejo: lo pasado, pasado está. Y si te has follado a una fulana, pues… Joder, ¡que te quiten lo *bailao*! Fin de la historia.

¡Maldita sea! Aunque no me acordara de Marilyn con exactitud, no me gustó ni un pelo que se refiriera a ella en esos términos. Y encima, para colmo de males, me zumbaban tanto los oídos que creía estar a punto de estallarme la cabeza como si se tratara de un jodido cóctel molotov.

—¡Ahhhhhhh! —lloriqueé como alma en pena al sentir un tremendo dolor en la sien, como si alguien me estuviera torturando con un aplasta cabezas y reventando todos los huesos del cráneo.

—¿Te has tomado un ibuprofeno?

—Sí, mamá…

Se rio.

—Oye, ya sé que me vas a poner el grito en el cielo y que vas a negarte, pero… si quieres, conduzco yo.

Entré dentro y giré la llave en el contacto, haciendo rugir el motor.

—No. De eso nada. —Le fulminé con la mirada—. Mi Gran Torino solo tiene un dueño, y ese soy yo. Por otra parte, sabes de sobra que es como una extensión de mí mismo y que desde siempre ha recibido el mismo trato que si fuera una mujer: lo trato con respeto, lo conduzco con orgullo y no lo presto bajo ningún concepto, ni permito que nadie le ponga de cero a cien en menos de diez segundos… salvo yo.

—¡Si es que en el fondo eres todo un romántico! —se mofó con sorna—. No obstante, reconoce que esa relación persona-máquina es bastante a-nor-mal.

Hizo el gesto de las comillas.

—Uhm… lo sé. —Forcé una risa—. Sé que es complicado de entender para alguien tan insensible como tú, don me-resbala-todo, pero… así es. Amo a mi coche, ¿qué hay de malo en eso?

Le guiñé un ojo y giré el volante para salir a la carretera.

—*Love is in the car*… —empezó a canturrear el muy cabroncete, cachondeándose de mí en mi propia cara, al tiempo que parodiaba la famosa canción de John Paul Young, pero cambiando algunas de sus palabras—… *Love is the car, everywhere I look around… Love is the car, every sight and every road… And I don't know if I'm being foolish, don't know if I'm being wise… But it's something that I must believe in… And it's there when I look in your headlights…*

—Bravo, bravo… —Me reí—. ¡Ha sido la hostia, amigo mío! No sé qué cojones haces limpiando mierda en mi rancho cuando bien valdrías para presentarte a los *castings* de *American Idol*… de no ser porque, no solo te ha salido un gallo al cantar, sino que ¡pareces haberte zampado al corral enterito!

—Verás, *my friend*, te responderé escueto y sin florituras, tal cual diría Cartman a Kyle en *South Park*: ¡chupa mis bolas!.

—¡Joooder! —Arrugué la nariz y puse cara de asco imaginando la escena en cuestión. Él, con los pantalones bajados, y yo de rodillas y…—. ¡Qué puto degenerado estás hecho!

No en balde, te hago saber que no era un misterio que Roy desde siempre se había decretado fan incondicional de esa popular serie, cuyo principal reclamo parecía ser el de ofender a la

mayoría de personas posibles.

Así era él, muy de ese estilo, no le temblaba el alma tras soltar por su boquita y sin ningún tipo de filtro todo lo que se le pasaba por esa cabecita rubia. Le importaba poco que lo que él dijese escociera al otro.

—Venga, hacemos unas millas y paramos a desayunar, ¿te parece?

—De acuerdo, Jake. Avísame cuando lleguemos. —Pescó con los dedos mi sombrero vaquero, cubriéndose la cara con él, y después reclinó el asiento para estar más a gustito—. Voy a dejar que me visite Morfeo, que me faltan horas de sueño.

Y, así con toda la pachorra que le caracterizaba, pegó un sonoro bostezo y después cruzó los brazos bajo su pecho. Y, en menos de cinco minutos, ya roncaba.

¡Menudo caradura estaba hecho! Menos mal que ya nos conocíamos y sabía de qué piel calzaba y que su tremenda jeta la compensaba con otras cosas. De lo contrario, haría mucho tiempo que lo hubiese mandado a paseo.

Eché un vistazo por el retrovisor, siendo consciente de que dejábamos atrás Las Vegas para dirigirnos a nuestro hogar en Texas.

Todo parecía ir en calma, todo parecía marchar como la seda. Roy seguía gruñendo como un cerdo, yo escuchando a Sting y con la ventanilla bajada, mientras me fumaba un cigarrillo y disfrutaba de la plácida conducción y de la interminable carretera libre de viajeros. A varias millas de la Ciudad del Pecado, vislumbré en el horizonte, no muy lejos de allí a Samantha, alias la adorable autoestopista, haciendo dedo.

Con brusquedad, porque así me lo pedía el cuerpo, pisé a fondo el acelerador para dejarla cuanto antes atrás, teniendo tiento de no despertar a Roy, la Bella Durmiente… salvo porque el bueno de mi amigo dormía con un ojo abierto y otro cerrado.

—Tarde, Maverick, tarde.

—Pero, ¿no dormías?

—Tú lo has dicho: dormía. Ya no.

Roy lanzó mi sombrero con desaire y por encima del reposacabezas. Después, el muy hijo de puta reajustó el asiento en la posición normal para no perder detalle de nada.

—Creo que no hace falta que te diga que recojas a mi Diosa del Olimpo, ¿verdad?

¿Ahora era una Diosa del Olimpo?

¡Bah! Preferí no preguntarle y hacer como si no le hubiese oído.

—Roy, no me jodas la puta existencia más de la cuenta, te lo ruego.

Estiró los brazos para desperezarse e hizo crujir los nudillos, uno a uno.

—Me niego a morir sin antes haber *catao* a ese ser celestial…

Miró al cielo con los ojos y luego lo señaló.

—Dime, ¿y yo que he hecho para merecer esto?

—¿Tú? Pues ser mi camarada. —Se echó a reír con ganas, hizo un gargajo y luego abrió la ventanilla para escupir fuera—. No olvides que es un privilegio al alcance de pocos.

—¡Dios dame paciencia o una escopeta cargada!

Y, por segunda vez solo en unas horas, detuve el vehículo al pie de la calzada para recoger a Samantha, quien cubierta (entiéndase el sarcasmo) por un mini vestido *hippie* de color turquesa y escotado hasta el ombligo, se había convertido en el foco de toda atención, incluido los animalitos del desierto. Y no solo por lo que insinuó al agacharse a recoger la mochila del suelo, sino por lo que enseñó sin pudor: un *piercing* atravesando su sonrosado pezón izquierdo.

—¡Gracias, Roy! Eres un solete…

Nada más salir mi amigo del Gran Torino, Samantha se lanzó a sus brazos y le comió la boca, metiéndole la lengua hasta la garganta; puede que hasta le hiciera un nudo marinero a la campanilla. Así fue, tal cual te lo cuento. A decir verdad, él tampoco se quedó corto, ni mucho menos, pues sus manazas, esas tan grandes como panes, se metieron por su falda y le amasaron el culo a su antojo.

—Si lo sé, me traigo una cámara súper 8, grabo la escena y después subo el vídeo a una página porno. ¡Me cago en todo lo que se menea, que no son ni las once de la mañana! ¡Panda de degenerados!

La jovencita desenterró la lengua de la cavidad bucal de Roy para obsequiarme con un giro de cabeza a cámara lenta, muy del estilo de la niña de *El exorcista*. Tan solo le faltó decir aquello de «m*étete la polla por el culo, ¡puerco degenerado!*». A lo que yo habría respondido «magnífico día para un exorcismo».

¡Me cago en mi puta vida! ¡Puedo prometer y prometo que la jodía daba mucho *yuyu*!

—Anda, pero… si aún sigues con tu amigo el paleto aguafiestas —se mofó en mi cara—. Y yo que pensaba que lo habías enterrado vivo en el desierto…

—¡Samantha, tengamos la PUTA fiesta en paz! —estallé sin reprimirme un ápice.

—¿Y a ti te importaría no utilizar mi nombre y la palabra PUTA en la misma frase?

¡Satanás, dame paciencia, porque, si me das fuerzas, mato a alguien!

Me mordí la lengua para no responderle y obligarme a comenzar una guerra dialéctica que no tenía ni ganas ni moral, entre una *flower power* perdonavidas y un tejano pacifista. Con que me propuse aportar mi acto bueno del día en pasar de su cara, mirar hacia otro lado y no juzgar a mi amigo por meterse en camisas de once varas.

—*OK*, Samantha, tú ganas.

Me pareció verle una imperceptible mueca de satisfacción.

—Creo que lo mejor será que enterremos el hacha de guerra y firmemos una especie de tregua. —Le tendí la mano.

—Me parece justo —dijo con su voz chirriante, aceptándomela con el mentón algo altivo, rezumando cierta superioridad, sin siquiera comprender que le había dejado ganar una batalla, pero no la guerra.

Afortunadamente para mi sentido olfativo, la rubia oxigenada de bote aquella mañana se había duchado. Menos mal, había llegado a creer que nos habíamos topado con un puto Gremlin al que no se podía mojar.

—¿Adónde te llevamos, Sammy? —le consultó Roy abriéndole la puerta para que se acomodara en los asientos traseros. ¡Ni que fueran *La Dama y el Vagabundo*!

—Hacia donde nos lleve el viento…

Ella hizo un gesto total zen y yo puse los ojos en blanco.

¿En serio había dicho eso? ¿Ahora iba de mística por la vida? Ver para creer…

—Voy a fumarme un cigarrillo, lo necesito… como el respirar —imprequé entre dientes, por si a algún oído fino le molestara mi comentario.

Miré con el rabillo del ojo a través del retrovisor interior y vi a Roy acomodarse al lado de Samantha. A continuación, cerró la puerta de un golpe seco y ambos reanudaron la escena exactamente por el punto en el que lo habían dejado.

Di un par de hondas caladas mientras pensaba en lo injusta y cruel que era la vida en ocasiones. Y para muestra un botón: ellos dándose el lote y yo… pues convirtiéndome en un palurdo taxista.

No llevábamos ni veinte millas cuando, de pronto y sin venir a cuento, Samantha se desabrochó el cinturón de seguridad a toda prisa y empezó a señalar con insistencia a un punto no muy lejano de nosotros, más concretamente a un par de tipos, quienes echaban el ojo al hilillo de humo blanquecino que salía de las rendijas del capó de un precioso Chevrolet Camaro SS del 67.

—Para, *cowboy*, vamos a echarles una mano… —me indicó ella para que no pasara de largo y no incurriera en un delito de omisión de socorro.

—Por el color del humo, solo se les ha calentado el motor. Eso es todo, solo han de esperar un rato a que se enfríe y luego podrán seguir conduciendo.

—Detente.

—No, Samantha. No los conozco de nada y nunca se sabe, que la vida está llena de psicópatas. —Me privé de mirarla mientras declaraba esas palabras, aunque todos supiéramos que me estaba refiriendo a ella —. Y, aunque la escena parezca muy dramática, te prometo que estarán bien.

—¡Te he dicho que pares el Gran Torino, Jake!

El gélido cañón de un revolver se posó en mi sien.

—¡Joder, Sammy! —Oí espetar a Roy desde el asiento de atrás mientras yo tragaba saliva y ponía la situación en perspectiva—. ¡Puta loca! ¿Has perdido la chaveta?

Ni corta ni perezosa, la jipi que, al parecer había estado interpretando el papel de su vida, golpeó a mi amigo con la culata en la cara.

—¡Hostia, puta!

—¡No vuelvas a llamarme PUTA LOCA en tu PUTA VIDA! Además —Escupió a la alfombrilla de pie— ¡Y lávate los dientes más a menudo, coño! ¡Te apesta el aliento a ajo!

—¡Ehhhh, ehhh, vamos, cálmate, Samantha!

Alcé las manos en señal de rendición.

—¡No te lo diré otra vez! ¡DE-TÉN-EL-PU-TO-CO-CHE!

Ahora volvía a apuntarme, esta vez justo en el centro de la coronilla, incluso pude apreciar el demoníaco sonido cuando quitaba el seguro. Seguí todas sus instrucciones sin saltarme ninguna, no quería tentar a la suerte, que últimamente no estaba de mi lado, y detuve el coche junto al Chevrolet Camaro SS. En una situación normal me hubiese alegrado de estar tan cerca de esa

maravilla de la tecnología, pero esa vez no fue así. Samantha nos obligó a salir de mi Gran Torino con las manos en alto mientras nos propinaba empellones con la mano que no nos apuntaba. Saludó a sus colegas cómplices y enseguida me exigieron que les diera las llaves.

—Samantha, no nos hagas esto, joder. Vamos a… llegar a un acuerdo. Mi Gran Torino es más que un coche para mí, es mi vida.

—¡Cierra el pico, Jake, a no ser que quieras que le vuele la cabeza a tu amigo! —rugió apuntándole entre ceja y ceja.

Juro que en ese momento tuve miedo, pues temí por la vida de Roy. Una muerte con la que no estaba dispuesto a cargar durante el resto de mi vida. Así que ni se me pasó por la cabeza jugar a los héroes e hice todo lo que nos dijeron.

—¡Vámonos, Sam, o nos pillará la pasma con las manos en la masa! —le aconsejó uno de ellos, el calvo más fornido, uno clavadito al doble del actor Jason Statham, al tiempo que subía a mi Gran Torino y encendía el motor.

—¡Esperad un momento!

Samantha la loca se giró de golpe y, tras sonreír con picardía, ordenó:

—La ropa… los relojes y las carteras… —Nos señaló de arriba abajo mientras nos apuntaba con el revólver—. Quitáoslo todo…

—No nos hagas esto —maldijo Roy nervioso.

—¡¿Estás sordo?! ¡Desnúdate, AHORA!

Con torpeza, fuimos despojándonos de la ropa: la camiseta, los pantalones, los zapatos… y lo fuimos dejando todo tirado en una pila a nuestros pies.

—Y los calzoncillos.

—Sammy… —lloriqueó Roy como un niño pequeño e indefenso. Jamás lo había visto así, hasta sentí lástima por él.

—Roy… hazle caso… venga… Estamos juntos en esto…

Y, tras mirarnos a los ojos y asentir al unísono, nos quedamos como Dios nos trajo al mundo. Samantha sonrió victoriosa, dio un beso en la frente a Roy y alegó aquello de:

—Lo que sospechaba… —Se burló mirando a su flácido miembro que colgaba entre sus muslos—. Mucho ruido y pocas nueces.

Un avergonzado Roy se tapó la polla con las manos y la insolente malhechora abrió la boquita para soltar a pleno pulmón ese popular grito de guerra: «¡Geróoooooooooonimo!», y luego disparar dos tiros al aire, como si estuviera protagonizando una escena de *Río Grande* a lomos de un majestuoso pura sangre.

Y se marcharon con mi coche, con toda la ropa y con nuestra maltrecha dignidad, derrapando y formando una polvareda que nos cubrió por completo durante unos segundos.

—¡Esto es surrealista!

Pegué varias patadas al aire de pura impotencia mientras miraba a Roy de reojo negar con la cabeza, sin dejar de taparse las vergüenzas. Y yo no podía dejar de devanarme los sesos, ideando la forma de salir de esa cagada. Nos hallábamos en medio de la nada, sin identificación,

completamente incomunicados y a la expectativa de que algún alma caritativa que pasara por allí se prestara a auxiliarnos.

¿Quién me mandaba meterme en esos berenjenales? Con lo a gustito que yo vivía entre los pastos y mis caballos, entre las fiestas del pueblo y el olor a las barbacoas, entre los refunfuños de mi viejo cascarrabias preferido y los interminables abrazos de mi preciosa nenita Dakota. Ah, y sin menospreciar a las reflexiones que me pegaba día sí, día también, mientras disfrutaba de la belleza de una simple puesta de sol desde el balancín de mi rancho en Texas.

14
Un pez llamado Wanda

(Charles Crichton, 1988)

ALEXANDRA SIMMONS

—¡Ahhhhhhhhhhhhhhhhhh! ¡Diooooooooos Míooooooooo! ¡Socooooooorro!

Vociferé a pleno pulmón, desgañitándome las cuerdas vocales cuando, al repasar las fotos que permanecían guardadas en la galería del móvil, descubrí las pruebas materiales de la perpetración del delito, pues no recordaba absolutamente NADA de lo que había ocurrido en la madrugada, porque… ¡tenía un vacío en mi mente más profundo que el Kola Superdeep Borehole SG-3!

—¡¿Qué te pasa, Alex?! ¡No me asustes, cielo!

Advertí el alarido de Nicoletta cogiendo forma a medida que se aproximaba al cuarto de baño en la planta baja de la *suite* del hotel Bellagio. Precipitadamente irrumpió, acometiendo como un huracán con todo a su paso, franqueando la puerta de par en par, rebotándola contra la pared y provocando un colosal estruendo.

—¿Que qué… quéééééé? ¿Has engordado medio kilo? ¿Te has quedado sin cobertura? ¿Te ha salido un puto grano de pus en la punta de la nariz? ¿Qué?, ¿qué?, ¿quéééé? ¿Dónde está el *fuoco*? ¿Dónde está?, que lo apago yo misma, aunque sea a escupitajos.

Emblanquecí los ojos, quizás no hacía falta ser tan gráfica.

—¡Aquí! ¡¡¡AQUÍIIIII!!!

Con el pulso propio de un ladrón de panderetas, le enterré el teléfono casi en los mismos morros a puntito de darme un ictus.

—Trae… a ver qué has hecho trizas esta vez.

¡Ala, eso! ¡Oda a la confianza en mí! Cría cuervos y… Mientras, reparé que en el lugar donde había estado la alianza de boda de Harris decorando mi dedo anular, había un horripilante anillo de hilo de cobre más falso que el «Siempre te seré fiel» de mi ex.

—*Oh, non ci credo! Bestiale! ¿En serio? ¡Elvis y tú! ¡¿Tú y Elvis?!*

Me desplomé en la taza del váter cubriéndome la cara con las manos, cobijando mi absoluta vergüenza (si es que aún quedaba algo después de esa noche) y tratando por todos los medios de aniquilar esas bochornosas imágenes de mi retina.

Te juro que en momentos así hubiese pagado con mi vida si con ello pudiera equipar a mi cerebro con un botón del *reset* y borrarlo todo de mi memoria.

—*Oh, non ci credo! Bestiale!*

La oía berrear en italiano y eso no era un buen augurio de lo que se avecinaba. ¡Ni siquiera me atrevía a mirarla a la cara!

—*Porca miseria!* ¡Alexandra Caroline Simmons! —protestó y, al hacerlo, incluso se atragantó con su propia saliva—. ¡¿Cómo has podido ser tan perra de casarte sin estar yo presente?!

—Porque no recuerdo nada de eso… ¡Esa de las fotos no soy yo!

—¡Pues si esa no eres tú, yo soy negra de piel, mi nombre es Rihanna y canto de puta madre!

Salté cual canguro en Australia y señalé horrorizada a la pantalla mientras ella iba deslizando las fotos con el dedo.

—¡Ni esa, ni esa tampoco soy yo! ¡¡Oh, Dios mío!! ¡¡¡No recuerdo nada!!!

—Desde luego, ¡tienes menos memoria que el PC de *Los Picapiedra*!

—¡Te juro por mi colección de patitos de goma que no recuerdo haber hecho todo eso! ¡Y mucho menos lo de casarme en esa cutre capilla con Elvis! ¡¡¡Quita eso de mi vista!!!

—Al menos lo habrás catado antes, ¿no? Para saber si el menda cumple con las expectativas o no. Además, todo hijo de vecino sabe que *chiodo scaccia chiodo*.

—¡Ahhhhhhhhhhh! ¡¡¡No-lo-sé, ni me importa!!! —bramé, saliendo del aseo como un relámpago y echando pestes por la boca.

¡Me estaba ahogando por momentos! Necesitaba aire con el que llenar mis pulmones y olvidarlo todo cuanto antes. O, al menos, retomar mi vida (que tampoco estaba tan mal) y hacer borrón y cuenta nueva, como si nada de eso hubiese pasado.

Cerré los ojos y taconeé tres veces reproduciendo ese momentazo de Dorothy en *El Mago de Oz*, pero no ocurrió nada de nada, pues al abrir de nuevo los ojos, yo seguía allí, en la *suite* de Las Vegas.

—Alex, ¿qué has querido decir con que ¡no-lo-sabes!?

—Pues, pues ¡eso! ¡Que no lo recuerdo! —negué quisquillosa—. ¡No recuerdo nada de nada!

No paraba de hacer aspavientos con los brazos y de desfilar de un lado a otro como una gallina sin cabeza. Estaba tan fuera de mí que, en ese momento, si me hubiese observado al espejo, ni yo misma me habría reconocido.

—Tranquilízate, nena, y trata de hacer memoria… aunque te cueste.

Nicoletta se plantó delante de mí y me sujetó de los hombros para que parara de moverme.

—¡No puedo hacer más memoria! ¿Y si me ha echado algo en la bebida? ¿Y si el tal Elvis ha abusado de mí? —Abrí mucho los ojos ante tal descubrimiento y la miré como si me hubiese vuelto majareta—. ¡¿Y si va a colgar el vídeo en un canal *guarrindongo* de YouTube?! ¡¿Y si me ha preñado?! ¡Y si doy a luz una niña, ¿estaré obligada a bautizarla con el nombre de Lisa Marie Presley?!

—¡¡¡BASTA YA!!!

Nicoletta me arreó una bofetada con la mano abierta, que me giró la cara de golpe.

—¡¡Ya está bien, Alex!! ¡Reacciona, coño!

Me llevé la palma a la mejilla magullada y la miré a los ojos estupefacta, pues la monumental hostia había servido para darme luz como en una revelación mariana. De pronto, se proyectó ante mí la vivita imagen del millón de pavos.

—¡No, no, no, no, nooooo…!

Abrí exageradamente la boca al sospechar algo y salí a la carrera, atravesando la estancia a grandes zancadas, juraría que incluso superando la marca de los nueve segundos de Usain Bolt. Y, en un abrir y cerrar de ojos, descolgué el cuadro de la pared, introduje el código numérico de cinco cifras en la caja fuerte y esperé neurasténica (término que usa mucho mi psicoanalista) a que la puertecilla electrónica se abriera por sí sola.

—¡¡¡Dios mío, nos han robado!!! —Abrí los ojos como platos—. Y, para colmo, ¡¡¡me he casado con el ladrón de guante blanco del millón de pavos!!!

15
Tarde de perros

(Sidney Lumet, 1975)

JAKE MAVERICK

Puesto que Samantha y sus colegas nos habían robado todas las pertenencias, incluidos los relojes y los móviles, privándonos de toda consciencia del tiempo, nos vimos obligados a hacer dedo mientras, castigados sin ropa y sin agua, por portarnos mal, deambulábamos descalzos por el árido desierto de Mojave entre pedregales y arena en polvo, y bajo un abrasador sol de justicia.

A más de 40 grados, sin una maldita sombra en la que cobijarnos, empezamos a sufrir los efectos de la deshidratación en nuestros cuerpos. Nos ardía la piel, las vías respiratorias se resecaban, descendía la presión arterial y picaban hasta los ojos como si los hubiesen rociado con un espray de defensa.

Una vez leí en un artículo que explicaba que, en condiciones normales, una persona adulta podía aguantar cinco días sin beber, pero en extremas (como en nuestro caso en un desierto), se reducía a entre doce y quince horas…

Así que, o nos rescataban pronto, o de aquí a mañana iban a encontrar a dos tíos en bolas y más quemados que la pipa de un indio.

—Maverick, estoy a esto de beberme hasta tu orina… —musitó, debilitado y con medio hilillo de voz—. Me muero de sed…

—Y yo, amigo… y yo —reconocí gemebundo.

Miré al horizonte y aprecié que ante nosotros lo único que se divisaba eran millas y millas de desierto y más desierto. Oteé a mis espaldas y más de lo mismo: arena, polvo y piedras. Y, por último, alcé la vista, cubriéndome los ojos con la palma de la mano en forma de visera improvisada y no existía ni el atisbo de una nube tímida vagando por el cielo.

Era desesperante, frustrante y angustioso, todo al mismo tiempo. Ya que, sin tener en cuenta el monumental resacón que llevábamos encima, no se quedaba atrás la falta de sueño que arrastrábamos, ni el habernos abandonado a nuestra suerte en el jodido culo del mundo, ni de que tenía muchos números de no volver a ver mi Gran Torino.

Y, por si eso no fuera suficiente jodienda, a la ecuación se sumaba el tener que aguantar el amplio repertorio de cachondeítos que los conductores nos lanzaban al pasar por nuestro lado. Por citarte algunos como ejemplos: «¡menudo culitos, señoritas!», «¡vaya par de maricones!», «¿echamos una partida a los bolos?».

Y todo eso, aderezado con besitos sonoros al aire, vítores subidos de tono y bocinazos a diestro y siniestro, como si estuvieran presenciando a un par de gilipollas circenses en apuros. Eso sí, me gustaría que constara en acta que nadie se dignó a detener su coche para rescatarnos de una muerte lenta, agoniosa y segura.

¡Bravo, señores y señoras! ¡Démosle un aplauso a la humanidad! (léase el sarcasmo). Y ahora es de recibo apelar a esa frase de: «Dios aprieta, pero no ahoga», a la que yo le respondería: «Dios, para futuros, córtate un poquito, anda. Y no aprietes tanto».

Un coche patrulla conducido por un singular agente uniformado, quien, tras accionar las luces azules, la escandalosa sirena y apearse con cierto aire peliculero a lo Charlton Heston protagonizando un espagueti *western* (pies de plomo y paso corto), se aproximó a nosotros meneando la cabeza, sin dejar de escudriñarnos de arriba abajo (como si fuéramos unos terroristas), mascando un chicle de forma ruidosa mientras con la mano izquierda acariciaba su revólver enfundado, ese que colgaba de su cinturón policial, advirtiéndonos de que no le temblaría el pulso (si fuera necesario) para apretar el gatillo.

—¿Un mal día, chicos?

—No lo sabe usted bien —escupió Roy con la boca pastosa—. Un día de puta pena.

El madero torció el gesto en una mueca de asco absoluto, cuando, quedando más cerca de nosotros, reparó en nuestros pudientes genitales que colgaban laxos, enrojecidos y en piel viva, entre nuestras piernas.

—Aquí, tomando un pelín de vitamina D, que dicen que es muy beneficiosa para el cutis…

—¡Hijo, menos guasa! —me interrumpió de sopetón, pegándose tanto a mi cara que incluso me escupió unas gotitas de saliva al hablar—. No vayas de listillo conmigo. Por si no te has fijado, soy perro viejo y te aseguro que, por menos, he metido a gente entre rejas.

Instintivamente mi nuez subió y bajó con aspereza en el interior de mi garganta. ¡Qué cojones! Ni siquiera supe por qué había soltado esa sandez a la brava. Así, sin antes pensarlo, sin caer en la cuenta de que mi torpeza podría costarnos muy cara.

—A ver, identificación. —Levantó las cejas.

Roy y yo nos miramos de soslayo, no entendiendo una mierda. Llevaría mucho tiempo en el Cuerpo, pero ¿acaso era corto de miras? Era más que evidente que estábamos desnudos y que no llevábamos nada encima. ¿Dónde se suponía que guardábamos la cartera y el dinero? ¿En la puta raja del culo?

Oye, y… perdóname por la expresión, pero es que ¡no podía ser una situación más surrealista!

—¡Nos han robado!

Roy se puso a gesticular con las manos a lo loco, sin ton ni son.

—Que os hayan robado no lo dictamino yo —sentenció con la mandíbula encajada, el cuello más tenso que un palo y el ceño fruncido—. Vamos, el carnet.

—Pues no lo llevamos encima, ¡nos lo han robado junto con el coche y la ropa!

—Vaya, vaya, vaya… —chasqueó la lengua—. Pues me temo que, si no tenéis la identificación, me veré obligado a llevaros a la comisaría.

—Bien, por nosotros no hay problema —asentí—. Allí podremos interponer una denuncia y…

Justo en ese instante, el oficial escupió la bola salivosa cerca de mis pies. Afortunadamente para mí y mis extremidades inferiores, la puntería no era una de sus virtudes.

—Las manos detrás de la espalda —arguyó mostrándonos unas esposas.

—¿Cómo dice?

—Que pongáis las manos por detrás de la espalda.

—¿Va a enchironarnos? —inquirió mi amigo titubeante y altamente inquieto—. Pero, ¿por qué?

—¡A callar!

—¡No tiene derecho a detenernos! ¡Está abusando de la autoridad! —Empezó a forcejear cuando el agente trataba de contenerlo con sus propias manos mientras le colocaba las esposas, pero sin éxito— ¡Va en contra de la constitución de los Estados Unidos de América!

—¡Cierra el pico y coopera, o tendré que reducirte a la fuerza!

Y, como todo lo crucial en la vida, sucedió en una milésima de segundo ante mis ojos y a cámara rápida. Vi a Roy yéndosele la olla y berreando como un energúmeno y al agente retrocediendo unos pasos, lo justo para echar mano de un método menos ortodoxo para reducir a mi amigo: una pistola TASER: un arma de electrochoque diseñada para incapacitar mediante descargas eléctricas que dispara dos dardos mediante unos alambres de metal, ¡capaces de traspasar hasta un chaleco antibalas…!

De pronto, unos gritos de dolor martillearon mis tímpanos y Roy cayó al suelo de rodillas.

—¡Joder, serás capullo! —Me agaché para auxiliarlo. ¡Lo que le faltaba al pobre Roy para agraviar su racha de mala suerte! Sediento, fatigado, vilipendiado y ahora, además, frito como unas alitas crujientes del KFC— ¡¿Se ha vuelto loco?!

Miré al agente con cara de perro. ¡Me sentía indignado, ninguneado y estafado! Maldita sea, no éramos precisamente lo que se llamaba… unos ciudadanos ejemplares, pero tampoco unos delincuentes en potencia, ni unos matones a sueldo, ni siquiera unos violadores en serie. Éramos gente normal y corriente. Sin más. Eso sí, con alguna que otra multa de tráfico pendiente por pagar, pero nada que mereciera todo ese sufrimiento gratuito.

Al final, como si Roy y yo fuésemos los villanos de la película, el «poli bueno» nos maniató por detrás y luego nos introdujo a empellones en el coche patrulla. Luces encendidas, sirena activada y pisando el acelerador a toda pastilla, como si hubiesen atrapado a unos forajidos que habían puesto precio a su cabeza y que estaban en busca y captura.

Varias millas más al Sur después, entramos a las dependencias del LVMPD (Las Vegas Metropolitan Police Departament), un edificio sobrio de varias plantas que me hubiese gustado no tener que haber pisado en la vida.

Seguimos al agente a través de un largo pasillo, exhibiéndonos como un pedazo de carne sanguinolenta en un matadero; nos sentíamos como unos animalitos de feria, pues todas las miradas y risitas a juego se centraron en nosotros y en nuestra desnudez.

Abrió la puerta de lo que parecía un despacho y nos ordenó que nos sentáramos. Antes de dejarnos a solas y a la espera, solicité:

—¿Podría quitarnos las esposas?, por favor.

Carraspeó fuerte mientras meditaba.

—Esperad a que venga el sargento.

Bufé mirando a Roy, quien hacía un rato que ni siquiera había abierto la boca ni para echar pestes, refunfuñar o simplemente arrimar el hombro para salir del percance. Parecía haberse evadido por completo, como si se le hubiese desdoblado el alma del cuerpo y estuviera en otra dimensión: en *La dimensión desconocida*.

—¿Y agua? ¿Y algo de ropa?

—Esperad aquí, quietecitos.

«Oído cocina», pensé para mis adentros, mordiéndome la lengua para no darle el gustazo de su vida de negarme algo por tercera vez consecutiva.

Transcurrieron cinco, diez, veinte minutos y allí no aparecía ni el tato. Me olía a que se habían olvidado de nosotros como al niño Macaulay Culkin en *Solo en Casa*.

De rondón, la puertezuela se abrió y un regordete hombre de mediana edad que me recordó al humorista Benny Hill, hizo acto de presencia. Se sentó al frente de nosotros y el otro agente, «la bondad hecha carne», ocupó la silla de su lado.

—A ver… —Palmeó las manos como si hubiese cazado una mosca al aire y luego las frotó enérgicamente—. ¿Qué tenemos aquí, John?

—Tenemos a un par de sarasas exhibicionistas e indocumentados.

—No somos gays, ni exhibicionistas, aunque sí unos indocumentados porque nos han atracado, como le hemos comentado a su colega. —Miré con ojos de corderito degollado a Benny el barrigudo, por si cabía la remota posibilidad de que sintiera un ápice de misericordia por nosotros y nos levantaba el castigo.

—¿Quiénes?

—¿Perdón? —Pestañeé.

—¿Qué quién o quiénes les han atracado?

—Pues… una tal Samantha… no sé qué… es rubia, delgada y…

—Es una Diosa del Olimpo… —murmuró Roy tan despacio que, una de dos, o parecía estar drogado o ser un completo lerdo.

—¡¿Se está burlando de mí?!

Benny dio un puñetazo encima de la mesa que nos cuadró a los dos de golpe.

—Roy, cierra el pico. —Me acerqué con la cabeza para susurrárselo al oído.

—¡Nada de cuchicheos!

Tragué saliva despacito, para que no me oyeran al hacerlo.

—¿Dónde quedaba eso tan típico como el poli bueno y el poli malo? —Se me escapó de entre los dientes al igual que una sonrisita nerviosa. Y, cuando me di cuenta, ya era demasiado tarde.

—Se lo advierto, guaperas. ¡Una más como esa y os encierro entre rejas! ¡Y ya puede venir el papa Jorge Mario Bergoglio, que de aquí no os saca ni Dios!

Hice mutis, ipso facto. Solo faltó hacer el gesto de cerrar la boca con una cremallera y lanzarla después, para mi deleite personal.

Tras los hechos, la cosa empeoró. Aunque, por suerte, fueron más benevolentes de lo que

imaginé a primera instancia, ya que me permitieron relatar los hechos con todo lujo de detalles, sin apenas interrupciones.

—A ver, recapitulemos… —Benny, mofletes a lo Heidi, mojó la mina del lápiz con la punta de la lengua y señaló a sus anotaciones de una libreta—. Atraco a mano armada; robo de un Gran Torino verde del 72 matriculado en Bandera, Texas; trescientos cincuenta pavos en efectivo, un Sony Xperia Z, un iPhone 5c, un Tag Heuer Aquaracer 41…

Fui asintiendo a medida que iba enumerando la interminable lista de pertenencias que nos habían sustraído la panda chupi guay de Samantha.

—Con esto creo que será suficiente.

—Genial, me alegro. —Inspiré hondo. Una cosa menos que solucionar—. ¿Dónde hay que firmar para que la denuncia siga su curso?

—A ver cómo te explico esto, hijo… Sin documentación no hay denuncia.

—Pero… ya se lo he explicado por activa y por pasiva… ¡Nos la han robado!

El poli bueno o el que me parecía el menos malo de los dos, chasqueó la lengua contra el paladar.

—Hasta que alguien no testifique quiénes decís ser, permaneceréis encerrados en esta comisaría y la denuncia se mantendrá congelada; mera burocracia.

—Y… mientras tanto, mientras nosotros seguimos encerrados entre rejas, ¡los ladrones seguirán sueltos!

—Los presuntos.

—¿Qué?

—Los presuntos ladrones. Mientras no hay cuerpo, no hay delito. Sin testigos, sin pruebas, es su palabra contra la de ellos.

—¿Presuntos? Joder. Pero, ¡si son unos putos ladrones de pacotilla!

Lo miré ceñudo, con cara de nutria. Estaba claro que quiénes decían la verdad éramos nosotros. Además, no hacía falta ser unas lumbreras para darse cuenta de ello. Y, como diría Thomas, mi padre: era blanco y en botella.

¿Acaso se creía en los 90 protagonizando un episodio de Starsky y Hutch? Desde luego, en ese momento me di cuenta de que había mucho frustrado por la vida.

—Tenéis derecho a una llamada.

¡Maldita mi suerte!

¡Acababa de cavar mi propia tumba!

Más tarde, tras ensayar mentalmente las palabras que debía decir, descolgué el auricular con las manos temblorosas y el pulso desbocado, dispuesto a coger el toro por los cuernos, aunque ello sentenciara mi muerte en la horca.

Marqué el número de teléfono…

Esperé los tonos…

Mierda. Me rasqué la nuca como lo haría un perro con sarna, pues desde hacía años solía reproducírseme un picor intenso cuando la cosa se ponía fea. Entonces me salían salpullidos y

rojeces que me duraban varios días hasta desaparecer sin dejar ni rastro.

—Casa de los Maverick, Thomas al habla.

Tardé unos segundos en responder. No me salían las palabras. No era capaz de articular ningún sonido.

—Eh… Thomas… Escúchame, por favor, no cuelgues…

Me figuro que soné tan serio y tan severo que ni siquiera saltó con alguna de sus pullitas del palo «¿De qué lodo de mierda he de rescatarte esta vez?», «Te advertí que no olieras el alcohol», «Si eres mayorcito para meter la pata hasta el fondo, también lo eres para arreglártelas tú solito».

Cogí aire y luego lo expulsé lentamente.

—Lleva a Dakota a casa de los vecinos y coge las llaves de la camioneta.

—Mira, Jake, es que… verás, me pillas en un mal momento… Tengo un delicioso pollo relleno con patatas en el horno y… como comprenderás… pues…

Pegué más el audífono a mi boca y me expresé todo lo claro que fui capaz.

—Papá, deja todo lo que tengas a medias. Todo. —Me mostré bastante hosco, a sabiendas que, al hacerlo así, surtiría efecto—. Corre. Date prisa. Necesito que vengas cuanto antes a Las Vegas Metropolitan Police Department, al 400 S M.L.K. Blvd.

—¿Qué haces en una comisaría? ¿Qué demonios ha pasado? ¿Estás bien, hijo?

Retuve el aire en mis pulmones.

—Me han detenido.

16
Los juegos del hambre

(Francis Lawrence, 2012)

ALEXANDRA SIMMONS

Oficina de licencias matrimoniales
Capilla Graceland, Las Vegas

A pesar de haberme quitado un gran peso de encima tras corroborar que la boda entre Elvis y yo había sido más falsa que el mito de que a los bebés los trae la cigüeña y carecía de validez legal, seguía teniendo un cabreo colosal, por la boda en general y por el timo de la estampita, es decir, el robo del millón de pavos, en particular.

¡Era la segunda vez aquella semana que era traicionada por el género masculino!

—Nicoletta, ¿crees que los hombres son capaces de ver un letrero luminoso en medio de mi frente que se lea: «Atención atontada a la vista»?

—Oye, tú no eres ninguna atontada. Quítate eso de la cabeza ahora mismo. No se te ocurra siquiera volver a cuestionártelo, jamás. —Se plantó delante de mí y me sujetó con firmeza de los hombros—. Pecas de ser confiada, quizás demasiado. Siempre concedes el beneficio de la duda a quien no lo merece, eso es todo.

—Si es que no aprendo… —Lloriqueé haciendo teatrillo y poniendo morritos—En serio, es que parezco tener un potente imán para atraer a los sinvergüenzas.

Suspiré hondo, pues empezaba a estar muy harta de ser siempre el típico monito de feria, a quien todo el mundo ninguneaba y manipulaba a su antojo.

—Quieres… ¿un café? ¿Una tila? ¿Un sicario?

—¿Qué? ¡No hablarás en serio!

Miré a Nicoletta atónica, pues no cesaba de asentir con la cabeza al tiempo que dibujaba una sonrisa de lo más malévola. Pestañeé, confundida. ¡No estaba bromeando!

Y, por inverosímil que resultara, después de tantos años de amistad aún seguía sorprendiéndome, siendo esa una de las partes de nuestra relación que más me fascinaban de ella: el factor sorpresa.

—¡Pero si tú no eres siciliana!

—¿Y eso qué tiene que ver, cariño? —Aleteó con bastante desparpajo las espesas pestañas postizas—. Cierto. No soy siciliana, sino descendiente del centro de Italia, de la Toscana. Pero no me negarás que, en situaciones desesperadas, se requieren medidas desesperadas. Y… me

juego toda mi futura colección primavera-verano 2014 de lencería de Bordelle que te embaucó, te emborrachó y puede que también te drogara con el único propósito de robarte el millón de pavos.

—Pero eso es algo muy…

—¿Premeditado? —Acabó mi frase.

—Sí.

Y, de ser eso cierto, para ser honestos, debería añadir que también fue con premeditación, nocturnidad y alevosía.

—Cielo, el mundo está lleno de capullos integrales. Y da gracias por que te tocara la lotería y te acostaras con el farsante sexi. ¡Ten en cuenta que podrías haberte follado a un callo malayo!

—¡Puaj! ¡Quita, quita! —Me entraron escalofríos solo de imaginarlo—. Además, ¡no me acosté con Elvis!

—¿Estás completamente segura?

Me quedé en silencio.

—¿Ves?, eso no lo sabes. Reconoce que estabas demasiado borracha para acordarte de los pequeños detalles… —se manifestó tan convincente en sus palabras que, pensándolo con la mente fría, era posible que no se alejara mucho de la realidad, ya que todo apuntaba a que había habido… ¡intercambio de fluidos!—. Yo, de ser tú, me lo hubiese tirado. Y no solo una vez, sino hasta dejarlo seco. Hombres así escasean, te lo digo yo con conocimiento de causa.

—¡Nicoletta Ercolessi!

—Hija, es que… no sé por qué motivo, pero en la viña del Señor te encuentras de todo: hombres que los han parido con gusto y otros los han hecho sin ganas, con un polvo rapidillo de esos de aquí te pillo aquí te mato, de un sábado, sabadete, camisa nueva y polvete.

—¡Qué cosas tienes! ¡Me parto de risa contigo!

—Mientras sea conmigo y no de mí…

Nos echamos a reír de camino al hotel Bellagio, paseando por el Strip, cruzándonos con gente de toda índole, pelaje y mestizaje: un chicano pidiendo en un semáforo, un par de afroamericanas cantando al estilo *gospel,* un chino disfrazado de Batman moviendo la capa tratando de volar sin conseguirlo, obvio.

Miré de soslayo a la ciudad del *show* perpetuo, del goteo constante de peregrinaje, de la variedad, de los colores, de los olores, de los sabores. Pero también de los *homeless,* de esa gente arruinada que no tiene adónde ir después de perderlo todo en la última partida. No perdí de vista la aglomeración en la entrada a los casinos, los neones luminosos aclamando la atención del transeúnte, los carteles anunciando el próximo pase para la actuación de Celine Dion, Jon Bon Jovi o el Circo del Sol.

—Vamos, ¿qué me dices? ¿Realizo unas cuantas llamadas para averiguar el paradero de Elvis, así recuperamos el millón de pavos y de paso lo arreglamos para que liquiden a ese macizorro ladronzuelo de poca monta?

No podía estar hablando en serio. ¿O sí?

—Mi vida, no seas ingenua. En la guerra y en el amor vale todo. Y no debes permitir que esa

panda de sinvergüenzas se salga con la suya y se vaya de rositas.

—¡Declarar eso es ser demasiado tajante!

—No lo creo. Es ser realista.

Arrugó la nariz pensativa, ideando el modo de convencerme.

—Yo propongo un ojo por ojo, diente por diente.

—No pienso matar a nadie, ni pagar para que otro lo haga en mi lugar.

—Vale, como quieras. Pero no estaría de más darle una lección. Romperle algún hueso, partirle la crisma, dejarlo bizco… Tú decides.

Me quedé en silencio. Una cosa era idear una venganza sin que la sangre llegara al río y otra muy distinta era planear un ajuste de cuentas tan cruel.

—No te prometo nada.

—Pero, ¿hago esa llamada?

—De momento, sí. Hazla. Pero con una condición.

—Dispara, cielo.

La miré ceñuda y altamente confundida.

¿Quién era esa y qué había hecho con mi Nicoletta Ercolessi? ¿Quienquiera que fuese se la había comido de un bocado? Desde luego, se había tomado muy a pecho la parte esa de interpretar el papel de familiar de un capo mafioso.

La escrudiñé a conciencia y vi en sus ojos un sutil brillo de travesura, casi infantil, llegando a la conclusión de que estaba tomándome el pelo.

—Lo que quiero que investiguen es quién anda tras ese cutre disfraz de Elvis Presley, que averigüen su identidad.

—Pronto sabremos su nombre, dónde reside, qué pie calza y hasta cuándo cagó por última vez.

—Tienes más peligro que Stevie Wonder con una recortada.

Juro que me salió del alma decir eso, y ella se echó a reír con una sonrisa malévola que me dio bastante pavor.

—Vamos a comer y mientras ultimamos los detalles de cómo dar caza a un ladrón. Hoy invito yo. —Cambió de tema y se colgó de mi brazo—. Suerte de la American Express Platinum que me regaló *mio padre* por mis recién estrenados veinticinco; si no, ya nos veía pidiendo curro en Las Vegas. Tú como *stripper* contoneando ese culito prieto que Dios te ha dado, porque, seamos sinceros, el día que le tocaba darte equilibrio y coordinación, se pilló vacaciones.

—Ja, ja, ja… —No pude evitar reírme al imaginarme en esa tesitura, pues es algo que jamás, bajo ningún concepto haré, antes me moriría de la vergüenza—. ¿Y tú?

—¿Yo? Yo me veo más realizando acrobacias en una barra vertical.

—*Pole dance*?

—Eso mismo, ¿polaco?

—No, *Pole dance*…

—Que si te hace un restaurante polaco…

—¡Ahhhh! Sí, por mí, perfecto.

Y mientras se deslizaba la puerta del establecimiento al detectar movimiento, aproveché para

formularle una duda que me rondaba por la cabeza desde hacía rato.

—¿Y qué pasó entre Jack Sparrow y Caperucita Roja?

Nicoletta me sonrió picarona.

—Creía que nunca me lo ibas a preguntar.

—Bueno, lo hago ahora… Dime, me tienes en ascuas.

—Solo te diré que la versión porno del cuento infantil se queda corta. Y que al final de la historia… y en la versión de Las Vegas, es Caperucita Roja quien se come al lobo… pirata.

Boqueé exageradamente, con diferencia Nicoletta era mi heroína particular: le hacía sombra a la mismísima Scartlett Johansson actuando en *La Viuda Negra*.

17
En busca del arca perdida

(Steven Spielberg, 1981)

ALEXANDRA SIMMONS

11 de diciembre de 2013
3 meses, 3 días y 3 horas después…

Los nervios y un apremiante nudo en el estómago me custodiaron lo que duró el trayecto en vuelo de California a Austin. Quizás se agravó por el hecho de viajar sola, o tal vez por imaginar cómo se produciría nuestro primer encuentro meses después de lo acaecido en Las Vegas: el alcohol, la boda, el robo, el sexo… ¿el sexo?

Te juro, con la mano en el pecho, que, a día de hoy, aún tengo tantas lagunas de lo que pasó aquella noche y que, si un tribunal me acusara de algún delito grave, con total seguridad sería incapaz de testificar en mi propia defensa.

Meses después, aún seguía devanándome los sesos tratando de concebir la mejor forma de acercarme a Jake Maverick, conseguir que confesara el robo del millón de pavos y ejecutar la venganza perfecta. Ni siquiera me sirvieron los consejos del detective que, siguiendo las mínimas pistas, dio con su paradero. Ni tampoco quise considerar las diabólicas maquinaciones que Nicoletta ideó y que, de haberlas llevado a cabo, hubiesen hecho sombra al mismísimo Al Capone.

Tras un par de millas de viaje por carreteras secundarias, el paisaje se transformó de tal manera que, mirando a través de la ventanilla, a orillas de la calzada, la vegetación se volvía más árida y las montañas lo envolvían todo. Mientras, en la emisora de radio sonaba *Sympathy for the Devil* de los Rolling Stones y no muy lejos ya empezaba a bosquejar el pueblo de Bandera en Lone Star, el cual estaba enclavado en el territorio escarpado de Texas Hill Country (Tierra de Colinas de Texas).

En realidad, hasta apearme del vehículo y recoger la enorme maleta, no fui plenamente consciente del embrollo en el que me había metido solita. En ese momento divisé por el rabillo del ojo un poste de madera en el que se hallaba atado un pura sangre, un enorme tanque de agua junto a antiguas casas y un carro tirado por caballos que se entremezclaba entre el tráfico de Main St, la calle principal, como si estuviera en medio del rodaje de una película del Oeste.

Trajes de *cowboy*, pañuelos rojos atados al cuello, sombreros vaqueros y botas de cuero hasta la mitad de la pantorrilla; niños pequeños correteando sin la supervisión de un adulto; olor a

barbacoa y a lavanda. Nada que ver con Beverly Hills y la lujosa mansión en la que residía con mis padres, rodeada de estrellas de Hollywood.

El aire que allí se respiraba era distinto, era tan puro que, al principio,, a mis pulmones les costó un rato acostumbrarse. Nada de humo, ni de tráfico, ni edificios tan altos que cortaban el firmamento. Allí era todo distinto.

Quizás demasiada calma…

Así la maleta y entré en el hotel Best Western Bandera Suites & Saloon sin dejar de observar a mi alrededor discretamente, pero con bastante curiosidad. Los vidriosos ojos de una cabeza de ciervo que decoraba la pared a modo de trofeo y que parecía tener vida propia me dieron la bienvenida al pintoresco lugar, provocándome nauseas; más exactamente, un malestar en el cuerpo que bien podría asemejarse a un corte de digestión, pues te prometo que la imagen en cuestión era de un mal gusto que no te puedas imaginar… En serio, no cabía la menor duda de que había llegado al culo del mundo.

¡Bienvenida al siglo pasado y al aburrimiento!

Me planté frente de la recepción y miré a mi alrededor. Al parecer, no había moros en la costa, pues el mostrador estaba desierto. Quienquiera que regentara el establecimiento, ni siquiera había tenido la cortesía de colocar un cartelito de «vuelvo en cinco minutos».

Respiré profusamente, pues me moría de ganas de deshacer la maleta y darme una calentita, jabonosa y merecida ducha.

Transcurrieron los minutos y allí no aparecía ni el apuntador. Y, para más escarnio, hacía un calor de mil demonios. Me abaniqué con la mano y, al hacerlo, miré al techo, observando el origen de estar en aquella sauna: sólo había un ventilador de techo, el cual oscilaba a velocidad muy baja y de sus cinco aspas, dos estaban partidas.

Puse los ojos en blanco, pues en la web del hotel destacaban, de entre la competencia, por la hospitalidad y la calidad en sus servicios. Cosas que, hasta el momento, brillaban por su ausencia. ¡Terror me daba imaginar cómo serían los demás hospedajes de la zona!

—Hombre, una forastera…

—¡Santo Dios!

Me dio un vuelco el corazón al oír la profunda y ronca voz de ultratumba que provenía de mis espaldas. Me llevé la palma al pecho, juro que casi me costó una parálisis cardíaca.

El hombre, que tenía un aspecto descuidado, una tupida barba negra y mirada superficial, se coló por debajo del mostrador y abrió por la mitad una estropeada libreta de anillas, desgastada por las esquinas.

—¡No se asuste, cojones! Que en Bandera no solemos matar a nadie, a menos que no se lo merezca… Ja, ja, ja…

Se carcajeó mirando hacia la izquierda y, al hacerlo, me di cuenta de que uno de sus ojos permanecía inmóvil, por lo que deduje que era… de cristal. Casi echo las potas al no poder evitar

imaginar el momento del día en el cual se sacaba la prótesis de la cavidad ocular y limpiaba las legañas.

—¿Nombre?

Abrió el cajón superior, buscó algo dentro y, al poco sacó tabaco de mascar. Cogió un trozo y se lo llevó a la boca, colocándolo entre la mejilla y la encía. Y empezó a mascar escandalosamente con la boca abierta, algo bastante repulsivo teniendo en cuenta que la saliva que se le iba acumulando debía tragársela o escupirla. ¡Dios! Recé por que fuera la primera de las opciones.

—Alexandra Caroline Simmons.

—Aaaaaaaaaaaa…. —decía mientras deslizaba el dedo por la libreta.

—Disculpa, Alexandra Caroline es mi nombre de pila… Caroline es mi…

Educadamente quise corregirlo, pues lo habitual era indexar por el apellido, pero me interrumpió sin tacto.

—¡Carajo, ya lo sé! ¿Se cree que está tratando con un paleto de pueblo? —Volvió a reír y a seguir en sus trece. Menudo terco—. Aaaaaaaaaaa, Aaaaaaaal, Aaaaaaale, Aaaaalex… Alexandra, ¡equilicuá, aquí!

Dio unos toquecitos al cuadriculado folio, me miró y yo le sonreí sin separar los labios.

—Veamos…

Se giró un tercio para buscar una llave en el mueble organizador que tenía detrás. Todos los casilleros de la estantería estaban ocupados.

—Vamos a veeeeeer…

Lentamente fue desfilando el dedo por todas y cada una de las ranuras, desde la primera hasta la décimo tercera llave.

¡Pero si era evidente que en el hotel no había nadie hospedado! ¡Señor, santa paciencia!

—Está complicada la cosa, señorita. —Se detuvo en la última casilla—. Espero que no sea una loca chiflada y sea supersticiosa, porque solo me queda libre la número trece.

Abrí los ojos como platos.

—¿La habitación trece?

—Sí, eso he dicho. Es la única que me queda libre.

—Pero si… está todo el casillero con llaves.

Parpadeé no dando crédito a la surrealista situación. De nuevo ese magnetismo que tenía innato de atraer a los sinvergüenzas. Quise otear a mi alrededor para averiguar dónde habían instalado la dichosa cámara oculta.

—Se lo repito por si… tiene problemillas auditivos… Me queda solo la habitación trece. ¿La toma o la deja?

Me lo quedé mirando mientras cogía aire. Me estaba vacilando, eso seguro. Era eso. Debía ser un estúpido jueguecito que hacía a los turistas para hacerse el gracioso.

—Señorita, decídase pronto. No me haga perder el tiempo, que tengo muchas cosas que hacer…

Solté el aire despacio como en las clases de *yoga.*

—Bien. Quiero decir… por mí está bien.

—Buena elección, no se arrepentirá. ¿O sí?

Se me quedó mirando a los ojos y con la sonrisa congelada en los labios. Sin mover un ápice, como una estatua de cera, sin mascar tabaco y sin decir ni mu. ¡Como si le hubiese dado una parálisis facial! Y así, de esa guisa, estuvo durante más de medio minuto. Luego, como por una fuerza mágica o como si alguien le hubiese dado cuerda por la espalda, todo él volvió en sí.

¡Fue de lo más escalofriante!

—¡Coño, qué calor hace hoy! —arguyó, escupió saliva en el interior de un tarro de cerámica que tenía junto al lapicero y barrió toda la capa de sudor de su frente con la mano. Inmediatamente después, cogió el llavero con la llave de mi habitación, lo pringó todo y me lo entregó—. Ahora sí, sea bienvenida a Bandera.

Pincé la anilla con los dedos como si fueran unos calcetines sucios y apestosos, y asentí en silencio.

Nota mental: desinfectar el llavero con agua oxigenada del botiquín de primeros auxilios que llevaba en la maleta.

—Gracias.

—A mandar.

Aguardé un tiempo prudencial a que el buen samaritano me ayudara con el equipaje, pero como este ni siquiera desplazó la suela de sus botas un mísero milímetro del sitio, me vi obligada a girarme sobre mis talones, arrastrar la maleta hacia el ascensor y quedarme con cara de mema al descubrir que únicamente existía el hueco: ni rastro del cubículo. Así que no me quedó más remedio que subir peldaño a peldaño las desniveladas escaleras en forma de caracol, cargando la maleta a plomo, la cual pesaba como si hubiese guardado piedras en el interior.

Anclé la llave en la cerradura, hice girar el bombín y… ¡*voilà*! Los quince metros cuadrados de habitación, la cama de muelles, la diminuta mesita de noche y las cortinas estampadas a juego con el edredón y la tulipa de la lamparilla, se manifestaron ante mí, dándome la bienvenida.

Antes de nada, me vi forzada a abrir la ventana, porque el hedor a cerrado, mezcla de humedad, moho y de la antigüedad de los muebles, era inhumano. Seguramente hacía siglos que allí no se había hospedado nadie.

—Ohhhh… —Cerré los ojos y respiré hondo—. Aire puro…

Estaba a puntito de rociar el ambiente con unas gotas de Chanel número 5 cuando de pronto, un mensaje de *wasap* me despertó del letargo de *Lo que el viento se llevó* para devolverme de nuevo a la civilización.

Corrí a mirar a desbloquear la pantalla:

> Nicoletta
>
> Cielo, dime que un sioux
>
> no te ha cortado la preciosa
>
> cabellera negra y te ha

perdonado la vida…

11.03AM

Holaaaaa…

Sigo siendo tu morena,

pero necesito una ducha urgente.

Corrígeme si me equivoco, pero creo

que los indios de aquí son los Apaches. ☺

11.04AM

Nicoletta

Chica…, pero bueno…

Por lo visto sí que te has

documentado solo para ir a la

caza de tu Elvis, el macizorro

ladrón de guante blanco…

11.04AM

La información es poder. Por cierto,

¿cuándo vendrás? Ya te echo de menos.

11.05AM

Nicoletta

Escribiendo…

El mensaje de «escribiendo…» se reflejó en la barra superior de la pantalla y así estuvo apareciendo durante más de tres minutos. Algo inusual en Nicoletta quien solía ir al grano en sus escritos y... ¡ni qué decir en la vida en general!

Miré las rayitas de la intensidad de la señal y, según mis sospechas, apenas tenía cobertura; de las cinco barritas, solo había una iluminada.

¡Oh, mierda! ¡Lo que me faltaba: estar en un hotel a solas con el loco chiflado a lo Jack Nicholson en *Alguien voló sobre el nido del cuco* y, además, incomunicada! Menos mal que, si ocurría cualquier cosa, había sido dotada con unos buenos pulmones para chillar y pedir auxilio.

Elevé el teléfono en alto y busqué por toda la habitación el lugar idóneo en el que hubiese más conexión. Y… sí. Aplaudí mentalmente, junto al lavamanos palanganero, ese de madera podrida que habían puesto para decorar junto al mini tocador. Bueno, junto a un listón por mesa, un

taburete de cuatro patas y un espejo sucio de veinte por veinte. Eso sí, todo súper *vintage*. Vamos, ideal de la muerte…

De nuevo, al recuperar una rayita de cobertura, sonó la notificación del *wasap*.

Nicoletta

Iré a Texas en cuanto

regrese del funeral de

mia nonna…

11.06AM

¡Ohhh… lo siento mucho, cariño. Pobrecilla…

Cuando acabe de instalarme, te llamo.

Voy a darme una ducha.

ILY

11.31AM

No esperé a la respuesta. Dejé el teléfono a un lado, puse la maleta encima de la cama, abrí la cremallera y busqué gel, champú, ropa cómoda, unas braguitas y una toalla de baño. Odiaba tener que envolver mi cuerpo con un paño ajeno y que, en vez de secarme, me hiciera un *peeling* corporal gratis.

Hice un escaneo exhaustivo a esas cuatro paredes.

«¿Dón-dónde está el cuarto de baño?»

Pestañeé, confundida. Ni rastro de otra puerta en la habitación. Salí al pasillo y, de camino a las escaleras, vi media hoja de papel pegada con un trocito de celo en la que se leía escrito de puño y letra: «Ducha».

«¿Deben estar de coña? Ni loca pienso compartir ducha… ¡Ni que estuviera en el corredor de la muerte!».

Suspiré hondo, muy hondo. Miré a la izquierda y luego a la derecha. Era evidente que estaba sola. No se oía ni el aleteo de una mosca. Posé la mano en el pomo oxidado y la aparté como si me abrasara. Cerré los ojos y, al abrirlos, levanté el brazo y olisqueé discretamente mis axilas.

¡Oh, por los clavos de Cristo, huelo a muerto!

«Vamos, Alexandra… que solo es un cuarto de baño, mujer… (traté de darme ánimos a mí misma)… y tú necesitas esa duchita… Además, no voy a ser devorada por el monstruo de los desagües».

Dudé unos segundos con la ropa en las manos y, al final, abrí la puerta.

Frente a mí, un agujero en el suelo embaldosado a cartabón y, clavados en la pared: una alcachofa y un grifo de mano. Nada más. ¿Nada más? ¡Ah, sí! ¡Y una diminuta claraboya en el

techo!

«Esto no me está pasando a mí… pero, ¿qué he hecho yo para merecer esto? Seguro que he debido ser muy, muy, muy mala en otras vidas, porque salta a la vista de que ahora estoy pagando por todos esos pecados juntos».

Cerré la puerta y eché el pestillo. Entraba tan poca luz que tuve que esperar un poco a acomodar mi vista antes de desnudarme. Colgué la ropa en un par de clavos torcidos que había en la pared. Anduve hasta colocarme bajo la alcachofa. Probé la temperatura del agua con la palma de la mano y cerré los ojos cuando la templada agua empapó mi pelo y todo mi cuerpo.

«¡Ohhhh, por favor! Esto es gloria bendita…».

Humedecí el pelo, apliqué champú y masajeé el cuero cabelludo con la yema de los dedos, realizando movimientos circulares, estimulando así la circulación sanguínea. Luego lo aclaré, puse una nueva nuez de champú en mi mano y volví a realizar el mismo ritual. Por último, eché el suavizante, repartiéndolo de medios a puntas para después recoger la melena en lo alto de la coronilla.

Y mientras dejaba actuar durante varios minutos el acondicionador, me enjaboné el cuerpo. Cerré los ojos y alcé la cabeza para que el chorro de agua resbalara por toda mi piel y relajara cada músculo de mi cuerpo en una plácida sensación de bienestar.

«Ahora sí que sí… ¡Ahora empiezo a volver a sentirme persona!».

Sin embargo, como bien dicen, la felicidad es un bien escaso y nada es eterno, y la mala suerte me persigue allá donde vaya: el abundante y reparador chorro de agua calentita dejó de serlo para convertirse de golpe y sin previo aviso en una tromba de un agua tan helada que rozaba el punto de congelación. Mi piel enseguida gritó de dolor, como si me estuvieran clavando mil agujas a la vez. Nunca había experimentado nada más horrible en toda mi vida: sensación de cosquilleo, movimientos espasmódicos y entumecimiento generalizado.

Y, de repente, al pegar un grito improvisado, el agua dejó de salir, como si alguien hubiese cerrado la llave del paso.

Giré ambos grifos con insistencia, pero no salía ni una sola gota de agua, ¡ni fría ni caliente!

«No, no, no… Oh, mierda… ¡Lo que me faltaba! (gimoteé) Venga… funciona otra vez… vamos… ¡Por piedad, no me dejes a medias!».

Todos mis esfuerzos fueron en balde tras varios minutos de intentos fallidos. Negué con la cabeza, que aún seguía con el pelo embadurnado en crema, sopesando qué hacer. Y mientras me envolvía con la toalla y salía del baño a la velocidad del rayo, iba *in crescendo* mi enojo.

Me planté frente a la recepción del hotel con cara de pocos amigos, pulsé con el botón de la campanilla y esperé un tiempo prudencial antes de volver a insistir. Pero allí no aparecía nadie.

—¿Hola? —pregunté entre dientes—. ¿Hay alguien aquí?

Y la pregunta del millón volvió a revolotear por mi mente: ¿Qué demonios estaba haciendo yo allí y no tomándome un daiquiri antes de darme un chapuzón en la piscina de la mansión de mis padres?

Mi respiración cada vez era más acelerada, mi ceño más fruncido y mis muelas más apretadas.

Tamborileé con los dedos.

—¿Hola? ¿Hoooola?

Pulsé tantas veces la campanilla que, horas después, aún seguía teniendo la marca del botón en mi palma de la mano. Me enfurruñé y gruñí; aunque no sirvió de nada, pero al menos me ayudaba a desahogarme.

Colmada de frustración y cubierta únicamente por una liviana toalla y unas chanclas de baño, salí a la calle alertada por un vocerío no muy lejano. La gente de la calle, paradójicamente, en vez de escandalizarse por ir semidesnuda, habiendo sido lo lógico en medio de una gran ciudad como Nueva York, ni se inmutó. Nadie me señaló, nadie se rio, nadie me observó de forma rara. ¡Ni siquiera nadie cuchicheó nada! De hecho, todos siguieron caminando, ajenos a mi angustia. Y… sentí que esa nueva realidad, por una parte, me extrañó, pero por otra… me encantó.

Miré a ambos lados de la acera. La voz del recepcionista se distinguía al otro lado, parecía provenir del interior de una taberna, justo cruzando la calzada.

Ni siquiera me lo pensé. Simplemente actué. Me ajusté el nudo de la toalla, fijé la vista al frente y caminé con paso firme hacia allí, mientras trataba por respirar con normalidad.

Entré en el establecimiento y, al ver al hombre allí bebiéndose una cerveza artesanal y charlando animadamente con otros dos tipos mientras echaban una partida de póker, me hirvió más la sangre por dentro.

A propósito, el hedor a sudor rancio mezclado con el de la cebada echaba para atrás, lo juro.

—¡El agua se ha cortado en mitad de mi ducha!

El barbudo de ojos aguijonados alzó la vista, al igual que varios pares de ojos más.

—George, viejo amigo. ¿No me digas que se te ha olvidado comentar a la señorita ese pequeño detalle?

Uno de los tipos, el que parecía más mayor, lo sermoneó mientras le colgaba una pipa de la boca y repartía las cartas a los demás.

—¡Carajo! Puede ser… —Alzó una ceja y yo me lo quedé mirando sin pestañear notando como una gota de pringosa crema se resbalaba por mi frente, cogía velocidad en mi sien y se precipitaba al vacío para acabar haciendo ¡chof! junto a mi dedo gordo del pie—. El termo del agua caliente dura exactamente seis minutos. Ni uno más ni uno menos. ¡Ala, ya se lo he dicho! ¿Contento, Abraham?

—Así me gusta. Aclarado queda —añadió el más delgado de todos ellos—. Ahora, a seguir jugando, que algo me dice que esta mano la ganaré yo.

—Ja, ja, ja… ¡Que te has creído tú!

George miró las cartas que le habían tocado y después deslizó tres lentejas a modo de apuesta hacia el centro de la mesa. Los otros lo imitaron.

—¿Y-y ya es-tá? —tartamudeé confundida mirándolos a los tres alternativamente—. ¿Y eso es todo?

—¿Eso es todo George? —insistió el de su derecha.

—¿No se te olvida algo? —ultimó Abraham, el de su izquierda.

El dueño del hotel meditó durante unos segundos.

—¡Coño, sí! —Se palmeó la frente y luego volvió a mirarme a la cara—. Espera una hora y

luego tendrás otros seis minutos más de agua.

Enseguida volvieron a centrar toda su atención en el juego y en la cháchara, y a mí me ignoraron por completo, pasando a ser un segundo plano. Yo no pude evitar mirarlos uno a uno mientras me mordía la lengua para no estallar en gritos delante de todo el mundo.

Así que sonreí educada y muy digna, me di media vuelta, volví sobre mis pasos, salí de la taberna, crucé la calle, entré en el hotel y me encerré en mi habitación número trece con el pestillo, contando los minutos que faltaban para volver a tener algo tan básico y civilizado como el agua caliente.

¡Uf, odiaba a ese pueblucho de mala muerte y a sus catetos habitantes con todo mi ser! Suspiré hondo, conté hasta diez y traté de relajarme, pues me di cuenta de que era una soberana estupidez pedir peras al olmo. ¡Porque de donde no hay no se puede sacar!

Por cierto, George no mintió. Exactamente a la hora en punto, con la precisión de un reloj suizo, volvía a salir agua calentita de la alcachofa.

Hora y media más tarde y siguiendo las indicaciones del detective que había contratado Nicoletta, eché a andar por las callejuelas del pueblo en dirección a los prados. Según el detallado informe, Jake Maverick vivía en un rancho rodeado de caballos, ganado y campos de maíz, junto a su padre Thomas y su hija pequeña de cinco años, Dakota.

Me vi obligada a atravesar a pie varios campos de alpaca y varias fincas antes de divisar a lo lejos la suya. Más tarde supe que allí las distancias se medían por millas, tierras de pastoreo y llanuras eternas. Al aproximarme, los imponentes pinos Taeda Loblolly, los robles y las flores silvestres me dieron la bienvenida mientras recorría el pedregoso sendero que me llevaba directamente a la propiedad, tras haber dejado atrás un puente sobre un caudaloso arroyo.

Al cabo de un rato, una valla de hierro forjado que se extendía hasta donde no me alcanzaba la vista y que cercaba la propiedad, me cerró el paso.

Miré a través de los barrotes o hasta donde la vista me permitió, y vi una hermosa y gigantesca casa de campo de piedra, construida en dos plantas y una vieja mecedora en el porche. A varios metros, había otra más pequeña, de tejado abovedado, un establo, un estanque de agua y hasta un granero, todo en medio de un claro.

De repente creí oír un relincho y dirigí mi atención en esa dirección. De nuevo otro, y otro más. Empecé a andar hacia allí, siguiendo el enrejado y devorada por la curiosidad.

Al poco me detuve buscando un hueco por el que espiar al hombre que, vestido de vaquero y a lomos de un poderoso purasangre negro, trataba de dar caza a un bovino. Tras una breve persecución entre ellos, lanzó la soga sobre la cabeza del animal, rodeó sus cuernos y luego aseguró la cuerda en la cabeza de la silla con tres vueltas para que no se volviera a escapar de la manada.

¡Madre mía! Me quedé boquiabierta, en serio. Fue todo un espectáculo verlo en vivo y en directo. La lucha del animal por huir y la destreza del humano para someterlo a su mando. Tan bello como rudo y salvaje a la vez.

Seguía hipnotizada por lo que acababa de suceder y era incapaz de quitarle el ojo de encima a Jake Maverick, quien al ser consciente de que estaba siendo observado, tomó el sombrero con la mano derecha, se lo quitó de la cabeza y, de forma cortés, agachó la barbilla en un saludo. Luego sonrió y estimuló a su caballo para que se alzara orgulloso sobre sus patas en mi dirección, elevando los cascos y mostrándome su espectacular belleza animal mientras lanzaba un vigoroso relincho.

Y yo me quedé petrificada en el sitio, ardiéndome todo por dentro y olvidándome de respirar. El aire no llegaba a mis pulmones. Ni siquiera podía mover ni un mísero músculo de mi cuerpo. Nada respondía a las órdenes de mi cerebro, excepto una casi inapreciable sonrisa en forma de tic nervioso.

Por fin, Jake Maverick y yo estábamos uno frente al otro, aunque fuera en la distancia, a varios metros. Y, siendo sincera, por aquel entonces y después de tantos meses de espera, mi único pensamiento fue dar caza al ladrón, recuperar el millón de pavos y que pagase la osadía con un justo castigo.

Oh my god! Eso último había sonado muy del estilo de Nicoletta, ¿verdad?

18
El diablo viste de Prada

(David Frankel, 2006)

JAKE MAVERICK

—Me llevo a Dakota al pueblo. He de comprar víveres y varios cartones de tabaco.

—¡Eso! Sobre todo, que no se te olvide comprar el vicio.

—Thomas, no seas tan tocapelotas de buena mañana, anda. —Le regalé una mirada afilada—. ¿Estarás bien si me ausento un par de horas?

—¿Tú que crees?

—No lo sé, por eso te lo pregunto.

—Mala hierba nunca muere.

Sonreí de medio lado.

—En eso debo darte la razón.

Se dejó caer en el sofá junto al crepitar de la leña en el fuego de la chimenea, se cubrió las piernas con la manta de lana que tejió hace años mi madre y abrió el periódico por la parte de sucesos. Lo sé, Thomas era bastante morboso. No sé qué gustillo le encontraba a mirar las esquelas y enterarse de quién la había palmado antes que él.

Lo miré en silencio antes de anudarme un pañuelo rojo al cuello, ponerme el sombrero vaquero y la chaqueta tejana, sin dejar de tener muy presente que, en los últimos dos meses, mi padre había envejecido drásticamente, tanto como si le hubiesen echado encima más de diez malditos años de golpe. En su rostro curtido, de piel madura de por sí, se habían magnificado los rasgos surcados por profundas arrugas como las viejas raíces de un árbol y el pronunciado hundimiento de sus sabios ojos. Las manchas en la piel se habían intensificado. El perfil de sus labios hacía semanas que ya no dibujaba sonrisas. Sus extremidades, aquellas que habían soportado carros y carretas, ahora temblequeaban con cada nuevo paso que daba. Y sus manos, qué decir de sus manos… Esas que recordaba y admiraba a partes iguales por haber sido siempre tan hercúleas, telúricas y reales, y que ahora ni siquiera eran la sombra de aquello que un día fueron. Esas humildes manos que me habían enseñado a amar mi trabajo en el rancho, esas que me enseñaron a cuidar mi vida y de los míos. Esas que ahora parecían tan frágiles.

Me conmovía verlo así, verlo perdiendo batallas que antes hubiese liderado y ganado sin apenas esfuerzo. Verlo tan debilitado, tan frágil, me rompía el alma en mil pedazos. ¡Maldita sea! De un tiempo a esta parte era como estar al cuidado de dos menores: mi hija de cinco años y mi

padre de setenta y tres, pues en ocasiones hasta olvidaba el nombre de su nieta o el día de la semana en que vivía.

Meditabundo, le acerqué su teléfono móvil a la mesita para mi tranquilidad.

—Cualquier cosa, llámame.

—Demonios. ¡Lárgate ya, Jake! —gruñó, fulminándome con la mirada y lanzándome una patada al aire—. No hagas que me arrepiente después.

Asentí con los dientes apretados y sonreí levemente para darle la impresión de que tenía todo bajo control, pues no me quedaba otra, aunque no fuese así. Además, debía asimilar que a partir de ahora los tercios habían cambiado y debía dar por sentado que no podía estar solo tirando de las riendas del rancho. Por ello, tras meditarlo hasta lo indecible, llegué a la conclusión de que necesitaba ayuda externa y, a ser posible, femenina y de confianza. La persona contratada en cuestión sería la responsable de la cocina, de la limpieza en general y del cuidado de ambos, entre otras cosas. Debía ser alguien con una personalidad decidida, constante y fuerte; una mujer de los pies a la cabeza y que no hiciera falta que le explicara que era más aconsejable que le dijese sooo en lugar de arre.

Del mantenimiento de la finca, del establo y del cuidado de los caballos, del jardín, de la alberca... ya se encargaban Roy y los chicos.

Salí al porche en busca de Dakota, quien, tras desayunar su colmado tazón de leche con galletas, había salido fuera a jugar con Dark, un precioso mastín español, negro como el carbón y ciego de un ojo, al que habíamos adoptado haría poco más de dos años.

—Vamos, enana. Vamos al pueblo.

—¡Yupiiii! ¡*Carameloz*!

Dejó caer el palo con el que estaba jugando con el perro sobre un montículo de tierra y echó a correr a mi encuentro. Sus dos coletas danzaron a su libre albedrío, dándole ligeros latigazos en sus redonditas y sonrojadas mejillas.

Sonreí. Juro que nunca me cansaba de verla tan risueña y tan llena de vitalidad.

—Ehhhhh… —Saltó y se colgó de mi cuello, desestabilizándome y provocando que ambos cayéramos de espaldas contra la hierba aún humedecida por el rocío de la mañana—. ¿Qué has desayunado hoy? ¿Al increíble Hulk?

—Nooooo…. Jajajaja… papiiiiii…

Se echó a reír con ganas, pues le empecé a hacer cosquillas en la cintura porque sabía que ese era su punto débil, su talón de Aquiles, al igual que el mío. Podrías hacernos cosquillas en la planta de los pies, en el cuello, en las axilas, en las costillas o en cualquier otra parte de nuestro cuerpo que ni siquiera nos inmutaríamos. Pero ahí… justo ahí, en la cintura... ¡eso era otro nivel! Eran tal los retortijones que padecíamos que incluso se podrían considerarse una tortura medieval, esa en las que perdías las fuerzas como Sansón tras cortarle el cabello. Y tan terribles que, incluso a veces, se nos escapaba algún que otro pedo.

Arranqué un ronco rugido al motor de la vieja camioneta, una Ford *pick up* de 1980, cuando la puse en marcha. A la pobrecilla, aunque le quedaban ya pocos asaltos, quizás una primavera, por mi bien debía aguantar como fuese un tiempo más en pie. Al menos hasta recuperar a mi Gran Torino, pues aún seguía sin dar muestras de vida, ni él ni sus captores. O, en su defecto, debería comprarme otro medio de transporte que no fuera una de mis yeguas, vaca lechera o Boliche, el gato persa de Dakota; como no íbamos muy sobrados, económicamente hablando, debíamos esperar a la próxima recogida de maíz o a vender alguna res.

Primera parada en el camino: el colmado de Mia. Era un conocido establecimiento en Bandera donde se vendía de todo, desde comestibles hasta una tuerca del número cinco. Era lo más parecido a Amazon, pues, si no lo encontrabas en esa tienda, es que no existía…

Pasaban seis minutos de las once de la mañana cuando entramos. Miré a ambos lados, haciendo un rápido escaneo, cuando, reponiendo unos *briks* de leche se hallaba la tendera y dueña de la tienda.

—Buenos días, Mia.

Nos acercamos a su lado.

—Buenos días, familia. Jake, Dakota.

La rechoncha mujer de sonrisa permanente y media melena ondulada cayéndole sobre los hombros dejó lo que estaba haciendo para prestarnos toda la atención.

—Hola, Mia —le saludó mi niña mostrándole los dientes con las manos cogidas a la espalda y moviendo la cintura—. ¿Puedo coger una piruleta?

—Claro, cielo. Si tu padre está de acuerdo.

Mia me miró alzando una ceja mientras esperaba mi aceptación para dar carta blanca a Dakota.

—Pero solo una, ¿de acuerdo? Ya sabes que el azúcar ensucia el estómago y pica los dientes.

—¡Vaaaaale, papi!

Varios brincos la alejaron de nuestro lado por un rato. Dakota se plantó frente al mostrador y, tras abrir un tarro de cristal, escogió una de fresa en forma de corazón.

Una vez a solas, Mia se interesó por el estado de salud de mi padre.

—Mejor, creo. Recuperándose poco a poco. Ya sabes que esas cosas necesitan su tiempo.

—Sí, los infartos son puñeteros. Llegan sin avisar y suelen dejar… secuelas.

Cogí aire y después apreté la mandíbula. No quise responder a eso. No me hacía a la idea de ver tan envejecido a Thomas, dependiente, débil y sin poderse valer por sí mismo como hacía desde relativamente poco tiempo.

Mia me observó detenidamente, dándose cuenta de que el tema en cuestión me estaba incomodando sobremanera.

—A propósito, Jake. Acaban de preguntar por la oferta de trabajo.

—¿Quién? —pregunté ceñudo.

Hacía días que había dejado los papeles informativos en la tienda, pero hasta ese momento nadie se había interesado por el puesto. Estaba bastante al corriente de las ocupaciones de las

mujeres de Bandera y la mayoría solía dedicarse a sus hogares, por lo que me resultaba extraño que alguien no lo estuviera.

—Esa jovencita, la morena que está en la sección de farmacia.

Ladeé la cabeza hacia esa dirección y te prometo que lo que vi me produjo sequedad en la garganta: una melena larga, brillante y bien cuidada, una figura de espaldas, esbelta y bien proporcionada, y un trasero pequeñito y respingón pero muy llamativo.

—Por cierto, es una monada… —Me guiñó un ojo y yo entorné la mirada.

—¿Y…?

Me encogí de hombros como si me resbalara todo, eso sí, después de tragar la espesa saliva que se me había quedado atascada en las paredes de la tráquea.

Mi vida era demasiada complicada como para ir sumando más problemas a la ecuación. Ahora lo que menos me convenía era un lío de faldas. Otra cosa muy distinta era necesitar ayuda en el rancho, porque solo no me bastaba. Así que no me quedaba otra que despejar la incógnita: averiguar de qué pie cojeaba y si sería capaz de asumir la enorme responsabilidad que exigía el puesto vacante.

—Nada, solo eso, Jake. Simplemente recalcarte que chicas así… no suelen dejarse caer mucho por Bandera.

—Y, por lo poco que he visto, tampoco por Texas.

Mia asintió, siguió colocando los *packs* en la estantería y yo rompí el paso hacia la desconocida.

ALEXANDRA SIMMONS

Disimuladamente cogí una cajita de tampones y luego la dejé en el interior de la cestita de mimbre con el resto de la compra. Acababa de bajarme el período y andaba corta de artículos femeninos.

—Mia me ha dicho que buscas trabajo.

Una voz grave, enronquecida y segura de sí misma susurró sobre mi nuca. Me di la vuelta casi de un sobresalto. Los pasillos del establecimiento eran estrechos, he ahí la cercanía casi invasora de Jake Maverick. Supe que se trataba de él por las fotografías que me había mostrado el detective y por haberlo visto a lo lejos en las dependencias de su rancho.

—Ehm… s-sí —dije entre dientes titubeante y con algo de dificultad.

Olía como lo recordaba, o como creía recordarlo. No solo a colonia y desodorante, sino a una esencia natural, porque, al igual que las huellas digitales, todos tenemos una firma de olor distinta al resto. Él olía a una mezcla de canela y regaliz negro, a tabaco y a hierba recién cortada, a lima y a pimienta negra.

Cogí aire y, al soltarlo, pronuncié con decisión:

—Sí, busco trabajo.

Minutos antes, al entrar en la tienda, me había dado cuenta de que sobre el mostrador yacía una pila de papeles mecanografiados a mano, en los que se hacía referencia a un puesto de trabajo en

un rancho. Casualmente, según rezaba la dirección postal al pie de la hoja, era el de Jake Maverick. Y eso me dio en qué pensar, entre otras cosas, en una puerta abierta al cielo para ejecutar más fácilmente mi plan.

Él empezó a escudriñarme de arriba abajo sin pudor y con cierta desconfianza. Al poco, esbozó una sonrisita burlona.

—No eres de por aquí —soltó tosco, mientras, muy despacio, recorría con los ojos toda mi anatomía, hasta acabar centrándose en mi mirada—. No te había visto nunca, no me suena tu cara.

¡Ay, Dios!

Nos quedamos con la mirada fija el uno en el otro, quizás más tiempo del normal. Era un hombre muy atractivo, moreno de pelo y tez, de imponente presencia por su casi metro noventa, de espalda ancha y corpulentas piernas enfundadas en un ajustado vaquero desgastado. No parecía ser alguien de campo en apariencia, a no ser que te fijaras mejor en sus curtidas manos, en la callosidad de su piel y en las arruguitas que surcaban la comisura de sus preciosos ojos azules, esos que al instante supe que serían capaces de transmitir más que las palabras. Mucho más…

«Si las miradas hablasen… cuántas cosas contarían. Así era Jake Maverick», pensé para mis adentros.

—De Lockhart —dije con aplastante seguridad.

Creí recordar ese nombre al *googlear* hoteles de la zona.

—Perdona mi descaro, pero tienes más pinta de turista que de autóctona —soltó entre dientes, y no pudo evitar sonreír.

Me quedé petrificada al sentir la intensa mirada de él clavada en la mía, cortándome el aliento. De sopetón, un escalofrío recorrió toda mi espina dorsal, sin dejar ni una sola vértebra por surcar. Permaneció tanto tiempo estudiándome que incluso creí que me había reconocido, que sabía que yo era la Marilyn Monroe con quien se casó de mentirijilla en Las Vegas. Recé porque no fuese así, sino todos mis planes por descubrir la verdad, se irían al traste.

—Sí, nací en Lockhart, pero he pasado una larga temporada fuera, así que… —carraspeé—. Pero ya he vuelto y necesito un trabajo. Y este me vendría muy bien.

No dijo nada, parecía no saber quién era. ¡Bien! Y, a juzgar por su mirada, ni tan siquiera tenía la más remota idea. Mientras no averiguara mi identidad, podría seguir jugando a mi juego y con mis reglas. A ese peculiar juego del gato y el ratón. Sonreí para mí. No es preciso advertir quién de los dos era el gato, ¿verdad? Miauuu…

Jake, ni corto ni perezoso, me quitó el papel de la mano, ese en el que se describía la lista de las labores que se solicitaban para ese puesto en concreto. Nada sencillo, viniendo de alguien como yo, que carecía de experiencia profesional prestando mis servicios por cuenta ajena; solo había estado en la empresa vinícola familiar. Y sí, sé lo que estás pensando, que eso no es trabajar, que ser la hija del jefe tiene sus ventajas. Y yo te diré que a veces sí, pero otras es una losa demasiada pesada sobre mi espalda. Al fin y al cabo, aunque los demás empleados se nieguen a admitirlo, se

tiene la fea costumbre de comparar a padre e hija. Y te aseguro que las comparaciones resultan ser odiosas.

—¿Tienes experiencia?

—Sí —mentí.

—¿En todo lo que se pide?

—Sí —volví a mentir.

Dejó de hojear el papel y volvió a mirarme a los ojos, esta vez con el ceño fruncido.

—¿Podrías empezar hoy mismo?

—Sí, no veo por qué no.

—Bien —asintió—. Te diré lo que haremos: podría aceptar que trabajaras para mí unos días de prueba, para ver cómo te desenvuelves. Sin cobrar. No te conozco de nada ni tengo referencias tuyas, solo tu palabra. Y, por supuesto, no soy una ONG que actúa por caridad. —Se detuvo unos instantes antes de añadir—: si pasas el período con éxito, el puesto será tuyo y en tu primer sueldo incluiré, con carácter retroactivo, esos días.

—Me parece lo justo.

—Y, si no, me temo que es lo que hay —señaló tajante—. No regalo favores y no malgasto mi tiempo en quien merma mi confianza o no lo merezca.

Tragué saliva, pues ante sí tenía a una impostora…

Menos mal que no me tendió su mano para sellar nuestro acuerdo verbal, porque mi manicura francesa podría haberme delatado.

—Acepto las condiciones.

—En ese caso, te espero sobre las cinco en la finca. La dirección es…

—Lo sé. —Salté, interrumpiéndole sin darme cuenta de que había estado a punto de cagarla por mi impulsividad. Le sonreí con cara de tonta—. Lo indica en la oferta…

—Sí, sí, claro, en la oferta…

—Bien, hasta media tarde, entonces.

Sonreí. Él no a mí. Traté de salir lo antes posible de su campo de visión a sabiendas de que tenía su intensa mirada gris pegada al cogote.

Mientras me dirigía al mostrador para pagar la compra, caí en que acababa de meterme de lleno, por una grieta, en la oscura y temida guarida del Lobo Feroz.

19
Mary Poppins

(Robert Stevenson, 1964)

JAKE MAVERICK

Esos ojos tan azules y tan vivaces… Hubiese apostado mi alma al diablo con tal de averiguar dónde los había visto en el pasado, porque estaba convencido de que los había visto. Cerré los párpados con fuerza tratando de recordar, pero nada. Abrí los ojos y fijé la vista al frente, a los acres cercados, observando al ganado pastar la tierra herbácea, mezcla de salvia, mesquite y especies nativas como la alfalfa de proteína, siempre ajeno al mundo que les rodeaba.

«¿Quién eres?», pregunté sin darme cuenta al aire y en voz alta.

Di una última calada antes de apagar la colilla con la suela de las botas y levantarme de la mecedora. Me apoyé en la estriada pared de piedra con las manos hundidas en los bolsillos mientras la esperaba. Y mientras me devanaba los sesos tratando de recordar dónde había visto esos ojos, me encendí otro cigarrillo sin dejar de observar la puerta enrejada. Eran casi las cinco de la tarde. Estaba a punto de aparecer. Y así fue. Vestida con unos tejanos, una camiseta blanca y unas impolutas deportivas Bikkembergs de mujer que únicamente se podían comprar en la capital, tardó más de la cuenta en atravesar el mural de mosaico de flores silvestres que serpenteaba el camino empedrado hacia la casa.

Quizás fuese porque no le quité el ojo de encima en todo momento y se sintiera observada, o tal vez porque se mostrase insegura en un lugar insólito para ella, aunque se dejara la piel en ocultarlo. Caminaba como si estuviera pisando huevos o puntiagudos guijarros, de puntillas y algo torpe.

Ascendió los tres peldaños de la escalera y se plantó frente a mí y, al hacerlo, pude percibir una sutil y delicada fragancia a jazmín, almizcle y vainilla. En honor a la verdad, juro que ninguna chica de los alrededores olía igual. Ni nada que se le asemejara. Desde luego era distinto, era un olor dulce y bastante sensual.

—Las cinco en punto, como un reloj suizo —suspiró—. Hace calor, ¿verdad? No corre el aire…

Ella se palpó las sonrosadas mejillas y yo me la quedé mirando sin decir nada. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta dándole un aire más aniñado. ¿Cuántos años tendría? ¿Veintitrés, veinticuatro? Siempre se me había dado mal adivinar la edad de otra persona, sobre todo la de una mujer.

—Punto positivo. La puntualidad es algo innegociable.

—¿En serio? ¿Acabo de ganar una pegatina de recompensa? ¿Acaso vas a ponerme una tabla de tareas y premiarme o castigarme según me comporte?

Sonrió con la clara intención de ser amable, aunque fuera mera interpretación.

—Puede ser. Sin duda es una técnica de conducta muy efectiva.

—Para los niños —matizó.

—No te creas, también para los adultos.

—Como, por ejemplo, no hacerme pis encima —dijo divertida.

—Sería un buen comienzo.

Se echó a reír algo comedida y un mechón negro le cayó sobre los ojos ocultando momentáneamente el moteado gris de su mirada. Te juro que estuve tentado de retirárselo con los dedos, pero no lo hice. No hubiese estado bien. Iba a trabajar para mí y lo correcto sería mantener cierta distancia desde el principio. No obstante, no pude evitar recordar las palabras de Mia, alegando que era una monada. Y sí, ¡qué coño! Lo era y mucho. Lo dicho, era demasiado atractiva y delicada para esas tierras tan salvajes en ocasiones.

Era preciosa, pero sus atributos no serían condicionantes ni para darle el trabajo, ni tampoco excusa para desestimarla. Valoraría su capacidad con cabeza, la que estaba sobre mis hombros… ¡no esa que estás pensando en estos momentos!

—Demos una vuelta. —Apagué la colilla y señalé con la cabeza al interior de la casa—. Voy a enseñarte la finca.

—De acuerdo.

—Las damas primero.

Di un par de pasos para adelantarme, abrir la puerta en la que una herradura oxidada mantenía a raya la mala suerte y cederle el paso. Y, justo en ese momento, un visible alzamiento de cejas se dibujó en su frente, signo inequívoco de que, de donde quiera que viniera, no estaba acostumbrada a que un hombre le cediera el paso.

Naturalmente, la educación no estaba reñida con la hombría. El hombre debía velar por el cuidado de su familia y amar en cuerpo y alma a su mujer. Y lo cierto era que, aunque esos valores me fueron inculcados por Thomas desde niño, no concebía ser de otra forma distinta de tratar al prójimo, solo con respeto.

Entramos dentro, dándole la bienvenida el diáfano recibidor de paredes de cantería a ladrillo, vigas de madera vista y un suelo parqué de nogal raspado a mano. Abrí los brazos en sentido metafórico sin vaticinar que, a partir de ese caluroso día de diciembre, no solo le abriría las puertas de mi hogar… sino de algo más profundo.

—Esta es mi casa… mi humilde morada.

Durante los siguientes minutos recorrimos juntos y sin prisas toda la propiedad. Le mostré la cocina de extensas encimeras de granito y fogones de leña. Los tres aseos, distribuidos estratégicamente entre las dos plantas; los cinco dormitorios, la biblioteca, la sala de juegos… Recuerdo que se quedó observando las sillas de montar que yacían sobre la barandilla de la escalera; la banca de iglesia que te encontrabas en el pasillo de entrada a las habitaciones; la decoración de hierro hecha a mano; también patas de las mesas, las cortinas, lámparas, las viejas

botellas de leche, los taburetes de bar fabricados con asientos de tractores; incluso los cuernos de toro colgados sobre la chimenea, entre otros objetos singulares que, para mí, eran normales en mi día a día, a diferencia de ella, por lo que podía discernir. Llegué a la conclusión de que esa era la primera vez que pisaba un rancho.

Tras pasar un par de horas con ella, había llegado el momento de presentarles a Thomas y a Dakota. Ambos habían permanecido en la parte trasera de la casa, en el jardín, jugando al póquer. En realidad, él le enseñaba las reglas mientras jugaba, y ella se limitaba a observar sin quitarle el ojo de encima, memorizando como una esponja y, ya puestos, tratando de aprender algo, lo que fuese.

—Papiiiiiiiii…

Mi nenita se levantó del suelo y salió a mi encuentro. Me puse de cuclillas para recibir ese abrazo de oso que me tenía tan acostumbrado y esos besos salivosos que mojaban mis mejillas.

—¿Cómo está mi bomboncito?

—*Lizto* para comértelo… —Rio juguetona.

—Humm… ¿en serio? —Ella asintió y yo no tardé en seguirle el juego, haciendo ver que me la comía a bocados, haciéndola recibir de mis dientes ligeros mordisquitos en los brazos, la tripa, el cuello—. ¡Ñam, ñam… qué rico!

Lógicamente las rezongas de Thomas no se hicieron de rogar.

—En momentos así me cuesta adivinar quién es el niño y quién es el adulto.

—Momentos así me dan la vida —le respondí negando con la cabeza.

Era previsible, mi padre y sus pullitas. Daba igual que estuviésemos a solas o con una desconocida delante, eso le importaba un bledo. Y si eso no fuera suficiente espectáculo, se dirigió a ella como si fuera un intruso en sus tierras.

—¿Y esa quién es? —La señaló con la cabeza y torció el gesto—. ¿No será la nueva chacha barra niñera? ¿Esa es la encargada de cambiarme los calzones cuando me haga mis necesidades encima? —gruñó—. Su puta madre…

Me erguí de golpe cuan alto era y lo fulminé con la mirada.

—Thomas… ¡Haz el favor de comportarte! —le increpé, riñéndole entre dientes.

De un tiempo a esa parte nunca entendía los motivos por los que se comportaba de esa forma tan desagradable con la gente que acababa de conocer. Tal vez se debiera a que se sentía vulnerable, aunque se negara a reconocerlo. Podía soportar su mal humor, el amargor de sus comentarios fuera de lugar… pero lo que no soportaba era que tratara mal a otra persona delante de mí.

—Tranquilo, no pasa nada —contestó ella sonriendo y me tocó el brazo para que me tranquilizara, dejándolo ahí en ese punto unos segundos. Luego apretó un poco la yema de los dedos. Por algún extraño motivo, su calidez corporal me resultó familiar, hecho que me sorprendió muchísimo.

—Perdónale, perdóname.

—De verdad. —Negó con la cabeza—. Todo está bien.

Bufé. No, no estaba bien. Thomas debía suavizar su lenguaje, cortarse un poco y relajar los

ánimos, o iba a asustar a… ¿cómo se llamaba? Joder, ni siquiera le había preguntado su nombre, ni siquiera me había presentado.

—Esto… Soy Jake Maverick… y ellos son… —Miré a mi pequeña y acaricié con la yema de mis dedos a una de sus trenzas— Mi hija Dakota y él es mi padre, el cascarrabias Thomas.

—¡Te he oído, Jake!

—Lo sé…

—Que se me esté yendo la chaveta no significa que también me esté quedando sordo —prorrumpió de mala gana.

—Cierto, Thomas, cierto. —Negué con la cabeza—. Ey, ¿y tú eres?

—¿Quién? ¿Yo? —exhaló la joven, señalándose a sí misma; y yo asentí—. Yo, pueees… pues Alex… Alexandra Simmons…

Se sonrojó ligeramente y yo sonreí.

Alexandra… Precioso nombre para una preciosa mujer.

—¿Alex o Alexandra? ¿Cómo prefieres que te llamen?

—Como sea, pero que me llamen… —bromeó y se rio socarrona entre dientes y casi con timidez. Pero, al ver que nadie se reía con ella, se mordió los labios poniéndose seria y cambió el rictus de golpe. Joder, ¡qué humor más raro se gastaba esa chica!— . Quiero decir: Alex…

—A mí me *guzta* Álex…

—Y a mí me gusta mucho Dakota.

Ambas se sonrieron con una complicidad inusitada, fuera de toda lógica racional entre dos personas que acababan de conocerse. Las observé detenidamente y algo me decía que enseguida iban a hacer buenas migas. Así que, si mi sexto sentido no me fallaba esta vez, iba a ser pan comido ganarse la confianza de mi hija, pero con el viejo Thomas iba a ser otro cantar: a ese terco cascarrabias le gustaba mucho ladrar, pero, en el fondo, mordía poco. Y, conociéndolo como lo conocía, me jugaba un par de reses a que no le iba a poner las cosas fáciles al nuevo fichaje.

—Dakota, te robo un minuto a Alex, ¿vale? —le dije a mi pequeña; no habían pasado ni cinco minutos y ambas parecían ser uña y carne, amigas de toda la vida—. Voy a enseñarle las cuadras y la cabaña.

—Pero, yo quiero ir… quiero ir con… ella.

Le cogí de los hombros y negué con la cabeza.

—No, quédate con el *abu*… —se lo dije bajito y le guiñé un ojo en confidencia—. Ya tendrás tiempo de estar con Alex. Ahora ve y vigílalo.

—¡Esto es el colmo de los colmos! —gruñó Thomas echando pestes por la boca y apretando los puños— ¡Ahora va a cuidarme una niñera de cinco años! ¡Manda cojones!

—Papiiiii… ha dicho ¡*cojonez*! —Abrió la boca de par en par, escandalizada—. Es una palabrota… tiene que poner un centavo en el…

—¡Dakota! —Me giré hacia ella con el ceño fruncido—. Con ponerme al corriente es suficiente. Te he dicho mil veces que no hace falta que repitas la palabrota.

—Niña. *Cojonez* no. ¡CO-JO-NES! —apostilló el abuelo con una sonrisita en los labios—.

Cuando digas una palabrota, dila con propiedad, nada de milongas en vinagre.

—¡Thomas! ¡Hostias!

—Papiiiiiii… ¡*hostiaz!* No *ze* dice… *ez* caca…

Me llevé los dedos a la cabeza y empecé a masajear la sien. ¡Menudo par! Cuando se pillaban carrerilla, no había Dios que los detuviera.

—Venga, se acabó el *show* —aseveré tratando de poner orden a esa improvisada algarabía—. Tú, Dakota, te quedarás aquí con el abuelo. Y tú, Thomas, te quedarás con ella. Así uno cuida del otro y ambos os hacéis compañía. ¡Ala! ¡Listo! Así mato dos pájaros de un tiro. ¡Bang, bang!

—Sí, claro, qué listo me has salido, hijo… La misma compañía que os vais a hacer la morena y tú. Viejo sí, ciego no y tonto menos.

—¿Cómo dices?

—Que a ver si te crees que me chupo el dedo.

¿Qué había tratado de insinuar? ¿Qué quería contratar a Alexandra porque era una mujer muy atractiva y que pensaba tirármela? ¿En serio creía que ese era el fin? Pues entonces es que no me conocía una mierda y además iba mal encaminado.

Me acerqué a la mesa en donde estaba sentado y le susurré al oído.

—Cuando Dakota se vaya a la cama, recuérdame que tú y yo tenemos una conversación pendiente.

—¿Y no estará la morena presente?

—Thomas… no me toques las pe… ¡la moral!

—Si quieres no te la toco; si quieres que mire hacia otro lado, de acuerdo, lo haré. Pero esa chica va a traerte problemas, y lo sabes. Si no, tiempo al tiempo.

—Deliras. —Fruncí la frente.

—Más quisieras tú, Jake.

—Nunca mezclo el trabajo con líos de faldas.

Mi padre se rio y me esquivó la mirada.

—Luego no me vengas con que no te avisé.

—Y tú no me digas lo que he de hacer, porque sabes que haré lo que me salga de las narices…

—Pues entonces predica con el ejemplo y no te desvíes del camino.

No quise responder a eso, no me dio la gana. Me negué a seguir dándole bombo a idas de olla y a seguir alimentando sus: «Veo cosas donde no las hay», sus metáforas infundadas. Joder. Hacía muchos años que había dejado de ser un adolescente con acné en la cara. Ahora era un hombre con dos dedos de frente y capaz de llevar adelante un rancho, mi hija pequeña y todos los contratiempos que iban apareciendo por el camino.

Y sí, es verdad que desde el minuto uno en la tienda de Mia me sentí atraído por ella. Alexandra era una de esas mujeres que irradian luz propia, de las que te ciegan solo con la mirada y que parecen traspasarte una a una cada capa de tu piel, desnudando tu alma. Sí, era preciosa y dulce y… joder, congeniaba bien con la persona que más quería en este mundo, con Dakota.

En cuyo caso, no nos engañemos, era posible mantener una relación laboral cordial con alguien

que te atrajera físicamente sin que pasara nada entre ambos, ¿verdad?

ALEXANDRA SIMMONS

—Siento mucho que hayas tenido que soportar las impertinencias de Thomas.

—No te preocupes, Jake —dije renqueando—. No pasa nada, estoy bien.

—¿Seguro?

—Claro.

—No quisiera que, por culpa de él, hayas cambiado de parecer o te estés replanteando quedarte.

—Necesito el trabajo —mentí.

—Bien. Y yo necesito que olvides todo lo que ha dicho.

¿Qué parte se suponía que debía olvidar? ¿El lenguaje malsonante? ¿La falta de educación? ¿Las insinuaciones morbosas lanzadas sobre Jake y yo?

—¿Qué es lo que ha dicho? Ay, no lo recuerdo… ¡qué cabeza la mía!

Me hice la tonta a propósito y de forma teatral para que no le diera mayor importancia. Di por sentado que su padre no me pondría las cosas fáciles y que sería un hueso duro de roer, pero no me quedaba otra. Tenía muy claro que debía hacer malabares para entrar en la casa del vaquero, husmear en su vida, ganarme su confianza y desnudar ante los demás lo farsante que era. ¡Más que eso, Jake Maverick era un mentiroso! ¡Un ladrón! Y… demasiado pretencioso sería si creyera que iba a dorarme la píldora con sucias artimañas de buena gente para caerme en gracia. ¡Ni hablar!

Él enseguida me sonrió. Y yo sonreí para mí.

—Mejor así.

Le oí respirar hondo, como queriendo relajar sus ademanes, y sacó del bolsillo trasero una llave que abrió la puerta de una pequeña cabaña que quedaba a varios metros de distancia de la casa principal.

—A propósito, esas cosas raras no entrarán en mi paga, ¿verdad?

—No olvides que para que esas cosas entren o no en tu paga, primero debes pasar con éxito el período de prueba y convencerme de que mereces el puesto.

—Lo sé, Jake.

«Va a ser pan comido», pensé para mis adentros.

—¡Tachán! A partir de ahora, este será tu nuevo hogar.

—Creía que…

—¿Qué ibas a dormir en la casa con el cascarrabias? —Me sonrió y negó con la cabeza—. No, considero que debes tener tu propia intimidad y aquí es más fácil que la encuentres. Además, no echarás en falta ninguna comodidad y si fuera así… solo tienes que pedírmelo.

¡Oh, qué bonita por favor!

Di unos pasos al frente hasta quedarme en el centro de la casita de piedra y me giré sobre mis talones para admirarla mejor.

¡Era perfecta! Diáfana, de una sola planta, abierta y bien iluminada por amplios ventanales cubiertos de cortinas que barrían el suelo de madera. No era ni muy grande ni muy pequeña, pero sí muy acogedora. La chimenea era de leña natural, tenía baño interior y la cama de matrimonio que estaba cubierta por una mosquitera se encontraba bajo un techo de madera. La estancia estaba repleta de pequeños detalles, pero sin llegar a ser recargada.

¡Fue un flechazo en toda regla! Amor a primera vista. Nada que ver con el hotelucho de mala muerte del pueblo. Allí se respiraba bienestar por las cuatro paredes y… ¿vainilla?

Olfateé, arrugando la nariz.

—Amaryllis.

Miré a Jake, confundida.

—El olor a vainilla proviene de ahí. Se llama amaryllis… —Señaló a una planta bulbosa y elegante, coronada por cuatro flores rojas en forma de trompeta.

—Es preciosa. —Me acerqué—. Nunca la había visto antes.

Alargué la mano hasta acariciar uno de sus pétalos. El tacto era suave como la seda.

—Es originaria de México, son fáciles de encontrar por aquí.

—Soy más de rosas rojas, pero estas no están nada mal.

—Me lo anoto. —Sonrió apoyándose en el quicio de la puerta—. ¿Te gusta? Creo que aquí encontrarás tu espacio y estarás bien.

—Mucho. No te quepa duda. ¿Cuándo traigo la maleta?

Jake Maverick se echó a reír con una risa briosa, desinhibida, llena de matices y colores, y enseguida me contagié de su ella. Las cosas como son, era dueño de una sonrisa preciosa y con cierto aire canalla, era incluso ladina, si me apuras. Pero, simultáneamente, se manifestaba tan honesta, tan de verdad... Y tan transparente, como si tras ella no guardara secretos.

¿Un ladronzuelo… legal? ¿Eso existía? Desde luego que no, pues, de ser así, era una combinación bastante… curiosa, la verdad. Y si a todo eso se le sumaba que era tremendamente atractivo y sexi… y alto… y con un cuerpazo que quitaba el sentido…

¡Ay, Dios mío! Por un momento creí sentir ardor en el pecho… ¿o era estomacal? ¿Acaso me había sentado mal el almuerzo? No, qué va.

¡A ver…, un momento, por favor, que no cunda el pánico! Quisiera aclarar un par de cosillas antes de que se tergiversen mis palabras o mis pensamientos o ¡lo que sea!… La primera: que era evidente que una no era de piedra y que él era real y que olía de maravilla y que era el hombre más hombre (valga la redundancia) que había conocido nunca. Además de rematadamente apuesto, era inteligente, audaz, carismático y con cierto rollo misterioso que empezaba a desencajarme los esquemas.

Y la segunda…

Oí unos pasos alejarse y salí de mi letargo. Sacudí la cabeza y parpadeé volviendo en mí, cuando, a solo unos metros, Jake salió al porche a prenderse un cigarrillo rubio.

Y puede ser que no me creas, pero, aún a riesgo de parecer mendacidad, la forma de fumar dice mucho de una persona. Y por la forma que Jake sostenía el cigarro y la velocidad con la que

exhalaba el humo, supe más cosas sobre él, cuando al expulsar este soplando por un lateral de la boca y con la cabeza gacha, denotó cierta intranquilidad, aunque se esforzara en ocultarlo, dejando constancia de que no le apetecía tenerme allí. Aunque, por circunstancias ajenas, necesitaba la ayuda de terceros para hacerse cargo de su padre y de Dakota.

—¿Quieres uno? —Me tendió la cajetilla.

—Estoy… dejándolo…

Me miró por el rabillo del ojo y después sonrió.

—Eso mismo pretendo yo. Yo también lo estoy dejando.

—Pues parece que no tienes mucha fuerza de voluntad.

—Para ciertas cosas, no. —Reconoció mientras se mordisqueaba el labio inferior y tiraba con los dientes de una pielecilla, sin dejar de mirarme fijamente a los ojos, colándose en mi interior y quemándome por dentro.

Tragué saliva.

Era demasiado expresivo…

—¿Te acerco al pueblo?

—Ehm…, no. Gracias.

—Está bastante lejos —insistió.

—Preferiría ir dando un paseo.

—Bien, como prefieras.

—Bien.

Madre mía… El corazón se me disparó de golpe, frenético, vibrante y palpitante en el interior de mi pecho. Suspiré. Había algo en su mirada que era enigmático, seductor y que conseguía atraerme como la miel a las moscas.

Rompí a andar a toda prisa hacia la verja, sin mirar atrás, dándole la espalda y dejándolo solo. Tres cuartos de hora más tarde llegué al hotel, me pegué una ducha fría y llamé a Nicoletta.

Por cierto, ¿conoces la «Ley de la atracción»? ¿Esa que dibuja paralelismos con la creencia budista de la vibración? Esa en la que ellos afirman que, todo lo que existe, toda materia, se transmite a través de vibraciones… incluido los pensamientos.

En su día Buda afirmó aquello de que «lo que somos hoy proviene de nuestros pensamientos de ayer, y nuestros pensamientos actuales construyen nuestra vida de mañana. Nuestra vida es la creación de nuestra mente».

Pues…, ¡agárrate fuerte que vienen curvas!, porque, por alguna extraña razón y contra todo pronóstico, estar al lado de Jake Maverick no me era indiferente. Cada vez que compartíamos el mismo espacio, el mismo aire, la misma mirada, todo vibraba a nuestro alrededor. Y… por la expresividad de sus ojos, por sus gestos y por sus palabras, a él le ocurría lo mismo.

¡No había venido a enamorarme, sino a atrapar a un ladrón!

¡Maldita Las Vegas, maldito millón de pavos, maldito karma… maldito vaquero de ojos azules!

20
Una cuestión de tiempo

(Richard Curtis, 2013)

ALEXANDRA SIMMONS

—A ver, repítemelo otra vez…

Me separé del teléfono móvil un segundo para coger aire y volví a pronunciar exactamente las mismas palabras.

—Voy a vivir en casa de Jake Maverick.

—¡Ay, Dios mío! Joder, joder… ¡joder! —gritó Nicoletta y se rio tan enérgicamente al otro lado del aparato que parecía habérsele olvidado incluso de respirar—. ¡De puta coña! ¡Vas a dormir con tu enemigo! Como Julia Roberts…

—Durmiendo con su enemigo…

—¿Qué dices?

—Que la peli se titula *Durmiendo con su enemigo*.

—Ya, bueno, ¿y qué? Para el caso es lo mismo, ¡vas a vivir bajo el mismo techo del ladrón del millón de pavos!

—Síííí, pero no grites, Nicol… —Traté de calmarla sin éxito—. No entraba en mis planes, es solo que ha surgido así.

—Y encima en calidad de chacha, o quién sabe, quizás Jake el vaquero es un degenerado y te pide que hagas de porno chacha… ja, ja, ja… ¡Esto no me lo pierdo yo ni por todo el oro del mundo!

—¡¡¡Oye!!! —Le recriminé emitiendo un gallito con la voz estrangulada—. Voy a encargarme de cuidar al abuelo y a la niña y… a hacer tareas del hogar. ¡Pero qué mente más sucia y retorcida tienes!

—Sí, sí, ya… ¿tareas del hogar tú? Doña no he cogido una bayeta en toda mi vida por no romperme una uña.

Volvió a reír a carcajada limpia. No la veía porque estaba al otro lado del Atlántico, pero era capaz de imaginar la escena: ella descojonándose con la cabeza hacia atrás y a punto de mearse encima.

—*Zí, Zeñorita* Escarlata… —Empezó a imitar la peculiar voz de Mammy, la criada en *Lo que el viento se llevó*.

—Madre mía, Nicol… ¿qué te has fumado?

Puse los ojos en blanco.

—Aunque tenga que matar, engañar o robar, a Dios pongo por testigo de que jamás volveré a pasar hambre.

—¡Santo Cielo! ¿Ahora te crees Scarlatta O'Hara?

—Francamente, querida, me importa un bledo.

Ahora puso la voz más grave y masculina imitando a un Clark Gable, interpretando a Rhett Butler.

—¡¡¡Nicoletta Ercolessi!!! —la sermoneé, aunque no pude evitar estallar y echarme a reír con ella. Era muy buena imitando voces—. ¡Deja de guasearte en mi propia cara!

—Cariño, ríete de tu propia sombra… Ya verás qué bien sienta.

—¡Estás como una puta cabra!

—Beeeeee…. Beeee….

Nos reímos durante un buen rato, perdí incluso la noción del tiempo. Yo, sobre la roída colcha de motivos florales en Bandera, y ella en la península itálica. Tan lejos la una de la otra, pero a la vez tan conectadas… Tanto que podía incluso notar su presencia a mi lado.

—A ver… centrémonos —manifestó al fin, con un poco de cordura y ya más recompuesta. A mí aún me dolía el estómago de tanto reír. Dicen que reír es como hacer ejercicio y que el dolor de barriga son las agujetas de haber ejercitado los abdominales—. Vayamos por partes, como dijo Jack el destripador.

—Eso, por partes. Desmembremos el asunto.

—Venga. Recapitulemos. Entras en la tienda de Mia, un economato cutre, y allí ves un anuncio de trabajo encima del mostrador, que… casualidades de la vida… es justo en el rancho de Jake, el ladrón de guante blanco…. Tú, así, a la brava, como quien pide la vez, preguntas a la tendera sobre la oferta… Y al cabo de un rato, aparece el guaperas en escena y tras hablar… ¿cuánto? ¿cinco minutos? Te da el puesto…

—Aunque suene surrealista, básicamente ha ocurrido así, pero con matices —sentencié.

—¿Matices?

—Sí, porque no me ha dado el puesto; estaré unos días de prueba y…

—Alex, que te han dado las putas llaves del Paraíso y… ¡no te has dado cuenta! Vas a estar en su jodida casa para husmear, para buscar pruebas, para hacer lo que te venga de la patata y a tus aires.

—Sí, mirándolo desde esa perspectiva…

—¡Cielo, despierta! Una oportunidad así no se presenta todos los días.

—Lo sé.

—Pues a-pro-vé-cha-la, *dannazione*!

Nos quedamos un instante en silencio, el mismo tiempo en que vi una mosca revolotear ante mis narices y posarse más tarde en la tulipa de la lamparilla de noche. Me giré de lado y los muelles de la cama chirriaron al moverme, mientras observaba a través de la ventana la luz que proyectaba una farola en mitad de la cerrada noche. Una brisa fresca con aroma a jazmín se colaba sin pedir permiso.

En Bandera todo sucedía así, natural, sin edulcorantes ni aditivos, como la vida misma.

—Además, Jake Maverick está de rechupete… ¿Quién sabe?, con un poquito de suerte te lo vuelves a beneficiar.

—¡Nicoletta! No seas puerca. —Arrugué la nariz con repugnancia.

—Puerca no, pero sí sincera.

—¿Quién dice que acabamos manteniendo sexo en Las Vegas? Ni siquiera me acuerdo de nada. Es más, de ser así, un error lo tiene cualquiera… y más, estando borracha.

—Claro… ¡bendito error! Y de no haber estado pedo, ¿te habría gustado liarte con él?

Me quedé petrificada, muda, sin saber qué responder. Era cierto que las tornas habían cambiado, también el lugar, el momento, incluso nosotros no éramos los mismos. ¿Que si me hubiese gustado? Ni yo misma lo sé…

—Anda, confiésaselo a tía Nicoletta… No seas mala.

Un pensamiento fugaz me llevó al recuerdo de su mirada, a su cristalina y expresiva mirada gris. A esos atractivos ojos añil que transmitían tantas cosas distintas y a la vez me resultaban tan reservados. Jake Maverick era como un diamante en bruto, sin pulir y lleno de aristas, pero que brillaba con luz propia.

—Base llamando a Alex… Base llamando a Alex.

Me sobresalté.

—¡Diablos! ¿Qué?

—Prométeme una cosa.

—Miedo me das.

—Venga, Alex, que esto es serio.

—¿Serio viniendo de ti, Nicol?

—Sí, a veces consigo ser una adulta, aunque me cueste la vida.

—Vale, dispara… —claudiqué sonriendo.

Oí suspirar a Nicoletta.

—No te enamores de él —me advirtió circunspecta—, No quiero que te vuelvan a hacer daño. Nunca más.

—¿Enamorarme de Jake Maverick? ¡Ni loca! —escupí atropelladamente—. ¡Ni aunque él fuese el último hombre sobre la faz de la tierra y corriera riesgo de no preservar la raza humana!

—Ya…

—Además, aún sigo… de luto.

—¿De luto por el capullo de Harris el picha floja?

—De luto por mí misma y por mi estabilidad emocional. No confío en los hombres. Son todos unos… ¡unos facilones!

—Sí, sí. Facilones o no, pero qué ricos están los cabrones.

No respondí a eso, pues desde siempre me había caracterizado por ser muy selectiva en mis gustos para todo en general, y para los hombres en particular. ¡Hombres! Volví a tenderme con la espalda contra el colchón y con la mirada al blanco techo, sin verlo realmente. Puse mi brazo debajo de mi nuca y cerré los párpados, empezaba a vencerme el cansancio.

—Gracias a Dios que…

Eso fue lo último que recuerdo oír pronunciar de la boca de Nicoletta antes de que Morfeo me viniera a visitar.

21
How do you know

(James L. Brooks, 2010)

JAKE MAVERICK

Desde que vi por primera vez a Alexandra Simmons en la tienda de Mia, no hubo noche en que no soñara con esos ojos azules y me levantara sobresaltado con la sensación de que ya los había visto en el pasado. Porque te aseguro que unos ojos así, tan azules y tan vivos, no se olvidan fácilmente, te lo digo yo.

Sacudí la cabeza para desprenderme de mis pensamientos, me levanté de la cama, me puse los vaqueros y una camisa arremangada por debajo del codo, las botas de piel y salí del cuarto mientras me encendía un cigarrillo, que seguro sería el primero de una larga lista ese día.

No eran ni las seis de la mañana cuando me disponía a bajar las escaleras, ir a la cocina y prepararme un café negro muy cargado y sin azúcar, cuando de pronto, sin ton ni son, Thomas se interpuso adrede en mi camino.

—¡Carajo! ¡Córtate un poco Jake! —refunfuñó mi padre de mala gana—. No fumes dentro de mi casa, que hay una niña pequeña, que no tiene por qué respirar la misma porquería que tú. Porque si has decidido matarte lenta y agoniosamente con un cáncer, adelante, nadie te lo impedirá. Pero… te lo advierto, no dejaré que te lleves a los demás contigo, y mucho menos a la pequeña Dakota, que no tiene la culpa de tener a un adolescente como padre.

—Buenos días para ti también, Thomas.

Carraspeó con sorna y se cruzó de brazos, sin dejar de castigarme con la mirada, hasta que, por no aguantar sus broncas de buena mañana y no amargarme el resto del día, decidí apagar el cigarrillo. En realidad, hacía demasiado tiempo que había tirado la toalla con él, no quería malgastar ganas y esfuerzo en hacerle entrar en razón, en que viviera y dejara vivir. Él era de esa clase de gente que nunca daba el brazo a torcer, que pensaba que nunca se equivocaba y que siempre tenía la verdad absoluta en todo.

—Últimamente no duermes mucho, ¿verdad? —le reprendí con cierto retintín.

—Últimamente tengo demasiados quebraderos de cabeza —impugnó sin dejar de fruncir el ceño y sin relajar un ápice en el semblante, magnificando así cada profunda arruga de su piel—. Y uno de ellos, el problema más gordo, lo tengo ahora mismo delante de mis narices.

Sonreí de medio lado e hice oídos sordos a esa última parte, quería tener la fiesta en paz… aunque no estaba seguro de conseguirlo. Hacía unas semanas que estaba insoportable (más de la

cuenta), súper irascible y tras el infarto de hacía tres meses, se quejaba de fuertes dolores de cabeza.

—¿Sigues sufriendo esas terribles jaquecas?

Thomas no quiso responder a eso, sino que prefirió irse por la tangente. Solía tener bastante habilidad para cambiar de tema en situaciones comprometidas sin que otros se dieran cuenta o simplemente se hacía el sueco como lo haría un crío pequeño.

—Ve a desayunar y no pierdas el tiempo en gilipolleces —arguyó contundente, utilizando bien sus herramientas no verbales: sin titubeos y sin perder el contacto visual conmigo—. Hay mucho trabajo atrasado en el rancho y ayer mismo ya desaprovechaste demasiado tiempo con esa… morena. —Sonó despectivo—. La misma que va a llevarte por el camino de la amargura.

—Deja de decir sandeces y de hacer profecías sobre algo que no va pasar.

—Ya.

—Sé mantener la bragueta cerrada, no sé por qué dudas de mi palabra.

—¿Dudar? —siseó entre dientes, amenazante—. ¿Eres tonto o saltas muros de cristal para ver lo que hay detrás?

—¿Cómo?

—Que si estás sordo o tienes un panel de cera en el oído.

—¿Acertijos ya de buena mañana?

—Que si quieres hacemos apuestas de cuánto tiempo tardarás en bajarte los pantalones y follárt…

—¡¡¡Thomas…!!! —le regañé con brusquedad—. ¡Basta!

Me pasé la mano por la frente para secarme el sudor, ¡estaba sudando a chorros! Últimamente todas nuestras conversaciones acababan en discusiones. ¡Y ya empezaba a estar bastante harto!

—Desayuna y ve a la cuadra, Roxy está a punto de parir. Ya está con contracciones.

—¿Roxy? Pero si le falta una semana para salir de cuentas…

—Ya. Eso díselo al potrillo, al que parece haberle entrado las prisas por venir a este mundo de mierda. ¡Ahora aparta!

Resoplé al tiempo que me hacía a un lado con la mano, de mala gana, para poder pasar él e irse hacia su dormitorio y seguir con lo suyo, entre otras cosas, seguir maquinando cómo tocarme los santos cojones. Así, entre tú y yo, porque era mi padre, era mayor y le debía un respeto, pero, de ser un extraño, le hubiese pegado una hostia con la mano tan abierta que le habrían salido los dientes de la boca como palomitas.

Tardé menos de tres minutos en recalentar el café, pegar un par de sorbos al negruzco brebaje para salir corriendo a las cuadras. Las dos últimas veces que Roxy había estado de parto después de once duros meses de gestación, por poco la perdemos. Al llegar allí, me encontré con el panorama: la yegua se mostraba inquieta y muy nerviosa, se tumbaba y se levantaba más veces de lo normal, y su relincho era lastimero. Además, ya presentaba unas fuertes contracciones abdominales.

—Pedro, ¿en qué fase se encuentra Roxy?

Pedro Hernández era un joven mexicano que hacía años se refugió en tierras tejanas buscando

asilo. Thomas y yo lo acogimos en nuestro rancho, le enseñamos el precioso oficio de mozo de cuadras y, con el tiempo, se convirtió en mi mano derecha, en mi persona de confianza y en mis ojos cuando no me encontraba en la propiedad.

—Aún está en la primera, pero está yendo demasiado rápido. La cría ya está en el canal del parto. Tiene el cuello, la cabeza y las patas delanteras alineadas con su madre, pero aún no ha roto aguas.

—Bien. —Le palmeé la espalda—. Estaremos vigilándola muy de cerca.

Me acerqué a la yegua y le toqué el hocico para infundirle tranquilidad y también para que supiera que no pensaba abandonarla a su suerte y que estaría en todo momento velando por ella y por su potrillo.

—¿Has avisado al veterinario?

—Está de camino.

Asentí sin dejar de acariciar a Roxy. Lo habitual era que una yegua tuviera un parto fácil, que apareciera la cabeza del animal y así se rompiera la bolsa para después aparecer las dos patas anteriores y, tan pronto como el pecho del potrillo saliera por la vagina y empezara a respirar, lo que sucedía después era pan comido.

Pero, como no hay dos sin tres, en cuestión de minutos el parto empezó a complicarse. Tras empujar con fuerza, solo habían salido las patas delanteras, no la cabeza: esta no se encontraba en el canal pélvico, lo que se conoce por una distocia.

—¡Pedro, corre! Trae agua caliente, guantes, una pastilla de jabón y aceite vegetal.

—Pero… si aún no ha llegado el veterinario.

—No hay tiempo. ¡Lo haré yo mismo… y tú me ayudarás!

—Señor, yo, nunca…

—Pedro, corre. Ve… ¡Ya!

Dicho y hecho. El muchacho no tardó ni medio minuto en reunirlo todo. Él sabía, al igual que yo, que teníamos que actuar inmediatamente porque podría estar en peligro tanto la vida del potrillo como de la madre. Cogí aire a raudales. Lo primero de todo era hacer una buena sujeción de la yegua para mantenerla en el sitio. En seguida me quité la camisa, quedándome con una fina camiseta interior de algodón. Lavé bien mis manos, me puse los guantes y me unté de aceite el brazo derecho, para después introducirlo en la vagina y tratar de corregir la posición del potrillo. Repté por la articulación del menudillo y seguí palpando a tientas a lo largo de la pata hasta encontrar la rodilla y después el corvejón. Me costó sangre, sudor y lágrimas lograr colocar las patas y la cabeza en la correcta posición para el parto. Pero, tras empujar el animal hacia el útero, ya todo fue coser y cantar.

El potro salió cuidadosamente, aunque exhausto y sin ocasionar ningún traumatismo en el aparato reproductor de la yegua. Mientras Pedro recogía los utensilios, yo comprobé que respirase bien mediante una ligera reanimación, tanto en los hoyares como en la boca. Y, cuando iba a dejarlos a solas para que se produjera el reconocimiento materno-fetal para no lamentar un rechazo por parte de uno de ellos, me di cuenta de que había tenido público; solo habían faltado los aplausos…

—¿Llevas mucho rato aquí?

Me fijé en la cara casi desencajada de Alexandra y deduje que sí, que llevaba bastante tiempo observando. Sus ojos así lo manifestaban, estaban muy abiertos, brillantes y casi saliéndose de las órbitas.

Sonreí.

¡Me cago en la puta, era tan jodidamente transparente que daba miedo! Era de aquellas personas que solo con mirarlas a los ojos podrías intuir qué pensaban; ni siquiera hacía falta que abrieran la boca para decir una palabra.

—¿Eres virgen?

—¿Có-cómo? —balbuceó.

Me planté delante de ella y le cogí del codo para que me acompañara fuera de las cuadras, para preservar la intimidad de madre e hijo.

Tiré de ella.

—Que si es tu primera vez.

Pestañeó. Yo estuve a puntito de soltarle esa frase tan trillada de que parecía rubia natural y no morena, pero fui bueno y me contuve.

—Que si es tu primera vez en ver un parto en vivo y en directo.

—Ehm… sí. Esto… —Se paró en seco y yo casi me atrabanqué con mi propio pie—. ¿Vas a dejarlos solos?

—Sí, es como debe ser. Ahora es su momento, deben estar juntos y a solas.

—Pero…

—Alex, te invito a desayunar.

—¿A desayunar? ¿Dónde?

—Acompáñame.

Cabeceé hacia el exterior y casi la arrastré fuera. Y hasta que no estuvimos de camino a la vivienda, no le solté el codo. Siento que se te haya pasado por la cabeza que era una acción pelín machista, pero nada más lejos de la realidad. Simplemente debíamos irnos de allí y esa era la forma más práctica que se me ocurrió.

Anduvimos en paralelo y en silencio hasta el porche, ascendimos los tres peldaños y le hice un gesto con la cabeza en dirección a la cocina.

—Siéntate y ponte cómoda. —Palmeé uno de los cuatro taburetes que había junto a la isla de granito—, Hoy vas a desayunar como los campeones. Un desayuno de rancho.

—Esto… yo jamás desayuno, suelo ayunar dieciséis horas… Y…

—¿Ayunar? Esa palabra debería estar prohibida en el diccionario. Hay que alimentarse, joder.

Levanté la mirada y, tras hacerle un rápido escaneo de arriba abajo, me detuve en sus ojos, fijándome mucho en ellos.

—Estar en los huesos no es saludable.

»Ni sexi», pensé para mis adentros.

La mujer es más bonita con carne recubriendo los huesos, así, con curvas, como una autopista de montaña… Al menos, ese era mis gustos. Cuando estaba en plan íntimo, prefería hincar los

dedos en algo jugoso, no clavarme sus costillas en el torso.

Murmuró algo por lo bajini, algo ininteligible para alguien como yo, que, cuando algo no me convenía, hacía oídos sordos. Mira tú por donde, a ver si en el fondo debía darle la razón a mi viejo en lo de que cuando algo no me convenía, yo me desentendía.

Escogí unos tomates rojos que luego pelé y, junto a un diente de ajo y chiles serranos, los herví durante unos diez minutos. Luego, tras retirarlo de la cazuela, los troceé pequeñitos. Pelé cebollas, las corté muy finas y las sofreí en una sartén. A media cocción, introduje los demás ingredientes y añadí una cucharadita de salsa de chile. Mientras, en otra sartén, doré unas tortitas. Y, por último, casqué tres huevos y los freí con poquito aceite, con cuidado de que la yema quedara entera y poco cuajada. Lo monté todo encima de las tortitas, espolvoreé cilantro fresco y le serví un plato a Alexandra.

—¿Qué? ¿Qué me dices? ¿No es una obra de arte?

—Mmmm… La verdad es que huele muy bien.

Se inclinó sobre el plato para olfatearlo.

—Pues ni te imaginas cómo sabe… —Le acerqué unos cubiertos, coloqué una jarra de agua en medio, un par de vasos de cristal y después me senté a su lado—. Venga… sin vergüenza. Ya puedes hincar el diente.

—No podré acabarlo todo.

—Seguro que sí, ya lo verás.

—Si me como todo esto de una sentada, vomito.

Me reí a carcajadas.

—¡Serás exagerada!

—Quien avisa no es traidor.

—Tú pruébalo y luego me dices.

Corté un trozo de tortita con los dedos y la mojé en la yema, que se abrió en canal supurando una viscosa lágrima anaranjada. Estaba tan rico que no pude evitar chuparme los dedos uno a uno y de forma ruidosa, aunque fuera de mala educación.

Me di cuenta de que Alexandra me miraba en silencio, observando cómo comía antes de decidirse a probar un bocado, como si nunca hubiese visto comer con ganas a alguien.

—¿Y cómo se llama este plato?

—Aaaalex, Aaaalex… —canturreé y negué con la cabeza—. Espero que, cuando cojamos más confianza, me confieses de dónde eres realmente, porque te aseguro que cualquier hijo de Lockhart estaría harto de comer unos huevos rancheros.

Para no responder a eso, cortó un trozo de tortita y lo rellenó generosamente antes de imitar mis gestos.

—Alex, creo que… —No pude acabar la frase.

Quise advertirla de que, si no estaba acostumbrada al picante, debía llevarse a la boca pequeñas porciones para ir acostumbrando al paladar. ¡No esa exageración!

—¡Pica, pica mucho…! —Se llevó las manos a la cara y empezó a moverlas como si fueran alitas— ¡Dios, aguaaaaaaa!

Empezó a ponerse morada, a sudar como una cerda y a saltársele las lágrimas. Su primer impulso fue rellenar el vaso de agua y bebérselo de un trago. Error. Eso solo agrava el problema, pues al hacerlo lo que se consigue es esparcir el picor por toda la boca. En otras palabras, el agua y la capsaicina se llevan a matar, como el agua y el aceite.

Corrí a la nevera y busqué la jarra de leche. Vertí medio vaso y se lo ofrecí.

—¡Santo Cielo! ¡Voy a morir de un ataque de picor!

—¡Bebe!

—¿Leche? ¿Ahora?

—Sí. Ahora.

—¿No tienes café para acompañarla? Es que la leche blanca me produce arcadas.

—Alex, bebe y calla, coño.

Casi la obligué a beber, pero era eso o que echara las potas. Y, joder, hablando en plata, que vomiten encima de uno no era moco de pavo, sino bastante desagradable.

—Los lácteos contienen caseína —le iba diciendo mientras engullía la leche como una niña buena y sin rechistar.

—¿Entonces por qué has dejado la jarra de agua ante mis narices?

—Bueno, porque creía que estabas acostumbrada; a los que estamos acostumbrados al picante, el agua no nos afecta. Pero, claro, tú no lo estás.

—No, no lo estoy —me reveló.

Resoplé. La miré, cogí aire y me levanté del taburete. Tiré la comida de su plato a la basura.

—¿Qué haces?

—Voy a prepararte un desayuno continental... Es decir, unas vulgares tostadas con mantequilla y mermelada de toda la vida.

—Pero yo podría cocinar…

—No, de eso nada. —La corté. Quiso incorporarse, pero se lo impedí poniendo mis manazas en sus hombros—. Déjame a mí… Hoy cocino yo, no vayamos a tentar a la suerte más de la cuenta, no vaya a ser que tampoco nunca antes hayas encendido una tostadora y arda París y me quede sin rancho.

Abrió mucho esos ojazos azules que parecían dos luceros y me fulminó con la mirada.

Genial.

¡Qué poco sentido del humor se gastaba la morena! Solo estaba tratando de llevar el asunto por la parte cómica, a sabiendas de que en ocasiones pecaba de tener un humor un pelín ácido. Pero, joder, la mirada que me lanzó fue de campeonato, de esas de pódium; vamos, de medalla de oro olímpica. Juro que sentí la afilada punta de una daga clavándose en mis ojos. Por lo demás, déjame decirte que no consiguió su propósito, pues ni siquiera me molestó. Seamos sinceros: para lograr cabrearme se necesita mucho más que una mirada asesina. Eso sí, salvo con Thomas. Él parecía tener el don de la jodienda para conseguir hacerme perder los papeles con una facilidad fuera de lo común.

Sin más dilación, preparé ese desayuno continental a base de tostadas y fruta fresca.

—¿Mejor así?

—Sí, gracias —respondió con un suspiro algo compungido mientras jugueteaba con una toronja.

—Alex, no te agobies, ¿vale? Pronto cogerás el tranquillo al rancho. Ya lo verás.

Sin responder a eso, vertió un poco de café espeso y negro como el tizón en una de las tazas vacías y echó una cucharadita de azúcar. Luego empezó a remover el brebaje con la cucharilla. ¡Clin, clin! ¡Clin, clin! Y siguió en sus trece, meditabunda, sin dejar de mover insistentemente la dichosa cucharilla de las narices, creando un ruidito muy molesto… ¡tanto que me estaba empezando a crispar los nervios!

¡Clin, clin! ¡Clin, clin…! ¡Clin, clin!

—Alex, ¿quieres estarte quieta? —Apresé su mano con la mía, y la suya se sobresaltó al contacto con mi piel—. ¡Que como sigas así vas a conseguir poner el café al punto de nieve!

Dejó de dar vueltas *in situ*, miró mi mano sobre la suya y después deslizó su mirada por mi brazo, mi hombro, mi cuello y mi cara, hasta buscar mis ojos.

—Lo siento, no era consciente. A veces…

—¿Te dispersas?

Se encogió de hombros.

—Pues aquí te quiero despierta. —Esta vez le respondí muy serio. Iba a estar al cuidado de una niña pequeña de cinco años y de un adulto que parecía tener menos años que Dakota.

No podía permitirme el lujo de que cometiera errores.

—Hazlo como quieras. Utiliza el método que creas más apropiado, pero despierta. No te duermas. Reacciona y sé proactiva en el rancho. Porque, si no, te aseguro que esto no va a funcionar.

Chasqueé los dedos ante sus ojos y ella los abrió alucinada por ser tan directo. Sentía ser tan borde, pero era la única forma de hacerle entender de que, si quería el trabajo, debía ganárselo.

Por un instante, Alexandra me miró desafiante, pero solo duró eso: un instante. Acto seguido, inspiró hondo tratando de ocultar su irritación por haberle recriminado su actitud algo pasiva.

—No te defraudaré.

El movimiento se demuestra andando, quise responder, pero me mordí la lengua y no dije nada. Principalmente porque no quería que pensara que era un ogro, aunque en alguna ocasión, tratándose de mi familia, había actuado así, saltando a la yugular, como lo haría sin titubear una leona para proteger a sus cachorros, puro instinto animal de protección. Al fin y al cabo, por los míos, llegado el caso, incluso mataría o me jugaría la vida por salvarlos de una amenaza inminente.

Esbozó una tímida sonrisa tranquilizadora que la hacía incluso más bonita, si eso era posible.

—No os defraudaré.

Me miró sin parpadear y yo me perdí en sus ojos, sintiéndome a gusto y sintiéndola muy cercana. Ni siquiera me reconocía, pues había algo en esa chica que me invitaba a querer saber más, incitándome a ver más allá de lo que me permitía ver, a descubrir todo lo que guardaba en su interior. Estaba convencido de que, como todo hijo de vecino, guardaba celosamente secretos.

De hecho, algo me decía que el principal motivo que había llevado a una mujer tan delicada

como ella a perderse en un lugar tan sufrido como aquel, lo descubriría ganándome su confianza y escarbando un poquito en su vida.

—Sé que no lo harás, porque, si no, tendré que matarte. Y se me ocurren muchas formas de hacerlo y ninguna de ellas conlleva derramar sangre, ni tampoco la que estás pensando…

Lo dije aderezando las palabras con un guiño. Bromeé adrede para destensar el ambiente, porque necesitaba que hubiese cierto *feeling* entre nosotros y no una niebla espesa y fría, ya que no concebía otra forma de convivencia.

—¿Sexual? —barruntó boquiabierta y vi cómo el rubor le ascendía del cuello a las mejillas.

—Yo no he dicho eso; lo has dicho tú.

Le volví a guiñar el ojo antes de devorar el desayuno, como si no hubiese comido en días (ayudar a nacer al potrillo me había abierto el apetito), recoger mi plato, llevarlo al fregadero, limpiar los restos y pasar la bayeta húmeda por la parte que había estado ocupando.

—No es por nada, pero se va a enfriar la tostada.

—¡Oh, sí! —Reaccionó al instante y pegó un generoso bocado. El pan tostado crujió entre sus perlados colmillos.

La miré de soslayo mientras apoyaba la espalda en el marco de la alacena y me encendía un pitillo. Pronto me acerqué a ella, inclinándome para coger el cenicero, apoyar una mano en la encimera y aprovechar para susurrarle al oído:

—Ahora sé buena chica y cómetelo todo. La vida en un rancho es lo que tiene: si no te alimentas fuerte, el rancho acabará por devorarte a ti. Primera lección gratis. Mañana, si te portas bien, caerá la segunda.

Veinte minutos más tarde, de su plato no quedaron ni los restos.

Sonreí para mí.

Punto positivo para ojazos.

22
La casa de la pradera

(Victor French, 1984)

ALEXANDRA SIMMONS

Dicen que la venganza es un plato que se sirve frío y se come despacio. Que debes deleitarte con ella, paladearla, saborearla, degustarla poco a poco. Es decir, sentir la dichosa sed de venganza.

Venganza es lo que, desde hacía una semana, me pedían a gritos ambos hemisferios de mi cerebro. El derecho desde una visión global del hecho en sí, mientras que el izquierdo se centraba en los detalles de cómo debía ejecutarla.

Ahora bien, mi percepción de la palabra «venganza» fue atrofiándose según fueron transcurriendo los días en el rancho de los Maverick, virando del hemisferio izquierdo (la parte racional), al derecho (la parte emocional) y situándome en un entresijo entre la espada y la pared.

De hecho, fue casi inevitable no encariñarme con esa singular familia. Sin parar a pensarlo demasiado, como en las cosas sencillas en la vida, simplemente ocurrió. Pronto empecé a confraternizar con el enemigo, confundiéndome y haciendo dilapidar toda esa realidad paralela que había estado creando tan minuciosamente.

Sin pretenderlo, empecé a enredarme en la telaraña de hospitalidad de Jake, de la dulzura de la pequeña Dakota y de las salidas de madre del cascarrabias Thomas Maverick. Al fin y al cabo, se trataba de gente normal y ¡no de seres verdes con dos cabezas y tres dedos en cada mano…!

La noche había caído y un manto negro pincelado de brillantes estrellas se alzaba a lo alto. La temperatura había descendido varios grados y un remolino de aire fresco se coló por la ventana de la habitación de Dakota.

Me levanté de la cama para cerrarla, antes de arroparla con el edredón y darle las buenas noches tras leerle un cuento.

—Buenas noches, tesoro.

La besé en la sonrosada, suave y cálida mejilla.

—Alex… —Me estiró del bajo de la camiseta.

—Dime.

—¿No *tienez hijoz*?

Sonreí antes de responder. Aquella pregunta, que no esperaba, me dejó bastante descolocada.

—No, aún no.

—¿Por qué?

—Pues porque… —Me mordí el labio inferior meditando qué responder a eso mientras me sentaba en el borde de la cama—. Pues porque los niños nacen del amor entre un hombre y una mujer… Y yo aún no he conocido a esa persona especial… Y…

—Pero *conocez* a mi papi.

—¿Cómo dices? —Parpadeé, sintiéndome abrumada por esa afirmación—. Creo que no me he explicado bien. No basta con conocer a alguien para tener un bebé, sino que tienes que estar enamorada de esa persona, que te atraiga, que te guste… ¿Me comprendes?

Ella se encogió de hombros.

—Mmm… Claro.

—Bien. —Volví a darle un beso de buenas noches—. Entonces, ahora a dormir.

Cuando me disponía a alargar el brazo para cerrar la luz de la lamparilla de noche, volvió a tirar de mi camiseta con insistencia.

—¿Qué, Dakota?

—Que mi padre ha dicho que le *guztaz* mucho.

Abrí los ojos como platos y el corazón empezó a latir con fuerza. ¿Qué se suponía que debía responder a eso? Al fin y al cabo, solo se trataba de la impertinente afirmación de una niña de cinco años que no levantaba un metro del suelo. Seguramente habría tergiversado las palabras, creyendo oír lo que no era.

—¿Eso te ha dicho él? —le pregunté incrédula, atorándoseme las palabras en la garganta.

La niña de expresivos y vivaces ojos verdes negó con la cabeza y yo me removí confusa.

—¿Se lo has oído decir cuando hablaba con alguien?

Ahora asintió.

—¿Y cuándo ha sido eso?

—Ayer, *mientraz me cecaba* con una toalla el pelo y hablaba con Roy.

—¿Te refieres a Roy Jones, su amigo?

—*Zí*.

Por un instante creí oír el crujir de la madera bajo unos pies descalzos al andar. Centré la mirada al pasillo, pero allí no parecía haber nadie. Luego miré a través de la ventana a la luna, que parecía dibujar una media sonrisa burlona, y más tarde miré a Dakota.

—¿Estás segura de que se refería a mí?

—*Zí*… No miento.

Empezó a hacer pucheros.

—Vaaale, de acuerdo, cariño. Te… creo —Le aseguré que la creía, aunque me costara la vida. Hice memoria de todos los encuentros compartidos con él hasta ese momento. Sin embargo, no vi indicios de que pudiera sentirse atraído por mí, ¡ni siquiera de tontear un poquito!—. Y ahora cierra los ojitos.

—*Zí*.

Y así lo hizo. ¡Menuda capacidad tiene los peques para pasar de estar hiperactivos a quedarse dormidos como un tronco en un santiamén! Como si les hubiesen instalado un botón de apagado y encendido en la espalda, que pudiéramos pulsar a nuestro antojo.

Me despedí del viejo Thomas, quien delante de la tele emitió un gruñido más cercano al de un animal salvaje que al de un ser humano, simulando darme las buenas noches, y salí de la casa para dirigirme a mi cabaña.

Rodeé mi cuerpo con los brazos, tras abrocharme todos los botones de la chaquetilla de hilo y anduve varios metros hasta allí. Tenía ganas de darme una ducha, pero antes me apetecía tomarme algo calentito.

Anclé la llave, cerré el pestillo, puse a calentar agua en una olla y escogí una bolsita de té verde. Pronto vertí el agua en la taza y me senté en una de las dos sillas de la cocina americana. Mientras lo dejaba reposar unos minutos, empecé a acariciar el borde de la cerámica con los dedos sin ser consciente de ello. Así, con la mirada perdida al frente. Tenía la mente sumida en mis pensamientos. Recordaba las palabras que había oído decir a Dakota sobre lo que su padre pensaba sobre mí.

Estaba decidida a no darle mayor importancia y a pasar página, pero eso sería obviar lo evidente, pues de ser verdad supondría un problema, un problema de grandes dimensiones. De igual forma, si era sincera conmigo misma, debía admitir que Jake Maverick también había despertado en mí cierta curiosidad, por no llamarlo deseo.

De pronto, el golpeteo de unos fuertes nudillos me despertó de mi aturdimiento, además de pegarme un susto que casi me meé en las bragas.

—Voy… un momento…

Quienquiera que fuese era muy insistente; eso, o era sordo como una tapia.

—Voooooy…

Abrí la puerta de par en par.

—Error. ¿Y si fuese un psicópata sediento por matar a alguien? ¡No puedes abrir así, a las bravas, sin saber quién narices anda tras la puerta!

Jake Maverick me sermoneó, echándome encima la caballería de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos, enfurruñado y con el ceño fruncido mientras me miraba con malas pulgas y sin quitarme el ojo de encima.

¡Menudo genio tenía el vaquero!

—¿Cómo pretendes que sepa quién hay detrás si no hay una puñetera mirilla en la puerta?

—Pues… preguntando.

—¡Aaaah, comprendo! ¿Pretendes que pregunte así, igualito al cuento del lobo y las siete cabritas? —me burlé—. A ver, vaquero, enséñame las patitas…

—Alex, no es ninguna broma. Estoy hablando en serio.

—Y yo también.

Me encogí de hombros y le oí bufar.

—No sé si es peor la inconsciencia o la temeridad.

Dio una última calada al cigarrillo y luego apagó la colilla en la fachada de piedra.

—Ambas dos —le respondí circunspecta.

Ahora le oí suspirar y nos quedamos un buen rato mirándonos sin desprender la mirada de uno de la del otro. Él, con los brazos cruzados sobre el pecho, y yo, con la mano aguantando la puerta

entreabierta, una que ya empezaba a hormiguear porque ¡se me estaba quedando muerta! Imagino que estaba sopesando lo ocurrido y que su obsesivo control sobre los demás, incluida yo, se le había ido de madre.

¿Quién en su sano juicio iba a pensar que podría venir un loco a la cabaña para matarme? Desde luego, no sé quién se tragaba más pelis de terror, si él o mi amiga Nicoletta.

—Jake, ¿has venido para entrar o vas a quedarte plantado en la puerta haciendo guardia toda la noche?

No me respondió, se limitó a pasar dentro y a quedarse justo en el centro de la cabaña. Cerré la puerta y eché el pestillo.

—Nunca des por sentado nada. No deberías ser tan confiada.

Bufé.

—Vamos, Jake, relájate. No va a venir nadie a robarme las pocas pertenencias que tengo.

—Eso el delincuente no lo sabe.

Resoplé.

—Me estaba tomando un té. ¿Te apetece uno?

Cambié de tema drásticamente, pues ya empezaba a estar cansada de tanta protección gratuita que no había pedido. En definitiva, ni siquiera estaba de humor para oír sermones de nadie. Ni siquiera viniendo de él, aunque tuviera buenas intenciones.

—¿Tienes café hecho?

—No, pero lo preparo en un momento.

—No te molestes.

—No es molestia.

—En serio, no hace falta.

—En serio, sí.

—Insisto.

—Yo también.

—Alex.

—Jake. ¡Siéntate!

Señalé con la cabeza al sofá, con ganas de cogerlo de los brazos de malas formas y sentarlo yo misma para que dejara de ser tan ¡políticamente correcto conmigo! Te juro que fue irritante. Y, francamente, no era necesario serlo y, además, no le pegaba nada. Yo lo prefería más del estilo informal, casual, desinhibido, no sé si me explico.

—¿Y bien? ¿A qué se debe tu visita?

Ocupé el lado izquierdo del sofá biplaza.

—Quería entregarte esto.

Sacó un sobre del bolsillo interior de su chaqueta tejana y me lo entregó.

—¡Oh, vaya, gracias! Pero no es mi cumpleaños.

—Ah, ¿no? —Fingió sentirse aturullado, pues le había comentado que era el 23 de abril en una conversación días atrás—. En ese caso lo guardaré hasta entonces.

—De eso nada. Trae *pa'cá*. Santa Rita, Rita, lo que se da, no se quita…

Jake esbozó una sonrisa de esas tan bonitas que consiguen pellizcarte un poquito el corazón.

—Toma.

—Graaacias… ¿qué será? ¿qué será? —Di la vuelta al sobre y levanté la solapa despacio, recreando cierta intriga mientras él se mantenía callado y sin quitarme los ojos de encima— ¡Oh, mil quinientos pavos! ¿Mil quinientos pavos?

Lo miré extrañada, como si acabara de salirle otra cabeza sobre sus hombros mientras agitaba los billetes.

—Oye, si es poco, no te cortes, dímelo —balbuceó—. Sé que en la tienda de Mia no concretamos ningún salario, así que… Vaya… si no es lo que consideras justo… yo…

—Jake Maverick… —Cogí aire al comprender de repente sus intenciones—. ¿Esto significa lo que creo que significa?

—Ehm… sí.

—¿En serio?

—Muy en serio.

No pude dejar de sonreír. Me entraron ganas de arrojarme a su cuerpo para abrazarlo o darle un beso en la mejilla, o simplemente de estrecharle la mano, pero me eché atrás al recordar las palabras de Dakota: «Mi padre ha dicho que le *guztaz* mucho». Y sí, sé lo que estás pensando, que por qué imito el ceceo, pues porque cuando uno recrea un momento, lo hace con todo lujo de detalles. Y si la niña habla con zetas en la vida real, pues en mi cabeza también.

—¡Oh, gracias!

—No, Alex, las gracias he de dártelas yo a ti. —Me devolvió la sonrisa—. Sé que te queda mucho por aprender, pero también he visto que pones mucho empeño en las tareas. Te esfuerzas, tratas de mejorar, y eso es muy importante. Además, Dakota está encantada con que te quedes y… yo también.

—¿Y Thomas?

—Thomas necesita un poco más de tiempo.

—Pero…

—La decisión está tomada: Dakota y yo queremos que te quedes en el rancho. Ahora solo queda oír la tuya.

Me sonrojé ante su penetrante mirada. Respiré hondo tratando de calmar esos insistentes latidos que golpeaban con fuerza en el interior de mi pecho. Definitivamente, Jake Maverick me quería en su casa. Y eso solo podía significar dos cosas: por un lado, carta blanca para seguir investigándolo hasta hallar pruebas incriminatorias del delito o que acabara siendo un ladrón confeso. Por otro lado, aunque tratara por todos los medios de ignorar lo que estaba empezando a sentir, por hacerme sentir cosas que no debía estar sintiendo, iba a acabar enamorándome de él. Y esto último no podía ocurrir bajo ningún concepto. Pues, además de no estar preparada para que me volvieran a romper el corazón en mil pedazos, resultaba ser demasiado pretencioso y demasiado kamikaze. Era saber que ibas a estrellarte y, sin embargo, no hacer lo imposible por echar el freno de mano antes de estampar tus sesos contra el muro de la realidad.

Tanto esfuerzo por volver a renacer, por olvidar a Harris y empezar una nueva vida alejada de

él. No, no podía permitir que se desvaneciera sin más. No podía abandonarme a los sentimientos que empezaban a aflorar en mi interior… No debía…

El silencio entre nosotros fue roto por el café saliendo a borbotones de la cafetera italiana. Estaba acostumbrada a las cápsulas y aún no le había cogido el tranquillo a una de esas. Al ver que tardaba más de la cuenta y que me estaba peleando con la dichosa máquina de los horrores, Jake se ofreció a prestarme su ayuda.

—No, no hace falta. Ya casi lo tengo…

Di un paso hacia Jake, insegura, con la taza y el café recién hecho, el platillo y la cucharilla en una mano, y con el recipiente de los terrones en la otra. En esta parte de la historia, ha llegado el momento de confesarte que tener el pulso de cirujano no era una de mis cualidades a destacar. Así que, para que te pongas en situación, te diré que, a cada paso que daba, más temblequeaban mis manos y más nerviosa me ponía. Me mordí el labio, como si eso sirviera para centrarme en lo que estaba haciendo.

Justo a escasos centímetros de la mesita, muy cerquita de la meta, un espontáneo estornudo me impidió mantenerlo todo en equilibrio y lo mandó todo ¡a tomar por el culo!

—¡Achís!

La taza con el café voló, literalmente, impactando de pleno en los tejanos de Jake. Y yo me quedé pasmada en el sitio, observando el estropicio sin saber qué hacer para enmendarlo.

—¡Ahhhh…! ¡Coño, Alex, quema! —Empezó a despotricar sin ton ni son.

—¡Ay, madre mía!

—¡Agua!

—¡Espera, voy, ya voy!

Busqué una bayeta, la puse bajo el chorro de agua y, tras escurrirla bien, corrí al sofá. Jake se había puesto en pie con la intención de quitarse los pantalones. ¡Ay, Dios! En mi casa no, en la suya. ¡Bueno, da lo mismo! ¡No iba a permitir que se quedara en calzoncillos en mi/nuestra cabaña!

—¡Espera! Ya verás cómo esto lo soluciono rápido.

Sin pensar en lo que iba a hacer, ni en las consecuencias de después, anclé las rodillas en el suelo en una posición bastante… indecente, para tener una mejor visión de la mancha, mientras él permanecía de pie ante mí. Le aparté las manos con brusquedad y empecé a frotar la bayeta en el pantalón, justo en la zona de la bragueta. ¡Sí, sé lo que estás pensando…! Y sí, actué por inercia, ¡ni siquiera me di cuenta de la idiotez que estaba haciendo hasta que el bulto empezó a crecer des-pro-por-cio-nal-men-te ante mis ojos!

Un gemido emergió de sus cuerdas vocales antes de balbucear a duras penas.

—A-Alex… Joder, ¡Alexandra! —carraspeó incómodo con la voz amortiguada por un nuevo jadeo mientras me inmovilizaba cogiéndome por las muñecas—. Es suficiente… Ya, ya no quema… Y, joder, la mancha ya saldrá con-con la lavadora…

Abrí mucho los ojos, perpleja, y tragué saliva cuando su insolente pene dio un respingo ante el abandono, al dejar de manosearlo y de hacer presión con la bayeta, como si buscara más

atención. Entonces y, solo entonces, me di cuenta de lo que acababa de hacer y de que lo que había hecho escapaba a toda comprensión.

En serio, ¿había pasado lo que había pasado entre nosotros?

Cerré los ojos con fuerza, presa de la histeria. ¿Qué iba a pensar ahora él de mí? ¿Qué era una buscona? ¿Una… salida?

«Por favor, que sea un sueño… por favor, que no sea real…».

Tiró de mí, obligándome a levantarme del suelo, quedando uno frente al otro. Ni siquiera me atrevía a mirarle a los ojos. Sentía tanta vergüenza que creo que jamás me había puesto más roja en toda mi vida. Me hervían las mejillas y el corazón me iba a mil. ¡Iba a salírseme del pecho!

—Alex, abre los ojos.

Su voz ronca, pero dulce, hacía sentirme aún peor. ¿Cómo iba a volver a mirarle a la cara sin sentirme abochornada? Me cogió de la barbilla y acabó de alzarme la cara. Te recuerdo que el vaquero era bastante alto, casi de metro noventa y que me sacaba una cabeza.

—Mírame…

Abrí lentamente medio párpado y le oí escupir una risa.

—Joder, Alex… mírame con los dos ojos abiertos. No pienso comerte.

—Vaaaale…

Asentí, obedecí y miré al frente tímidamente. Y lo primero que vi al abrirlos fue su atractivo rostro, que no dejaba de sonreír. Lo recorrí entero con la mirada, trazando un sendero desde la mandíbula cuadrada y ensombrecida por una barba de tres días a los álgidos pómulos, y de los sensuales labios a la romana nariz… Y de allí, de nuevo a sus brillantes ojos grises.

¡Santo Cielo! El rubor seguía amenazante en mis mejillas. El efecto rojo Cabaret no se bajaba ni queriendo.

—No te sulfures más, que yo sepa no has matado a nadie.

Gracias a la serenidad de sus palabras y de su comprensiva mirada, poco a poco mi corazón fue recuperando el ritmo habitual de sus latidos.

—¿Quieres que te prepare otro café?

—No, no es necesario. Si acaso yo… ya me iba.

—Claro. Te acompaño.

—No hace falta, la puerta está a solo dos metros… —Señaló con el pulgar hacia atrás de su espalda.

—Vale… es verdad.

—Esto…, será mejor que me vaya….

—Bien.

—Bien…

Me cogí las manos por la espalda y cambié el peso de un pie al otro cuando se quedó mirando más tiempo de la cuenta mi boca al mordisquearme los labios. Y si te digo que fue demasiado tiempo, ¿me creerías? Tanto tiempo que incluso creí que iba a… ¡besarme! La dilatación de sus pupilas, la sensación de nerviosismo, la respiración acelerada así lo manifestaban. En serio, era eso o que a Jake estaba a puntito de darle ¡un ataque de ansiedad!

Te juro que a mí también se me secó la garganta, pues de haber continuado mirándome de esa forma tan hambrienta, o una de dos: o se lanzaba él o lo habría hecho yo.

Peroooo… se fue, como la famosa canción de Laura Pausini. Se giró sobre sus talones y se marchó por donde había venido minutos antes, dejándome sola y pensativa. Demasiado pensativa, añadiría yo. Y, en contra de todo pronóstico, también… muy excitada.

Oh, my God!

¿No podría haber sido menos atractivo para facilitarme la existencia? Porque te aseguro que me hubiese bastado con que fuese bajito, rechoncho y, si me apuras, calvo. Pero no, Jake tenía una carta de presentación irresistible. Era alto, de complexión atlética y demasiado atractivo; dueño de una mandíbula angulosa y una voz grave que le daba un aire muy varonil. Y unos ojos… ¡uf! (permíteme que coja aire), unos ojos grandes, expresivos y de un azul cielo tan penetrante que te costaba retener el contacto visual, pero, al mismo tiempo, ansiabas fundirte para siempre en su mirada.

Vamos, un imán para las mujeres.

¡Maldito Jake Maverick!

23
Orgullo y prejuicio

(Joe Wrigth, 2005)

JAKE MAVERICK

«¡Estúpido!». Me reprendí de camino a la Casa Grande dando un puntapié a una piedra que rodó hasta perderse entre la densa maleza. ¡Por poco lo echo todo a tomar por el culo!

Bufé molesto conmigo mismo y después inspiré hondo tratando de controlarme. ¡Pero es que estaba que echaba humo! Por mi mala cabeza había estado a punto de dejarme llevar y joderlo todo. ¡Estuve a esto de romper las reglas! Por encima de todo, me había prometido a mí mismo no liarme con nadie que trabajara bajo el mismo techo que yo. Y, sin embargo…

«¡He estado a punto de besarla, maldita sea!».

Gruñí y apreté con fuerza los puños, porque en lo único que pensé cuando la tenía delante era cogerle de la nuca, acercar sus labios a los míos y enterrarme por completo en su boca para saborearla sin delicadeza, absorbiendo hasta el último suspiro de placer. Quería sentirla, quería que me sintiera; descubrirnos mutuamente y perder completamente el control…

¡Joder! Ni siquiera era capaz de reconocerme. Estaba sorprendido de mí mismo, de la nula capacidad de autocontrol que tenía cuando estaba con ella, de no poder mantener a raya mis impulsos más primitivos. Era respirar el mismo aire que ella, mirarla a la cara y ver sus mejillas sonrosadas, esos enormes y preciosos ojos azules y esos labios entreabiertos, tan sensuales, tan jugosos, tan femeninos, pidiéndome a gritos que los devorara, y volver a estar excitado como un puto crío.

Bajé la vista a mi entrepierna y… ¿adivinas qué? ¡Volvía a estar empalmado!

Respiré profusamente para coger impulso y subir los tres peldaños del porche como un resorte. Ni siquiera me había encendido un cigarrillo, raro en mí. Ni siquiera me apetecía… ¡Lo único que ansiaba era bajar esa erección de caballo! Pegarme una ducha fría y distraerme, pensando en las musarañas o en seres feos como en Harold del videojuego *Fallout* o en Jabba el Hutt de *El Retorno del Jedi*. ¡Qué se yo! En quien fuese para no pensar en ella.

¡Maldita Alexandra Simmons!

24
Scary movie

(Keenen Ivory Wayans, 2005)

NICOLETTA ERCOLESSI

—Puto calor, puto suelo sin asfaltar, puto pueblo de mierda… *Fanculo tutto!*

A buena hora se me había antojado la solemne estupidez de viajar a Bandera con tres pares de Stilettos de tacón de agua de quince centímetros: el rojo Carolina Herrera, el negro Christian Louboutin con su inconfundible suela roja y el gris perla Jimmy Choo. Y porque te aseguro que no me cabían más en la maleta que, si no, otro gallo cantaría.

Sin apenas aliento, porque para ser el mes de enero hacía un calor de mil demonios y no circulaba el aire por ninguna esquina de ese pueblucho, así la maleta, entré en un hospedaje de mala muerte y me dirigí a la recepción muy del estilo de los años setenta similar al hotel *Overlook* de *El Resplandor*… pero, en vez de exhalar glamur por cada recoveco de las cuatro paredes, despachaba cutredad a raudales.

Y te juro que no te daba *yuyu* por que pudieran aparecer por sorpresa al fondo del pasillo las gemelas Grady mirándote con cara siniestra… Lo que pasaba es que quien había decorado el hotel Best Western Bandera Suites & Saloon se había cubierto de gloria.

Comprobé por enésima vez que seguía sola mientras esperaba pulsando con insistencia al botón de la campanilla. Ciertamente, el lugar no tenía desperdicio: la recepción era grande e inquietante, gobernada por una cabeza de ciervo con unos ojos muy brillantes y saltones; las paredes estaban cubiertas por un papel pintado con estampado psicodélico; el sofá de terciopelo *beige*; la desacertada combinación de colores y de texturas sin hilo conductor ni criterio estético. Y… el teléfono rotatorio sobre el mostrador… Ahora, en serio, ¿esa reliquia aún existía?

Vamos, que por allí no había pasado un decorador de interior en su vida.

Desde luego Alexandra no había exagerado un ápice: el lugar era pintoresco a más no poder.

Me fijé en que estaba todo bastante en la penumbra por culpa de que las contraventanas estaban casi cerradas y las cortinas corridas, impidiendo que se colara cualquier resquicio de luz solar, sinónimo de que el dueño era un ser bastante fantasmagórico, tétrico, de los que les gusta vivir en la oscuridad. A ver si me había confundido de pueblo y en vez de estar en Texas estaba en Transilvania a puntito de conocer a Drácula…

Bueno, bien mirado, si el tipo estuviese de buen ver… no me importaría que me clavara sus afilados colmillos o toda «la estaca».

De repente oí unos pasos que se acercaban por detrás y, por inercia, tras pegar un respingo, giré la cabeza.

—Hombre, una forastera...

¡Horror!

Parpadeé y casi me ahogo con mi propia saliva al descubrir al tipo del hospedaje que parecía haberse zampado a mi sexi Drácula para desayunar. ¡Pues si ese era el príncipe de Valaquia del siglo XV, yo era Cameron Díaz!

—¡No se asuste, cojones! Que en Bandera no solemos matar a nadie, a menos que no se lo merezca… Ja, ja, ja…

El horco barrigón de aspecto descuidado, de tupida barba negra y con un ojo de cristal con mirada a la virulé, se agachó sin ningún pudor para colarse bajo la barra y, al hacerlo, exhibió toda la hucha ¡colmada de ricitos negros!

¡Aj! ¡Puaj! Creo que no había visto algo tan… repulsivo en toda mi vida. En serio, debía estar prohibido mostrar ciertas partes tan feas de la anatomía. Seguro que iba a tener pesadillas por las noches durante mucho tiempo.

—¿Nombre?

Abrió la boca para meterse un poco de tabaco de mascar y empezó a emitir sonidos repulsivos con uno de los carrillos.

—Nicoletta Ercolessi.

—Niiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiicooooooooooooooooooo…. —decía mientras deslizaba el dedo por la libreta.

—Disculpe, mi apellido es Ercolessi, por si lo tiene anotado así. Vamos, lo que viene siendo costumbre.

—¡Carajo, ya lo sé! ¿Se cree que está tratando con un paleto de pueblo? —Se echó a reír ignorando mi apreciación—… Niiiiiiiiiiii, Niiiiiiiiiiiccccccccccol, Niiiiiiiiiiicooooooooooollllllllllllleeeeeeeeetaaaaaa… Nicoletto, ¡equilicuá, aquí!

—Ni-co-le-tta… ta —le corregí.

—Nicoletto, sí. Eso he dicho.

Se giró un tercio para buscar una llave en el mueble organizador que tenía detrás. A simple vista, todos los casilleros de la estantería parecían estar ocupados. Debía de tener el hotel vacío. No me extrañaba, ¿quién en su sano juicio iba a hospedarse en un hotel en el que parecía que el plato estrella de la cena era el estofado de turista a las finas hierbas?

—Vamos a veeeeeer…

Con pasmosa lentitud fue desfilando el dedo por todas y cada una de las ranuras, desde la primera hasta la décimo tercera llave. No se dejó ni una… salvo porque se despistó con una mosca que revoloteaba por su cara y, al querer espantarla con la mano, tuvo que volver a empezar porque ¡se había descontado!

—Está complicada la cosa, señorita. —Se detuvo en la última casilla—. Espero que no sea una loca chiflada y supersticiosa, porque solo me queda libre el número trece.

Hice un gesto vago con la mano.

—¿La habitación trece?

—Sí, eso he dicho. Es la única que me queda libre.

O sea... ¿En serio? ¿Moby Dick me estaba vacilando? ¡Si estaba todo el casillero con llaves!

—La trece estará bien. ¡Me gusta vivir al límite!

Me reí y él me imitó, salvo por una peculiaridad: la de quedárseme mirando a los ojos y con la sonrisa congelada en los labios, así, sin mover una pestaña, rígido como una estatua de cera. ¡Y así durante por lo menos minuto y medio!

Cogí la llave y subí a la primera planta por las escaleras, pues había hueco de ascensor, aunque sin rastro del cubículo. Una ducha, eso fue en lo único en que pensaba. Una ducha y enviar un WhatsApp a Alexandra. Al final cambié el orden de los factores, pues no alteraba el producto.

Nena, ya estoy en el puto
culo del mundo.

¡Tengo muchas ganas de verte y de
achuchar ese cuerpazo que Dios
te ha dado!…
11.07AM

25
Mejor imposible

(James L. Brooks, 1.997)

ALEXANDRA SIMMONS

—Alex, así no… —Jake chasqueó la lengua con denuedo y me atrapó de un codo, sin contemplaciones, para que dejara de hacer lo que estaba haciendo.

Miré su cara y me di cuenta de que su rictus se había endurecido.

—Así lo que vas a conseguir es lastimar a la pobre vaca —inquirió molesto.

Ay, espera, espera, antes de que hagas conjeturas, te pondré en antecedentes para situarte en la escena en cuestión. Verás, ocurrió tal que así: de buena mañana, Jake me reclamó para que le siguiera al establo y darme una clase magistral de ordeño: cubo en mano, guantes de nitrilo y botas de goma; así, totalmente equipada. Pues bien, resultó ser que alguien de nombre Thomas y de apellido Maverick se había ido de la lengua, alguien que me había pillado el día anterior con las manos en la masa, ese momento estúpido en el que vertí el contenido de la leche uperizada en la jarra del desayuno en vez de la espumosa y recién leche ordeñada de las ubres de Mandy, pues el abuelo me había mandado ordeñar la vaca reina del rancho y, al no conseguir sacar ni una sola gota, fui al pueblo a comprar un tetrabrik.

Lo sé, sé que fue un error garrafal y una solemne estupidez sin sentido hacer eso. Pero, ¿qué otra cosa podría haber hecho? ¿Tú en mi lugar cómo hubieses obrado? Ni tenía ni idea de cómo ordeñar a una vaca, ni quería tentar a la suerte y que tuviesen una excusa razonable para despedirme por mi ineptitud en labores del campo. Creí que nadie iba a notar la diferencia… Al fin y al cabo, se trata de leche, ¿no? Para mí todas son blancas y saben igual. Sin embargo, ellos parecían tener las papilas gustativas demasiado desarrolladas.

Por otra parte, estaba aterrada ante la posibilidad de marcharme sin antes averiguar la verdad sobre el millón de pavos. Suspiré. Aunque, entre tú y yo, lo que más me quitaba el sueño, era no volver a ver Jake el vaquero nunca más, y que nuestra historia, esa que parecía haber empezado a nacer entre nosotros, muriera sin más.

En esos momentos no me apetecía escribir un punto y aparte, sino un punto y seguido. Nuestro punto y seguido…

Jake alargó la mano para apropiarse de un taburete y, tras hacerlo chirriar al arrastrarlo por el suelo de cemento, se sentó en él. Acto seguido, pegó su brazo al mío sin andarse con demasiado cuidado.

—Debes hacerlo de esta forma.

E impensadamente, con un rápido movimiento que no vi venir, sus manos envolvieron las mías con firmeza. ¡Dios mío! Creí desplomarme al notar su cercanía y la abrasadora unión piel con piel. Sus manos eran tan enormes, tan cálidas y transmitían tanta seguridad, que no pude evitar quedarme sin respiración al instante, pues el contacto era demasiado íntimo.

—Así es como se hace… despacito… y con calma.

Asentí para mí, porque era incapaz de entonar un solo vocablo en respuesta.

Jake enseguida empezó a ordeñar la vaca, obligándome a apretar sus pezones de forma suave pero segura, y con todos los dedos de la mano, realizando movimientos mansos y continuos.

Arriba, abajo…

Arriba, abajo…

—Poco a poco… muy bien Alex…

¡Por todos los clavos de Cristo!

Tragué saliva, conteniendo el poco aliento que me quedaba, incapaz de llenar mis pulmones de aire. Quise cerrar los ojos, pues aquel movimiento ascendiente y descendiente me estaba excitando a marchas forzadas. ¿Por qué la mente nos hace a veces una mala jugada?

Me removí incómoda al imaginar que esos sonrosados pezones eran los míos y que las manos que los amasaban eran las de Jake; estaba fantaseando con que esos movimientos tan sensuales y a la vez tan eróticos eran solo para mí. Y por un momento… ¡Oh, madre mía! ¡Sentí mucha vergüenza! Me avergonzó soberanamente notar el repentino latigazo de placer directo en mi sexo, contrayéndolo y humedeciendo rápidamente la tela de mis braguitas. Me mordí los labios al sentir un rubor abrasador en mis mejillas y, ¡mil y una sensaciones a la vez…! Hacía demasiado tiempo que no me sentía así: ardiente, vibrante, anhelante.

¡No, espera un segundo! Rectifico: ¡nunca me había sentido tan excitada!

¿Cómo podía ser que un simple roce y unos inocentes movimientos pudieran incitarme tanto? No me reconocía…

Vivir en el pueblo de Bandera me estaba cambiando, vivir en el rancho junto a ellos me estaba cambiando, vivir bajo el mismo techo que Jake Maverick… ¡me estaba cambiando la vida!

—Eso es… Alex… cualquiera diría que has nacido para hacer esto… —aseguró, armándose de paciencia conmigo.

—Ehm… Dios…

Quise evitarlo, pero, al abrir la boca más de la cuenta, de mi garganta se escapó un gemido tan gutural y erótico que mi boca parecía estar a puntito de explotar en un orgasmo. Giré la cara, encontrándome con unos ojos profundos que silenciosamente recorrían todo mi rostro hasta enzarzarse con los míos.

¿Lo había oído? ¿Había oído ese sonido más propio de una actriz de doblaje erótico que de una chica refinada de Beverly Hills?

¡Oh, no!

¡Espero que no…!

Miré a sus labios y me di cuenta de que no había podido evitar esbozar una sonrisa algo

descarada, incluso con un matiz gamberro que aún no había visto en él.

¡Oh, no, no, no! ¡Lo había oído! ¡Tierra trágame! Mierda…

—Es estimulante, ¿verdad?

—Mmmm… puede ser… —respondí inocentemente, mientras él observaba mis labios y estaba atento a mi agitada respiración.

—Alexandra, te aseguro que no hay nada más estimulante que lo que nos ofrece la Madre Naturaleza.

Y, dicho esto, soltó mis manos y empezó a sellar los pezones del animal, introduciéndolos en un pequeño recipiente con una solución desinfectante a base de tintura de yodo.

Sin ser consciente de ello, me fijé en mis nudillos y vi que éstos estaban blancos.

—Perdona, ¿te he hecho daño? —Se excusó—. Siento haber sido tan… enérgico, pero es que no es aconsejable tardar más de siete minutos; si no, se produce una retención natural de la leche, corriendo el riesgo de que la vaca sufra una mastitis.

—Uhmm… No, no… No es nada. —Mi voz sonó como un tímido silbido entre mis dientes.

—¿Seguro?

Asentí y le mostré una amplia sonrisa para su tranquilidad.

—Bien.

Entonces dejó de prestarme toda la atención para centrarla en desatarle las patas y la cola al rumiante. Mientras lo hacía, yo observaba en silencio la preciosa forma de sus labios, el intenso y brillante gris de sus ojos, el sexi hoyuelo que partía su angular mentón, su estudiada pero imperfecta barba de tres días que ensombrecía su masculino rostro, sus fuertes, firmes y contorneados brazos que se intuían bajo la fina tela de la camiseta blanca...

—Por cierto, morena, ya no hace falta que compres leche en tetrabrik; como ves, aquí tenemos leche fresca de sobra.

Entonces me vio ruborizarme al oír el tono suspicaz de su voz antes de agacharse a mi lado, coger el cubo de leche por el asa, salir del establo a paso ligero y dejarme a solas conmigo misma y mis pensamientos.

Aquella tarde le pedí a Jake un par de horas para poderme escapar e ir de compras al pueblo de Bandera. «Cosas de chicas», alegué, aunque no fuese más que un burdo pretexto para reunirme con Nicoletta a escondidas. Nos veríamos en el hotelucho de mala muerte, pues, de momento, nadie debía vernos juntas, ya que se corría el riesgo de que alguien nos asociara y eso podría poner en peligro el principal objetivo por el que ambas estábamos allí: el dichoso robo del millón de pavos.

Di tres golpes en la puerta a modo de contraseña en clave para que supiera que era yo quien estaba en el pasillo.

—¿Quién?

—Yo.

—¿Quién es «yo»?

—Nicoletta… déjate de chorradas. Ábreme la puerta…

—No si no sé quién es «yo».

—¿Quién voy a ser? Pues Alex.

Puse los ojos en blanco. ¿Cómo podía estar siempre de guasa? Fuese por la mañana, por la noche o de madrugada, nevara, tronara o diluviara. En serio, debía reconocer que me flipaba su buen humor *non stop* los trescientos sesenta y cinco días del año.

—Hum… ¿Alexandra Daddario, Botez, Maloney?

—¿Qué?

Me eché a reír.

—Soy Alexandra, tu Alex, tu cariño, tu cielo azul, tu amiga del alma.

—¡Ah, coño! ¡Haberlo dicho antes, mujer!

Y, dicho eso, abrió la puerta de par en par, recibiéndome en camiseta de tirantes de licra y en un minúsculo *colottes* de encaje, invitándome a pasar dentro de la habitación.

—¡Cómo te he echado de menos, petarda!

Nicoletta cerró la puerta con el talón y, acto seguido, se abalanzó sobre mí estrujándome en un intenso abrazo de oso.

—¡Y yo! Madre mía, cómo necesitaba tus achuchones. —Inspiré hondo—. A propósito, ¿quiénes son esas «Alexandras»?

—Una actriz estadounidense, una ajedrecista canadiense y una regatista neozelandesa. —Se separó de mí y, tras dar un paso atrás, me escrutó de arriba abajo como si no me hubiese visto en siglos—. ¿Y tú? ¿Qué hay de mi ojazos? ¿No te dan de comer esos catetos del rancho o qué? Estás tan delgada que, si te miran de lado, ni siquiera se te marcan los pezones.

—¡Qué exagerada eres! —Puse morritos y me senté al pie de la cama—. Puede que haya perdido algún que otro kilo, pero es que el trabajo en una casa tan grande es lo que tiene. Me levanto al alba por las mañanas y me acuesto de madrugada. Sin duda es un horario agotador, pero…

—¿Acaso tu novio guaperas no sabe que la esclavitud se abolió en diciembre de 1949?

—Nicoletta, Jake no me exige tanto. Soy yo la que hace más horas de la cuenta, pero es que en esa casa hay muchos quehaceres, sobre todo desde que María Guadalupe, la señora que se encarga de la limpieza y la cocina del rancho, solo puede echarnos una mano por las mañanas porque debe estar al cuidado de su anciana abuela.

—Ya. Y tú misma te has adjudicado el papel de Santa Teresa de Calcuta.

—¿Una santa?

Parpadeé confundida y ella estiró los brazos al aire para después emitir un bostezo antes de sentarse a mi lado. Los muelles de la cama chirriaron como el grito de una repugnante rata de cloaca al darle caza y el blandito colchón se amoldó a nuestros traseros, como el agua ciñéndose al perímetro de cualquier recipiente.

—Sí, eso he dicho: una Santa. Pero, eso sí, una santa súper sexi.

—Ay, Nicoletta…

Me dejé caer de espalda contra el colchón en un suspiro y la espuma del relleno se agitó bajo mi cuerpo clavándome algún que otro muelle en los lumbares. Desde luego, nada que ver con el

colchón de la cama de la cabaña. Aquello era puro confort y *delicatessen* comparado con esa antigualla.

—Venga, cuéntame. ¿Ya te ha besado?

—¡Nicol! —grité.

—¿Quéeee? —Ella imitó mi gesto horrorizado.

Nicoletta se dejó caer en la cama, a mi lado y giró la cabeza para mirarme.

—Jake Maverick está cañón y por lo que sé, aquí la presente está de sequía desde hace unos meses. Vamos, desde que te acostaste con él en Las Vegas. —Alzó las cejas en tres ocasiones—. El vaquero debe de ser la hostia metiendo el látigo y moviendo las caderas porque desde entonces… Tú y la palabra sexo, nanay de la China.

—Nicoletta, el sexo no es lo más importante en la vida.

—Habla por ti, cariño.

—Claro. Hablo por mí.

—Pues en mi pirámide de las necesidades de Maslow está el sexo en la puntita, arriba de todo, lo primerísimo, antes que nada. Ninguna de las cinco que menciona va antes. Nada de necesidades básicas como el comer, respirar o hidratarse. Ni las necesidades de seguridad, de afecto, de autoestima… Ni siquiera de autorrealización. No hay nada que supere a un buen polvo, *nothing*, te lo digo yo, aunque el psicólogo se haya empeñado en no incluirlo en su escala de valores. Eso es porque nunca le han follado como es debido.

—¡Uf! Expuesto así, puede que tengas razón.

—La tengo, cielo.

Se incorporó de un brinco y se dirigió a una mini nevera que no recordaba que estuviera en ese rincón. ¿Lo habría traído en la maleta? Imposible, era demasiado grande, por lo que supuse que la habría comprado en el economato de Mia.

—Vaya…

—Sí, no me mires así. Mujer precavida vale por dos, y yo de eso voy bastante sobrada, ya lo sabes.

Se agachó para abrir la puertecilla y sacar un par de botellas de Coronita, abrir las chapas, espolvorear un poco de sal en el borde e introducir un gajo de lima en el interior. Luego, para mezclar la cerveza con el cítrico, colocó el pulgar cubriendo el orificio y la sacudió lentamente un par de veces.

—Toma, cielo.

Me senté en la cama con las rodillas dobladas en forma de indio.

—No es por despreciarte la ofrenda, pero… es que…

—Bebe y calla. —Se acercó tanto a mi cara que casi me metió el cuello de la botella por la nariz—. No seas aguafiestas. Vamos, Alexandra. Toca brindar.

—Vaaaale…

—Así me gusta, que me hagas caso en todo.

Negué con la cabeza y sonreí divertida.

—En todo no, pero en casi todo —admití.

Nicoletta solía darme tan buenos consejos sobre la vida en general y los hombres en particular. Ella rara vez metía la pata. Tal vez se debiera a su extensa y abundante experiencia a lo largo de estos años. No como la mía, que solo había intimado con un único hombre, uno que al principio me engañó, haciéndose pasar por el príncipe azul de un cuento de hadas y que al final resultó ser un asqueroso y baboso sapo. Bueno, quizás fueron dos hombres, pero lo que pasó en Las Vegas no contaba, porque ni siquiera lo recordaba.

Minutos después ya habíamos chocado los culos de las botellas y bebido a morro hasta casi acabar toda la cerveza. Entonces algo me vino a la mente.

—¿Y qué vas a hacer cuando te cruces con Roy Jones?

—Nada, nena, nada.

—Eso no te lo crees ni tú.

Alcé una ceja a modo de sospecha.

—Pero ese tipo a ti te gusta.

—Ya. Reconozco que mi Jack Sparrow tenía su puntito de morbo y que empotraba como un campeón. Pero… está casado.

—Sí, lo está. Aunque la engañara contigo, se acabó casando con su novia de toda la vida. Y, por lo que sé, corren rumores de la gente que trabaja en el rancho de que la pobre Nancy lleva más cuernos que todo el ganado de Jake.

—¿Nancy? ¿Cómo la muñeca Nancy, prima hermana de la Barbie? —Se le escapó una risa—. ¡Por *Dior*! Si es que con ese nombre se está ganando a pulso que le pongan los cuernos *doblaos*.

—Ay, que mi Nicoletta está celosilla… —La piqué.

—*Gelosa? Me?*

Se señaló a sí misma con altanería y luego se carcajeó.

—Por favor, Alex, tus insinuaciones me ofenden. Que Roy eche unos polvos mágicos que alucinas no es sinónimo de que vaya a ir en su busca como una gata en celo.

—Sí, claro, lo que diga la rubia… —Asentí burlona, porque ella y yo sabíamos que iba a tardar «cero coma» en provocar un encuentro entre los dos.

Lógicamente ese era uno de los motivos por los que no debían vernos juntas.

—No sufras, Alex. Está todo bajo control. Además, si por aquellas casualidades me topo con Roy, no podrá reconocerme.

—¿Y eso por qué?

—Porque, además de que andaba más ebrio que yo, no me quité la peluca de Caperucita Roja en ningún momento, porque decía que le ponía muy cachondo tirarse a ese personaje de ficción.

—¿A Caperucita Roja?

—Sí. Y no me preguntes por qué… —Se rio—. Allá cada uno con sus fetiches, ¿no crees? Hombre, mejor eso que tirarse a cadáveres, por poner un ejemplo.

—¿Y tú a Jack Sparrow?

—¡Uf, nena! Ni te imaginas lo que pone un hombre con dos espadas.

26
Mamma mía!

(Phyllida Lloyd, 2008)

JAKE MAVERICK

—¿Un baile?

—Sí. —Miré a Alexandra confundido, como si esa fuera la primera vez que oía hablar sobre el baile *Two-step*, que era de lo más típico que te podías encontrar en Texas—. Además del baile, habrá barbacoas, yincanas para los menudos y sorpresas para los adultos.

A veces esa chica se cerraba tanto en sí misma que luego le costaba horrores volverse a abrir, y a mí saber qué ideas desfilaban por esa preciosa cabecita morena. A veces me daba la sensación de que me ocultaba cosas. Bah. No sé, no me hagas caso. Seguro que eran pajas mentales mías.

En el tiempo en que nos quedamos mirándonos, una mosca revoleó pizpireta a nuestro alrededor. Si se lo pensaba dos veces, el insecto acabaría poniendo huevos en nuestra cabeza.

—¿Qué, te animas? —insistí al ver que no obtenía respuesta—, Piénsalo, Alex, ¿qué mejor opción tienes un sábado por la noche?

—¿Leer? —siseó y luego me observó distraída con un ojo cerrado y el otro medio abierto a modo de protección como si temiera explotarle un petardo en la cara.

—¿Leer? Menudo planazo.

—¿Ver una peli?

—Ajá, vas mejorando…

Compartimos una sonrisa.

—Ehm… ¿Ir a la fiesta *country*?

—¡Bingo!

Ensanchó una sonrisa tan graciosa que incluso le iluminó la mirada, más aún.

¡Dios! Si supiera lo bonita que era cuando sonreía de esa manera tan despreocupada, estaba convencido de que lo haría más a menudo.

—¿Te parece bien que te pase a recoger sobre las ocho?

—Sí, pero antes he de acabar de recoger la colada y pasar la escoba por…

Empezó a gesticular con la mano, señalando aquí y allí con nerviosismo.

—Alex, para el carro. —La cogí de los hombros para que se estuviera quietecita en el sitio y me mirara otra vez a los ojos—. Son las siete y diez. Hora de irte a la cabaña. Pégate una ducha y relájate. Y en cincuenta minutos te paso a recoger. ¿Entendido?

Ella asintió y me pareció que hasta contuvo el aliento.

—Genial.

—Genial. Voy a…

—Ve.

Me rodeó el cuerpo para poder salir de la encerrona a la que la había sometido y, cogiendo su chaqueta de la percha, salió al exterior en dirección a la cabaña.

De golpe, al verla marchar de espaldas, me invadió una especie de inusual nostalgia. No sé, por un momento tuve un extraño pálpito en el centro de las costillas, como si me faltara el aire. Es posible que no creas en esas cosas místicas del más allá o de las formas de ciertas prácticas ocultistas, si te digo la verdad, yo tampoco. Solo que, en una ocasión, cuando me encontraba muy perdido tras el fallecimiento de Megan, hundido en la fosa de mierda que cavé con mis propias manos, visité a la desesperada a un chamán indio, un hechicero, un… cuentista, según se mire. Y te preguntarás, ¿por qué narices el vaquero me está contando esto? Pues principalmente para que entiendas que hay ocasiones en que la desesperación te hace ser un gilipollas y que te expones a situaciones que en condiciones normales ni siquiera te plantearías.

Acudí a ese chamán a la desesperada. Al único que sabía que gozaba de la fama de ser un fiel intermediario entre el mundo natural y el espiritual. Y, a pesar de todo, de lo poco que guardo un vago recuerdo fue que me obligara a tomarme un fuerte brebaje negruzco hecho a base de plantas *enteogénicas* y, casi al instante, entré en un trance profundo y todo mi mundo se desvirtuó ante mis ojos. Nunca supe si lo que mis retinas creyeron ver era realidad o pura magia. Joder. Vi a Megan, a mi Megan, y no solo eso, sino que hablé con ella, olí su perfume, la toqué, la mecí entre mis brazos… y ella misma me dijo que estaba bien, que dejara de hacerme daño a mí mismo y que siguiera viviendo por Dakota. También me susurró al oído que siempre me querría y que volvería enamorarme, aunque entonces no lo creyera, y que una mujer de ojos claros iba a volver a hacerme creer en el amor.

Una mujer de ojos claros…

Perdóname, no es que buscara mujeres con ojos azules o verdes; al revés. Solía huir de los ojos claros como si se trataran de fantasmas, hasta que vi a Alexandra por primera vez en la tienda de Mia. Ella fue la primera mujer de la que no quise huir, todo lo contrario. Su aura, su energía o lo que fuese, me atrajo insultantemente como lo harían los dos polos opuestos de un imán. Te juro que lo que me dio más miedo al conocerla fue confundir esa atracción que sentía por ella, por simple magnetismo. Y ¡chas! El curtido vaquero en cuestiones de amor, ese del miedo al compromiso por temor a fracasar otra vez y con pinta de resbalársele todo como el aceite en un vaso de agua, se convierte de la noche a la mañana en un manso varón que come gominolas de la mano de esa mujer. ¿Te lo puedes creer?

7.58PM

Tomé aire antes de golpear con los nudillos la puerta. Quizás Alexandra había oído mis pasos, quizás presintiera que había llegado o simplemente era de aquellas personas tan metódicas que a la hora en punto ya estaba preparada.

—Buenas noches, Jake.

Contuve el aliento cuando la vi. Me había quedado extasiado por la falta de oxígeno en el cerebro. Tenía que esforzarme para abrir la boca y que el aire entrara de nuevo a mis pulmones. Me costó un mundo no decir lo que pensaba en ese momento, aunque no debiera pronunciarlo.

—Estás… preciosa.

—Bah… ¿en serio? —Hizo un vago gesto con la mano restándole importancia—. Solo es un trapo viejo.

—En serio. Lo estás. Mucho.

Se sonrojó muy poquito, lo justo para darme cuenta de ese detalle. Joder, cada vez me sentía más atraído por esa mujer y eso no podía augurar nada bueno. Luego una tímida sonrisa se instaló en sus sonrosados labios. Iba ataviada con un vestido por encima de las rodillas, de fondo azulado y con estampado de flores turquesas y rosa palo, unas botas camperas color *camel* y un par de trenzas de raíz a ambos lados, enmarcando perfectamente su cara en forma de corazón.

—Esto es para ti. Las he cogido mientras venía de camino a la cabaña. No son nada del otro mundo, más que nada son silvestres y poco elegantes, pero…

—Jake, son perfectas. En serio. Gracias.

Alexandra me regaló una sonrisa amplia y sincera y yo me permití el lujo de tomar una bocanada de aire para tranquilizarme. Y mientras buscaba en el ramillete la flor que parecía más resistente y se la intentaba colocar entre el trenzado del recogido, yo no podía dejar de mirarla.

Me quité el sombrero para pasar la mano por mi pelo, revolviéndolo y luego amansándolo; me molestaba, ya que hacía tiempo que debía habérmelo cortado. Pronto el flequillo no me dejaría ver más allá de mis pestañas.

—¿Podrías? —me preguntó mientras trataba de atinar poniéndose la flor en el pelo.

—Claro. —Asentí con la garganta seca.

Me dio la flor y una horquilla y yo me centré como buenamente supe en colocársela entre un mechón de pelo y su piel. Reconozco que, hasta el momento, solía ser un *crack* en trabajar con las manos, pero en cosas grandes, rudas y difíciles. No en cosas tan delicadas que temiera romper. Y me sentí algo torpe, como si mis dedos hubiesen aumentado tres tallas de golpe.

—Jake…

—¿Mmmm?

Tenía los labios apretados y la vista tan fija en un punto de su cabeza, como si un miope tuviera que hilvanar un hilo en una aguja de coser, que ni siquiera fui capaz de responderle con palabras. Además, también se me habían disparado las pulsaciones.

—No vayas con tanto tiento, no vas a clavarme la horquilla la cabeza y a atravesarme el cerebro ni nada por el estilo. No te entusiasmes, no van a salir los sesos por el agujero…

—¿Segura?

—Muy segura.

—Bien. Pues para tu información, hablando de escenas sanguinolentas… —Saqué la lengua, la llevé a un lado y entrecerré un ojo para agudizar la visión—… te confesaré que soy un fanático patológico de las películas de Hitchcock.

—Nooooo….

Negó con la cabeza.

—Sí, morena, lo soy. Hasta la médula. Y… no-te-muevas… O al final sí que vamos a tener que lamentar daños colaterales…

Se quedó quieta al instante.

—Ostras —murmuró—. Nunca lo hubiese imaginado.

—¿Por qué?

—No sé, no te hacía.

Me eché a reír.

—¿Es que los seguidores de las pelis de terror psicológico son de un perfil determinado? ¿Gordos, calvos, bajitos, dentudos?

—Noooo, no sé. —Se contagió de mi risa y entre silbidos acompasados añadió—: no me hagas caso. He dicho una tontería sin pensar. Soy una idiota.

—No eres una idiota. No vuelvas a llamarte así.

Y mi rostro simpático cambió radicalmente; en cambio, ella abrió la boca con la intención de protestar. Pero, al final se quedó en eso, en solo un intento.

—Deberíamos ponernos en marcha o llegaremos tarde.

Ya empezaba a anochecer cuando nos pusimos a andar hacia la vieja camioneta de Thomas, quien a última instancia prefirió no acompañarnos y quiso quedarse en el rancho al cuidado de Dakota, que estaba un poco constipada, nada grave por lo que preocuparse. Tenían la cena preparada: un guiso de ternera adobada y unas mazorcas de maíz fritas. Y de postre: peli, manta y a dormir temprano. Esos eran sus planes, los míos, socializar con la gente del pueblo de Bandera, echar unas risas y, sobre todo, conocer más a Alexandra. Me moría de ganas de esto último, de estar a solas con ella, me picaba la curiosidad conocerla fuera del rancho y de los quehaceres de la casa, sin obligaciones laborales, así más despreocupada… más ella.

Al final se hizo el silencio, salvo por el crujir de las hojas secas caídas de los árboles al irlas pisando a nuestro paso tranquilo. La miré de reojo en un par de ocasiones, pero seguí en mis trece, sin decir nada, sin mediar palabra. Cuando nos dimos cuenta, ya estábamos frente a la camioneta y, como buen caballero que se precie, me adelanté unos pasos para abrir la puerta de su lado, para que se acomodara en su asiento. Luego rodeé el automóvil en pocas zancadas, dejé mi sombrero en la parte trasera, esa que estaba descubierta, y ocupé el asiento del conductor.

—¿Música?

—Por mí, sí.

Se abrochó el cinturón de seguridad y yo fruncí el ceño con cierta desconfianza mientras la canción *Brilliant Disguise* de Bruce Springsteen empezó a arremolinarse a nuestro alrededor en la cabina de la camioneta. Si realmente Alexandra era nativa de la zona, sabría que nadie se lo colocaba a menos que saliera a carretera abierta, es decir, a la autopista. Todo ese asunto era bastante contradictorio y me daba en qué pensar, porque, de ser autóctona como aseguraba, ¿había estado durante toda su vida en cautiverio sin ver la luz del sol? O, por el contrario, ¿es

que no había pisado suelo tejano en toda su vida? Eso significaría que me estaba mintiendo en mi cara, algo que no alcanzaba a comprender y que, además, sería una gran decepción por mi parte.

La miré de soslayo, queriendo apartar esa idea de mi mente. Al fin y al cabo, no quería enturbiar ese momento a solas con ella.

—No vas a salir disparada por la luna delantera ni nada de eso… —Hice broma utilizando el mismo tono sarcástico de ella hacía solo un rato. No pretendía mostrarme hostil—. Te prometo que la pobre camioneta no es capaz de coger ni las treinta millas en bajada. La verdad, no sé si está más mayor ella o su dueño, el viejo Thomas.

Me miró y sonrió.

—Soy una chica precavida.

—Haces bien. Nunca se sabe.

Le guiñé un ojo. ¿Le guiñé un ojo? ¿En serio había hecho eso? Encendí el motor, bajé la ventanilla y, sin preguntarle si le molestaría que fumase, me encendí un pitillo y le di un par de hondas caladas. Luego lancé un suspiro cuando Alexandra no se quejó y yo conseguí evitar mirarla de nuevo, matando dos pájaros de un tiro. No me gustaba sentirme vulnerable ante nadie y mucho menos que ella notara lo mucho que me atraía.

Porque me sentía mal, no por mirarla como lo hacía, sino por lo que sentía al mirarla y por debatirme en rebasar esa delgada línea del deseo entre un jefe y su empleada.

—*The Boss*…

—¿No te gusta? Creo que ha llegado el momento de confesarte que soy su fan número uno y que en mi repertorio musical no encontrarás nada más. —Me encogí de hombros—. Pero, si no te gusta, podría poner la radio…

Me dispuse a detener el reproductor de CD y buscar una emisora en la que pusieran música de todo tipo cuando Alexandra, en un arranque, me alcanzó la mano evitando que lo hiciera.

La miré a los ojos y ella dejó de sostenerme la mano al darse cuenta de que me la estaba sujetando con la suya.

Se ruborizó y agachó ligeramente la cabeza. Joder, qué bonita era cuando mostraba su lado más vulnerable, ese más dulce. En ese instante fui consciente de que mi corazón latía más deprisa de lo normal.

—No. Está bien, de verdad. Me gusta Springsteen. Mucho.

—Mira tú por dónde, tenemos algo en común.

Tiré la colilla por la ventanilla y me froté la incipiente barba con aire distraído. No me preguntes por qué… pero me gustaba sentir el tacto rasposo de los pelos en la yema de mis dedos, sentía sosiego y en cierta forma calmaba la bestia que habitaba en mí.

A propósito, ¿alguna vez has empezado a enamorarte de alguien que no debías? Apuesto a que sí. Entonces me entenderás si te digo que era fielmente eso lo que me estaba pasando con Alexandra, que me estaba enamorando sin darme cuenta, gradualmente de ella, poco a poco, como el buen café, ese que se hace a fuego lento. Ese que sabes que debe ser amargo, pero que en el fondo no lo es. Ese que al degustarlo debe tener el equilibrio perfecto, en constante armonía: el cuerpo, la acidez y el dulzor balanceados, aunados entre sí.

De cualquier modo, Alexandra estaba despertando en mí sensaciones que tenía adormecidas. Y eso… asustaba.

—Quizás tengamos más cosas en común de las que creemos.

—Puede ser —le respondí y luego empecé a canturrear una parte de la canción, aunque no sé por qué motivo. Lo único que sé es que venía como anillo al dedo—. *So tell me what I see when I look in your eyes. Is that you, baby. Or just a brilliant disguise?*

«Entonces dime lo que veo cuando te miro a los ojos. ¿Eres tú, nena? ¿O simplemente un disfraz brillante?».

Ambos compartimos una mirada tan cómplice que podría haber hecho temblar los cimientos de cualquier civilización. Algo explotó esa noche en ese nosotros. En ese tú y yo. Algo que parecía estar escrito desde hacía mucho tiempo. Algo que quizás estaba predestinado a suceder… algo que empezaba a coger mucha fuerza. Y eso que yo soy un completo escéptico en esas mierdas místicas, pero te juro que lo noté. Y ella también lo notó. Ambos lo sentimos… se palpaba en el aire, algo muy nuestro que flotaba entre nosotros, danzando a nuestro alrededor y que incluso se podía casi acariciar con la yema de los dedos. Negarlo era de idiotas, pues su mirada escondía ganas, sensaciones, embrujo, vida. Y la mía… nostalgia, pasado, reminiscencia, pero también esperanza.

Las notas de la canción flotaban y se entremezclaban entre mis susurros y el par de rizos despeinados que les colgaban a ambos lados de la cara. Y pronto se anexó a mí. Entonando con cierto pudor algunas de las palabras, hasta acabar cantando al unísono conmigo.

—*But come the wee wee hours. Well, maybe baby, the gypsy lied. So when you look at me. You better look hard and look twice. Is that me, baby? Or just a brilliant disguise?*

«Pero vienen las primeras horas de la madrugada. Bueno, tal vez, bebé, el gitano mintió. Entonces, cuando me miras, será mejor que mires bien y mires dos veces. ¿Soy yo, nena? ¿O simplemente un disfraz brillante?».

La música seguía sonando de fondo, ahora le tocaba el turno a la segunda canción, *Hungry heart*. Lástima no convertirme en una de esas notas y poder revolotear a su alrededor como una mariposa para acariciar su piel con sutileza, adherirme a su cuerpo y penetrar en su mente para hacerla vibrar, soñar y sentir… hasta hacer estremecer cada parte de su ser.

Apenas levanté la mirada del camino de polvo y piedra, tratando de parecer circunspecto, pero no pude evitar girar la cabeza cuando mi acompañante llevaba demasiado tiempo sin cantar y sin dirigirme la palabra.

—¿En qué estás pensando?

—Nada en concreto.

—Siempre se piensa en algo. La mente nunca descansa.

Tardó un rato en responder, luego torció el gesto.

—En mis padres. Los echo de menos. Hace tiempo que no los veo.

Parecía que lo había liberado sin pensar, porque sus ojos sorprendidos y su mandíbula apretada así lo atestiguaban.

—¿No viven en Lokhart?

—No. Ellos… —titubeó—. Ya no.

—¿Por trabajo?

—Más o menos.

—¿Y tú? ¿No tienes más familia que Thomas y Dakota?

No sé por qué razón quiso cambiar de tema drásticamente.

—No.

Ahora fui yo quien parecía estar incómodo con ese tema.

—¿Y…?

—¿La madre de Dakota? —Acabé su frase.

Ella asintió en silencio. La miré, me miró. Retuve mi mirada unos segundos en la suya y luego la desvié a la carretera.

—Falleció cuando mi hija tenía meses.

—Lo siento.

—No te preocupes —mascullé e hice una pausa. Todo lo que envolvió a la muerte de Megan aún me mortificaba y me punzaba demasiado. Después de tanto tiempo, aún no había logrado limar la punta de los puñales que seguían clavadas en mi pecho—. Hace ya unos años.

—Debió de ser duro.

Me di cuenta por la rabadilla del ojo que estuvo tentada de coger mi mano para tratar de calmar mis ánimos, pero algo a última instancia le hizo cambiar de opinión.

—Debió serlo para ti y, sobre todo, para Dakota…

—Para los niños todo es más sencillo, principalmente cuando son tan pequeños. Te sorprenderías si supieras la fortaleza que tienen para superar los traumas.

De cualquier modo, sé que mi peque la echaba de menos y, por supuesto, yo también, pero ya no de la misma forma. Hace ya un tiempo que supe que era hora de dejarla ir. Dejarla descansar…

—¿La querías?

Me giré. Se había sonrojado completamente, del cuello a la frente.

—¡Perdona! Dios. Yo. No, no hace falta que respondas a eso… Lo dije sin pensar… Qué impertinente…

—Tranquila, no importa.

Negué con la cabeza y le sonreí. No tenía por qué ocultarle algo que fue real, tan real como que ella y yo estábamos en ese momento sentados en la camioneta rumbo a la fiesta del pueblo.

—Mucho. Me casé enamorado. Nos casamos enamorados.

Y al reconocer que estuve enamorado de mi mujer, el brillo de su mirada pareció perder intensidad.

—Eso es bonito.

—Sí, puedo sentirme afortunado por haber amado a una sola mujer en toda mi vida, y esa fue la madre de Dakota.

Un silencio incómodo se cruzó entre nosotros.

—Megan forma parte de mi pasado, Alex. —Mi voz sonó más ronca y vibrante de lo habitual

—. Y Dakota es mi realidad.

Quise darle a entender que mi mujer tristemente ya no estaba entre nosotros y que no era de recibo seguir anclado en alguien que nos había dejado, no por ser un lastre, porque no lo era, pero era conveniente pasar página. Y puede ser que en ese momento Alexandra no comprendiera el verdadero trasfondo de mis palabras, esas que dejaban muy claro que ella, al igual que mi hija, eran presente. Mi presente. El hoy y el ahora.

Y de pronto, al volver a tropezar con la mirada de Alexandra, ella me pareció tan cercana, tan de verdad. Y Megan… demasiado lejana, como si hiciera siglos de lo sucedido en Manhattan, de ese punto de no retorno.

Tragué saliva.

—Hemos llegado.

Ambos seguimos con la mirada fijada en la del otro, con temor a que uno de los dos dejara de hacerlo.

—¡Cabrón! ¡Baja ya de la puta reliquia de Thomas!

Roy golpeó el cristal con tanta fuerza que retumbó todo el interior de la camioneta. Luego puso sus manazas en la carrocería y empezó a sacudir el vehículo con virulencia como si se tratara de un neandertal.

—¡Salid, coño! —exclamó eufórico—. ¡El espectáculo está aquí fuera!

—Será mejor que le hagamos caso, no vaya a ser que siga tocándome las narices y le parta esa cara de gamberro que tiene. —Miré a Alexandra e hice un par de gestos con la cabeza refiriéndome a mi amigo.

—Sí, será lo mejor.

Me devolvió la sonrisa y se bajó del coche. Saqué las llaves, las guardé en el bolsillo trasero del pantalón y, nada más apearme, Roy me abrazó con efusividad, alzándome unos palmos del suelo.

—Tío, ¿qué te han dado de comer hoy?

—¿Hoy? —Se echó a reír a carcajadas—. Lo que me voy a zampar esta noche.

—Hola, Roy.

—¿Qué hay, Alex? —Mi amigo la miró de arriba abajo cuando esta se acercó a ambos—. Guay, morena, hoy estás para hacerte un traje de saliva.

—¡Roy! ¡No seas cerdo! —le sermoneé y fruncí el ceño—. No te pases.

—¡Qué coño! Salta a la vista que el vestido le sienta de vicio.

—Rooooy…

—¿Acaso miento? Que esté casado no significa que esté ciego.

—Pero como sigas por ahí, puede que te quedes mudo cuando te ponga la lengua por corbata.

Roy se echó a reír con la cabeza para atrás.

—No pasa nada, Jake. Lo dice de forma amistosa, no se ha pasado.

—No, sí que pasa.

—Vale, *my friend*, capto la indirecta y capto tu meada en mis pies. Ella es territorio prohibido. —Me besó en la frente—. Toooooda tuya. Voy a buscar unas birras, ¿queréis?

Asentí y Roy se marchó a la parada de bebidas más cercana. Y yo fui a la parte trasera de la camioneta para coger el sombrero y ponérmelo en la cabeza.

—¿A qué ha venido todo esto?

—¿El qué?

—No sé, dímelo tú.

Alexandra entrecerró los ojos.

—No sé a qué te refieres.

—Lo sabes perfectamente.

—Si te refieres a que no me gusta cómo Roy trata a las mujeres... Sí, es mi amigo del alma, pero no me gusta cómo os trata. Sin más.

Me miró directamente a los ojos, aguantándome la mirada y sin pestañear.

—¿A todas… o… o a mí? —balbuceó confundida.

—A todas en general, y a ti en particular.

Y era cierto, detestaba que los hombres trataran a las mujeres como ganado. Pero, aún me hervía más la sangre cuando alguien veía a Alexandra como un simple trozo de carne andante. Era algo que no podía soportar. Ella era mucho más que un envoltorio bonito. Era inteligente, divertida, espontánea, locuaz, fuerte, sensible, profunda y tremendamente dulce. Y muchas más cualidades que me moría por descubrir.

27
Urban cowboy

(James Bridges, 1980)

ALEXANDRA SIMMONS

La fiesta en el pueblo de Tarpley resultó ser toda una grata sorpresa para mí. Comí, bebí y me reí hasta dolerme la tripa como nunca antes lo había hecho en toda mi vida. Y me hicieron sentirme tan a gusto entre ellos como si fuera una más de la comunidad, consiguieron pellizcarme un trocito de corazón, que aquella noche se quedó para siempre en ese lugar.

Hacia media noche dieron paso al *Texas Two Step*. Según me explicó Juliet, una chica que estuvo sentada a mi lado en la cena, es la forma más común de bailar *country* con música *country* en Estados Unidos: se precisa de una pareja formada por un líder y un seguidor. Y, como en casi todos los bailes, el líder es representado por el hombre. Se baila en un círculo en el que las parejas avanzan en el sentido contrario a las agujas del reloj, realizando figuras aleatorias.

Pronto, nada más empezar a sonar *I like it i Love it* de Tim McGraw, todo el mundo buscó la pareja con la que salir a bailar. Entonces Jake, que estaba sentado a mi otro lado, empezó a mover una rodilla al ritmo de la canción. Se notaba que el *country* y ese ambiente corrían por sus venas. Se mostraba alegre, más abierto que de costumbre y atento a ayudar a que aquella fiesta fuese un éxito.

—¿Te animas?

Apagó su cigarrillo en un cenicero que había en la mesa e hizo un gesto con la cabeza señalando a medio pueblo que bailaba en el centro de la pista al aire libre de la Plaza Mayor.

—¿A bailar?

—Claro.

—Oh, no, no… soy una negada para eso. Soy *arritmática*…

—¿*Arritmática*? —Se echó a reír—. Te acabas de inventar esa palabra.

—Sí, lo sé. —Sentí que me ardían las mejillas—. Pero a buen entendedor…

—Ya. Que no tienes ritmo.

—¿Ves?, lo has pillado.

Se incorporó y echó un rápido vistazo a la gente que se divertía a solo unos metros, antes de que sus dedos rozaran los míos y apresaran mi mano. Y antes de que pudiera negarme, tiró con fuerza de mí hacia la pista.

—¿Qué haces?

—Camina, morena.

—Jake…

Me llevó casi a rastras hacia la multitud que, ajena a nosotros, bailaba y canturreaba campechana. Me sorprendió esa repentina forma de imponerse, de manejar la situación a su antojo y de obligarme a hacer algo que no me apetecía. Pero enseguida me di cuenta de que lo hizo para integrarme al grupo, para no quedarme arrinconada, para que disfrutara de sus arraigadas costumbres. En definitiva, lo hizo para llegar más a mí y yo acercarme más a él.

En seguida se detuvo a un lado de la pista y me plantó frente a él. Al instante clavó sus ojos en mí.

—No tengas tanto miedo a lo desconocido, Alexandra, a lo que no puedes controlar. Si tensas tanto tu cuerpo por temor a sentir sensaciones nuevas, al final vas a perderte… los matices de la vida.

Abrí la boca sin saber qué responder a eso. No era una chica tan estirada, ni metódica, ni aburrida. ¡Diablos, no era nada de eso! Me costaba encontrar ese punto de desmelene, eso era verdad. Pero ¡no era una anodina!

—¿Estás insinuando que soy una sosa?

La mirada que Jake clavó en mí a modo de respuesta fue muy penetrante.

—En absoluto. —Colocó su mano derecha sobre mi hombro izquierdo—. Venga, apoya tu mano derecha en mi brazo.

Me explicó que debía seguir sus instrucciones al pie de la letra. Luego separó su mano izquierda hacia el exterior por encima de la altura del pecho y me indicó que le cogiera la mano con la mía derecha; los músculos de sus brazos se tensaron bajo la fina tela de la camisa de cuadros arremangada por debajo del codo.

—¿Siempre consigues todo lo que te propones?

Solté un suspiro de resignación y le aguanté la mirada, aunque no pudiera sostenérsela más de ocho segundos seguidos.

—Casi siempre. —Esbozó una media sonrisa.

—Lo imaginaba.

—Calla y concéntrate, Alexandra Simmons.

—¡Sí, señor! —imité un alarido militar.

—Atiende. Es fácil, no tiene pérdida. Si no, fíjate en la gente que baila.

Cogí aire.

—El *Two Steps* consiste en andar dos pasos rápidos hacia delante con el pie izquierdo mientras que tú, la chica, debe dar un paso rápido hacia atrás con el pie derecho. Es decir, *quick-quick, slow-slow*.

Dio unos pasos a modo de demostración y, cuando creyó que ya estaba preparada tras pisarle la punta de las botas en tres ocasiones, nos unimos al coro. Y a la sazón, al cabo de un rato, entendí que, al liberarme de la vergüenza, podía saborear más las pequeñas cosas, como, por ejemplo, ese baile.

Divertido y estimulante, así se podría resumir lo que sentí al bailar con Jake. Dejarme llevar resultó ser un acierto, olvidarme del ridículo también lo fue. Liberar mi lado festivo,

despreocupado, bromista, sin duda, era de lo mejor que había hecho en mucho tiempo. Puede que siempre.

—¿Y decías que nunca habías bailado *Texas Two Step*?

—Nunca, vaquero.

Sonrió y me contagió su sonrisa.

—Pues nadie lo diría.

—¿Es un halago?

—Espero que sí.

De repente, cuando nuestras miradas se enredaron sin poder despegarlas del otro, un trueno inesperado fragmentó las risas que simpatizaban en torno a nosotros y un relámpago crispó el cielo. Te juro que ni siquiera me dio apenas tiempo de mirar a lo alto, notar una gota fría en la frente, luego otra y en cuestión de segundos un aguacero cayó con fuerza, empapando nuestros cuerpos y ahuyentando a la gente, que salió a cobijarse bajo los techos de las casas, las carpas de lona o cualquier otro lugar que evitara ponerse como una sopa.

Jake me puso su sombrero en la cabeza y, tomándome de la mano, tiró de mí para llevarme lejos de allí. Echamos a correr. Me dejé arrastrar bajo la lluvia que se hizo dueña del pueblo casi al instante, de la fiesta y de todos nosotros. Ya nadie permanecía en la pista, ni sentada en los bancos de madera, ni junto a la parrilla, ni siquiera los músicos que tocaban en vivo perseveraban en su sitio.

—¡Corre!

Un nuevo trueno rugió con rabia en lo alto de un oscuro cielo sin estrellas. La lluvia chocaba contra el suelo, rebotaba contra las vigas de madera y contra los bajos techos. En un instante todo se volvió caótico. Nunca había visto llover así, de esa forma tan impetuosa, como si Dios estuviera cabreado con el mundo.

Jake propinó una patada a lo que parecía la puerta de un cobertizo abandonado y entramos dentro. Luego la encajó para que no entrara la lluvia. La luz apenas se colaba por las rendijas de las ventanas tapiadas y las brechas del techo. Todo hay que decirlo: el lugar tenía cierto tufo a paja mojada, quizás se debiera a que en el pasado había servido de corral o algo similar.

—¿Estás bien?

—Sí, empapada hasta las trancas, pero entera.

Creí ver que rebuscaba algo en el bolsillo del pantalón, pues intuir es lo único que se puede hacer cuando no ves tres en un burro.

—¿Mejor?

Acababa de activar la linterna del teléfono y, la verdad sea dicha, no era para tirar cohetes, pero al menos podíamos ver más allá de nuestras narices. Enfocó el aparato a su alrededor hasta dar con un montículo de heno. Y… he ahí la procedencia del olor que había percibido al entrar.

—La lluvia en el mes de enero suele tardar en arreciar, así que será mejor que nos pongamos cómodos para esperar.

—¿Hablas de mucho tiempo? ¿De horas?

—Incluso días.

—¿Quéeeee? Entonces nos encontrarán pajaritos.

Abrí mucho la boca y vi cómo se le escapaba la risa mientras echaba a andar hacia ese rincón.

—Ven, Alex.

Al principio me lo pensé. Me quedé quieta. Te prometo que dudé en sentarme a su lado sobre esa paja… que a saber desde cuándo estaba ahí. No parecía estar podrida, pero sabe Dios si escondía algún que otro animalejo, como por ejemplo unas tijeretas o algo peor. Sí, como unos retorcidos y gelatinosos gusanos, o unas…

—Alex… —Palmeó a su lado tras dejar el móvil en el suelo a modo de improvisada lamparilla —. Ven.

—Voy.

Caminé tiesa hacia él y, al llegar a su lado, me incliné para retirar las hebras que parecían menos nuevas y luego aplasté con las manos el lugar en el que había decidido sentarme.

—¿Ves?, ¿a que no ha sido tan horrible?

No respondí a eso, porque acababa de clavárseme la puntita de una paja en la cara interior del muslo.

—¡Auuu! Mierda.

—Alex, ¿qué te pasa?

Recogí el bajo de la falda y empecé a deslizarlo hasta la altura de mis muslos desnudos e incluso más allá, para tener acceso con la mano al puñetero aguijón del diablo que me estaba matando viva. Y, al volver a alzar la vista, me quedé sin respiración cuando me di cuenta de que sus penetrantes ojos azules habían bajado la mirada hacia mis diminutas braguitas rosas de la marca Gilda & Pearl, con unos lacitos muy monos a los lados, antes de emitir un entrecortado y brusco suspiro.

—Jake…

No respondió.

Estábamos tan cerca que, a pesar del gorgoteo de la lluvia al caer, pude oírle tragar saliva, e incluso los acelerados latidos de su corazón. Su penetrante mirada gris no tardó en recorrerme sin disimulo el vestido que, empapado, se ceñía con impudicia a las curvas de mi cuerpo. Se deleitó tortuosamente en cada insolente pliegue, en cada sinuosa transparencia, en cada temblorosa exhalación de mi boca. Cruzamos la mirada. La suya era tan abrasadora que dejé de sentir frío al instante. Cogió aire y, al expulsarlo lentamente, su aliento rebotó en mis labios en un suave y placentero cosquilleo, demasiado delicioso.

—Alexandra…

No sé si fue por el tono cómo pronunció mi nombre con esa voz tan ronca y sexi o si fue el deseo que brillaba en su mirada lo que me activó el pulso de golpe y me acaloró las mejillas. Sofocada, me costó seguir respirando cuando de repente me quitó el sombrero y lo dejó caer a nuestros pies, para después sin apartar la vista de mis ojos, me retiró un mechón que tenía pegado a la cara; con una lentitud arrolladora deslizó el pulgar por el contorno de mi frente, y luego la ceja y después la sien, para, al fin, dejarlo tras la oreja.

La tensión que se mecía en el ambiente empezó a descontrolarse por momentos, salpicando

aquí y allá, por todas partes, el suelo, las paredes, el techo. Ya era imposible obviar la química y la atracción sexual existente entre nosotros. Algo que ya no podíamos contener, atar corto, inmovilizar.

—J-Jake…

Respiró hondo al oír pronunciar su nombre. Miré su boca, él la mía. Y a pesar de estar medio a oscuras, sentí una oleada de deseo atravesarme el pecho. Justo cuando estaba a punto de cerrar los ojos para dejar que los labios de Jake cubrieran los míos…

—Alex, no te muevas.

—¿Qué?

—Es-ta-te quie-ta.

Abrí los ojos como platos encontrándome con la cara de él casi adherida a la mía. No pude evitar estremecerme ante la proximidad, ante su mirada, ante su respiración tan cercana a la mía, y el aroma masculino y a tabaco que desprendía su cuerpo.

—¡¿Qué pasa?!

—No-te-muevas —Alzó un dedo en alto para que me callara y refunfuñó tan serio contra mi boca que te juro que se me quitaron todas las tonterías de golpe.

—Vale. —Lo solté con voz de pito al tratar de contener el aliento, pues no era muy dada a aguantar la respiración durante demasiado rato bajo el agua.

Me mantuve en silencio todo el tiempo que Jake centró su atención en llevar su mano con sumo cuidado a mi cabeza, a cámara lenta y justo a la raíz de una de las trenzas. Fijó la vista ahí, en ese punto en concreto. Sus ojos permanecían atentos, impasibles, igualitos a los de un cazador, observando tras la mirilla de su escopeta antes de disparar al blanco.

—Ya está…

Parecía haber atrapado algo con los dedos.

—¿Qué es? —pregunté, aunque no estuviese convencida de querer saber qué era.

—¿De verdad quieres verla?

—¿Verla?

—No te lo aconsejo.

Se incorporó cuan alto era con la mano cerrada en un puño.

—¿Es un bichito de esos verdes de la ropa?

Sonrió y me miró desde lo alto.

—¿Te refieres a un chinche verde?

Me encogí de hombros.

—No. Es una tarántula.

Con destreza había cogido por las patas delanteras a esa araña peluda como quien coge una hormiga, y su abultado cuerpo quedó colgando.

—¡Dios! —Era repulsiva y era de las grandes—. ¡Qué asco!

Jake se encaminó hacia la puerta, que seguía entornada para no dejar pasar la lluvia. Las tablas de madera crujieron bajo sus pasos.

—¿Qué haces?

—Liberarla.

—¿Liberarla? —Me entró repelús solo de pensarlo, por si se le ocurría volver a anidar en mi cabeza con la intención de ¡poner huevos!— ¿Acaso te crees Jesse para tener que liberar a Willy? ¡Písala, anda!

—Todos los seres vivos tienen derecho a la vida, incluido los feos.

Me miró de soslayo mientras se mordía el labio para esconder una sonrisa. Abrió la puerta, sacó la mano y dejó libre al bichejo. Y, de repente, un aire tan gélido y húmedo como si se hubiesen dejado abierta la puerta de un congelador, se coló por la obertura.

—Parece que ha parado de llover, deberíamos aprovechar para volver al rancho.

Asentí, aunque me costó horrores, pues apenas podía moverme.

—¿Estás bien, Alexandra?

Se acercó a mí a grandes zancadas. Y, al quedar frente a frente, sus grandes y expresivos ojos repasaron todo mi cuerpo, revoloteando incesante, deleitándose más de la cuenta en mi cara. Al poco, me devolvieron la mirada y se quedaron un rato ahí, mirándome. Y que me mirara así tan… directamente, me ponía muy nerviosa.

—Joder, pero si estás temblando —masculló evaluándome—. Ven aquí.

Jake Maverick me pilló por sorpresa al empezar a frotarme los brazos para que recuperara el calor corporal con brío, pero al mismo tiempo lo hizo con un mimo tan inusual que resquebrajaba toda mi estabilidad.

—Sigues temblando… Maldita sea.

Y era verdad, estaba muerta de frío.

Me acogió entre sus brazos y mi cara se acunó entre el arco de su cuello y su pecho. Mi corazón se saltó un latido cuando oí el golpeteo de su corazón en mi oído. ¡Bum, bum! ¡Bum, bum! Cada vez más rápido, más intenso, más profundo. Hundí la nariz en su garganta.

—Uf…

Una de sus enormes manos, que era como dos de las mías, frotaron mi espalda sin descanso y su cuerpo pegado al mío… simulaba una verdadera estufa humana. Ese abrazo prolongado entre ambos fue reconfortante, estimulante y tan efectivo que enseguida empecé a sentirme mejor. Y, además, ¡madre mía lo bien que olía…! Te juro que podría acostumbrarme a que me tuviese así todos los días de mi vida, pegadita a su cuerpo, deleitándome con ese olor tan personal suyo, con un balance perfecto entre suavidad, calidez y masculinidad. Un aroma que me recordaba a las rosas, la canela y el cuero, pero con un toque sexi y cautivador. Y si a todo eso se le sumaba la grave voz, el cuerpazo cincelado para el pecado y la arrolladora personalidad de Jake, pues… ¡apaga y vámonos!

—Lástima que mi ropa no esté seca, de lo contrario ya me hubiese desnudado para ponértela a ti.

De pronto, tal y como se pegó a mí como una lapa, se apartó como si entre nosotros no hubiese ocurrido nada. Me miró a los ojos y admito que observarlos fue una condena sentir por primera vez su ausencia en ellos.

—¿Mejor? Dime que estás mejor.

Asentí y él esbozó una sonrisa más relajada. Luego se apresuró a acabar de abrir la puerta, que chirrió como si le hubiese pisado la cola a una rata; me sugirió que era mejor irnos tras mirar al cielo y pronosticar más lluvias. Le seguí. Caminamos en paralelo tres calles antes de subir a la camioneta, con la suela de las botas aún resbaladizas por el barro que tenía adherido y la ropa aún humedecida. Encendió la calefacción, eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos para dejar la mente en blanco, pues solo la suavidad de su mano rozando sin querer mi pierna al cambiar de marcha logró espabilarme.

Unos veinte minutos más tarde, tras dejar el vehículo aparcado frente a la Casa Grande, salimos en dirección a la cabaña, dejando atrás las cuadras, el granero… y las ganas que tenía de volver a sentirme entre sus brazos. Todo quedó allí, arrinconado entre los altos y frondosos árboles y las hirsutas montañas de fondo.

Subí los peldaños del porche de acceso a la puerta de entrada y anclé la llave en la cerradura. Me giré para darle las gracias por la velada, la cena, el baile, su compañía… por todo, pero él se adelantó.

—Gracias por esta noche, Alex.

Le miré. Me miró. Nos miramos intensamente, tanto que incluso parecía rozar de puntillas el ser demasiado íntimo para dos casi desconocidos.

—Ha sido un placer.

Advertí cómo un vahó se le escapó de forma deliciosa cuando se curvaron sus labios en una sonrisa y este se elevó hasta desvanecerse en la noche.

—Entra en casa, Alexandra. Vuelves a temblar.

Suspiré sonoramente.

—Sí, por lo visto el frío se ha empeñado en calarse en mis huesos y no piensa dejarme ir.

—Deberías quitarte esa ropa mojada, darte una ducha para entrar en calor y ponerte algo seco. Y descansar, meterte en la cama y…

—¿Quieres entrar?

Se quedó unos segundos en silencio, mirándome.

¡Oh, Dios!

Abrí los ojos y contuve el aliento al darme cuenta de aquello que acababa de decir sin pensar en las consecuencias, soltándolo así, como si tal cosa. Y no era así… ¡Acababa de invitarle a pasar dentro, a mi cabaña, a dormir en mi propia cama! Mierda. Sentía el corazón palpitar en mis oídos.

Lógicamente tuvieron que transcurrir unos segundos bastante incómodos en los que solo se oyó la respiración del otro y unas hojas meciéndose en la copa de los árboles más cercanos, antes de que él abriera la boca sopesando la respuesta tras haberla debatido consigo mismo.

—Alexandra… Si hoy entro en la cabaña, tú y yo sabemos perfectamente lo que va a pasar.

Se frotó la nuca algo confuso, con la mano, al tiempo que aguantaba la respiración, como si le siguieran asaltando mil dudas, como si las palabras que había pronunciado no casaran con sus pensamientos. Su mirada nunca había sido tan penetrante ni sus pupilas tan oscuras, apenas se podían discernir en ellas algunas vetas azules.

La tensión volvió a crecer a nuestro alrededor, intensa, urgente, rabiosa.

—Lo sé, lo sé. ¡Dios! Perdona. Se me ha ido la pinza. Olvídalo, ¿vale?

Ahora sí, un nuevo atisbo de duda cruzó su mirada. A decir verdad, era la misma duda que me había invadido a mí. Y lo peor de todo es que deseaba que entrara. Quería que entrara, quería tenerle conmigo en la cabaña; eso desde luego.

—Bien. Buenas noches, Alexandra.

Se agachó para darme un beso en la frente.

—Buenas noches, Jake.

Y se giró dándome la espalda. Y yo me metí en la cabaña y cerré la puerta tras de mí para acabar apoyada con la espalda en la madera. Cerré los ojos y solté un hondo suspiro. Mi corazón iba a mil, tan rápido que pensaba que iba a salírseme del pecho o explotar de un momento a otro. ¡Boom! Permanecí allí durante varios minutos, pensativa, recreando todo lo sucedido. Las miradas cómplices entre ambos, sus brazos envolviendo mi cuerpo, sentir sus manos moviéndose en círculos en mi espalda, la calidez de sus labios sobre mi piel, el olor de su cuello, el palpitar de sus venas en mis mejillas…

Sacudí la cabeza para dejar de pensar en él, para no pensar en nada, y me descalcé. Me acerqué a la chimenea, avivé las ascuas con unas pastillas y encendí un tímido fuego. Froté mis manos y las extendí para aclimatarlas al calor de las llamas, aún sentía entumecimiento en las yemas de los dedos y en las primeras falanges.

Poco después, encendí el iPod y enseguida empezó a sonar de forma aleatoria, de entre todos los títulos almacenados, *Bleeding Love* de Leona Lewis. Descorché una botella de vino tinto y, sin esperar a oxigenarlo, rellené el tercio de una copa. Más tarde, hice girar el grifo de la bañera, puse la mano bajo el chorro para comprobar la temperatura y espolvoreé sales minerales cuando el agua llegó a la mitad. Y no pude evitar no prender unas velitas con olor a vainilla y canela para después depositarlas en el suelo, recreando un caminito imaginario sobre las baldosas ajedrezadas.

Resultó que, cuando iba a dar el primer sorbo a la copa de vino y me disponía a desprenderme del *nagajuban* (una delgada camisa de seda más corta que un kimono, por lo que las mangas y el dobladillo no se pueden ver por debajo. Esa fue la única ostentosidad que me había traído en la maleta de Beverly Hills para no olvidar mis raíces) aporrearon la puerta. Una vez, dos veces… y hasta una tercera vez. ¡Toc-toc-toc!

Caminé descalza hacia allí, suscitada por la curiosidad. Miré de soslayo el reloj de pared que había sobre la chimenea. Eran pasadas la una y media de la madrugada.

Quité el pestillo y abrí.

—Alexandra… —Noté cierta nerviosidad en su deje de voz.

Permanecí inmóvil, con una mano sosteniendo la puerta entreabierta, pestañeando perpleja, concibiendo cómo la tensión del momento se enroscaba en nosotros cuando él clavó sus ojos de un añil exquisito en mí, después de deslizar su mirada por todo mi cuerpo de arriba abajo y de los pies a la cabeza, perezosamente, sin prisas, como si pretendiera memorizar cada instante, cada detalle, cada resuello en su retina.

—Jake, ¿qué ocurre?

Respiraba trabajosamente, entre jadeos, como si hubiese atravesado el sendero que conduce de la Casa Grande a la cabaña en esprint.

—Sé que no debería estar aquí.

Sus ojos franquearon mi mirada y luego se deslizaron sinuosos a mis labios. Le oí suspirar hondo instantes antes de que se me dispararan las pulsaciones. Tragué saliva, una, dos, tres veces.

—Pero, joder… Alex. —Negó con la cabeza—. No sé qué demonios me pasa cada vez que estoy contigo. Y… lo peor de todo es que me confunde no saberlo y me perturba aún más tener que recurrir a esto para averiguarlo. Porque no debería estar aquí, porque no debería cruzar esa delgada línea, porque deberíamos pensar en las consecuencias…

Dejó la frase a medio pronunciar cuando un remolino de aire gélido se coló por la puerta, enroscándose en mis gemelos desnudos. Me estremecí por la confusa sensación del frío en mi piel y del fuego en su mirada cargada de indecisión.

Mirarlo era adictivo. Narcótico. Sensual…

No tardó en dar unos pasos acercándose a mí, acortando la distancia que nos separaba y apoyando la palma en el quicio de la puerta mientras recuperaba el aliento. Y siguió observándome con los ojos entrecerrados, lobunos, hambrientos de deseo, repasando, resiguiendo, memorizando cada rasgo, cada lunar, cada surco de mi cara sin cautela, sin contenerse, dejando que fluyera…

De repente, en ese instante supe qué estaba pasando. Y me di cuenta de lo mucho que me deseaba, que yo lo deseaba. Lo necesitaba, joder. Tenía ganas de besarlo, de que me besara, de morder sus labios. Introducir las manos en su pelo, reseguir su piel con la yema de mis dedos.

—¿Quieres pasar?

Esa fue la segunda vez que se lo pregunté aquella noche, siendo en esta ocasión casi un ruego. Quería que diera el paso, que entrara en la cabaña, que entrara en mi vida y que se quedara en ella para siempre.

—Creía que nunca me lo ibas a volver a pedir.

Distraída e hipnotizada por la preciosa sonrisa que enmarcaba sus labios, terminé de abrir la puerta para que entrara en la cabaña. Mi pulso se aceleró de golpe cuando cerró la puerta a sus espaldas de un golpe de talón y nos quedamos uno frente al otro, erguidos, en silencio, mirándonos a los ojos, conteniendo la respiración a duras penas, tratando de liberar las ganas que nos teníamos.

—Hola.

—Hola.

Dio un paso hacia mí, luego otro y otro. Alargó su mano, enmarcó mi cara. Nos miramos sin prisas. Tragué saliva antes de quedarme seca, incluso antes de que sus dedos se deslizaran delicadamente cual experto pianista por mi cuello hasta el arco de mi nuca; antes de que sus yemas resiguieran el cuello cabelludo y se enredaran en mi pelo húmedo, antes de que su boca buscara la mía y sus labios presionaran los míos con anhelo, con fuerza, con impaciencia, con

cierta brusquedad, con un deseo desmedido que ya era imposible reprimir, de censurar. Le devolví el beso entre gemidos. No recordaba haber sentido nada igual, nunca. Sus labios presionando los míos, la explosión de sensaciones era tan arrolladora y tan intensa que todo mi cuerpo empezó a temblar bajo sus caricias y un cosquilleo placentero se apoderó de todo mi ser.

Anhelo, calor, necesidad…

Entonces, antes de seguir, se detuvo, dejó de besarme para acoger mi cara entre sus manos y pegar su frente en la mía.

—No deberíamos hacerlo. —Soltó un suave jadeo con la voz ronca y yo respiré entrecortadamente cuando deslizó las manos por mi cintura y me atrajo hacia él.

—Es cierto, esto no está bien, no deberíamos… —Suspiré en su boca medio aturdida cuando mi pecho se pegó a su torso y noté su excitación en mi vientre. Me había quedado sin aire.

—Creo que… debería irme, o no podré parar.

Inspiré hondo con dificultad cuando deslizó el pulgar por la comisura de mi labio inferior.

—No quiero que te vayas, no quiero que pares de besarme.

—No pienso dejar de hacerlo.

Su mirada se clavó en mis labios antes de volver a cubrirlos con los suyos. Todo empezó a encajar, su boca en la mía, nuestras lenguas buscándose, enredándose, los sabores de nuestras salivas unificándose, nuestras manos descubriéndonos a su paso, mis caderas buscándole a la desesperada. Gemí, temblando cuando deshizo el cinturón que rodeaba mi cintura y sus manos acariciaron mi piel desnuda, sus dedos estremeciéndose a su paso.

—Oh, Jake…

Me costó respirar y casi me quedé sin aliento al meter la mano por debajo de su camisa, tantear su abdomen a ciegas con la yema de mis dedos y distinguir la rugosidad de una cicatriz bastante grande, algo abultada; al ascender por su torso, noté una segunda, algo más pequeña. Y durante todo el tiempo que mi mano recorría su piel desnuda, trató de aguantar la respiración, como si esas heridas aún no hubiesen cicatrizado, como si estuviesen tiernas o como si se hubiese soltado algunos puntos después de mucho tiempo. Se tensó bajo mis yemas, se quedó quieto y dejó de besarme por un momento. Tragó saliva y hundió su cara en mi pelo. Respiró hondo y tensó la mandíbula.

—Alex…

—Shiiiii… —le susurré bajito en su oído mientras las puntas de mis dedos se deslizaron por su mejilla, acariciando el pómulo, recorriendo el arco de la mandíbula—. Déjate querer… déjame quererte…

Se le aceleró la respiración cuando, sin dejar de mirarlo a los ojos, mis dedos desabrocharon la camisa, botón a botón. Me deshice de ella, dejándola caer al suelo y luego me arrodillé ante él para concentrarme en su abdomen, notando cómo la tensión de sus músculos disminuía a medida que iba depositando un reguero de besos cálidos y suaves en ambas cicatrices. Su aliento se detuvo un segundo, dos, tres… Ni siquiera osé preguntarle por la procedencia, sencillamente seguí besando esas marcas.

Tragué saliva cuando un susurro ininteligible se escapó de sus labios, nunca supe lo que dijo,

tampoco me importó. A veces sobran las palabras cuando las sensaciones hablan por sí solas.

Jadeó y gruñó mi nombre cuando mis dedos se deslizaron por el escaso vello rizado que se perdía entre la cinturilla de los pantalones.

—Ven…

Acto seguido, me alzó cogiendo mi mano y trenzando sus dedos con los míos para después tirar de mí hacia la cama. A esas alturas el deseo, el anhelo y las ganas por descubrirnos lo dominó todo. Y allí, al pie de la cama, acabamos de desvestirnos.

Me miró antes de cogerme del cuello e inclinarse hacia mí para besarme con una ternura extrema y con tanta dedicación que me temblaron hasta las rodillas, tanto que me quedé sin aliento y el corazón me latía desbocado.

—Esto ha sido solo un anticipo de lo dulce que voy a hacerte el amor, Alexandra.

Me sonrió con la mirada, penetrante, ardiente, salvaje, y después me tendió en la cama. Nos besamos tanto y tanto rato que nos dolieron los labios, nos acariciamos con tanto anhelo que se nos enrojeció toda la piel, nos descubrimos tanto el uno al otro que nos dio miedo reconocer que nos necesitáramos tanto sin saberlo. Porque Jake era como una sensación cálida y placentera en el pecho, una suave brisa en mi cara, un olor fiero y delicado al mismo tiempo. Nunca había conocido a nadie tan intenso como él y nunca habían explotado en mí mil sensaciones de color al mismo tiempo.

Fue inevitable sentir. Sentir con la piel, los ojos, las manos, el cuerpo, las entrañas. Como también fue inevitable no enamorarme sin remedio de mi particular vaquero de Texas. Pues Jake Maverick, poco a poco, se me había calado hasta los huesos, alojándose tras mis costillas, en mi corazón, sepultándose como en una caricia en lo más profundo de mi alma.

28
Jugando por amor

(Gabriele Muccino, 2012)

JAKE MAVERICK

—Debería irme, Alexandra.

—Mmmm… —ronroneó melosa en mi boca mientras enroscaba sus piernas en mis caderas para que permaneciera más tiempo meciéndola entre mis brazos. Se apretó fuerte a mi cuerpo—. Vamos, quédate esta noche.

Sentí su súplica en la mirada y su cálido aliento susurrando en mi oído.

—No puedo dejarlos a solas tantas horas. Ya sabes que Thomas empieza a no estar capacitado para quedarse al cuidado de Dakota.

La besé en el pelo revuelto, cerré los ojos y retuve mis labios ahí varios segundos. Olía a una sensual mezcla de lluvia, vainilla y sexo, a habernos hecho el amor despacio y con todos los sentidos y a las ganas que nos habíamos estado reprimiendo. Aún estaban palpitando en mi piel todas las sensaciones que había experimentado. Sonreí feliz, porque por fin, desde hacía mucho tiempo me sentía completo con una mujer, y no vacío. Y eso, en cierta forma, me halagó y abrumó a partes iguales, porque jamás había conectado con nadie igual ni sentido nada parecido, sin tener en cuenta a Megan, de eso estaba seguro. Con Alexandra era diferente, quería que fuese diferente.

—Te prometo que te compensaré.

Le tatué un beso en el hombro antes de incorporarme de la cama y antes de que sus brazos se desprendieran de mi cintura. Estaba tentado de quedarme allí, a su lado y volver a perderme entre sus sábanas, lamer su piel y perderme en su sexo, con ganas de hacerle el amor en cada rincón de esa cabaña, de aprenderme su cuerpo de memoria. Forjar un nosotros y que cada segundo fuese perfecto, diferente, solo de ella y mío. Alejé esos pensamientos de mi mente o sucumbiría a sus deseos. Y entonces, un pellizco en el pecho me sirvió para darme cuenta que la iba a querer muchísimo, que Alexandra iba a ser una pieza clave en mi vida; pensar en la posibilidad de perderla, esa simple idea vagando por mi cabeza, me ahogaba.

—No quiero que me compenses, quiero que te quedes —protestó melosa—. Anda… quédate solo un ratito más.

Me sostuvo la mirada unos segundos.

—Alex… no puedo. Debo irme.

Empecé a recoger mi ropa, que estaba esparcida por el suelo, y me vestí mientras ella me observaba en silencio. Y me di cuenta de que no desviaba la mirada de mis cicatrices.

Un par de fuertes latidos golpearon mi pecho y se me encogió el corazón. Solté el aire poco a poco y me froté la cara con las manos.

—Escucha, he de explicarte muchas cosas que no sabes de mí.

—Ni tú de mí —suspiró algo cohibida.

Acabé de abrocharme los últimos botones de la camisa sin desprenderme de su mirada.

—Lo sé, habrá tiempo de todo. —Le sonreí y asentí antes de reptar por la cama con las manos hasta chocar contra sus labios. La besé despacio, saboreando ese instante. Sus besos eran tan dulces y adictivos que parecían pura droga—. Duerme un poco y descansa.

Le di un beso en la punta de la nariz y después nos quedamos mirándonos bastante tiempo a los ojos, acaricié su cara.

—Eres increíble, Alex.

«Tan increíble que me da miedo enamorarme de ti», pensé para mis adentros por miedo a confesárselo y que huyera al saber que mis sentimientos iban demasiado deprisa.

Esbozó una sonrisa tan bonita y sincera que iluminó toda su mirada. Abrió la boca para responder, pero yo me adelanté.

—Morena, venga, nos vemos luego, ¿vale?

La besé en los labios y salí de la cabaña. Cerré la puerta y un aire gélido me abrazó de camino a la Casa Grande mientras sentía un tirón en el estómago en forma de anhelo al notar que no podía quitarme a Alexandra de la cabeza, porque ya la estaba echando de menos.

29
Las novias de mis amigos

(Tom Gormican, 2014)

ROY JONES

¡Que me aspen! Coño, qué putas piernas tenía la rubia… ¡Y qué culazo!

Crucé la calle sin mirar, aún a riesgo de que me atropellara un coche y corrí hasta esa desconocida sin pensármelo dos veces; acababa de rompérsele uno de los tacones de aguja y a punto estuvo de partirse la crisma.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

La sujeté del codo para ayudarla a recomponerse y entonces levantó la vista cruzándose con la mía. Joder. Era una puta diosa, era digna sucesora de Afrodita, tanto, que yo mismo me atrevería a esculpir con mis propias manos su cuerpo desnudo en mármol. Era como la diosa del amor en estado puro; diosa de la belleza en cuerpo y alma; diosa de…

—¿Caperucita Roja? ¿Eres tú?

—Hostia, *¡che figata!* —prorrumpió ella medio en italiano, medio en inglés boquiabierta—. Jack Sparrow, dichosos los ojos que te ven.

—El mundo es un pañuelo.

—Sí, uno lleno de mocos asquerosos y viscosos.

Sonreí burlón. Ni en mis mejores sueños húmedos me hubiese esperado volver a coincidir con ella en esta vida, ¡con ese pedazo de hembra! Porque, entre tú y yo, desde aquella noche en Las Vegas, esa en la que nos bebimos hasta el entendimiento y follamos como posesos, te juro que me fue imposible desmembrar de mi cabeza todas y cada una de las barbaridades que me hizo...

Y solo de refrescar cada recuerdo la polla se me volvía a poner dura como una piedra… ¡Menuda fiera, joder! Nunca antes había conocido a nadie igual y, créeme que lo atestiguo con conocimiento de causa, pues las he probado de todos los gustos, colores y sabores. Y te doy mi palabra de que, por aquel entonces, el listón tan alto que dejó Caperucita Roja en mi vida no lo había superado nadie, incluso ponía en duda de que osaran hacerlo alguna vez.

¡Puto éxtasis de mujer! Y menudo carácter tenía la muy pécora… Te prometo que nada de ella tenía desperdicio, y eso me excitaba hasta límites inopinados.

—¡Mierda de zapatos! —Renegó mientras trataba de erguirse a duras penas, apoyándose en mi hombro. Me cago en la puta, qué bien olía. Daban ganas de arrancarle la ropa a mordiscos y follártela allí mismo, joder—. Me duele muchísimo. Creo que me he hecho un esguince… o algo peor.

—A ver, déjame echarle un vistazo.

—Joder, Jack ¿además de pirata también eres médico?

Sonreí de medio lado, picarón.

—Seré lo que tú quieras que sea, mi rubia.

—Bueno, lo cierto es que ese rol de médico/paciente siempre me ha dado mucho morbo… —La oí murmurar juguetona mientras se pasaba la lengua por el labio inferior y mi pobre polla pegó un respingo en el interior de los vaqueros.

—Cómo te gusta jugar con fuego.

—Y… ¿te quemo?

Joder, cómo se las gastaba la rubia. Estando ebria se había comportado de forma muy desinhibida. Sin embargo, en ese instante me di cuenta de que no le hacía falta beber para vomitar por esa boquita todo lo que se le pasaba por la cabeza, así sin filtros, como los berberechos, al natural.

No le respondí, reprimí una risa, tampoco era plan de dárselo todo mascado. Iba a hacerla sufrir un poquito más. Aunque para ser sinceros, la cuestión era que mi nivel de aguante empezaba a mermarse por momentos y a costarme disimular la excitación que esa mujer provocaba en mí.

Me acuclillé para inspeccionar su tobillo derecho y evaluar el nivel de gravedad. Parecía haberse inflamado, además de apreciarse hipersensible al tacto.

—¡Auuuu, coño! —aulló sin reprimirse un ápice cuando presioné ligeramente el hueso.

—No seas tan quejica.

—¡Me duele, hostias! —farfulló—. Si quieres te pego una patada en las pelotas y así ambos estamos en paz. ¿Qué te parece?

—Que si me lastimas precisamente ahí… —Me acerqué a su oído—. Sería como echar piedras en tu propio tejado.

—¿Por qué? ¿Acaso piensas que vas a correr la misma suerte que en Las Vegas y te vas a tirar a la protagonista del cuento infantil? —escupió sin tapujos, y yo volví a sonreír, esta vez de medio lado.

Mi entrepierna dio una nueva sacudida, esta vez más briosa.

—Oye, ¿puedes apoyar el pie?

Cambié de tema presuroso porque, si seguíamos calentándonos así, de mala manera, iba a conseguir que la cargara a la espalda como un saco de patatas y la follara en el primer lugar que encontrara apartado de miradas indiscretas. Un lavabo, un callejón, mi coche… qué se yo. De seguir en sus trece, no descartaba desnudarla en medio de la calle y saciar mi voraz apetito allí mismo.

—Mmm… creo que no.

—Ey, vamos, prueba.

Como una buena nena que se preciara, ella hizo caso a pies juntillas a mis indicaciones. Apoyó ligeramente el talón en el pavimento, pero no fue capaz de retenerlo allí por mucho tiempo, así que tuve que rodearla por la cintura para que no perdiera el equilibrio y cayera contra el suelo.

—Tengo malas noticias, rubita. —Busqué sus ojos y clavé mi mirada en ellos. ¡Qué guapa era,

maldita sea!—. Me temo que todo apunta a que tu intuición ha acertado: tienes un esguince de tobillo.

—¡No fastidies! *Cago su tutto!*

—¿Dónde estás hospedada?

—¡Eiiii! ¡Alto, vaquero, no te precipites o te vas a estampar contra el muro! Me parece que has puesto la quinta marcha muy rápido.

—No pienso dejarte así, marcharme tan alegremente, y si te he visto no me acuerdo. —Apreté más su cuerpo al mío para compensar más el peso en el brazo—. Además, tienes ante ti al hombre más tozudo que ha parido madre.

—*¡Va fan culo, Jack!* Olvidas que tienes ante ti a una italiana de pura cepa y…

—¿Dónde te hospedas? —insistí—. No hagas que tenga que preguntar a cualquier vecino de Bandera. Recuerda que somos ochocientos habitantes y que sería un juego de niños adivinar en cuál de los tres hoteles te escondes.

—¿Me escondo?

—Eso parece.

Tardó unos segundos en responder, sopesando qué decirme. Al final, logré mi objetivo.

—En el Best Western Bandera Suites & Saloon. ¿Satisfecho?

—Eso te lo diré cuando te lama con la lengua enterito el cuerpo y te haga un traje de saliva.

Me resultó muy gracioso el gesto de sorprendida que puso ante mi declaración de intenciones. Fui claro, conciso y no le mentí en ningún momento. La cuestión era que íbamos a echar un polvo, o dos, y que, además, ella lo sabía. Fin de la historia. Por favor, no vayamos a ser tan hipócritas a estas alturas de la película.

—Andando.

La acompañé al hotel a pata coja, ella colgada de mí y yo sujetándola de la cintura.

Como cabía esperar, la habitación trece era pequeña, sencilla y con un mobiliario bastante básico: una cama, una mesita de noche, una lamparita con la tulipa a juego con las cortinas y el edredón, un armario de una sola puerta, un lavamanos y poco más.

Toda la estancia olía a ella, al mismo olor que emanaba cada poro de su blanca piel, delicado e intenso a la vez, como si fuesen toques florales con sutiles pinceladas de ámbar. Una fragancia que te doy mi palabra de que no pasaba desapercibida y que dejaba una estela allá por donde pasaba.

—Ya puedes soltarme, Sparrow —comentó sentándose al pie de la cama—. Agradezco que hayas tenido el gesto de socorrerme y traerme al hotel, pero tu heroicidad ya caducó. Y, a propósito, puedes irte, soy mayorcita y sé apañármela muy bien sola.

—No lo pongo en duda.

Señalé a la mini nevera.

—¿No vas a invitarme a tomar algo?

—Mira, Jack. Ahora mismo lo que me apetece es descansar. Sola.

Me rasqué la nuca y escupí una risa.

—¿Me estás echando?

—A ti no, a la alianza que llevas en el dedo.

Señaló mi mano y la clavó allí.

—¿Esto? —prorrumpí al sentirme acorralado. Luego solté una carcajada—. ¿Desde cuándo importa estar casado para no echar un polvo?

Sus ojos ambarinos me atravesaron por completo, mi arrebato infantil no le había hecho ni pizca de gracia.

—No quiero problemas —sentenció algo incómoda.

—Por lo que a mí respecta, ya nos hemos acostado. —Le sonreí como un completo idiota—. ¿Qué más dará si fue antes o después de contraer matrimonio? El orden de los factores no altera el producto.

—No has entendido nada.

Ignoré sus palabras e hice oídos sordos, no quería irme. Fui a la nevera y cogí un par de birras, sintiendo un incómodo silencio revolotear en esas cuatro paredes. Sujeté la botella por el cuello y, con la ayuda de un encendedor, hice palanca para hacer saltar las chapas.

—Toma, a ver si así se te bajan esos humos.

—¿Pretendes emborracharme para poder follarme?

—Dudo mucho de que haga falta recurrir a esa fea artimaña para follarte. Tengo sed y, si quisiera follarte, te follaría. Punto.

—Ya, claro.

Di un sorbo largo y la miré desde lo alto, sin quitarle el ojo de encima. Aquella mujer era toda una tentación.

—¿Qué mosca te ha picado? —fruncí el ceño—. ¿Qué problema tienes en acostarte conmigo? Mi mujer no va a enterarse.

—No fastidies, qué cínico eres —masculló y arrugó la nariz.

—No vayas ahora de moralista por la vida, joder. —Resoplé con hastío—. ¿Qué más te dará mi mujer? ¡Ni siquiera la conoces!

—Y, por lo visto, ella a ti tampoco.

Me quedé callado y noté que me ardían las mejillas hasta las orejas. Al fin y al cabo, contadas eran las personas que a lo largo de mi vida habían conseguido eso de mí, esa exasperación tan inminente que me dejara fuera de juego. Yo, que siempre había presumido de tener recursos lingüísticos para todo y para todos, me quedé falto de palabras con ella.

¡Maldita seas! ¡Tan turbadora como sensual a la vez!

Me removí el pelo, crispado y deposité ambas botellas sobre la mesita de noche, la mía a medio beber y la suya, enterita. Luego me incliné y acomodé las rodillas en el suelo, frente a ella, para que nuestras miradas quedaran a la misma altura. Después de todo, necesitaba mirarla a los ojos para explicarle con pelos y señales la locura que estaba a punto de cometer.

—Voy a besarte. —Mantuve los ojos fijos en los suyos—. Y quiero que te quede claro de que se trata de una advertencia y de que no te estoy pidiendo permiso.

Ella se mostró dubitativa una sola fracción de segundo, solo una, antes de tomar una bocanada

de aire, sonreír traviesa y, de un repentino arrebato, cogerme del cuello y devorar mi boca. Luego, con impaciencia, nos desvestimos a manotazos e hicimos todas y cada una de las perrerías sexuales que tu cabecita loca pueda nunca imaginar.

Todas…

30
Eduardo Manostijeras

(Tim Burton, 1991)

JAKE MAVERICK

—Pero… ¿te quieres estar quieto de una santa vez?

—Es que empiezo a pensar que no ha sido tan buena idea.

—Ahora ya es tarde.

—Alexandra, cielo —insistí sin moverme un ápice cuando, ni corta ni perezosa, se colocó frente a mí tomando un mechón de pelo húmedo del flequillo entre sus dedos, estirarlo y decidir cuantos centímetros quería cortar—. ¿Seguro que habías hecho esto antes?

—Ui, s-sí… —dijo dubitativa.

—Eso ha sonado poco convincente —dije a regañadientes.

—Oye, Jake Maverick.

Separó mis rodillas para colocarse entre mis piernas y a mí se me empezaron a disparar las pulsaciones de golpe por su estrecha cercanía. Además, te informo que yo estaba sentado en un taburete cojo en el cuarto de baño y ella de pie, con una afilada arma blanca entre las manos, y que el olor de su perfume junto al de su piel aumentaban las ganas que tenía de meter la mano bajo su ropa, pues no hacía falta ser muy intuitivo para saber que todo eso no ayudaba demasiado a permanecer inmóvil.

—¿Qué, Alexandra Simmons?

—Voy a cortarte el pelo, te guste o no. Con tu permiso o sin él. Llevas unas greñas que hasta el melenudo Chewbacca de *Star Wars* lo lleva más saneado que tú.

—¿En serio? ¿Vas a compararme con él? ¡Me cago en todo lo que se menea! Pero, si es un puto *Alaskan malamute* a tamaño humano, eso es en lo que George Lucas se inspiró.

Me reí y ella aprovechó mi falta de atención para cortarme un mechón de pelo.

—Pero, ¿qué haces, morena?

—Ala, ya está, cortado. Tampoco ha sido tan terrible, ¿verdad?

—¡Hostia puta, menudo trasquilón le has hecho a mi flequillo! —escupí un exabrupto al echar un rápido vistazo al espejo y verme reflejado en él.

La asesiné con la mirada.

—¡Uf, *sorry*! Pues ahora ya no puedo dejarte a medio hacer, así que me temo que tendré que ir igualando toda la melena… o lo que pueda buenamente arreglar con estos deditos que Dios me ha dado.

—Eso me temo.

—Así es. —Asintió con vehemencia—. Y ahora… estate quietecito.

—Es que te juro que no sé si voy a ser capaz de no poder hacer esto.

La cogí por el culo y clavé los dedos en sus carnes por encima de la falda de tablas a lo colegiala, que, por cierto, me estaba poniendo malísimo. Se mordió el labio inferior y yo me pegué más a su cuerpo.

—No, vaquero. —Ahogó un suspiro que casi fue un gemido al notar cómo el bulto de mi entrepierna crecía por momentos—. Eso es hacer trampas.

Nos miramos a los ojos, perdiéndome en ellos y me derretí un poco más.

—Ponle el nombre que quieras: juego sucio, acción criminal… Sin embargo, mucho me temo que vas a tener que dejar las prácticas de peluquera de la Señorita Pepis para otra ocasión, porque me estás poniendo malísimo.

De pronto, la tensión entre nosotros empezó a volverse insoportable cuando, en un arranque, le confisqué los utensilios de las manos para dejarlos en la pica. En seguida metí la mano por debajo de la camiseta sin pasar por alto que la desnudez de su piel quemaba la punta de mis dedos allí por donde se deslizaba.

—Jake…

—Alex… Joder. —Sonreí débilmente—. ¿No ves que tengo muchas ganas de ti?

Sin vacilar, le agarré una de las manos y la llevé contra mi voluminosa entrepierna. Se me aceleró el corazón.

—¿Acaso no lo notas? Estoy así por ti, joder, me vuelves loco. No puedo dejar de pensar en ti, a todas horas y a cada momento. De un tiempo a esta parte, no doy pie con bola en lo que hago, estoy disperso, atontado, no paro de equivocarme en los rutinarios quehaceres del rancho, porque me paso el día pensando en las horas que me faltan para poder besarte otra vez, acariciarte todo el cuerpo, estar dentro de ti…

—Jake… no hagas eso.

—¿Por qué? Es lo que siento. ¿Tú no?

Atrapé su cara entre mis manos y tomé una bocanada de aire antes de acercar su boca a la mía.

—Te deseo, joder.

La besé y busqué su lengua a la desesperada, en un baile intenso, cadente, suave, como si se estuvieran meciendo al ritmo *folk* y *soul* de *Come away with me* de Norah Jones.

—Y te necesito ahora, Alex —susurré contra sus labios—. Tú has conseguido que vuelva a respirar.

Enmarqué su cara con mis manos y mis labios no tardaron en aferrarse a los suyos. Me ardía el pecho porque la sentía muy adentro, tanto que me asustaba esa sensación de falso vértigo, de cierta inestabilidad emocional. Demasiadas sensaciones complicadas de digerir, pues hacía demasiado tiempo que no sentía nada tan intenso, tan profundo, tan grande, tan bonito por alguien. Estuve locamente enamorado de mi mujer, porque estar con ella era fácil, divertido, complaciente. Era estabilidad, sosiego, calma. Sin embargo, con Alexandra era todo distinto. Era todo eso y mucho más. Era complicidad, una sensación de bienestar perpetuo, era no poder evitar

sonreír todo el tiempo, era atracción, eran ganas, era deseo, era ese cosquilleo en el estómago cada vez que la miraba a los ojos, a esos ojazos grises, era escapársete la sonrisa tonta, era conexionar sin más, acabar la frase del otro…

Mi piel ardía entre sus dedos bajo la ropa. Mi corazón martilleaba contra su pecho. Le regalé besos por toda la cara, en la nariz, en los pómulos, en la barbilla, en el cuello. Me mordisqueó los labios. Gemí en su boca. Llené el pecho de aire cuando me bajó los pantalones, se quitó las braguitas y se sentó a horcajadas sobre mí. Encajando en mí. Meciéndose lentamente, a un ritmo cadente, sensual, llevando las riendas, empujándome a la locura. Antes de dejar de pensar, de evadirme, de perder el control y de quedarme sin aliento, le pregunté:

—¿Sabes qué?

Dejé escapar el aire contenido, le aparté el pelo de la frente, le sostuve la cara entre mis manos y la miré a los ojos, esperando su respuesta.

—Dímelo.

Lo noté. Estaba a punto de irse y yo también. Sentí esa conexión, sus músculos tensándose a mi alrededor, su mirada brillante, su boca entreabierta antes de convertirnos en un solo cuerpo.

—Creo que me estoy enamorando de ti.

Y allí, en ese diminuto cuarto de baño lleno de vaho, dominado por nuestros jadeos y espolvoreado de un puñado de ilusiones, logré empezar a retirar las dolorosas capas de mi piel que había ido adhiriendo una a una, año tras año, y fui capaz de pronunciar esas palabras que jamás creí volver a sentir.

Más tarde, justo cuando Alexandra acabó de cortarme el pelo, oímos a Dakota gritar al otro lado de la puerta mientras golpeaba la madera.

—¿Qué pasa, cielo?

—El abu, el abuuuu… —Lloriqueaba mientras sorbía mocos con aspereza por la nariz y soltaba una batería de palabras desordenadas sin apenas coger aire—. Papi, papi… pupa…

Abrí y traté de tranquilizarla, estaba muy alterada. Mis ojos se posaron en la niña, que tenía la cara llena de chorretones. Me acuclillé y la cogí por los hombros.

—Tranquila, mi vida, y respira antes de hablar.

—El abu, el abu *ze* ha hecho mucha pupa… —Se le escapó un sollozo—. Hay, hay… mucha… *zangre*…

—Mierda. ¿Dónde?

—En la cocina… —me reveló sin dejar de hipar.

—Alex, quédate con ella, por favor. Esperadme aquí.

Asintió, pues estaba al tanto de la delicada salud de Thomas y entendió mi angustia. Salí corriendo con el corazón en un puño. Crucé el pasillo a toda prisa. Descendí a la planta baja y entré en la cocina como alma que lleva el diablo. Palidecí al encontrármelo allí, tirado en el suelo y con su cabeza en medio de un charco de sangre.

—Papá…

31
Sonrisas y lágrimas

(Robert Wise, 1965)

ALEXANDRA SIMMONS

Detestaba ese indescriptible y característico hedor volátil y ofensivo a hospital, no importaba en cuál de ellos te hallaras, pues todos olían de la misma forma. Mismo ejemplo con la basura, importaba poco lo que vertieras en la bolsa, ya fuese comida, deshechos diversos, bolas de papel o caca de perro, pues todo el mundo sabe que después olerá igual que la porquería de tu vecino: a descomposición.

—Jake… —Le cogí un par de dedos y tiré levemente para que volviera en sí—. Ven, siéntate a mi lado, pues deambular de un lado para otro no ayudará a saber antes noticias sobre el estado de tu padre. Lo único que conseguirás será agotarte, y además…

—Alex, es que no puedo evitarlo —farfulló cortante mientras se pasaba la mano libre por su pelo negro para luego mirarme directamente a los ojos, los mismos que estaban embarrados en pánico—. Ya han pasado cuatro horas sin saber nada de él y, es demasiado tiempo en observación para una tonta caída.

—Cielo, ya verás como no será nada.

—Eso no lo puedes saber.

—No, claro que no, pero… piensa en positivo. No pierdas la fe.

—¿Que no pierda la fe? —interpeló vacilante—. ¡No fastidies!

Se deshizo de mi mano con cierta precipitación y, tras coger aire, lo soltó con hastío.

—Puta fe. Menuda patraña se ha montado la Iglesia para tenernos a todos bien atados. Ataditos y engañados, como si fuéramos un rebaño y todos balásemos al unísono.

Negó con la cabeza con denuedo. Aunque fue apenas un instante, se inclinó para acariciar mi mejilla con el pulgar y besar mis labios antes de pedirme perdón por haber estado a punto de perder los papeles. Le respondí que no se preocupara y volvió a vagar pasillo arriba, pasillo abajo, el mismo que estaba en la sala de estar de urgencias en el Peterson Regional Medical Center. No dije nada, pues preferí mantenerme un poco al margen, sin atosigarlo y dejándole su espacio. Al volver a cruzar su mirada con la mía, vi cómo el dulce azul cielo de sus ojos parecía haberse debilitado al tiempo que un mohín de ansiedad cruzaba su rostro, denotando cansancio, preocupación y, sobre todo, tristeza, aunque pretendiera ocultarlo bajo una sonrisa tensa.

Me quedé ahí, sentada, en un segundo plano, pero sin dejarlo solo. No pensaba irme, ni siquiera se me había pasado por la cabeza dejar que atravesara solo por ese trago.

—¿Son parientes de Thomas Maverick?

Por fin, después de horas de espera, alguien del personal sanitario se acercó a nosotros. Era un tipo castaño y de mediana edad, de gesto amable y una mirada tan oscura como erudita, algo que no nos pasó por alto, pues en esos tensos momentos repletos de incertidumbre es de agradecer cierta empatía.

—Sí, yo soy su hijo, Jake Maverick.

El facultativo me miró indiscretamente antes de interesarse por mí, pues era obvio que, al carecer de parentesco con la familia Maverick, se opondría en rotundo a que estuviera presente en esa conversación.

—Y ella es mi… —Nos miramos, me mordisqueé el labio. Lo vi debatir consigo mismo y luego aparté la mirada cuando la suya brilló un instante—. Es mi mujer, Alexandra Simmons.

Eso explicó Jake al especialista, anticipándose ávidamente antes de que se le dispararan las alarmas, hiciera cábalas y dedujera que no éramos nada. Al menos, ante la ley. Aun así, aunque fuera mentira, mis mejillas ardieron al oírle pronunciar de su boca las palabras: «Su mujer».

Respiró con fuerza y cogió mi mano, percibí la tensión en la presión de sus dedos y en la fina capa de sudor de las palmas. Permanecimos en un silencio embarazoso mientras oímos el pronóstico de Thomas en boca de un desconocido, antes de hacer preguntas.

—Su padre ha sufrido una mala caída en la que se ha golpeado en la cabeza, de ahí la sangre y toda la contusión. —El hombre alternó la mirada entre los dos—. Ahora bien, eso no es lo que nos preocupa en este momento, sino los motivos que han provocado la caída.

—¿A qué se refiere? —le interrumpió de golpe y, sin ser consciente de ello, clavó más los dedos en mi mano. Forzó una sonrisa—. No sé, se habrá resbalado o tropezado. Últimamente se ha vuelto bastante torpe. Supongo que deben ser cosas de la edad, qué se yo.

El facultativo enfundó las manos en los bolsillos.

—Verá, le haré saber que, bajo mi larga experiencia profesional, no suelo descartar hipótesis. Sin embargo, les seré honesto. —Esperó unos segundos antes de proseguir—. Desconfío de que en la vejez radique el problema principal.

—Lo siento, pero no le comprendo.

Jake se pasó la mano libre por el pelo, intranquilo.

—Lo siento, me explicaré mejor. Según el resultado de las primeras pruebas, todo hace sospechar que la caída solo ha sido un mal menor, pues me temo que se ha producido por culpa de una pérdida de consciencia momentánea.

—¿Pérdida de consciencia?

—Me temo que sí. Eso podría explicar la cefalea intensa, los cambios repentinos de comportamiento, los mareos e incluso las alteraciones en el lenguaje.

Vi a Jake bajar la vista un segundo y entonces fue cuando le acaricié los nudillos para hacerle saber que estaba con él, que seguía a su lado, que no estaba solo.

—¿Y qué sugiere?

—Mi indicación es mantenerle en observación. Realizarle más pruebas para disponer de un diagnóstico más exhaustivo. Una analítica completa y una resonancia magnética cerebral.

El pecho de Jake se llenó de una brusca inspiración.

—De acuerdo. —Asintió—. Hagan todo lo que crean conveniente.

Regresamos al rancho tras ver durante solo unos minutos a Thomas. Un silencio opresivo en el pecho nos acompañó a lo largo de todo el itinerario en el interior de la vieja camioneta. Un mutismo agridulce se enredó entre nuestros cuerpos y no nos soltó hasta llegar a Bandera.

—Jake, ya verás como no será nada y todo se quedará en un susto.

Una de mis manos trémulas se aferró a su rodilla derecha y la apretó, pues quería insuflarle tranquilidad, aunque en momentos así sabía de sobra que los mensajes de apoyo estaban de más.

—Tal vez —articuló esas palabras con aire derrotado y algo enfadado—. Ojalá estés en lo cierto.

Me miró de soslayo, me obsequió con una media sonrisa y colocó su mano sobre la mía, la apretó y, antes de volver a dejarla huérfana para hacer girar el volante, un nudo se instaló en mi garganta.

—Todo va a salir bien.

—Quisiera creerlo de verdad.

—Seguro, Jake.

Me miró y yo lo miré.

—Gracias, Alex.

Acurruqué la cabeza en su hombro y miré al exterior. La noche empezaba a caer y con ella, sentí un momentáneo escalofrío y un pellizco en el vientre que se me escapó en forma de halo de esperanza al separar los labios, mientras que la respiración de Jake se volvió más sosegada.

Él detuvo la camioneta frente a la casa y una Dakota jovial y risueña se acercó corriendo a nosotros dando saltos de alegría, ajena a todo lo que había acontecido.

—Papiiiiiiii, Aleeeeeeex…

—Hola, bomboncito.

Colgándose del cuello de su padre, le preguntó por el «abu», como ella lo solía llamar cariñosamente, mientras él la estrechaba entre sus brazos con firmeza.

—Ha tenido que quedarse en el hospital, cielo.

—¿*Eztá* muy malito?

Jake tomó una bocanada de aire aún con cierto halo de preocupación y a mí se me hizo un nudo en el estómago.

—Un poco. —Sonrió débilmente—. Pero, tranquila, se pondrá bien.

Al afirmar eso, me di cuenta de que buscó mis ojos en forma de apoyo, pues los suyos solo reflejaban preocupación.

—Dakota, el «abu» te manda muchos besos —añadí, tratando de albergar cierta esperanza a la pequeña mientras sentía el corazón latiéndome en la garganta.

Entonces, Roy Jones salió al porche, apoyando su brazo en una de las columnas de madera que soportaban el peso del entolado, con un cigarrillo negro colgándole del labio inferior, a lo Lucky Luke. Solo le faltó desenfundar dos pistolas antes de disparar a uno de los villanos de la mítica serie de historietas.

Mientras tanto, inspiré hondo y contemplé a mi alrededor: a los caballos que pastaban a sus anchas en esas tierras de colores tostados, a las aves rapaces que sobrevolaban con gallardía nuestras cabezas, al sinfín de reptiles que merodeaban ajenos a nosotros, al aire templado que oxigenaba mis pulmones y que me renovaba el espíritu… y por primera vez en todo ese tiempo entendí que ningún centelleo dibujando figuras en el horizonte de un rascacielos, ni el pulso del asfalto a tus pies, ni las arterias de una gran ciudad succionándolo todo, podrían superar nunca a la abrupta belleza de la naturaleza en Texas. Justo al contrario de lo que, en un primer momento, había creído.

—¿Alguien tiene hambre? —La pregunta de Roy me sacó de mis pensamientos.

—¡Yo! —La niña alzó la mano pizpireta—. ¡Tengo mucha hambre!

—Pues venga, corre a lavarte las manos con jabón. —Sonrió al tiempo que dejaba caer la colilla al suelo y la pisaba con las recias botas de piel de cocodrilo—. Ya sabes, como te he enseñado a la hora de la merienda.

—¡*Zí*! ¡Voooooy!

Dakota echó a correr escaleras arriba y se perdió en el interior del caserón.

—¿Qué pasa, tío? —preguntó Roy acercándose a Jake, fundiéndose en un cálido abrazo mientras le palmeaba la espalda con brío—. ¿Cómo se encuentra el viejo Thomas?

—Por el momento no sabemos nada. Le han de hacer pruebas y… no sé. Hay que esperar.

Se frotó las manos en las pecheras de los tejanos como si le sudaran las palmas.

—Tranquilo, Jake. Thomas es un hueso duro de roer, saldrá de esta.

—Claro.

Fui la última en entrar en la casa, pues Black, el precioso mastín español negro, olisqueaba con el hocico mi mano para llamar mi atención. Desvié la mirada a sus brillantes y avispados ojos oscuros. Me senté en el suelo, poniéndome a su altura y empecé a acariciarle la parte final del lomo, la base de la cola y detrás de las orejas, pues sabía que le encantaba; esas eran sus zonas favoritas de mimitos.

Al cabo de un rato, cuando el can parecía estar satisfecho, se alejó hacia el patio trasero para reunirse con su cuadrilla y yo me dirigí a la cocina. En seguida los espacios se llenaron de voces, de sonidos, de risas, de vida, del olor a filete de pollo frito, empanizado con salsa cremosa y con su toque dorado, de barbacoa de carne de res, de ensalada de col, de frijoles dulces y tortitas… Todo eso inundó por completo mis fosas nasales. Era una comida que ya había probado en más de una ocasión y que además estaba para chuparse los dedos, gracias a la influencia sureña y cultural mexicana.

Jake rompió la distancia entre nosotros y me besó en el pelo.

—Vamos, cariño, ven a la mesa. No te has metido nada entre pecho y espalda desde hace horas, debes de estar muerta de hambre.

Casualmente, al pronunciar eso, mis tripas rugieron en el interior de mi estómago, reclamando atención.

—Pues va a ser que sí. —Me sonrojé ligeramente.

Me senté a su derecha, pues a mi izquierda se encontraban Roy y su mujer Nancy. Enfrente, Dakota y Pedro Hernández, el mozo de cuadras. Por un momento, mi mente vagó al recuerdo de Nicoletta al observar una silla vacía. Inspiré hondo. Hacía un par de días que no sabía nada de ella. Solo había recibido un par de escuetos mensajes de WhatsApp revelándome que Jack Sparrow y Caperucita Roja habían intercambiado algo más que fluidos en la habitación trece del Best Western Bandera Suites & Saloon.

—Roy, cariño —dijo Nancy a su marido—. ¿Me pasas el cuenco de los frijoles?

—Claro, cielito lindo. —Se mofó él en tono mexicano mientras se lo acercaba a ella.

Los ojos de Jake volaron hacia mi plato.

—Debes comer un poco —me instó al darse cuenta de que este aún seguía vacío—. No soportaría que tú también enfermaras.

Me acarició el muslo por encima de la ropa y por debajo de la mesa.

—No sé qué me pasa —inquirí seria y tragué saliva—. Se me ha cerrado el estómago.

Y era cierto. Había sido un día demasiado intenso.

—Pues esfuérzate, Alex. —Me puso un trozo de pollo en el plato y lo guarneció con puré de patatas casero y una mazorca de maíz.

—Es demasiada comida, vaquero.

Bebí un sorbo de agua.

—Come lo que buenamente puedas. —Me guiñó un ojo, me acarició la mejilla con el pulgar con cariño y me miró con complicidad. Luego acercó su rostro al mío y besó mi sien.

—Papi…

—Dime, bomboncito.

—¿Luego veremos una peli?

—Ya conoces las normas, Dakota —dijo Jake atrapando una onza de pan con granos de maíz frescos y jalapeño, recubierta con queso rallado—. Acábate todo lo que hay en el plato y tendrás tu recompensa.

La pequeña asintió al tiempo que clavaba el tenedor en la carne y después se lo llevó a la boca sin rechistar.

—*Zí… azí, vez* —balbuceó tratando de masticar a duras penas la enorme bola que se le había formado en la boca sin dejar de emitir unos ruiditos bastante extraños.

—Cielo, no hables con la boca llena —le sermoneó su padre—. Eso es un hábito muy feo y además es de…

—De mala educación —le interrumpió ella metiéndose otro pedazo en la boca—. *Zí, lo zé*.

Jake meneó la cabeza sin dar crédito a su respuesta.

—Pues si ya lo sabes, no me hagas repetir las cosas cien veces y no me toques los… papeles. Venga, tengamos la fiesta en paz.

—¡Ui! Casi se te escapa un taco, amigo.

Roy picó adrede a Jake y este le lanzó un trozo de pan a la cara.

—Cuando tengas hijos ya te recordaré lo que cuesta criarlos equivocándote lo menos posible.

—¿Hijos? —Roy se carcajeó sonoramente y todos centramos la mirada en él—. Antes me hago una vasectomía.

—Hum… ¿qué *ez vazectomia*?

—Nada cielo, cosas de mayores. Tú, come.

—Jake, vamos tío, no censures la inteligencia de tu peque. Al final eso te pasará factura. Mejor es que se entere del contexto de la vida y le coja el tranquillo. —Le propuso Roy antes de dirigirse a Dakota, pasando olímpicamente de las indicaciones de su padre—. Una vasectomía es que te corten el pito y así evitar hacer un bombo.

La cara de Dakota cambió drásticamente, dejando de sonreír al instante para poner cara de asco al imaginar la escena en cuestión. Al poco, abrió la boca exageradamente y se tapó los ojos con las manos de pura vergüenza.

—¡Roy! Pero, ¿de qué vas? —Jake dio un golpe a la mesa con el puño—. ¿A qué coño juegas?

—¿Yo? A nada, socio. —Alzó las manos como si le estuviesen apuntando con un arma en un atraco.

—Pues entonces, ¡métete en tus asuntos y deja que me encargue yo personalmente de la educación de mi hija!

—*Okey*, amigo. —Pinchó un trozo de salchicha y se la llevó a la boca, aparentemente sin darle mayor trascendencia al asunto, mientras la mirada de Jake aún seguía enardecida y echando chispas—. ¡Qué malas pulgas!

Al final, tras ese desventurado incidente, Roy y Jake estuvieron sin conversar la mayor parte de la cena. Más tarde, ya recogiendo la mesa, mientras llevábamos los cacharros al fregadero, oí cómo una molesta Nancy le pedía explicaciones a su reciente marido de por qué no quería tener hijos. Él, ni corto ni perezoso, la cogió por la barbilla con la mano, obligándola a mirarlo, y salió por la tangente confesándole que ser padre nunca había entrado en sus planes, por lo que ella rompió a llorar como una magdalena y echó a correr fuera de la casa; él salió tras ella.

—Oye, ¿tú ya sabías que Roy no quería tener hijos?

—Lo cierto es que nunca me había hablado sobre el tema. Aunque siempre lo había intuido.

Jake raspó las sobras de la comida de varios platos y luego las lanzó a la trituradora.

—¿En serio?

—Claro, vamos, Alex, que estamos hablando de Roy… de nuestro Roy.

Mi vaquero sonrío ampliamente y se encogió de hombros al tiempo que llenaba el fregadero hasta la mitad con agua caliente y lo roció con gel lavavajillas. Cuando se formó espuma, empezó a fregar los platos con destreza con una esponja mientras hacía movimientos circulares.

—Sí, lo sé. Es Roy.

—Pues entonces, ¿qué es lo que no ves?

—No sé, quizás que al haber contraído matrimonio con Nancy y… tal vez sentar la cabeza y, quién sabe, en un futuro ampliar la familia. Es lo que podría esperarse de…

—¿De qué? ¿De la vida?

—¿Por qué no? —Me encogí de hombros—. Esas cosas a las que todo el mundo… aspira. Ya sabes. Conocer a tu alma gemela, casarse, tener hijos y formar una familia y bla, bla, bla. Lo típico, ya me entiendes.

—Ya. Y fueron felices y comieron perdices.

Alzó una ceja y me regaló una sonrisa ladeada y algo fingida.

—¿Qué problema hay en querer tener esa vida?

Me pasó un plato y yo lo enjuagué bajo el chorro de agua templada para hacer desaparecer los restos de jabón. Luego lo dejé secar en el escurridor que tenía a mi derecha y reanudé la conversación.

—Jake, tú tienes a Dakota.

Le toqué el brazo con el mío y le di un empujoncito cariñoso.

—Sí, ya lo sé, pero ella es huérfana de madre. Por lo tanto, según tus presunciones, habría fracasado en el intento de darle una familia completa.

Tragué saliva despacio.

—Bueno, digamos que eso no es del todo cierto. —Ladeé la cabeza buscando su mirada, que seguía perdida en un vaso de cristal que tenía entre sus manos—. Te tiene a ti y a Thomas. Y a Roy, a Nancy, a Pedro. Y ahora… también me tiene a mí.

—¿A ti?

—Claro.

—¿Durante cuánto tiempo?

Siguió restregando ese dichoso vaso, concentrando todo su esfuerzo en tratar de eliminar algo que permanecía enganchado en el borde. Y yo, por mi parte, me quedé muda, sin saber qué responder a eso. Ni yo misma sabía cómo reaccionaría en el hipotético caso en que hallara pruebas que le incriminaran en el robo del millón de pavos. Y tuve miedo de que eso pasara. No quería que pasara, quizás por eso aún no había rebuscado entre su ropa, en sus cajones, en su vida.

Apreté los párpados con fuerza y contuve la respiración. Un silencio incómodo se alargó tanto que no supe qué responder.

—Vamos, Alex. Tú y yo sabemos que no vas a quedarte para siempre.

Me miró directamente a los ojos, reteniendo su mirada ahí, sin pestañear, y el intenso azul de su iris pareció morir por momentos.

—No sé cómo puedes estar tan seguro. Eso nunca se sabe.

—Alexandra Simmons, venga, no has venido a Bandera para quedarte. —Trató de sonreír, pero no lo logró, pues sus labios solo proyectaron una exigua mueca que ni siquiera fue la sombra de un mohín—. Este no es tu sitio.

—Puede serlo. —Contuve la respiración. Mentiría si no dijese que me dolió en el alma que pensara así de mí, de nosotros.

—Cielo, en ese caso, ya se verá. Dejemos que fluyan las cosas y vamos a ver qué pasa. Dicen que el tiempo pone cada cosa en su lugar.

Jake atrapó un pellizco de espuma que flotaba en el agua y me plantó una bola blanca en la punta de la nariz.

—Pero, ¿qué haces?

Entorné los ojos y abrí mucho la boca, pues su repentino juguetón y tierno arrebato juvenil, me había pillado desprevenida.

Sonrió sincero, de verdad.

—Nada, solo verte sonreír. Me encanta verte así, feliz. Te juro que siento debilidad por tus labios cuando éstos sonríen, no puedo evitarlo.

Y ni corto ni perezoso, me pintó dos chorretones de espuma a cada mejilla.

—¡Jake!

Empezó a carcajearse cuando quise limpiar mi cara con el dorso de la mano y él, en un acto casi reflejo, me atrapó las muñecas por detrás de la espalda, inmovilizándome, quedándome emparedada entre la encimera de mármol y su robusto cuerpo.

—Ni se te ocurra quitarte la espuma de la cara.

—Pero, Jake…

Traté de liberarme de su amarre.

—Ni peros, ni leches. —Siguió riendo tan cerca de mi boca que su cálido y sensual aliento, ese que reconocería entre un millón y con los ojos cerrados, se coló entre mis labios y acarició la punta de mi lengua. Más tarde se acercó a mi oído—. Si la casa no estuviera repleta de ojos indiscretos, ya estarías desnuda sobre la mesa de la cocina, tus piernas abiertas para mí y mi lengua lamiendo perezosamente tu sexo.

Juro que se me escapó un gemido entre los dientes al imaginar su cabeza entre mis piernas y mis manos estirando los mechones de su pelo al sentir cómo emergía cada latigazo de placer y se expandía por cada terminación de mi cuerpo.

Una sonrisa pícara y maravillosa apareció en su cara antes de atrapar mi boca con la suya y besarme despacio, sin prisas, con todo el tiempo del mundo. Un beso tan profundo que por un instante creí olvidar esa conversación que aún seguía pendiente entre nosotros. Y quizás llegado el momento, ese en el que descubriera la verdad y no soportara la traición, me obligara a desaparecer para siempre de su vida, de la de Dakota, de la de Thomas y la de todos.

Hubo risas entre besos, palabras calientes al oído, caricias que parecían no tener fin. La forma en que Jake me tocaba era indescriptible. Devoción podría ser la palabra que más se ajustara, salvo porque seguiría sin hacerle justicia. La manera en cómo me besaba era escandalosa, pues siempre se tomaba su tiempo, degustando, lamiendo, saboreando mi boca sin reserva, aunque parecía nunca estar saciado por completo. Sin embargo, lo que más me empedraba el alma, era el modo en cómo me miraba, esa narcótica mezcla de embeleso, admiración y cierta calma. Como si tras un largo período de duermevela, por fin hubiese despertado y topado de frente con su alma gemela. Fielmente la misma sensación que yo sentía estando a su lado.

—Anda, iros a follar a una habitación, par de degenerados.

Una tos seca nos obligó a dejar de besarnos y a deslizar la mirada en esa dirección. Roy sujetaba a su mujer de la cintura con una sonrisa de oreja a oreja, mientras que Nancy se retiraba

la última lágrima que surcaba su aún enrojecida cara a causa de la discusión, sinónimo de que habían arreglado sus diferencias, o al menos por esa noche.

—Nosotros ya nos vamos a casa.

Roy se separó de Nancy y caminó hacia nosotros. Mi vaquero y él se fundieron en un corto abrazo. Luego él me besó en la mejilla.

—Alex, cuida de mi chico, ¿eh? Jake vale su peso en oro.

¿Su peso en oro? O quizás… ¿en un millón de pavos?

Juro que estuve tentada a escupir lo que se me acababa de pasar por la cabeza, pero me reprimí de hacerlo en el acto. Otra vez había salido a flote el incidente en Las Vegas. ¡Me cachis!

—Tío, no digas gilipolleces y lárgate ya.

Jake le pegó una sonora colleja en la nuca.

—Pero qué mano más larga tienes.

—No tanto como tu lengua.

Ambos se echaron a reír incapaces de mantenerse serios.

—¡*Ezta* papi, quiero *ezta*! ¡*Ezta* peli!

Dakota entró en la cocina como un vendaval, correteando hacia su padre mientras sostenía un DVD en las manos y lo agitaba alegremente al aire.

—¿*Los P*ájaros de Hitchcock?

—*Zí*.

—No, ni hablar.

—Porfa, papi…

—No, cielo, que ya nos conocemos y luego te pasas una semanita teniendo pesadillas por las noches.

—*Jolinez*. —Se cruzó de brazos poniendo morritos.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

—No me mientas. —Arrugó el entrecejo asombrado por su repentino desparpajo sin filtro—. Habrase visto, jovencita. Pero si esa palabrota es incluso más grande que toda tú.

—Jake, no te enfades con la enana, hombre.

Roy salió en defensa de la pequeña.

—¿A que se te ha escapado? ¿Verdad, Dakota?

—*Zí*.

—Y que no lo vas a hacer más.

—No.

—¿Lo ves, colega? Asunto resuelto.

—Roy… —le instó Jake y una apresurada mano frotó su frente con insistencia, dando por descontado que le irritaba soberanamente que su enana le mintiera pero que no se quedaba atrás el afán de su amigo por respaldar siempre lo indefendible. De todos era sabido que Dakota era la debilidad de Roy, pero Jake parecía no hacerle ni pizca de gracia, porque no quería dar su brazo

a torcer a la hora de educar a su hija—. Vete a casa. Nancy, hazme un favor y llévatelo a rastras si es preciso, pero llévatelo. ¡Haz que pierda de mi vista a este cabrón!

—Papiiii, palabrota… —gritó Dakota escandalizada.

Jake se golpeó en la frente dándose cuenta de que había vuelto a soltar un taco en presencia de su hija de cinco años y que pagaría con creces por ello.

—Tranqui, Jake. Ya me voy, nos vamos. Pero no porque tú lo digas, sino porque… Bueno, eso no pienso contártelo, primero porque hay menores y segundo… —Echó una ojeadita a su mujer con auténtica lascivia en plan *latín lover*. Solo le faltó rebañar el cuerpo de Nancy con pan como si ella fuera la deliciosa y jugosa yema de un huevo y después, reanudó—: A buen entendedor pocas palabras bastan.

Guiñó el ojo a su amigo y después le dio un cachete en el trasero a su mujer.

—Eso, iros ya a casa. Depravados.

Roy inclinó la parte superior del cuerpo, luego apoyó la mano izquierda en la cintura y finalmente, dibujó un arco en el aire con la mano derecha, emulando así una reverencia, un gesto exclusivo entre miembros de la realeza.

Más tarde se despidieron y por fin nos quedamos los tres a solas, pues Pedro Hernández hacía rato que se había retirado. Conque, acabamos de fregar los platos, los apilamos en el escurridor y después nos espachurramos en el sofá del salón. Jake en el lado derecho, yo en el izquierdo y la cabecita llena de rizos morenos de Dakota reposando en mis muslos y sus piececillos descalzos, sobre los de Jake.

Sonreí y mi corazón pegó un latigazo de felicidad, pues resultaba reconfortante estar así los tres pegaditos y arropados con una gruesa manta de lana mientras disfrutábamos de la película. Por primera vez en mucho tiempo, sentía que aquel era mi lugar, junto a ellos. Mi casa, mi hogar. No me veía en otro lugar que no fuera ese.

Cogí aire y el pecho se me llenó de la magia de ese momento, de un nosotros y de un puñado de ilusión. Y por más que traté de evitarlo, esa nueva sensación me inundó los ojos de lágrimas.

Jake me rodeó los hombros con un brazo y me besó en la cabeza. Luego me susurró al oído:

—¿Sabes qué?

Se apartó, buscando mis ojos y por una fracción de segundo, hizo vibrar todo mi interior.

—Dímelo.

El corazón me latía con tanta fuerza que creí que iba a explotar, al notar cómo sus pupilas se dilataban al mirarme sin dejar en ningún momento de sonreír.

—Te quiero —murmuró contra mis labios y yo creí desfallecer.

A media película, Dakota se quedó dormida. Jake, tras retirar la pesada manta muy despacio para no despertarla, la cogió en brazos.

—Ahora vengo, no te vayas —me susurró y una sonrisa bailó en sus labios—. Voy a llevarla a la cama.

Asentí mientras contemplaba la tierna imagen, esa que da sentido a las pequeñas cosas de la vida, como la de un padre desviviéndose por su hija. Sonreí despacio y sentí un pellizco de

felicidad, tratando de entender si lo que sentía por Jake era eso que llaman el verdadero amor.

Cogí aire y un nuevo sentimiento quiso colarse en mis pulmones. Intentando respirar algo torpe, dándome cuenta de algo. Inspiré otra vez. Llené mi pecho de aire cuando le vi acercarse descalzo. Recorrí su cara. Tenía el pelo revuelto y unas feas ojeras ensombreciendo su mirada.

Miré sus labios, éstos me sonreían.

Se sentó a mi lado y una de sus manos acarició mi cuello.

Temblé.

Y entonces, lo supe. Porque cuando sucede, lo sientes dentro, muy adentro. Porque si tenía que elegir un instante, sería ese. Ese que no se puede expresar con palabras, pero se siente en la piel. Y no es solo un beso, una caricia, una mirada, sino un sentimiento tan profundo, tan de verdad, tan bonito que te hace sentir miedo. Un miedo que embelesa, que te atrae y a veces, incluso te ciega. Es ese calor que nace tras las costillas, te abrasa y que explota hacia todas las terminaciones de tu cuerpo.

El amor puede llegar de muchas formas distintas, en forma de instantes, de sueños, de personas, de cosas. Y aunque sintamos miedo, aunque no creamos estar preparados para absorber tanta intensidad, debemos dejarnos llevar, dejar que suceda.

Porque el amor debe ser así fácil, real, de verdad. Son esos momentos que te llenan de vida y te colman de «quizás».

—Te quiero, Jake.

Noté sus dedos deslizándose por mi nuca. Su mano acogiendo mi rostro. Su boca a solo unos centímetros de la mía. Su aliento buscando mis labios.

Su boca reclamó la mía. Una respiración ahogada. Nuestras lenguas enredándose. Un gemido. Dos…

Anhelo.

Necesidad.

Deseo.

—Yo también te quiero.

Aquel día tomé una decisión: jamás le revelaría que yo era esa chica que conoció en Las Vegas, ni tampoco que había ido allí en busca de respuestas, ni que me había engatusado para robarme el millón de pavos.

32
Antes de ti

(Thea Sharrock, 2016)

JAKE MAVERICK

Los días fueron pasando y el viejo Thomas regresó al rancho a pesar de no disponer de los resultados de las pruebas médicas. Se instaló en su habitación, en la segunda planta para estar más tranquilo y poder descansar. Aunque, lo mejor de todo sería rodearse de su gente, de las personas que le queríamos. Eso sin duda ayudaría a su recuperación.

Esa misma noche, organizamos entre todos una improvisada cena de bienvenida. Hubo velas encendidas y flotando en el agua como nenúfares en un recipiente en el centro de la mesa. La mantelería de hilo con motivos florales que tejió mi madre y que solo se lucía en ocasiones especiales. Las humeantes alitas de pollo al estilo búfalo, el plato favorito de Thomas, aderezadas con una salsa picante, pimienta, vinagre blanco y mantequilla. Y el *cornbread*, ese panecillo calentito y elaborado con harina de maíz que estaba para chuparse los dedos. Sin embargo, el homenajeado no hizo acto de presencia. Thomas prefirió quedarse en la cama y dormir, para mitigar los dolores de la cefalea.

Pasadas las diez de la noche, en mitad de los postres, vibró mi móvil en el bolsillo de los vaqueros. Clavé la mirada en un número con un prefijo desconocido que parpadeaba en la pantalla de mi móvil. Me froté la mandíbula, pensativo.

Inspiré, y después exhalé.

—Salgo un momento —le dije a Alexandra.

Dejé atrás el salón y me encaminé a la parte trasera de la vivienda. Entre el batiburrillo de risas, las conversaciones cruzadas y alguna que otra voz más alta que las demás, me vi obligado a buscar algo de silencio.

—¿Es usted Jake Maverick?

—Sí, soy yo.

—Buenas noches, *zeñor*. —Hizo una pausa—. Déjeme informarle que me pongo en contacto con usted desde el Departamento de Policía de Ciudad de México y el motivo de la llamada se debe a que hemos encontrado su vehículo abandonado en un *deshuesadero* de la zona.

—¿Mi Gran Torino del 72? —hice hincapié, incrédulo.

—Sí, así es. El número de la matrícula, la marca y el modelo *chequean* con los datos de la denuncia que usted interpuso en su momento.

Me quedé boquiabierto, pues había perdido toda esperanza de encontrarlo. Nervioso, empecé a juguetear con la cajetilla de tabaco, justo antes de encenderme un cigarrillo y darle una honda calada, de esas tan profundas y largas que, a pesar de declararme un fumador empedernido, te asfixiabas, sí o sí.

—Disculpe… —Tosí el humo con torpeza, notando la falta de aire en mis pulmones—. ¿Ha dicho usted, México?

—Sí, *zeñor*.

—México… —prorrumpí con el corazón latiendo con fiereza en el interior de mi pecho. Y durante un instante, creí que se trataba de una broma de mal gusto—. En ese caso, dígame, ¿qué debo hacer?

—Lo primero, personarse en el *deshuesadero*. Segundo, identificarse. Y tercero, entregar *lana* para poder llevarse el *carro*.

—¿*Lana*?

—*Plata*, dinero, *money*.

—Ah, entendido —constaté.

A pesar de que Pedro Hernández, nuestro mozo de cuadras, había emigrado de México a Texas con el firme propósito de buscar oportunidades, aprender el oficio en un rancho americano y a ser posible, echar raíces; y que hacía casi una década era parte de nuestra familia, así lo sentíamos todos, aún existían vocablos de esa jerga que aún seguían siendo desconocidos para mí.

Anoté «Gran Torino» y la dirección del desguace Deshuesadero Loma de Caballo los Chilangos en la pizarra magnética que había en la puerta de la nevera, y luego esbocé una amplia sonrisa mientras enfundaba las manos en los bolsillos de mis vaqueros. Y en ese momento comprendí que lo último que debe perderse es la esperanza.

—Ey, vaquero, ¿qué haces aquí solo? ¿No vuelves a la cena con los demás?

De repente, Alexandra apareció tras de mí y al tener la cabeza en otra parte, a millas de distancia, pegué un microscópico respingo que casi pasó desapercibido, pero no para ella.

—¡Dios, lo siento! —Se llevó la mano a la boca, tapándola. Se ruborizó—. No pretendía asustarte.

—No me has asustado —le sonreí para tranquilizarla y le atrapé una muñeca—. Vamos, ven aquí.

Tiré de ella hacia mí. La abracé y le di un beso en la frente. Mi corazón empezó a latir fuerte contra las costillas. Olía tan bien que no me hubiese importado quedarme así toda la vida, teniéndola entre mis brazos, respirando ese narcótico aroma que emanaba de su pelo, de su piel, de todo su cuerpo. Olía a flores silvestres, a una tarde de primavera, a sábanas limpias y a ese olor que flota en el ambiente después de la lluvia… Olía a calma y olía a hogar. A querer compartir mis días con ella, siempre. Para siempre. Y las noches en vela, haciéndole el amor. Romper juntos las hojas del calendario. Quemar con ella todo el asfalto de la ruta 66. Contemplar mil y un amaneceres juntos, hasta que…

—Jake, cariño, ¿estás bien?

Alzó la barbilla y me miró.

—¿Tienes planes para mañana? —le pregunté sin más. Así, a lo loco.

—¿Acaso no lo sabes siendo tú mi jefe? ¡Tengo miles de tareas en el rancho!

Alexandra puso cara de no entender nada. Parpadeó.

—Olvídate de eso ahora —insistí.

Me reí.

—¿Por qué?

—Lee —singularicé y señalé con la punta del rotulador las palabras que acababa de escribir en la pizarra.

Se tomó su tiempo para leerlo, abrir los ojos como platos y empezar a sonreír con una sonrisa preciosa.

—¡Venga ya! No puede ser. ¿Tu Gran Torino está en México? —preguntó de repente.

—Eso parece.

—¡Oh, madre mía, eso es fantástico!

—¿Qué me dices? ¿Me acompañas?

—¿Y qué pasa con Dakota? ¿Y con Thomas? ¿Y con la casa? ¿Y…?

Hizo aspavientos con las manos y yo las atrapé al vuelo.

—Shhhh… —Sellé sus labios con un dedo—. No pienses en eso ahora, ya se me ocurrirá algo. Además, seguro que María Guadalupe estará encantada de quedarse al cuidado de los peques, de Dakota y Thomas.

La cogí por la cintura y repté mis dedos por su espalda. La atraje hacia mí. Metí mi mano por su pelo y masajeé la raíz con las yemas.

—¿Qué me dices, morena? ¿Me acompañas a México?

Inspiró hondo y su cara volvió a iluminarse con una sonrisa. Luego asintió. Dios, qué fácil era todo a su lado. Y entonces te das cuenta de que esa, no es si no otra señal, de que estaba loco por ella.

—*Ándale wey!* —barbullé con un marcado acento mexicano.

Pillamos un taxi que nos llevó al aeropuerto de San Antonio, y de allí a El Paso en poco más de hora y media de vuelo. Nunca habíamos viajado juntos, nunca habíamos pasado ese tiempo los dos juntos y nunca había sentido ese pellizco en el estómago por la anticipación de pasar una noche a solas con ella, disfrutándola por completo sin estar pendiente de nada ni al cuidado de nadie. Solos, ella y yo. Me ardía el pecho solo de imaginarlo, porque me encantaba pasar tiempo a su lado.

Caía la noche cuando llegamos al hotel Courtyard El Paso Downtown, dejamos la maleta encima de la cama sin deshacer y como el desguace a esas horas ya había cerrado las puertas, le propuse otros planes. Ir a pasear, recorrer las calles de la ciudad y después cenar algo en un restaurante por el centro.

—Me parece bien, pero antes quisiera darme una ducha —comentó enfilando el pasillo hacia la puerta del baño mientras se hacía una improvisada coleta de caballo.

—Ey, espera un momento.

Atrapé su brazo y la obligué a detenerse en el acto.

—¿Y piensas hacerlo sola?

—¿El qué? ¿Ducharme?

Asentí.

—Bueno, sí —sonrió de medio lado sin dejar de observarme—. Verás, acostumbro a frotarme la espalda sola. Debe ser por un mal hábito que aprendí hace muchos años, al igual que el hablar y el comer. ¡Ah! Eso también lo hago sola y bastante exitosa, todo hay que decirlo.

Me reí. Me hacía gracia ese puntito de humor cínico que sacaba a relucir en cuentagotas y que, a la vez, me daba bastante morbo. Siempre había sentido debilidad por las mujeres que sabían reírse de sí mismas y con los demás.

—Y no es mejor que nos duchemos juntos, por aquello de ahorrar agua. Ya sabes.

Soné despreocupado porque en el fondo hacía rato que me sacudían con fuerza las ganas que tenía de volver a tenerla entre mis brazos, de besar esa jodida boca que no paraba de incitarme cada vez que la humedecía con la lengua y esos ojos que me comían con la mirada.

—¿Tratas de decirme algo, vaquero?

Me acerqué a su cuerpo invadiendo su espacio adrede, rozándolo deliberadamente para luego cogerla por la cintura y trepar con mis dedos por su espalda hasta alcanzar la nuca. Me gustaba tantear sus costillas, reseguirlas, sentir cómo se estremecía su piel bajo la mía.

Su mirada se perdió en mis labios cuando empecé a hablar. Y sus ojos… joder. La pupila de sus ojazos azules se dilataron casi al instante. Y por un momento, por una fracción de segundo, pensé que había leído mis pensamientos y me había pillado fantaseando sobre nosotros.

Mis ojos recorrieron su rostro.

—Trato de decirte desde hace tiempo que me enciendes de mala manera cada vez que estamos juntos. Trato de decirte que desde que rondas por mi vida ando como un yonqui esperando como loco su siguiente chute. Trato de decirte que desde que me miraste por primera vez con esos ojazos azules desfallezco cada vez que te alejas un milímetro de mí.

Pronto, como la chispa que prende una mecha, el aire que exhalábamos se impregnó de excitación y deseo, traspasando capa a capa la piel, penetrando la carne y sintiéndola hasta los huesos. Yo lo sentí, ella lo sintió, estoy seguro. Joder, la deseaba a todas horas, a cada instante.

—¿Y toda esta palabrería solo para ducharte conmigo?

—Todo sea por el medio ambiente.

Me pegó un manotazo y yo le sonreí divertido. Luego se colgó de mi cuello y me besó despacio, regalándome uno de los besos más tiernos, sentidos y cargado de mensajes que nunca había recibido. Porque déjame decirte, que hay veces que las palabras sobran y lo que valen son los hechos. Los gestos. Las caricias. Las miradas. Los gemidos en la boca del otro. Las ganas.

Nos desvestimos lento, dejándonos de besar solo para sacarme la camiseta por la cabeza. Le aparté el pelo de la cara cuando éste no me permitía mirarla a los ojos. Me quitó el cinturón,

después el botón del pantalón, los bajó. Se desabrochó la blusa. Bajé la cremallera de la falda. Nos besamos otra vez y otra. Sintiéndonos. Viviéndonos. Enredó las manos en mi pelo. Yo tiré del suyo. La obligué a echar la cabeza hacia atrás y le mordisqueé la barbilla con suavidad, el cuello, la clavícula. Sonreímos todo el tiempo. Lamí su boca. Buscó mi lengua. Apreté mi cuerpo al suyo, provocándola. Jadeó.

Le cogí de la mano y la llevé al cuarto de baño. Coloqué el tapón en la bañera, nos metimos dentro cuando el agua cubría la mitad. Mi espalda apoyada en la porcelana, la suya en mi pecho. Su cabeza encajando en mi cuello. Su pelo húmedo y enmarañado adhiriéndose a mi piel. Mis piernas enroscadas a sus caderas y una esponja suave entre mis manos explorando su cuerpo a conciencia, enjabonándolo parsimonioso, enfatizando en esas zonas más sensibles, estimulándolas sin prisas. Pechos, cuello, piernas…

Hicimos el amor, embriagados por un juego erótico y muy sensual. Lánguido. Tortuoso. Lento. Un dulce vaivén. La sentí tan cerca, tan mía, que noté cómo nuestros cuerpos anexionaban en uno solo. Joder, lo noté. Lo sentí. Lo palpé y me estremecí de pies a cabeza. Temblé y no precisamente de frío. Sino porque supe que nos habíamos pillado el uno del otro, tonta y profundamente. Ahí estaba. Ella y yo. Un nosotros tatuado en lo más profundo de mis entrañas.

—Me vuelves loco, Alexandra —ronroneé en su oído acallando un gemido—. Eres lo mejor que me ha pasado.

—Jake…

Mis labios cubrieron los suyos antes de dejarla ir.

—Eres preciosa.

Temblé en su boca jadeante, sintiéndola toda y me dejé ir. Elevándome arriba, en lo más alto, hasta volar.

Y sí, puede que el amor de verdad sea así, caprichoso. Un día crees no sentir nada y al siguiente, te sorprende en paños menores. Pasas años de tu vida en soledad y una mañana te despiertas con la necesidad de tener a esa persona cerca de ti. Cuestionando los porqués, tratando de procesar, de digerir, de asimilar por qué ella, por qué en ese momento. Y te respondes a ti mismo que el amor suele ser así, el bueno, el de verdad, ese que llega cuando menos te lo esperas, arrasando con todo a su paso. Tan fulminante que te aterra y que te deja sin un soplo de aliento. Y qué bueno era, joder. Era una puta pasada.

A partir de ese instante, todo empezó a ir a pasos agigantados entre nosotros. Tanto que me sentí con fuerzas para hablarle de mí, de mi pasado, de esas cicatrices que seguían presentes en mi piel, aquellas superficialmente sanadas, aunque sangrantes por dentro. Le hablé de Megan y todo lo que ella había supuesto en mi vida. De la decisión que me vi obligado a tomar tras su fallecimiento. Dejar atrás Nueva York y empezar de cero en Texas. De mi adicción a la bebida y de mi lucha por salir de ella, tratando de reconstruir todo lo que había roto y de renacer.

No me costó abrirme a ella, porque con Alexandra todo resultaba más fácil y porque quizás, nunca había deseado tanto sincerarme a alguien de esa forma.

Sobre las once de la noche callejeamos cogidos de la mano por el *Downtown*, lugar donde se concentran los barrios más antiguos e históricos de la ciudad, tales como la Unión Plaza, El Centro o Chihuahuita. Un clima semiárido a orillas de Río Grande nos arropó mientras, observando aquí y allá, charlábamos animadamente.

Tras varios descartes, entramos en el Restaurante Anson Eleven, ubicado en el histórico Mills Building, en el mismo corazón de la ciudad. Ese que, tras hojear la carta en el atril de la acera, nos convenció al instante. Entramos sin apenas pensárnoslo y pronto, el inconfundible olor a garnacha nos envolvió en décimas de segundo mientras que la canción *Camino de Guanajuato*, de José Alfredo Jiménez, se arremolinaba en el ambiente dando por sentado que estábamos en tierras mexicanas.

En seguida, una mujer oriunda de ojos negros y rasgados y tez morena, nos recibió con una amplia sonrisa que dejaba entrever un apiñamiento dental en los incisivos y un deje azteca muy marcado en la pronunciación.

—Bienvenidos a Anson Eleven. ¿Mesa para dos?

Asentí y ella volvió a mostrar su imperfecta hilera de dientes.

—Síganme, pues. Les pondré apartaditos para que estén bien tranquilos.

Ascendimos a la segunda planta en la que se ofrecía un ambiente algo más íntimo y exclusivo. Nos señaló una mesa junto a la ventana con vistas al famoso Plaza Theater.

—Aquí nomás —expresó con un tono reposado y muy cercano—, siéntense, por favor.

Le agradecimos el gesto y a cambio nos aconsejó degustar varios platos especialidad de la casa, entre ellos el pastel de cangrejo y el suculento filete. No supimos oponernos. Conque, tras cenar tranquilos, tener una charla interesante, querer conocernos más, bromear, nos acabamos el primer plato.

—¿Sabías que a México lo llaman el ombligo de la Luna?

—No, lo cierto es que nunca lo había oído decir.

—La palabra es de origen azteca y está formada por tres conceptos: *Mextli*, que significa luna, *xictli* que es ombligo y *co* que hace referencia a un lugar. Así que, etimológicamente México es el ombligo de la Luna —repuse—. Lo cual refuerza las creencias astrológicas del pueblo azteca.

—Vaya, qué interesante.

La miré de reojo, sonreí y luego añadí:

—Lo es. Todos los pueblos tienen su pasado, sus raíces… —Hice una pausa y alcé una ceja suspicaz—. Al igual que las personas.

Clavé mis ojos en ella y me di cuenta de que mi afirmación la había pillado desprevenida, sin atisbar muy bien por donde iban los tiros. Se quedó en silencio y luego saltó en su defensa.

—¿Estás tratando de sonsacarme secretos, vaquero?

—Puede, ¿acaso lo consigo?

Alcé una ceja y una tímida y forzada sonrisa se dibujó en sus labios.

—¡Huy! Eso depende.

—¿De qué?

—Para empezar, de que siendo justos el uno con el otro, esto debe ser un *win to win*. O lo que

es lo mismo, yo saco beneficio, pero tú también.

Me eché a reír.

—Vaya, ¿nunca ofreces nada gratis?

Se encogió de hombros.

—A veces sí. Pero hoy precisamente, no. ¿Qué me dices? —Entornó los ojos traviesa y rellenó mi copa de vino tinto por la mitad—. ¿Aceptas? ¿Una confesión por otra confesión?

Reconsideré su propuesta, pues me moría de ganas de saber más sobre ella. Sentía verdadera curiosidad. Alexandra empezó a relatar vivencias pasadas, a explicarme anécdotas vividas, rememorar recuerdos de su niñez. Momentos que la marcaron para bien o para mal. Me nombró a personas que habían dejado huella en ella y salvaguardó ciertos detalles que no creyó necesarios.

—Así que una empresa vinícola.

Ella asintió y dio un sorbo a la copa.

—De mis padres. Bueno, en realidad, herencia de mis tatarabuelos maternos.

—Entonces, y siendo una entendida en vinos, este te sabrá a rayos.

Se encogió de hombros y alzó una ceja.

—No todo es trabajo, Jake. Aunque cueste creerlo, sé separar de mi mente las obligaciones laborales al placer. También sé divertirme, relajarme… De hecho, decidí alejarme de todo por un tiempo para tratar de recuperar algo de tiempo perdido. —Sonrió para sí misma, como si al fin hubiera encontrado ese caminito para lograrlo—. Momentos que creí haber desatendido por culpa de olvidarme de ellos. Necesito tener una vida normal, Jake.

Parecía haber retenido demasiado tiempo el aire en los pulmones.

—Ocurrió algo. —Hizo una pausa antes de continuar—. Un incidente justo antes de contraer matrimonio con Harris, con mi novio de siempre. Algo que me abrió los ojos de par en par para darme cuenta de que estaba a punto de cometer una estupidez. Me di cuenta de que él no era la persona indicada. Aunque eso simplemente fue la llamita que prendió la mecha, el detonante fue entender que estaba viviendo una vida que no me pertenecía y que había dedicado toda mi vida a ser alguien que realmente no era. A agradar a los demás, a hacer aquello que los demás esperaban de mí, hasta entender que incluso me había olvidado de mí.

Desvió un momento la mirada al plato del postre, a los restos del pastel de chocolate casero y luego volvió a centrarla en mis ojos con cierto regusto amargo. Sonrió triste.

—¿Por eso Bandera?

—Tal vez. Quizás Bandera no fuese ese vagón del tren al que subirme, pero sí los raíles que seguir a pie. Creo que ha sido el medio pero, tal vez, no el fin.

—¿Y cuál es el fin?

Me atravesó con la mirada, dulce y profundamente. Me moría porque confesara que, sin pretenderlo, yo me había convertido en ese fin. Al poco, llenó los pulmones de aire que fue liberando lentamente.

—Eso es lo que trato de descubrir —declaró y sus ojos se posaron en los míos antes de lanzarme la pelota a mi tejado.

—Háblame de las dos cicatrices.

Se me cortó el aliento. Uno, dos, tres segundos. Tragué saliva encontrándome de frente con sus ojos anhelantes, algo acorralado. Medité durante un rato y llegué a la conclusión de que quizás había llegado el momento y la persona indicada para revelar mi pasado.

Liberarme.

—Antes pediré la cuenta y nos iremos a tomar una copa a otro antro.

La confesión bien valía su peso en un chupito cargadito de tequila. O dos…

Caminamos en paralelo un par de manzanas hasta dar con una coctelera. Nos sentamos en la barra y mis ojos volaron al camarero.

—Dos tequilas, por favor.

Esperé a que los depositara a nuestro lado para empezar a hablar.

—Fue hace cinco años —empecé a decir a duras penas con un doloroso nudo que se me había formado en la boca del estómago. Revivir esos amargos recuerdos dolía demasiado. Puse una pizca de sal entre mi pulgar y el índice, el tequila en una mano, la rodaja de limón en la otra y lamí la sal, tomé de un trago el licor e inmediatamente después, chupé la rodaja—. Fue en Nueva York. Por aquel entonces trabajaba como agente de bolsa en Wall Street. Tenía éxito, dinero, una esposa de la que estaba enamorado y un precioso bebé de pocos meses. En dos palabras: una vida ejemplar.

Solté una risa triste y pedí otro tequila. Ella ni siquiera había probado el primero.

—Me ascendieron y salimos a celebrarlo…

Al quebrárseme la voz en mitad de la frase, Alexandra estiró el brazo con la palma hacia arriba y movió los dedos para que los cubriera con los míos. Cogí su mano, atrapó la mía con la suya y con ese gesto parecía querer sostenerme de alguna forma, acompañarme, no dejarme solo en ese tormento.

—Tómate tu tiempo, cariño. El que necesites. Yo voy a estar aquí, a tu lado. —Me sonrió lento, bonito, de verdad y me susurró en tono compasivo—: Estoy aquí. Lo sabes, ¿verdad?

Asentí. Inspiré hondo, evitando ahogarme pues la angustia me quemaba por dentro. Y la miré a los ojos, a esos ojazos tan azules que en ese momento parecían grises. Los míos estaban brillantes por la emoción.

—Habíamos ido a cenar, a ver una obra en Broadway y a tomar unas copas más tarde. Era la primera vez desde el nacimiento de Dakota que nos dedicábamos tiempo el uno al otro.

Reparé en cómo la expresión de mi cara se volvía más dura y un sudor pegajoso se instalaba en la palma de mi mano. Sentí encogérseme las tripas. Bebí el brebaje de un solo trago. Pedí un tercero. El nudo del estómago parecía no desatarse nunca. Respiré hondo de nuevo. Cogí aire. Henchí el pecho y mis pulmones se ensancharon. Y me obligué a contar en mi cabeza hasta tres.

Uno, dos, tres…

Temblé. Ella apretó mi mano con firmeza.

—Habíamos bebido mucho, demasiado. Se nos fue la pinza —bajé la voz un octavo—. Íbamos a pedir un taxi cuando un desconocido nos sorprendió en la calle. Primero me pidió fuego, luego

al encenderle un cigarrillo reparó en mi reloj de pulsera. En seguida lo vi en sus ojos, quería atracarnos. No tardó en amenazarnos a punta de navaja y arrastrarnos a un callejón.

Solté una profunda exhalación y me obligué a respirar.

—Entonces oímos unas sirenas de fondo. Su cara desencajada. Las prisas por robarnos todo lo que llevábamos encima. La navaja bailando en su mano. Sus gritos —se me acababa de romper la voz—. Y sus ojos de loco cuando apuñaló a sangre fría a Megan. Una, dos, tres… hasta cuatro veces, como si su vida no valiera nada. Y yo sintiéndome vacío por no haber hecho más por impedirlo…

Alexandra contuvo el aliento antes de soltar mi mano y acunarla en mi mejilla.

—Dios mío. Es horrible… —soltó un sollozo entrecortado—. Lo siento mucho…

Besó mis lágrimas mientras se me cerraba la garganta. Tiró de mí y sentí sus brazos cobijar mi cuerpo y de repente me sentí un niño pequeño, indefenso y muerto de miedo. Revivir de nuevo ese episodio me destrozó por dentro. Aquella noche perdí a mi mujer por unos míseros dólares, por la infame maldad de una persona. Y también por mi culpa, por estar tan borracho y no ser capaz de protegerla, de salvaguardar su vida con la mía.

Estaba a punto de romperme por dentro, si es que aún me quedaban pedazos que destrozar. Es duro, joder. Es muy duro tener una vida perfecta, una mujer de ensueño, un bebé deseado y al instante después, la nada. Tan solo los recuerdos y la oscuridad engulléndolo todo, sin piedad ni concierto.

—Jake, por favor, no te castigues de esa forma. Ni tú ni nadie pudo impedir que sucediera. Mírame. —Me tomó el rostro entre sus manos y me obligó a mirarla a los ojos—. Ocurrió porque el destino muchas veces es despiadado y nos castiga con arrebatarnos aquello que más queremos.

De un modo u otro, entre sus brazos, supe que hice lo correcto. Soltar parte de ese lastre que durante tantos años llevaba a cuestas. Saber derrumbarme para mostrarle mi alma desnuda. Mi yo más profundo y las grietas de mi corazón.

33
Eat

(Michael Mann, 1996)

Hace 5 años
Broadway, Nueva York

—¿Te ha gustado?

—¿Bromeas, Jake?

Megan Maverick se detuvo en mitad de la avenida de Broadway, la misma que atraviesa por la isla de Manhattan en diagonal, justo a la altura del cruce con la Séptima Avenida, entre Times Square y el Theater District, resultándole raro que se planteara esa duda, cuando había sido ella quien había propuesto ver la obra de teatro *El Violinista en el tejado*, basada en la película que recibía el mismo nombre y ambientada en la Rusia zarista.

—Hacía tanto tiempo que no me lo pasaba tan bien que… —sonrió para sí—, casi había olvidado qué sentía.

—Me alegra, cielo.

Zigzaguearon cogidos de la mano por las calles en busca de un lugar para tomar algo, quizás bailaran e incluso se robasen algún que otro beso, como no hacía mucho, como antes de nacer Dakota. No tardaron mucho en entrar en The Bell House, un bar situado en Brooklyn, el cual simulaba ser un almacén de la década de 1920, decorado con cortinas de terciopelo rojo, lámparas de araña y un montón de recortes de madera oscuro, en el que se frecuentaban conciertos indies y no paraba de sonar música de los 90, ideal para recordar viejos tiempos y sentir cierta nostalgia.

Bailaron hasta que les dolieron los pies, bebieron hasta quemarse la garganta y rieron hasta desencajarse la mandíbula. Además de disfrutar de un improvisado y morboso sexo en uno de los reservados del local.

—Joder, Jake…

Sonrió ella en su boca tras darse cuenta de que tras la maternidad nada había cambiado y que el sexo con su marido seguía siendo una puta locura.

—Sí, joder, nena.

Jake se abrochó los vaqueros y ella subió la cremallera del vestido. La mirada de la joven vagó por la mesa en busca de los restos de su último cóctel y de un solo trago lo acabó. Luego se relamió los labios, seguía sedienta.

—¿Pedimos otra ronda? —le preguntó achispada.

—Claro, cariño. La noche es joven y no ha hecho más que empezar.

Sonrió melosa, se sentó en sus piernas, le sostuvo la mirada y devoró con ansia su boca.

Cuando salieron del lugar ya eran pasadas las cuatro de la madrugada. Jake Maverick se vio obligado a sostener a su mujer por la cintura, pues ella era incapaz de aguantarse en pie. Las rodillas le temblequeaban a cada paso que daban. Por lo que, a mitad de la calle, cuando el joven iba a alzar el brazo para pedir un taxi y volver a casa, un desconocido se plantó delante de él para pedirle fuego.

—Toma.

Le encendió uno y al ofrecérselo, se dio cuenta de que el tipo clavó sus ojos en su reloj, un precioso Omega Seamaster, regalo de pedida de su mujer. Jake apenas dispuso de unos segundos para evaluar la situación.

«¡Joder!», pensó al tiempo que barría la calle a esas horas casi desierta, tras leer en los ojos del extraño las oscuras intenciones.

—Al callejón. —Los labios del tipo se curvaron en una mueca mordaz mientras le amenazaba con la punta de una navaja—. Andando.

Y eso hicieron porque no les quedaba otra. Claudicó porque en esos casos era mejor no oponer resistencia. Dar al ladrón lo que quisiera para que se largara cuanto antes y así no tener que lamentar desgracias después.

—¿Quieres pasta? ¿Joyas? Puedo darte todo lo que llevamos encima.

No respondió a eso, se limitó a empujar por la espalda a la pareja para que aligeraran el paso hacia ese callejón sin salida. Al llegar a unas bolsas de basuras apiladas, los obligó a detenerse.

Apenas Jake pudo verle la cara pues estaba en la penumbra cuando éste les volvió a amenazar con el arma. Tuvo que contener la respiración cuando la pegó al cuello de su mujer al oírse muy próximas las sirenas de un coche patrulla.

Entonces, en cuestión de segundos todo se desvirtuó ante sus ojos. La navaja del maleante clavándose con saña en el cuerpo de Megan. Los desgarradores gritos de ella en mitad de la noche. Las manos cubiertas de sangre de él mientras su vida se desvanecía entre sus dedos.

Tres latidos, dos, uno…

34
City of angels

(Brad Silberling, 1998)

ALEXANDRA SIMMONS

—¿Qué planes tienes para hoy? Porque te hago memoria de que no me mudé a este asqueroso hotel para pasarme escondida todo el jodido día.

—Visto así, puede que tengas razón —me burlé de Nicoletta en vez de consolarla y después le di un codazo en el brazo.

—Tener amigas para esto. *Devi fotterti!* —farfulló con los dientes apretados, aunque se le escapara una sonrisa—. Menos mal que voy recibiendo la visita de Roy el pirata y su mágica espada extensible.

Nos reímos por el comentario hacia los atributos de Jack Sparrow y después la observé cuando se sentó al pie de la cama y el largo de su vestido verde y ceñido, se acortó varios centímetros dejando entrever unas largas y torneadas piernas. En realidad, era una chica guapa y muy lista, por lo que nunca entendí su extraño apego por los hombres de rol narcisista como Roy. Porque al contrario de lo que muchos quisieran hacerla creer, ella valía mucho, muchísimo como mujer, más que para ser la otra, ser la amante de otro.

Es una lástima que a veces la falta de perspectiva no nos deje ver más allá para sabernos valorar mejor.

—A ver, Nicoletta Ercolesi.

Me puse seria de golpe, pues el momento así se pintaba.

—Dime, Alexandra Caroline Simmons.

—No te estarás pillando por él.

—¿Quién, yo? ¿Y por quién? ¿Por el rubiales? ¡Bah! Por favor…

Hizo un vago gesto con la mano como si estuviera disipando el hedor de un *pedete* y luego puso los ojos en blanco.

—¿Ahora a follar se le llama amor?

—¿Quién ha hablado de amor?

La miré contrariada.

—Deja de mirarme así, Alex. —Rumió algo de camino a la mini nevera—. ¿Quieres algo?

—No, gracias. Estoy bien.

Se giró y se encontró con mis ojos. Y me sorprendió una repentina sonrisa insinuándose en sus labios maquillados de rojo.

—Vale. Tú ganas. Creo que me estoy pillando… bastante fuerte por Roy.

Y aunque en el fondo esperara esa confesión, creo que me pilló algo desprevenida.

—Sabes que nunca dejará a su mujer, ¿verdad?

Se lo solté así, apenas sin pensar. Ella inspiró hondo antes de dar un sorbo al refresco, mientras un silencio algo incómodo cobró vida arremolinándose a nuestro alrededor.

—Lo sé y aunque no te lo creas, lo tengo asumido.

Me dolió oírselo decir. Saber que lo tenía tan claro y que, sin embargo, no iba a dejar de verle. Así son los baños de realidad, dolorosamente sinceros.

—Nicol, acabarás malherida.

—Correré ese riesgo.

Me quedé un rato más y luego regresé al rancho andando por el sendero empedrado. Prefería caminar porque me gustaba sentir el crujir de las ramitas bajo mis pies, el ulular de los pájaros, la copa de los árboles meciéndose, la suave brisa acariciar mi piel. Alzar la vista y contemplar el manto infinito de estrellas cubriendo el cielo. El relinchar de algún caballo.

Me encantaba esa sensación de no tener prisa, de paladear el momento.

Respirándote, sintiéndote, viviéndote.

Una sonrisa tiró de mis comisuras al llegar al porche y encontrármelo allí, junto a Dakota, ambos sentados en la vieja mecedora. Ella descansando su cabeza en el regazo de su padre mientras él le acariciaba el pelo.

Se me pararon los latidos del corazón al ser testigo de la viva imagen del amor puro, el de verdad, el de un padre y su hija, fluyendo en ambos sentidos. Esa preciosa conexión, cobrando todo sentido. El sentido de la vida.

El corazón volvió a latirme con fuerza.

Me acerqué a ellos. Jake alzó la vista. Sonreí. Me devolvió la sonrisa, una dulce, cálida y plácida. Sus ojos de un intenso azul turquesa brillaron como nunca. Lo sentí dentro, muy dentro. Lo sentí todo. A él, a Dakota, el rancho, los animales. La vida. Llegar a casa. A mi hogar…

Un chisporroteo de felicidad crepitó en mi interior, pellizcando mis entrañas, invadiendo mi corazón y acariciando mi alma. Dar rienda suelta a las emociones. A sentir. Equilibrando mi balanza. Disipando por completo todos mis miedos.

Y entonces lo supe.

Cerré los ojos.

Porque hay ciertas cosas que no solo se saben, se sienten. Y porque en ese momento me di cuenta de que necesitaba encontrar la forma perfecta de decirle quien era y desvelarle mi secreto. Seguro que encontraría la manera de decírselo.

—¡Alex! —gritó la niña al oír mis pasos y corrió a mis brazos.

Me acuclillé, abrí los brazos, se lanzó a mi cuello y luego me comió la cara a besos. ¡Dios, quería eso y lo quería todos los días de mi vida!

—Cielo, ¿has cenado?

—Aún no, porque papi quería *ezperarte*.

Ladeé la cabeza para mirarlo y nuestras miradas se enredaron mientras se levantaba de la mecedora y se acercaba a nosotras.

—¿Me haz traído un regalo?

—Dakota… no seas lianta —le sermoneó su padre—. Cada vez que va al pueblo, no está obligada a…

—Lo sé, Jake. Pero sí, tengo algo para ti, Dakota.

Mi sexy vaquero frunció el ceño mientras sacudía la cabeza despacio y yo me encogí de hombros.

—¿Qué *ez*? ¿Qué *ez*?

—Una sorpresa que abrirás cuando te hayas lavado las manos. —Dejé de achucharla, le pellizqué uno de sus graciosos mofletes y le planté una palmadita en el culete—. Anda, ve a hacer lo que te he dicho.

Y con la rapidez de un bólido, Dakota echó a correr, subió los tres peldaños y desapareció tras la puerta mientras iba canturreando el estribillo de *Let it go* de *Frozen*.

—Hola.

Jake se acercó a mí y su mirada gris resbaló por mi cara hasta perderse en mis labios.

—Hola.

Se me aceleró el corazón de golpe. Se inclinó, me rodeó la nuca con la mano y me besó, acariciando mis labios con los suyos. Despacio, profundo y muy íntimo. Nos abrazamos en silencio y al cabo de un rato, me ronroneó al oído:

—No malcríes tanto a Dakota.

—¿Celoso?

—Un poquito.

Me robó una sonrisa.

—También tengo una sorpresa para ti.

35
El lado bueno de las cosas

(David O. Russell, 2013)

ALEXANDRA SIMMONS

Tres meses más tarde

Si alguien me pregunta alguna vez cuál fue el instante en el que supe que todo se había roto, fue aquel. ¡*Crack*! Pude oírlo, pude sentirlo… El suelo resquebrajarse bajo mis pies, la enorme grieta, el profundo abismo, la oscuridad arrastrándome hacia la nada.

Y lo peor de todo fue que no lo vi venir.

—Yo *zeré* Bella y tú Rapunzel.

—¿Otra vez? ¿Por qué siempre me toca la misma princesa Disney?

Miré a Dakota de reojo mientras alzaba una ceja y pinzaba la larga peluca rubia con los dedos.

—¡*Zí*, otra vez! Porfi, porfi, porfi…

Rogó con las manos, poniendo morritos, empleando a fondo todas sus armas de niña chantajista y yo rompí a reír. Sinceramente, entre tú y yo. No pude evitarlo.

—Así que Rapunzel, ¿eh?

—*Zí*, *zí* —reafirmó ella pizpireta ensanchando su bonita sonrisa—. Venga, Alex…

—Oye, un momentito, un momentito…

Contuve una risita.

—Creo que ya va siendo hora de que sepas que todo en esta vida tiene un precio.

—¿Como cuando mi padre dice *palabrotaz*?

—Exacto —asentí divertida—. Como cuando a Jake se le escapan los tacos y tiene que echar una moneda en la hucha cerdito.

—¿He de poner una moneda?

—Frío, frío.

Miró a su alrededor buscando algo.

—¿Con *dibujoz*?

Señaló a su pizarra mágica.

—Templado, templado…

Miró hacia el lado, pensativa.

—¿Coooon *bezos*?

—Caliente, ¡que te quemas!

Mientras divagaba, aproveché para colocarle la peluca morena y luego me ajusté la mía de rubio platino.

—¿Abrazos?

Inspiré hondo para coger aire, moví los dedos amenazantes y me lancé en picado a su cuerpecito, enfocando toda mi energía en esos puntos más vulnerables, como el vientre, cintura y la planta de los pies.

—¡Me pagarás con cosquillas!

—¡Noooo! ¡Nooooo…!

—¡Síiii…! ¡Síiiiiii!

Estuvimos así largo rato, desternillándonos de risa, revolcándonos por el suelo como auténticas croquetas y no paramos hasta que nos dolió la tripa. Cualquier pretexto era excelente para reír. ¡Qué maravillosa terapia para el alma!

—¡Ríndete, Bella!

—¡Nunca, Rapunzel!

De pronto, oí unos pasos a mis espaldas. Me giré y sorprendí a Roy apoyado en el quicio de la puerta con los ojos clavados en mí, sin pestañear y con la boca abierta.

—¡Hostia puta! —escupió un exabrupto al tiempo que sus ojos me centellearon desde la distancia. ¡Echaban chispas!

Gritó tanto y tan alto, que ni siquiera la niña se atrevió a hacer alusión a la palabrota.

—¡Marilyn Monroe!

Sobresaltada, me puse en pie de golpe.

—¿Qué coño está pasando aquí? ¿Tú eres aquella Marilyn? ¿El lío de faldas de Jake en Las Vegas?

Me encogí, mengüé varios centímetros bajo sus palabras, con el corazón desbocado e instintivamente me quité la peluca despacio. Acababa de atar cabos.

—¡No me jodas, Alex!

—¡No! ¡No es lo que crees! —me tembló la voz al enfrentarme a él.

Sentí un espeluznante escalofrío recorrerme la espina dorsal; vertebra a vertebra; resiguiendo cada ondulación de los huesos.

—¿Y qué se supone que no he de creer? La peluca rubia te ha delatado…

Me fulminó con la mirada y avancé con torpeza hacia él.

—Por favor, Roy. Te-te lo ruego… —Apenas me salían las palabras—. No… Por lo que más quieras, no le digas nada a Jake.

Intenté tragar saliva sin éxito, tenía un enorme nudo en la garganta, buscando de alguna forma su compasión. A sabiendas de que las mentiras suelen tener las patas muy cortas y que era cuestión de tiempo que la verdad salga a flote.

—¿Que no le diga nada? ¿En serio me estás pidiendo eso?

—Te lo suplico…

Sentí cómo todo mi mundo se desmoronaba bajo mis pies. Todo nuestro mundo, ese que Jake y yo habíamos construido juntos. Todo lo que éramos juntos.

—Él… Él…, Jake no lo entendería.

—Por supuesto que no lo entendería —farfulló tenso.

—Roy…

Mis ojos se anegaron en lágrimas.

—Explícamelo, Alex. Porque no logro entender —me dijo con voz firme y luego me miró con los ojos muy abiertos, aún sin dar crédito tras descubrir el suculento pastel.

—De acuerdo, Roy. Te lo explicaré todo.

Silencio.

—Todo. Te lo prometo.

Roy me observó esquivo durante bastante rato antes de responder a eso.

—Él te quiere, está colado por ti. Vive, siente y respira por ti.

Me topé con sus ojos recorriéndome todo el rostro, casi pude sentir el rencor arañándome la piel.

—Y no voy a permitir que le jodas la vida.

—Jamás he querido hacerle daño, por eso preferí guardar silencio.

Me limpié las gruesas lágrimas que bañaban mis mejillas acaloradas casi a manotazos, sintiendo la virulenta culpabilidad cayendo como una pesada losa sobre mi pecho, constriñéndome entera, sin apenas dejarme espacio en los pulmones para respirar, antes de echarle valor y tomar una decisión; una de las más difíciles de mi vida.

Y se lo conté todo, desde el principio, a pesar de morirme de miedo por lo que eso iba a suponer.

Le hablé de Harris y de la atropellada huida de mi propia boda. También del viaje a Las Vegas, ganar el millón de pavos y del robo. Contratar un detective privado, idear una venganza, viajar a Bandera y enamorarme de Jake.

Lo peor de todo no fue desnudar mi alma ante él, sino por la tensión del momento, no ser consciente de que en esa habitación no estábamos a solas. Y solo era cuestión de tiempo que todo cuanto había construido, todo cuanto había anhelado, se precipitara sin poder evitarlo hacia el desastre.

36
El árbol de la vida

(Terrence Malick, 2011)

JAKE MAVERICK

Resulta curioso y casi anecdótico darse cuenta de lo poco que cuesta acostumbrarse a lo bueno y de cómo tu vida puede cambiar en una fracción de segundo. Creer tenerlo todo bajo control, mientras la realidad te golpea fuerte, con rudeza, mientras observas sin poder hacer nada por impedirlo, y ver cómo tus planes más inmediatos dejan de tener sentido, yéndose todo a la mierda.

¡Pobre imbécil!

Aquella tarde conduje mi Gran Torino sin rumbo ni destino y sin gobernar el tiempo. Aferrado al volante, dejándome arrastrar por el gris asfalto y el paisaje árido, de relieves ondulados dibujado entre llanuras y colinas que se extendían en el horizonte.

Al llegar a la reserva natural de Lost Maples State cerca de San Antonio, a solo dos horas al noroeste, detuve el coche en un claro. Salí y me encendí un pitillo mientras me apoyaba en la carrocería. Cogí aire y di una larga calada. Miré a mi alrededor. Aquel lugar invitaba a contemplarlo lento, con su color otoñal, escarpadas paredes del cañón y el hermoso río Sabinal. La gente solía acudir allí para hacer caminatas, pescar o simplemente observar las estrellas o la amplia variedad de aves, entre las más destacadas: la reinita de mejillas doradas en peligro de extinción. Mi excusa, en cambio, fue evadirme del mundo.

Por más millas que me alejara, por más carretera que dejara a mis espaldas, seguían atormentándome las palabras malditas del doctor: «glioblastoma multiforme fase 4».

Cáncer. O lo que es lo mismo: un puto tumor cerebral… incurable.

Primero fue mi madre, luego me dejó Megan y ahora le tocaba el turno a Thomas.

ALEXANDRA SIMMONS

Llevaba varios días inquieta, pues los remordimientos de conciencia se habían empeñado en no darme ninguna tregua. Una parte de mí sentía la necesidad de explicárselo todo a Jake, de confesarle mi secreto. No obstante, cada vez que creía encontrar el momento, me entraba el pánico a perderle si le revelaba quien era yo y los verdaderos motivos que me llevaron a él.

Eran pasadas las nueve de la noche cuando miré el reloj al oír la puerta de casa abrirse, después echar el cierre y por último, un suave taconeo de unas botas. Jake no tardó en entrar en el salón, saludar con cierto desaire al tiempo que dejaba el sombrero sobre la mesa y yo le dedicaba una leve sonrisa.

Dakota fue a su encuentro, colgándose de su cuello.

—Papiiiiii…

—Hola, cielo.

Besó a su hija en el pelo y unimos nuestras miradas en la distancia. Poco después, me levanté del sofá y me acerqué a su lado. Nos dimos un cálido beso en los labios y nos quedamos mirándonos en silencio.

—¿Cómo ha ido la visita al especialista?

—Preparamos algo de cenar y luego te cuento, ¿vale?

Forzó una sonrisa. Después se apretó el puente de la nariz y arrugó el entrecejo. Llevaba el pelo revuelto y lucía unas feas ojeras bajo los párpados. Se le notaba cansado.

—Vale.

No insistí. Me limité a inspirar hondo y a seguirle a la cocina. Preparamos algo rápido, una ensalada y unos sándwiches de fiambre. Y mientras colocaba los cubiertos sobre la mesa, Jake aprovechó para buscar algo en la alacena. Pronto desenroscó el tapón de una botella de *whisky* y dio un par de tragos a morro.

—Cielo, ¿va todo bien?

—De puta madre —dijo él mordaz y dio otro sorbo.

—Papiiii… palabrota.

—Mira hija, si no te gusta oírmelas decir, te sugiero que te tapes los oídos con las manos.

—¡Jake! —le espeté alucinada al no entender qué estaba pasando. Jamás le había visto dirigirse de esa forma a Dakota.

Y, aun así, siguió amorrándose a la botella como si no hubiese un mañana.

—¿Qué?

Se limpió los restos de alcohol de los labios con la manga de la camisa.

—Vamos, deja eso.

Elevó la botella al aire cuando quise arrebatársela de las manos.

—No me digas lo que debo hacer, Alex.

—No te estoy diciendo lo que debes hacer —me enfrenté a él—. Solo que…

—¿Qué, Alex?

—Que prefiero que hablemos. Háblame.

—Ahora no.

—Vale…, de acuerdo, como quieras. Pero deja de beber.

—Ah, ¿quieres que no beba?

—Sí, Jake.

—¿En serio?

—Tú no eres así. ¡Ya no eres así!

Me fulminó con la mirada.

—Joder, cielo. Siento estropearte el final del cuento. Porque ¡sorpresa! ¡Sí, yo soy así!

No fui capaz de responderle a eso, pues sus palabras hirientes me atravesaron el pecho. Aunque no me dolieron tanto como la forma en cómo me miró. No le reconocí.

—Observa, Alex.

De pronto, volcó la botella en el fregadero y el contenido se perdió en las tuberías. Luego la estrelló contra la pared. La niña rompió a llorar.

—¿Contenta?

Me miró derrotado y con los hombros caídos.

—Ahora este puto borracho se va a tomar viento fresco.

Rodeó mi cuerpo como si no estuviera presente y marchó de la cocina hacia el exterior. Corrí tras él después de tratar de consolar a Dakota y prometerle que volvería en seguida.

Al salir, la oscuridad de la noche me envolvió de repente en un manto frío y sobrecogedor. Me abracé con los brazos y oteé a mi alrededor, buscándole. Al poco, vi luz en las cuadras por lo que no dudé en echar a correr hacia allí. No tardé en entrar y sorprenderle mientras acariciaba meditabundo a una de las yeguas.

—Jake…

Avancé hacia él respirando entrecortadamente, pues la carrera me había dejado exhausta.

—¿Qué ha pasado en la cocina?

No respondió, se limitó a hacer oídos sordos.

—Mírame, cariño. —Noté el corazón en mi garganta—. Háblame, por favor.

Le dejé su tiempo y me mantuve alejada unos pasos hasta que no pude soportar esa lejanía y me acerqué a él, abrazándole por detrás.

—Di algo, lo que sea.

Lo oí exhalar antes de rodear mis brazos con los suyos. Y al girarse, en seguida me di cuenta de que tenía los ojos vidriosos y que también parecía asustado.

—No lo sé. —Tomó una profunda bocanada de aire, parecía costarle respirar—. Se me ha ido de las manos. Lo siento, joder, perdóname.

Y entonces, me lo explicó todo con la voz trémula: el diagnóstico de Thomas, la puñetera enfermedad y las nulas esperanzas de vida.

Se me encogió el estómago.

—Mi padre se muere, Alex.

No supe cómo encajar ese duro golpe ni cómo consolar tanto dolor. Ni siquiera pude evitar que un par de gruesas lágrimas se desprendieran de mis ojos.

—No llores, cielo.

Me sonrío triste y me miró dulce. Sentí cómo le temblaba la mano cuando la acunó en mi cara y deslizó el pulgar por mi mejilla para secar esas lágrimas. Sabía perfectamente lo que el viejo Thomas significaba para él, pues era ese sólido pilar fundamental en su vida. Esa mano firme que siempre le sujetaba, ayudándole a levantarse cuando tropezaba, cuando erraba, cuando se torcía en el camino.

—Lo siento mucho, Jake.

Respiré hondo y lo abracé con fuerza, aferrándome a él, escondiendo la cabeza en el hueco de su cuello. Jake no me lo impidió.

37
Un monstruo viene a verme

(Juan Antonio Bayona, 2016)

JAKE MAVERICK

Las semanas se sucedieron demasiado deprisa. Es curioso, porque eso suele suceder cuando no quieres que las manecillas del reloj se disparen, cuando tienes la vida en tu contra y se agotan las alternativas, siendo consciente de que, si hubo un momento en el cual debía darlo todo, no decaer y no tirar la toalla, definitivamente, fue ese.

Egoístamente debía seguir, seguir, seguir intentándolo, porque Thomas merecía que luchara por él, con uñas y dientes; arrebatándole al puto destino más tiempo, aunque tuviera que aferrarme a un clavo ardiendo.

Tiempo, tiempo, tiempo. Joder, ¡tan efímero y a la vez tan volátil!

TIC, TAC, TIC, TAC…

Me puse en pie y Alexandra cogió mi mano y tiró levemente de mí, justo antes de que pudiera encenderme un cigarrillo.

—Eh, vamos vaquero, levanta ese ánimo.

Sonreí solo a medias.

—Se agotan las posibilidades y… el tiempo. Me da miedo mirar más allá.

Aparté la mirada de sus ojos azules y prendí el cigarrillo. Di un par de caladas mirando al horizonte, más allá de las colinas. Ella se levantó de la mecedora y me rodeó la cintura con los brazos.

—Jake, no decaigas, por favor.

Me sonrió despacio, con los labios apretados y los ojos brillantes. Y yo asentí mecánicamente y sin poder contenerme de besarle en el pelo. Contuve el aliento y después cogí aire, dándome cuenta de que Alexandra me hacía bien, en todos los sentidos y a todos los niveles. Y por un momento odié la estúpida idea de pensar en que, como todos, un día desaparecería de mi vida.

38
Días sin huella

(Billy Wilder, 1949)

Reunión de alcohólicos anónimos.
Centro de rehabilitación.
Otoño del 2008, Texas.

Esa era la tercera ocasión que Jake Maverick acudía a ese lugar, en teoría obligado por la testarudez de un padre preocupado por su hijo, quien, tras un severo coma etílico que casi le costó la vida tras el reciente fallecimiento de su nuera Megan, se negaba a lamentar más pérdidas.

Jake se apretó el puente de la nariz antes de decidirse a entrar a aquella sala en cuya puerta rezaba escrita en puño y letra: «Solo por hoy», «un día a la vez».

Ni siquiera saludó a los presentes antes de ocupar una silla libre, dejar la mochila en el suelo, apoyada a una de las cuatro patas y cruzarse de brazos con las manos bajo las axilas. Resopló con hastío, pues le jodía en el alma estar allí. Solo él sabía que estaba haciendo un sobreesfuerzo. Sabía que, si no lo hacía por él, debía hacerlo por Dakota o por las amenazas del viejo Thomas, esas que le echarían de su casa si no ponía remedio a su adicción.

Junior Howard, uno de los voluntarios en prácticas, en seguida hizo acto de presencia. Se quitó la chaqueta, la dejó sobre una de las mesas y apoyó la cadera en el borde. Luego, sin mayor dilación dio comienzo a la sesión, tras haber observado con detenimiento a los diez miembros que estaban sentados en semicírculo frente a él.

Saludó a los allí presentes y empezó su charla como de costumbre, recitando de viva voz una de sus recurrentes frases.

—Concentramos la energía en evitar la borrachera de hoy, de mañana ya nos ocuparemos cuando llegue. El alcohol no tiene cura, lo que buscamos es…

—Es… el mantenimiento de la abstinencia.

Canturrearon todos al unísono. Todos a excepción de Jake Maverick, quien se obstinaba en mantener su impertérrita mirada a la nada, ignorando al resto de gente, como si no debiera estar allí.

En aquellas sesiones, lo habitual era que todos participaran, o por lo menos, mostrar un ápice de interés hacia el testimonio de sus compañeros, pues todos venían del mismo infierno y buscaban la misma luz.

—Genial, chicos. —Dio un par de palmadas y luego se frotó las manos—. Veo caras nuevas, así que recordaré los tres pasos clave para salir del atolladero: el primero, reconocer que se tiene un problema. El segundo, es pedir ayuda. Y el tercero es hablar sobre nuestra adicción.

El joven imberbe de mirada acuosa y tez clara, formuló una pregunta al aire, por si uno de los nuevos la cazara al vuelo.

—¿A alguien le gustaría compartir los días que lleva sobrio?

Los miró a todos, uno a uno y sin excepciones.

—¿Nadie? —sonrió—. Venga, chicos, que no me como a nadie. Aquí todos hemos pasado por la misma mierda.

De inmediato, un joven afroamericano se incorporó de la silla y mostró con orgullo una moneda de bronce de sobriedad cuyo mensaje citaba: «*To thine own, self be true*», «*45 day at a time*»; y empezó a hablar.

—Me llamo Clayton.

—Hola, Clayton —pronunciaron los demás al unísono.

—Y llevo cuarenta y cinco días sin probar una gota.

—¡Enhorabuena, eso es una gran noticia!

Sonrió comedido y ocupó de nuevo su sitio arropado por los aplausos.

—¿Alguien más? ¿Alguno de vosotros quiere compartir sus pensamientos, sus inquietudes? ¿Lo que cenó anoche? Vamos, lo que sea…

Jake bajó la vista a sus manos y retorció sus dedos.

Cogió aire, sacudido por varias sensaciones antes de decidirse a dar ese paso. Un pálpito le hizo saber que había llegado el momento de luchar por las cosas que quería, por la gente que quería.

—Yo.

—Estupendo —reveló sorprendido al darse cuenta de que era el nuevo, quien había acudido varias veces a las sesiones y hasta el momento no había participado en ninguna—. Por favor, levántate y alza la voz para que todos podamos oírte.

Permaneció unos segundos en silencio antes de atreverse a abrir la boca, manteniendo a raya las inconmensurables ganas que tenía de echar un trago, aunque fuera uno solo.

—Me llamo Jake, Jake Maverick y… —se le quebró la voz a mitad de la frase, sintiendo cómo le costaba la vida pronunciarla. Inspiró hondo, miró a la gente y probó de nuevo—: Y soy alcohólico.

39
Cuento de invierno

(Akiva Goldsman, 2014)

JAKE MAVERICK

Mi pequeña había pasado toda la tarde quejándose de dolor de garganta y al tomarle la temperatura, me di cuenta que tenía varias décimas de fiebre. Así que, siguiendo las indicaciones del pediatra por vía telefónica, fui al cuarto de baño y busqué el frasco del ibuprofeno en el botiquín de primeros auxilios. Ahogué un taco en mi garganta y me llevé la mano a la frente cuando recordé que no había repuesto ninguno al acabarse el último.

Así que no me negué cuando Alexandra se ofreció para ir a la farmacia del pueblo a comprar uno mientras yo me quedaba al cuidado de Dakota.

—Papi… me duele aquí…

La pequeña rodeó el cuello con sus manos mientras me miraba con los ojos vidriosos y las pestañas brillantes por las lágrimas.

Tosió a duras penas.

—¡Aiiii! Pupaaaa…

Lloriqueó.

—Mi vida, intenta no toser para no forzar la garganta. Vamos, hazme caso y bebe un poco de agua.

—No quiero. Me duele…

—Ya sé que te duele, pero debes beber, aunque solo sea un sorbito.

A regañadientes, conseguí convencerla. Sujeté su cabecita por la nuca y le acerqué el vaso de agua. Dio un sorbo y volvió a toser.

—Despacio, mi vida. Despacio…

Suspiré hondo mientras le palmeaba la espalda con ligeros toques. Luego dejé su cabecita reposando sobre la almohada. Ella abrazó su osito de peluche y yo no pude evitar sentir cómo el corazón se me encogía al verla así, tan debilitada.

Tanteé su frente con el dorso de la mano, parecía más caliente, así que le volví a tomar la temperatura. Al poco leí 100.4ºF. Mierda. ¡Joder!

Me tumbé con ella en la cama y la cobijé entre mis brazos. Alexandra regresó media hora más tarde.

—¿Cómo está la niña?

Se acercó a nosotros y yo me incorporé. Los muelles crujieron bajo mi espalda.

—Tiene más fiebre.

—Vaya…

Me entregó la bolsa y eché mano del medicamento.

—Gracias, cariño.

La besé en los labios y sin demora, empecé a preparar la dosis en una jeringuilla allí mismo.

Alexandra se sentó en la cama y mientras le preguntaba cómo se encontraba, no dejó de acariciar su sonrosada mejilla. A ella se le daban bien los críos, parecía tener buena mano para eso. Al menos con mi hija siempre se había mostrado muy atenta y cariñosa. Era evidente que en los meses que llevaba viviendo en casa, ambas habían forjado un vínculo muy especial.

—¡Marilyn…! —soltó de pronto mi hija sin tener muy claro a santo de qué.

Nos quedamos callados. Hubo unos tensos segundos en los que no comprendí nada. Luego miré a Alexandra dubitativo, al tiempo que ella se ponía tensa.

—Alex, ¿por qué Dakota te ha llamado… Marilyn?

Ella no respondió, se limitó a contener el aliento a duras penas. Parecía no poder hablar. De pronto, se me encogió el estómago cuando, en mi cabeza, en un recóndito lugar, imaginé a Alexandra con una melena rubio platino, la principal seña de identidad de la actriz considerada un mito erótico, y todas las piezas del puzle empezaron a encajar.

Una a una…

—Alex…, no.

Ojalá hubiese podido retroceder en el tiempo, ojalá pudiese cambiar el destino… Joder. Acababa de verlo claro.

Sacudí la cabeza, pues me negaba a creerlo.

—Dime que no, Alex. Dime que la chica que conocí en Las Vegas disfrazada de Marilyn Monroe no eres tú.

Se giró, dándome la espalda, evitando responderme.

—Alexandra, ¿por qué no me miras?

Le cogí del brazo y la obligué a girarse. No me pasó por alto la rigidez de su cuerpo y el temblor de su labio inferior.

—Alex…

Por fin levantó la vista y buscó mis ojos, aunque le costaba la vida sostenerme la mirada.

—¿Eres tú esa Marilyn Monroe?

Cerró los ojos y suspiró hondo, muy hondo.

—Lo siento —susurró bajito y asintió.

¡No, no, no… Joder!

Cerré los ojos esforzándome en mantener el control, pero fracasé. Vi un nosotros desfigurándose ante mí, dándome cuenta de que todo lo que habíamos construido, todo lo que éramos se había roto en ese instante. Porque te juro que no hay nada más doloroso para el alma que sentirse traicionado por la persona que amas, ¡una jodida tortura!

—¿Qué parte de todo es verdad?

—No sigas, te lo ruego.

—¡¿Nada?!

—Jake… Te quiero —trató de defenderse y se acercó a mí para tocarme e instintivamente di unos pasos atrás.

No quería que me tocara…

—¿Me quieres? ¿En serio? Joder, Alex —me quejé—. Y ahora vendrás con que fue una casualidad encontrarnos en la tienda de Mia. Que pasabas por allí… ¡que no sabías que era yo!

Quise morirme. Me estaba ahogando al sentirme tan perdido, al no saber encajar la mentira. Porque las mentiras hacen daño y destruyen sueños, ¡destruyen a las personas!

—Déjame explicarte… aunque es posible que nunca lo llegues a entender.

Nos miramos en silencio y ella se limpió las lágrimas que mojaban sus mejillas. Entonces se sinceró conmigo, confesándomelo todo, vomitándolo todo a trompicones, desvelándome que todos esos meses que habíamos compartido juntos, había sido una puñetera farsante.

—Entonces, ¿qué coño hemos sido todo este tiempo para ti? ¿Qué he sido yo para ti? ¡Dime!

—Todo —sollozó—. Lo has sido todo para mí, Jake. ¡Te lo juro por Dios!

—¡Y una mierda! —bramé apretando la mandíbula—. En serio… Aún sigo tratando de asimilar cuánto odio debías tenerme cuando ideaste la venganza. ¡Esa puta venganza!

—Aún no te conocía, Jake. Aún no… Lo siento.

—¿Y ahora crees conocerme? ¡¿Eso crees?!

Se quedó en silencio y yo seguí despotricando sin filtro, me sentía demasiado herido y no conseguía lamer tanto dolor.

—Han pasado meses, Alex. ¡Meses! Y has tenido infinidad de ocasiones para contármelo, para sincerarte.

Me froté la cara y cerré los ojos.

—Te juro que no soy capaz de entenderlo.

Luego, la volví a mirar, negando con la cabeza.

—¡Maldita seas, Alex! ¿Te das cuenta de lo que has hecho? He dejado que durmieras en mi cama, que compartieras la vida conmigo, con Dakota y con Thomas… ¡Te lo hemos dado todo! Te hemos abierto nuestra casa y entregado nuestro corazón. ¡Pero has preferido callar y seguir mintiéndonos! ¡¿Por qué?! —soné desesperado y rabioso a partes iguales—. Y, sin embargo, dejaste que me enamorara de ti. Conociendo mi pasado, mi adicción… Sabiendo lo mal que lo había pasado al perder a Megan.

—Jake, déjame arreglarlo. No sé cómo, pero lo haré.

—No se puede arreglar algo que está tan roto.

Esa era la verdad, o al menos yo así lo sentí en ese momento.

La miré a los ojos una vez más.

—Vete. —Apreté la mandíbula pues me dolió en lo más profundo de mi alma pedirle eso.

Los latidos de mi corazón martilleaban con fuerza mis costillas.

—Quiero que te vayas de mi casa.

—No lo hagas, Jake. Por favor, no lo hagas.

Parpadeó sin dar crédito a mis palabras.

—Vete de mi vida.

Y cerré los ojos en el momento exacto que quiso abrazarme y yo se lo impedí. Justo en ese puto instante en el que se alejó de mí, comprendí que nuestra historia de amor, ese nosotros, había garabateado en nuestras almas su punto y final.

40
Bajo el mismo cielo

(Cameron Crowe, 2015)

ALEXANDRA SIMMONS

Dicen que la felicidad es una emoción, que son aquellos momentos que atesoramos en nuestro interior; esas personas que definen nuestra existencia; esos lugares mágicos a los que deseas volver una y otra vez; compartir esas risas inesperadas; esa escapada improvisada; el amor inesperado que te sorprende sin esperarlo porque nunca habías tenido con qué compararlo.

Son instantes, imágenes, pálpitos, diminutas descargas eléctricas que dan sentido a la vida, incluso siendo conscientes de que no durarán para siempre.

Me tragué las lágrimas en el viaje de vuelta, dejando atrás ese lugar que se había transformado en mi hogar en los últimos meses, a esos desconocidos que se habían engendrado en mi familia y a ese ser que se había convertido en el gran amor de mi vida. Teniendo muy presente que, cuando algo se rompe tanto y en tantos pedazos, es imposible volver a unirlos, pues nunca volverá a ser igual. No hay forma de reconstruirlo sin correr el riesgo de cortarse, magullarse o astillarse con los trocitos que quedan sueltos. Y no existen piezas de repuesto para unir esas grietas.

Y de repente, las distancias se agrandan y los lazos que antes parecían firmes, se desatan… Y oyes un ¡crac!, ese sonido sordo de la ruptura, cuando ya no queda nada por lo que luchar.

Los siguientes días fueron horribles, los peores de toda mi vida. Sentir la ausencia de Jake fue mortífero: todos los recuerdos se removían incansables en mi mente, constriñendo mis entrañas y zahiriendo aún más mi corazón.

Supe entonces que la vida no solo te provoca zancadillas al caminar, ni afiladas piedras en el camino, sino que a veces, y solo a veces, parece burlarse de ti… pues, sentada en la taza del baño mientras sostenía una prueba de embarazo entre mis dedos, aparecieron dos intensas rayitas en la ventana de control del test.

Tragué saliva y cubrí mi boca con la mano temblorosa mientras cerraba los ojos pensando en él, pensando en Jake:

Positivo…

CONTINUARÁ…

TÚ, YO, LA TOSCANA Y… UN MILLÓN DE ESTRELLAS

Un millón de nosotros, 2

Agradecimientos

Dar las gracias es siempre complicado, ya que temes olvidar mencionar a alguien importante que ha estado a tu lado, más o menos activamente.

Me gustaría empezar dando las gracias a mis preciosas y maravillosas lectoras —mis LOKAS, nombre que sacaron de mi novela *Otoño en Manhattan*, de la saga *Loca seducción*—, a todas ellas sin excepción, por el empuje que día a día recibo en forma de muestras de cariño.

A mis amigas, confidentes y lectoras cero Rose B. Loren y Mari López (Libros, historias y yo).

A mis compañeras de letras, por hacer una piña y apoyarnos mutuamente.

A las *bookstagrammers* y a los grupos de las redes sociales que leéis mis libros y los reseñáis, promoviendo la lectura e incentivando a otros lectores para que sean partícipes de nuestro trabajo.

Al equipo editorial de Colección Mil Amores y en especial a Jorge Molinero y a Gala Trigueros de la Blanca, por creer en mí desde un primer momento, dándome la oportunidad de formar parte de Lantia Publishing, S.L.

A mi familia, por su apoyo incondicional.

Como siempre, solo me queda dar las gracias a mi hijo, Aleix Subirà, que no por ser el último en la lista es el menos importante, al contrario. Él es mi vida completa y mi razón de existir, la sangre que corre por mis venas, el aire que exhalo a cada segundo. Él es mi pasión y mi sueño. Por él merece la pena todo: las noches en vela, comer a deshoras, la impotencia de no hallar la palabra adecuada. Por él, y solo por él, merece la pena seguir luchando, creando sueños para vosotros...

¡Gracias infinitas, de todo corazón, por hacer de mi sueño una hermosa realidad!

ÉSTAS SON MIS OBRAS PUBLICADAS

Saga *Loca seducción:*

Otoño en Manhattan

Quiero ser tu principio y tu fin

Recuérdame

Sin mirar atrás

Alguien inesperado

Bilogía *Skyline:*

Brooklyn

Serie *Christmas's Tales:*

Christmas horror Christmas

Christmas sweet Christmas

Volúmenes independientes:

Tentación

Valentine

DATOS DE INTERÉS

Si necesitas tratamiento para el trastorno por consumo de alcohol, estas direcciones de interés podrían ayudarte:

Alcohólicos anónimos España

http://www.alcoholicos-anonimos.org

info@alcoholicos-anonimos.org

Teléfono 985566345

REFERENCIAS DE LAS CANCIONES

May it be, interpretada por Enya
Love, interpretada por Lana del Rey
Oh, Pretty Woman, interpretada por Roy Orbison
Do my Dance, interpretada por Tyga ft. 2 Chainz
You should be dancing, interpretada por Bee Gees
Counting stars, interpretada por One republic
Wake me up, interpretada por Avicii
Everything is coming up roses, interpretada por Black
Sympathy for the Devil, interpretada por The Rolling Stones
Brilliant Disguise, interpretada por Bruce Springsteen
Hungry heart, interpretada por Bruce Springsteen
I like it, I Love it, interpretada por Tim McGraw
Bleeding Love, interpretada por Leona Lewis
Camino de Guanajuato, interpretada por José Alfredo Jiménez
Let it go, interpretada por Demi Lobato

Y SI TE APETECE ESCUCHAR LAS CANCIONES EN SPOTIFY

https://cutt.ly/9Rsxnk4

Índice

Prólogo 9
1 La vida es bella 11
2 Mucho ruido y pocas nueces 23
3 Novia a la fuga 31
4 Río Bravo 35
5 El Padrino 47
6 Gran Torino 61
7 Los Vengadores 71
8 Plan en las Vegas 77
9 Easy Rider 87
10 El autoestopista 101
11 Una proposición indecente 117
12 Resacón en las Vegas 129
13 Reservoir Dogs 149
14 Un pez llamado Wanda 161
15 Tarde de perros 165
16 Los juegos del hambre 175
17 En busca del arca perdida 181
18 El diablo viste de Prada 197
19 Mary Poppins 207
20 Una cuestión de tiempo 221
21 How do you know 227
22 La casa de la pradera 241
23 Orgullo y prejuicio 255
24 Scary movie 257
25 Mejor imposible 263
26 Mamma mía! 273
27 Urban cowboy 289
28 Jugando por amor 307
29 Las novias de mis amigos 311
30 Eduardo Manostijeras 319

31 Sonrisas y lágrimas 325
32 Antes de ti 343
33 Eat 359
34 City of angels 363
35 El lado bueno de las cosas 369
36 El árbol de la vida 375
37 Un monstruo viene a verme 381
38 Días sin huella 383
39 Cuento de invierno 387
40 Bajo el mismo cielo 393
Agradecimientos 395